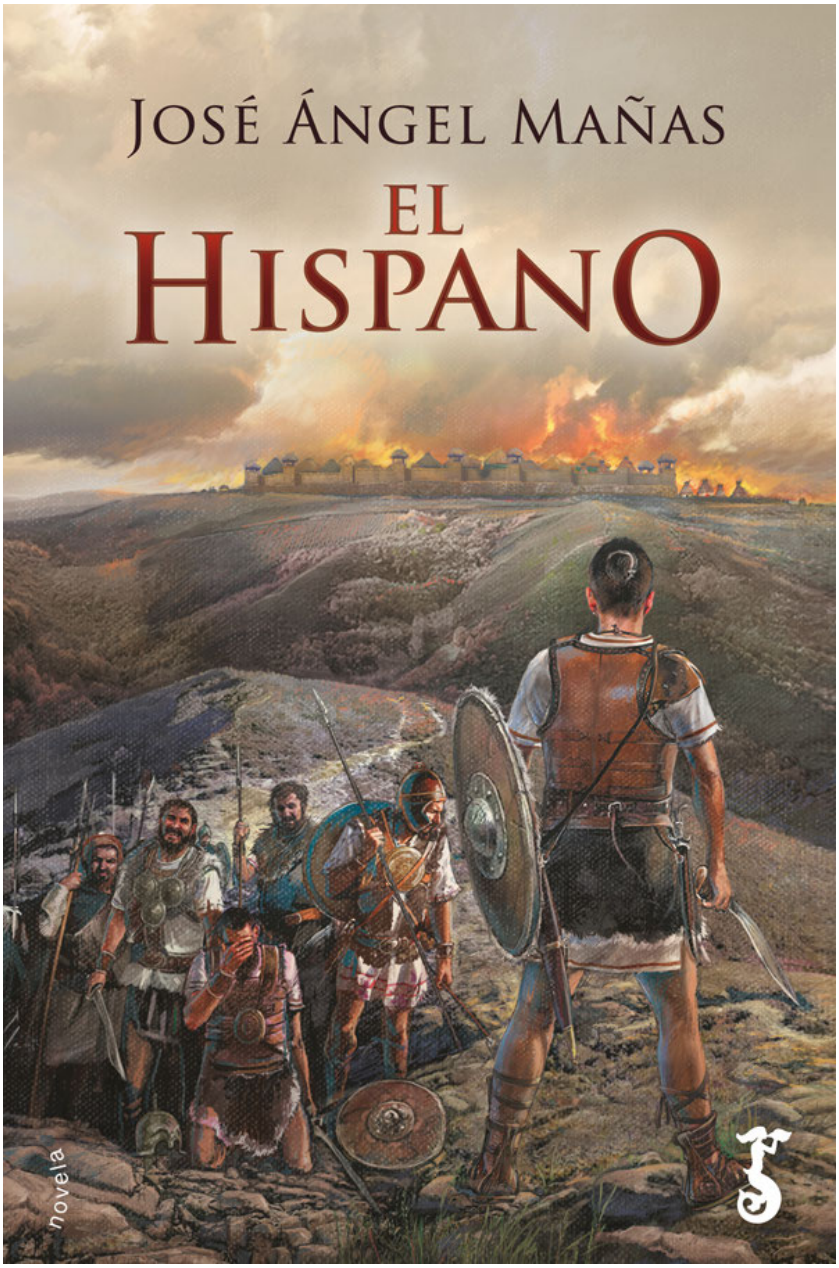
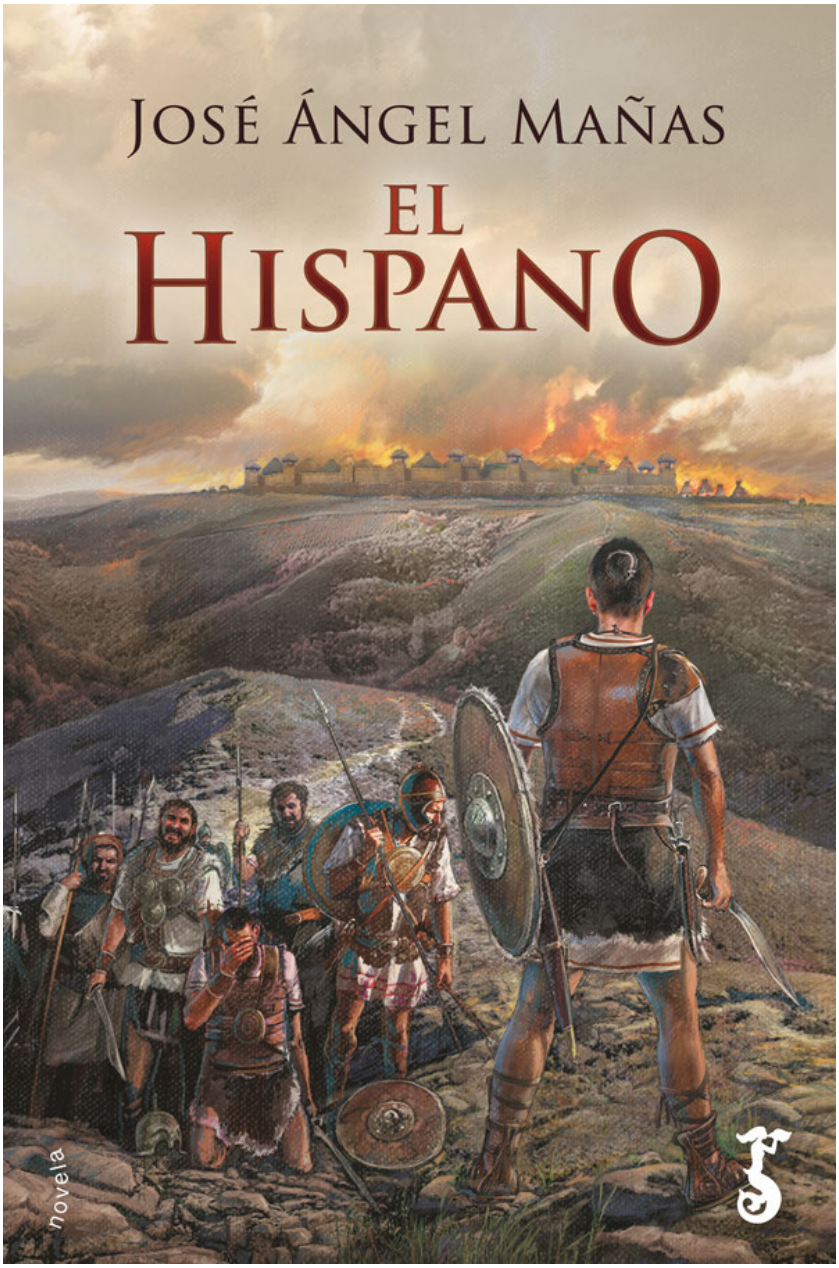

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS
EL
HISPANO
novela


JOSÉ ÁNGEL MAÑAS
EL
HISPANO
novela

El hispano

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS

El hispano

ARZALIA

ediciones

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS. Con tan solo veintitrés años triunfó espectacularmente con la publicación de Historias del Kronen, novela de culto, emblemática de toda una generación y adaptada con un éxito no menor al cine por Montxo Armendáriz. Cabe asignarle el título de clásico contemporáneo indiscutible.

Posteriormente ha publicado una decena de novelas en clave realista, así como otra de tipo histórico (El secreto del Oráculo), además del ensayo La literatura explicada a los asnos.

En Arzalia Ediciones ha publicado con éxito Conquistadores de lo imposible, su visión de los años salvajes de la conquista de América en clave de novela.

Año 134 a. C. Bajo el mando de Retógenes, Numancia lleva más de veinte años resistiendo el poder de la Roma invencible y los páramos que la rodean han bebido tanta sangre itálica que los romanos se niegan a alistarse en las legiones. Harto de la situación, el Senado envía a su mejor general, Escipión Emiliano, el destructor de Cartago, para acabar con la resistencia de los altaneros numantinos. ¿Cómo logrará reducir a los rebeldes? ¿Conseguirá la mermada ciudad resistir al mayor desafío de los romanos?

Con una narrativa ágil y llena de suspense, José Ángel Mañas ha escrito una emocionante novela en la que los destinos trágicos de hispanos y romanos se cruzan en el entorno inhóspito de la Numancia sitiada.

El hispano nos hace revivir uno de los momentos más apasionantes de la historia de España, al tiempo que da vida a un héroe sorprendente y enigmático.

Para los amantes de la novela histórica trepidante, los curiosos de la historia de España y los huérfanos de Africanus.

El hispano

© 2020, José Ángel Mañas

© 2020, Arzalia Ediciones, S. L.

Calle Zurbano, 85, 3º-1. 28003 Madrid

Ilustración de cubierta: Ricardo Sánchez

Diseño de cubierta, interior y maquetación: Luis Brea

Diseño y realización de los mapas: Ricardo Sánchez

ISBN: 978-84-17241-82-7

Producción del ebook: booqlab

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

Para Margarita y Pepe.

PRÓLOGO

Aveces se dan circunstancias que parecen increíbles.

Mi padre, José Mañas Martínez, escribió en su día una biografía de Eduardo Saavedra y Moragas. La publicó en 1983 la editorial Turner en colaboración con el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Es una edición bonita y austera de la que todavía guardo algún ejemplar.

Eduardo Saavedra fue una de esas personalidades polifacéticas y humanistas que de vez en cuando producía el siglo XIX: ingeniero de caminos, arquitecto, catedrático de Mecánica Aplicada, director de la Real Academia de la Historia, arabista, arqueólogo, filólogo, miembro de la Real Academia de la Lengua, vicepresidente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, autor de más de doscientas cincuenta publicaciones destacadas y, sobre todo —llegando a lo que nos interesa—, impulsor, a mediados de su siglo, de las excavaciones arqueológicas en el cerro de Garay, relativamente cerca de Soria, que confirmaron que allí se encontraba la Numancia celtíbera.

Aquella biografía, además de producirle grandes satisfacciones a mi padre —entre ellas que el entonces director del Museo Arqueológico Nacional, Eduardo Ripoll, le propusiera para el Premio Nacional de Historia—, hizo que en su biblioteca se acumulase mucha documentación sobre el personaje.

Como buen bibliófilo, mi padre guardó cuidadosamente fotocopias de cualquier papel importante al que tuvo acceso, ora en casa de la familia, ora en cualquiera de los archivos de las instituciones a las que perteneció Saavedra.

Hay desde entonces diseminados por la biblioteca de su casa un montón de archivadores y cajas repletos de papeles varios con un rótulo muy explícito: Eduardo Saavedra.

Fisgando un día en aquella documentación me encontré por

casualidad una carpeta curiosa.

Contenía un conjunto de fotocopias algo desvaídas de un texto en castellano sobre el sitio de Numancia. Cuando le pregunté, mi padre dijo que, si no recordaba mal, era la traducción de un manuscrito en árabe y griego que Saavedra encontró en Egipto en 1869, adonde viajó para la inauguración del canal de Suez.

Por la letra tan característica, que en casa conocemos bien, concluí que la mayor parte de aquellas páginas estaban escritas por el propio Saavedra. También había líneas con otra caligrafía que recordaba, por lo que pude colegir, a la del padre Fita. Y además, notas dispersas con letra distinta que podían ser, a mi juicio, del arqueólogo alemán Adolf Schulten.

El documento relataba el sitio de Numancia con una profusión de detalle que solo un testigo presencial podía manejar, y ese alguien, especulaba Saavedra, en una carta, debía ser Polibio:

El texto, en el griego original y también en sus partes en árabe, que son traslaciones literales del original, tiene tics de su lenguaje. Aunque ciertos fragmentos recuerdan de manera casi literal a La guerra de Yugurta, claramente posterior, eso podría asimismo deberse a que Salustio hubiera bebido de esa fuente hoy desaparecida…

La hipótesis la compartió con su amigo el políglota Fidel Fita. Este la veía lo suficientemente plausible como para que en la correspondencia que ambos sostuvieron se refiriesen coloquialmente al manuscrito como «el Pseudo Polibio».

Pese a ello, Eduardo Saavedra, que era un hombre prudente, nunca se decidió a publicar la transcripción y el asunto quedó dormido entre sus papeles.

A lo mejor estaba muy ocupado. O a lo mejor la famosa edición del Buscapié, falsamente atribuido a Cervantes por Adolfo de Castro,

que tanto ruido hizo en su época, le desanimó de hacer atribuciones arriesgadas. Quién sabe.

Alguna vez le he hablado del asunto a mi padre. Él tampoco lo toma demasiado en serio: «Ah, el Pseudo Polibio». Dice que si todo un Saavedra no se atrevió a publicarlo, es porque era apócrifo.

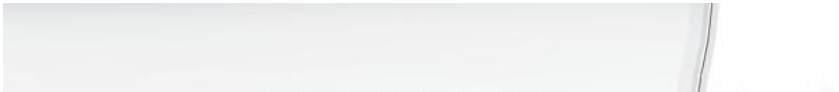
Yo tampoco confío en su autenticidad. No pienso que sea el fragmento de la Historia universal de Polibio en el que narraba, según parece, la guerra numantina. Tengo entendido que algunos historiadores incluso niegan que Polibio estuviese presente en el cerco de Numancia.

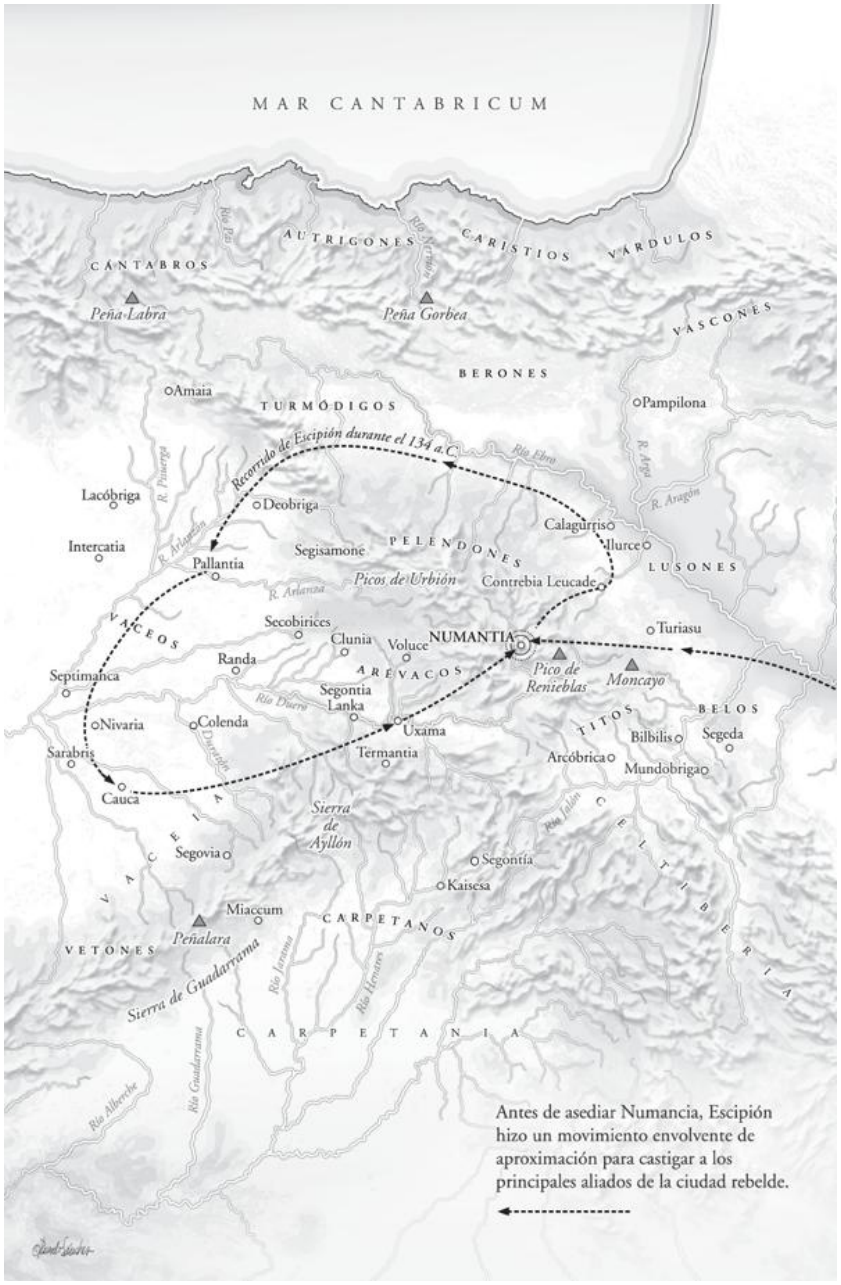
No obstante, considero que el documento que ha llegado a mis manos tiene la suficiente calidad literaria e interés como para permitirme hacer una versión adaptada al gusto contemporáneo, con el apoyo siempre entusiasta y paciente de mi editor, Ricardo Artola.

Existiese o no este tal Idris, el relato de sus aventuras resulta especialmente perturbador cuando uno conoce a los protagonistas de la historia.

Todos los artificios embellecedores del texto son míos.

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS, 30 de junio de 2020




MAR CANTABRICUM
CANTABROS
AUTRIGONES
CARISTIOS
VARDULOS
VASCONES
Peña Labra
Peña Gorbea
BERONES
Amaia
TURMÓDIGOS
Pampilona
Recorrido de Escipión durante el 134 a.C.
Río Ebro
R. Arga
R. Aragón
Lacóbriga
R. Pisuerga
Deobriga
Calagurris
Intercatia
R. Arlanza
Segisamone
PELENDONES
Ilurce
LUSONES
Pallantia
Picos de Urbión
Contrebia Leucade
R. Arlanza
VACCEOS
Secobirices
Clunia
Voluce
NUMANTIA
Turiasu
Septimanca
Randa
AREVACOS
Pico de Renieblas
Moncayo
Segontia Lanka
Río Duero
BELOS
Nivaria
Colenda
Uxama
TITOS
Bilbilis
Segeda
Sarabris
Termantia
Arcóbrica
Mundobriga
Cauca
Sierra de Ayllón
Río Jalón
CELTIBERIA
VACCEA
Segovia
Segontia
Kaisesa
Miaccum
CARPETANOS
Peñalara
VETONES
Sierra de Guadarrama
Río Jarama
Río Henares
CARPETANIA
Río Alberche
Río Guadarrama
Antes de asediar Numancia, Escipión hizo un movimiento envolvente de aproximación para castigar a los principales aliados de la ciudad rebelde.

DRAMATIS PERSONAE

Romanos

NOBILIOR. Cónsul al frente del ejército romano durante la desastrosa batalla de la Vulcanalia, el 23 de agosto de 153 a. C. Murieron seis mil legionarios. La fecha fue declarada nefasta por la República y ningún general se atrevió de allí en adelante a librar batalla ese día. La derrota fue formidable. Los hechos se recuerdan todavía como una de las mayores humillaciones infligidas nunca a Roma.

PUBLIO CORNELIO ESCIPIÓN EMILIANO, EL AFRICANO MENOR. Cónsul que arrasó Cartago y ordenó el cerco definitivo a Numancia. Su relación con la familia de los Graco, a la que le vinculaba el matrimonio con Sempronia, habría de resultarle, a la postre, fatal.

POLIBIO. Autor de la primera historia universal. Preceptor tanto de Escipión Emiliano como de Fabio Máximo. Nacido en Megalópolis, Grecia, llegó como cautivo a Roma. Allí escribió su Historia universal. Acompañó a Escipión Emiliano en muchas campañas y conoció de primera mano los escenarios de su obra.

QUINTO FABIO MÁXIMO EMILIANO. Hermano de Escipión Emiliano e hijo natural de Lucio Emilio Paulo. Si a Escipión Emiliano lo adoptó la gens Cornelia, a Quinto lo adoptó la Fabia. Fue el primer general romano que derrotó a Viriato.

CAYO MARIO. Autor de una importante reforma militar de finales del siglo II a. C. Perteneciente a una familia de origen plebeyo. Era lo que se conocía en Roma como un «hombre nuevo». Luchó en las

guerras celtíberas bajo el mando de Escipión Emiliano, el cual le ayudó en los inicios de su carrera pública. Cuando le preguntaron quién podría ser el general que lo sucediera al frente de las legiones, Escipión señaló a Cayo Mario: «Quizá él».

TIBERIO GRACO. Tribuno de la plebe. Impulsó una reforma agraria que incluía la redistribución de tierras en favor de los ciudadanos más pobres. Eso lo enfrentó con los oligarcas del Senado y con Escipión Emiliano. Murió asesinado a golpes de sus enemigos.

CAYO GRACO. Abandonó el cerco de Numancia para unirse a su hermano en Roma y ayudarle con su proyecto de reforma agraria. Al ser asesinado Tiberio, tomó el relevo. Continuó con las reformas sociales, aunque finalmente la oligarquía senatorial terminaría por imponerse.

YUGURTA. Histórico rey de Numidia cuyos avatares en Roma y África inspiraron a Salustio su Guerra de Yugurta.

MUSSA. Sofisticado e inteligente lugarteniente de Yugurta.

Hispanos

LEUKÓN. Jefe militar de la ciudad de Numancia. Padre, según fuentes no clásicas, de Retógenes el Joven y de Idris.

RETÓGENES, conocido como EL CARAUNIO. Histórico guerrero que burló el cerco de Escipión. Encabezó una arriesgada expedición en busca de ayuda.

IDRIS. Nuestro taciturno protagonista. Héroe de este relato.

AUNIA. Primer amor, nunca olvidado, de Idris.

AMA y ANNA. Hermanas de Aunia.

KARA. Joven hija del herrero. Enamorada desde siempre de Idris.

LUBO. Aedo de Numancia. Devoto de Retógenes.

OLÓNICO. Sacerdote de Numancia.

GLOSARIO

Asteros. Infantería de primera línea, armados con dos pila, jabalinas, de distinto peso, espada, escudo y placa en el pecho.

Centurión. Oficial al mando de una centuria. Cada centuria estaba compuesta de diez contubernios.

Cohorte. Unidad del ejército romano formada por tres manípulos.

Contubernio. Unidad mínima del ejército romano. Ocho hombres que compartían tienda y equipamiento.

Decurión. Jefe de una decuria, unidad compuesta por diez jinetes.

Gladius. Legendaria espada romana tomada, en realidad, de los hispanos. De ahí su apelativo tradicional, gladius hispaniense. El plural, en latín, es gladii.

Manípulo. Unidad del ejército romano formada por dos centurias, cada una de ochenta hombres.

Pilum. Lanza romana. Las había pesadas, para utilizar al modo de las picas, y ligeras, para lanzar. Las puntas de las ligeras, cuando

impactaban en su objetivo, se doblaban de manera que no era posible volver a usarlas. El plural, en latín, es pila.

Príncipes. Infantería de segunda línea armada de manera similar a los asteros —eran, no obstante, más veteranos que ellos—, pero con mejor protección. Muchos tenían cotas de malla.

Sagum. Antecesor del sayo. Según Diodoro, capa «negra y áspera de una lana parecida a la de las cabras salvajes». En la novela lo llamaremos sago.

Triarios. Infantería de tercera línea. Los mejores soldados. Los veteranos que solo intervenían cuando las cosas se ponían feas. De ahí la expresión «llegar a los triarios». Empleaban largas picas con las que formaban sólidas falanges.

Vélites. Infantería ligera y la más pobremente armada.

MEDIDAS DE ÉPOCA

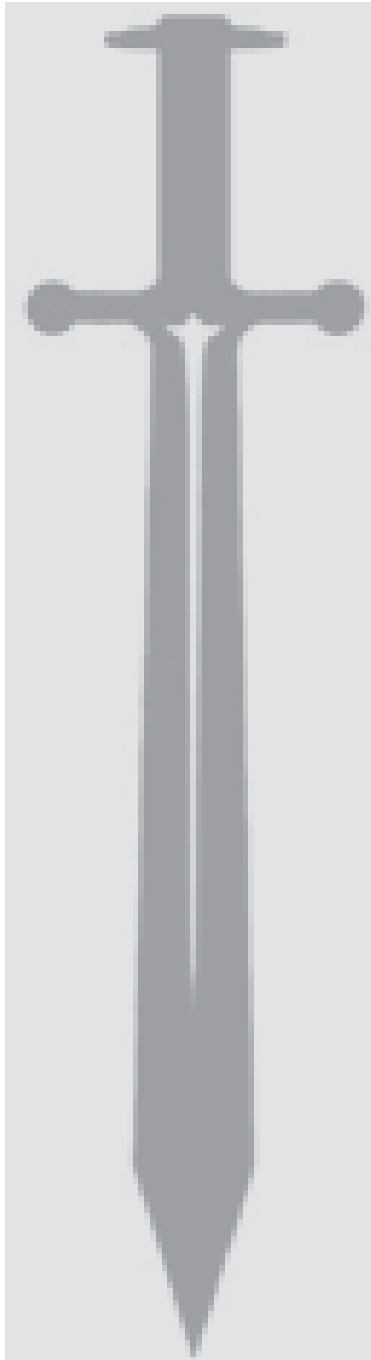
Un estadio: 201 metros.

Un pie romano: 0,296 metros.

El niño que no sea abrazado por su tribu, cuando sea adulto quemará su aldea para poder sentir su calor.

PRIMERA

PARTE



Donde se cuenta el nacimiento de Idris, su primer amor, su salida de Numancia y los primeros conflictos con los romanos en el arranque de la segunda guerra celtíbera (154-151 a. C.), que pone fin a la paz de Graco.

La presencia romana en la península ibérica, que empezó en 218 a. C., el mismo año que la segunda guerra púnica, se ha incrementado tras la rendición de Aníbal en 201 a. C. y el abandono de Hispania por Cartago. Hace ya medio siglo que existen bajo dominio de Roma dos provincias, la Hispania Citerior y la Hispania Ulterior, que, poco a poco, consulado tras consulado, no dejan de agrandarse.

Segeda es una ciudad perteneciente a la tribu celtíbera de los belos, grande y próspera, y estaba inscrita en los tratados de Sempronio Graco. Esta ciudad forzó a otras más pequeñas a establecerse junto a ella; se rodeó de unos muros de aproximadamente cuarenta estadios de circunferencia y obligó también a unirse a los titios, otra tribu limítrofe. Al enterarse de ello, el Senado prohibió que fuera levantada la muralla, les reclamó los tributos estipulados en tiempo de Graco y les ordenó que proporcionaran ciertos contingentes de tropas a los romanos. Esto último, en efecto, también estaba acordado en los tratados. Los habitantes de Segeda, con relación a la muralla, replicaron que Graco había prohibido fundar nuevas ciudades, pero no fortificar las existentes. A propósito del tributo y de las tropas mercenarias, manifestaron que habían sido eximidos por los propios romanos después de Graco. La realidad era que estaban exentos, pero el Senado concede estos privilegios añadiendo que tendrán vigor en tanto lo decidan el Senado y el pueblo romano. Así pues, Nobilior fue enviado contra ellos con un ejército de treinta mil hombres. Los segedanos, cuando supieron de su próxima llegada, sin dar remate ya a la construcción de la muralla, huyeron hacia los arévacos con sus hijos y sus mujeres y les suplicaron que los acogieran…

APIANO DE ALEJANDRÍA, Sobre Iberia

Ya dijo Cicerón que al combatir Roma con los celtíberos y los cimbrios no luchaba solo por la victoria, sino por su existencia. Y Eduardo Meyer, historiador alemán, escribe: «La República se desangró a causa de los sacrificios a que la obligaron de manera continuada las guerras hispánicas y de la necesidad de mantener allí un ejército permanente». Tan grandes, en efecto, fueron las pérdidas sufridas en aquellas guerras, que el número de ciudadanos romanos, en los veinte años de la guerra celtibérica, que van del 153 al 133, en lugar de aumentar en sesenta mil (por el crecimiento de tres mil cada año), se redujo en cinco mil, lo que supone una pérdida de unos sesenta y cinco mil ciudadanos. Siendo todavía más elevadas las pérdidas de los aliados itálicos, los cuales proporcionaban al ejército un número mayor de soldados que los ciudadanos romanos, podemos admitir que en total, solo entre romanos e itálicos (prescindiendo de los aliados íberos), perecieron en España de ciento cincuenta mil a doscientos mil hombres…

ADOLF SCHULTEN, Historia de Numancia

La guerra y la paz

Este pueblo suministra para la guerra no solo una excelente caballería, sino también una infantería que destaca por su valor y capacidad de sufrimiento. Visten ásperas capas negras, cuya lana recuerda al fieltro. En cuanto a las armas, algunos celtíberos llevan escudos ligeros semejantes a los de los celtas y otros grandes escudos redondos del tamaño del aspis griego. Sobre sus piernas y espinillas trenzan bandas de pelo y cubren sus cabezas con cascos de bronce adornados de cimeras rojas. Llevan espadas de dos filos forjadas con excelente acero y también llevan, para el combate cuerpo a cuerpo, puñales de una cuarta de largo. Utilizan una técnica especial en la fabricación de sus armas. Entierran piezas de hierro y las dejan oxidar durante algún tiempo aprovechando solo el núcleo, con lo cual obtienen magníficas espadas y otras armas. Un arma fabricada de este modo corta cualquier cosa que encuentre en su camino, por lo cual no hay escudo, casco o cuerpo que resista su golpe…

DIODORO DE SICILIA

1

Hay vidas que parecen abocadas a la tragedia desde el primer hálito.

El hombre que había de ser llamado Idris nació entre los dolores más intensos. Él mismo me contaría años más tarde que el cordón

umbilical se le quedó enredado alrededor del cuello. Cuando lo sacaron del vientre de la madre, se ahogaba sin remedio.

La esclava que lo salvó, Stena, era una berona de las montañas ganada en batalla contra los vecinos del norte durante una expedición juvenil del jefe de Numancia. Ella fue la primera que exclamó:

—¡Es un niño!

Tal exclamación, tratándose del hijo de un jefe, tendría que haber provocado los gritos de alegría de Leukón y de los devotos que esperaban pacientemente.

Y sin embargo el ceño de Leukón no solo no se suavizó, sino que el velo de tristeza y cólera que cubría su vista no pudo ser despejado por nadie. Justo antes, el adivino Olónico, cuya barba aún no había encanecido y cuyos músculos guardaban todavía la elasticidad de la juventud, cuando le preguntaron por el estado de la madre había negado con la cabeza.

—Dicen las mujeres que el niño se ha presentado del revés y la desgarrará.

Entre los gritos de dolor, la parturienta se apagó antes de que Stena, como jefa de las esclavas, agarrara su largo cuchillo y terminase de abrir el vientre de la mujer ya muerta para liberar lo que llevaba en sus entrañas.

Con mano experta, Stena se apresuró a sacar el ser que luchaba por su vida y que se hubiera asfixiado de no haber sido por su intervención. Ella fue quien cortó el cordón umbilical con su cuchillo. Nada más tener a Idris en brazos, lo alzó entre sus jóvenes manos. Se lo enseñó a su padre y se lo entregó, temblorosa.

—Lo hemos salvado…

Pero Leukón, en vez de coger al recién nacido y alzarlo delante del gentío congregado ante su casa, hizo un gesto brusco con la mano. Con lágrimas de ira en los ojos, apartó la piel de ciervo que cubría el vano de la puerta.

—¡Alejadlo de mi vista!

Y se adentró en la penumbra. En la estancia aciaga persistían el olor a sangre, sudor y excrementos.

Tras debatirse durante horas con los dolores, la exhausta esposa yacía inerte sobre el suelo. Varias pieles de vaca conformaban su lecho a un lado de las brasas del hogar.

Las mujeres se apartaron. El jefe se arrodilló junto a la muerta y lanzó un prolongado quejido.

—¡Ah, que hubiera muerto él y no tú!

Muy pronto, toda Numancia estaba de luto. La noticia de lo sucedido corrió de boca en boca. Y según creció aquel niño malquerido, la antipatía de Leukón no hizo sino incrementarse hasta que se convirtió en abierta aversión y en clara incapacidad para tolerar su presencia.

—Me recuerda cada día a su madre y al crimen que cometió al nacer…

2

Como los dioses aprietan pero rara vez ahogan, tras el duelo sucedió que las lágrimas vertidas a lo largo de los muchos días en los que la pena hacía temblar la voz de Leukón las acabó enjugando la mujer que se hallaba más cerca.

Las malas lenguas siempre dirían que la relación ya existía antes de la muerte de la esposa legítima. Y es posible, no digo que no, pues los hombres cedemos ante las pasiones de la carne como el árbol ante un viento huracanado.

Sea como fuese, Stena pronto empezó a consolarle en las noches de invierno y las demás criadas y los devotos de Leukón pudieron

escucharlos solazarse juntos. Poco a poco la berona pasó de ser considerada una esclava a ser la amante del jefe y, al cabo, su esposa, con voz cada vez más influyente en las cosas de la ciudad.

Stena se ocupó de Idris y le escogió una nodriza durante los primeros meses en los que Leukón evitaba verlo y mientras su vientre engordaba como en una repetición obscena del último año de la muerta.

Las viejas del clan fueron las primeras en darse cuenta. Y enseguida las tribulaciones de Leukón se trocaron en alegría cuando Stena anunció que estaba encinta.

—Pronto ha llegado —dijeron las mujeres maliciosamente.

Corría un nuevo verano cuando Stena dio a Leukón un segundo hijo al que Leukón nombró como a su padre, Retógenes, que significa 'hombre noble' en el idioma celtíbero. ¡Y qué diferente la actitud de Leukón con ese segundo hijo! ¡Qué saltos y voces de alegría! ¡Con qué generosidad invitó a todos a beber con él la caelia, la cerveza de los celtíberos, con la que embriagó a los jóvenes antes de hacerlos bailar a la luz de la luna! ¡Y cómo cantó esa noche después de sostener en sus brazos al recién nacido!

—He aquí a un hombre que ha recuperado la felicidad —dijeron los ancianos.

Tan feliz se mostraba con aquel segundo varón que parecía haber olvidado la existencia de un primogénito, y así sembró la semilla de su propia destrucción.

—Haz lo que quieras con él —dijo—. Pero hazlo cuando yo no lo vea.

Esas fueron sus palabras cuando supo que Stena se disponía a alimentarle con la leche de sus pechos como a su propio hijo.

Pero con ese gesto Stena se ganó a los numantinos.

Hasta quienes murmuraban a sus espaldas y hablaban con lengua sibilina de lo que sucedía le reconocieron su buen corazón. Y así obtuvo el respeto de las gentes de Numancia, que pudieron ver

cómo Idris crecía junto a Retógenes amparado por el amor de una esclava.

3

Pero no todo en la vida es amargura.

Es cierto que a Idris le faltó el amor de un padre. El talante violento y cambiante de Leukón encontró un objetivo fácil en aquel niño que correteaba en torno a su hogar y pasaba el tiempo con los demás críos del clan y las mujeres que rodeaban a Stena, evitando cuanto podía al jefe, que entraba y salía y se ocupaba de las cosas de la guerra que empezaban los arévacos con Roma.

Así, mientras Leukón y sus hombres de confianza lideraban las acciones bélicas en los campos de batalla, los hermanos vagabundeaban por los pinares y escapaban al Duero, donde se bañaban con los hijos de las familias principales y, entre ellas, la de Ávaros, cabeza del segundo clan más distinguido tras el de Leukón.

Si Leukón tenía una clientela de veinte familias, Ávaros tenía diecinueve. Igual no había matado tantos enemigos, pero le aventajaba en el arte de la diplomacia. Los hombres de la asamblea se hallaban divididos entre aquellos dos caudillos que rivalizaban abiertamente por la jefatura.

La naturaleza zanjó la disputa: Leukón engendraba varones, Ávaros solo hijas. Sus tres primeros retoños fueron hembras. Solo al cuarto intento nació un varón que en un futuro defendería su nombre y llevaría el estandarte del clan.

Pero ya entonces los dos hijos de Leukón inspiraban más confianza, y eran más numerosos quienes entendían que la ciudad estaría mejor protegida con él. Como la hija mayor de Ávaros, Anna, nació coja y contrahecha, las viejas rumorearon que algo había en la semilla de Ávaros que parecía invalidarlo para regir los destinos de la ciudad.

Esas tres hijas estaban entre los chiquillos que pasaban el tiempo con Idris y Retógenes durante los días en que los hombres salían a cazar o a guerrear, cuando Olónico se encargaba de educarlos en el respeto a los dioses e iniciarlos en los secretos de la naturaleza. Y como para compensar la pasión que sentía Leukón por Retógenes, los dioses le concedieron a Idris la belleza de su madre. Más de una numantina suspiraba tras sus pasos a medida que crecía.

Anna había venido al mundo con la columna vertebral dañada, y a los pocos años contrajo una enfermedad que no le permitió desarrollar sus extremidades inferiores.

Sus dos piernas eran tan delgadas que parecía que cualquier golpe las fuese a quebrar. Aunque las cubría con la túnica, se notaba siempre esa debilidad. El dolor era tal que para andar se vio obligada a utilizar dos muletas que le fabricó el carpintero de su familia.

En cambio, Aunia era la más hermosa de las numantinas. Desde muy pronto desarrolló una querencia por Idris y él por ella, que se acrecentaba con la compasión que ambos mostraban hacia Anna. Aunia e Idris se emparejaban siempre y podían pasar muchas horas a orillas del río o en la cabaña de Olónico bajo su mirada siempre vigilante.

Aquella querencia con la pubertad se convirtió en algo más. La intimidad fue desarrollando unos vínculos que las escapadas en las noche de verano y el descubrimiento del cuerpo del otro transformaron pronto en un amor incipiente y juvenil, pero amor al fin y al cabo, aunque se contuvo durante mucho tiempo dentro de los lindes de la inocencia.

Ese fue el refugio que permitió a Idris sobrellevar esos primeros años en los que su pequeño mundo se vio amenazado por aquel imperio lejano cuyo nombre estaba cada vez más presente en los hogares celtíberos: Roma.

La primera vez que Idris tuvo una noción del poder de Roma fue un día que Olónico dibujó con un palo, sobre la arena húmeda junto a la laguna, un esbozo del mundo conocido.

El adivino de Numancia enseñaba cuanto necesitaba ser sabido a los niños de los principales clanes. Ese día les estaba mostrando dónde encontrar setas y cuáles se podían comer sin peligro. Y ya con las cestas llenas aprovechó para instruirlos sobre el mundo.

—Aquí están los arévacos. Aquí, hacia poniente, los lusitanos. Más arriba, pasadas unas montañas muy altas, los celtas. Al otro lado del mar también hay celtas. Y lo mismo aquí en Hibernia y en otra isla que hay hacia el oriente. Hacia el occidente nadie sabe lo que hay. Y hacia el sur, al otro lado del mar, está la Numidia…

—Pero Roma… ¿Dónde está Roma? —preguntó Idris.

—Roma está hacia el levante. Aquí.

—¿Y cuáles son los territorios que controla?

—Todas estas islas y todo esto que dominaba en su día Cartago. También Grecia, que está un poco más allá, en otra península. Y ahora Roma amenaza con expandirse hacia el Asia, que es inmensa.

—¿Cómo sabes tanto? ¿Cómo conoces todos esos sitios? —preguntó Aunia.

—Porque los hombres viajan y cuando se encuentran con otros hombres gustan de contar lo que han visto.

—¿Has visto todas esas tierras con tus ojos?

—No. Pero he hablado con suficientes viajeros para saber cómo son esos lugares y las gentes que los pueblan. ¿A vosotros os gustaría conocerlos? Por vuestras caras, Anna, Aunia y Ama, parece que no. Pero la expresión de Idris es diferente…

—A mí me gustaría ver países lejanos. Quiero descubrir qué hay más allá de los mares.

—Algún día viajarás por tierras remotas e incluso cruzarás algún mar, antes de llegar a la morada de Lugh. Pero no olvidéis ninguno que los hombres somos como las plantas. Igual no se ven nuestras raíces, pero existen. Nos atan a nuestra tierra. ¿Y qué pasa cuando se cortan las raíces? ¿Veis ese nenúfar, en ese estanque que se ha formado ahí? ¿Sabéis por qué está quieto? La raíz lo sujeta al fondo. Si esa raíz se cortase, la planta iría a la deriva y se perdería en el río. Quedaría a la merced de la corriente.

—¿Como un milano soplado por el viento?

—Así es. Pero Lugh, a todo le da sentido aunque nosotros no lo entendamos. Cuando nosotros, débiles mortales, no vemos la razón de un suceso, como las lluvias torrenciales, la sequía que destruye las cosechas o las epidemias, solo nos queda confiar en Lugh porque todas esas cosas ocurren por su designio.

—Si Idris se fuera a un lugar lejano, yo me iría con él —dijo Aunia.

—Yo también —apuntó Kara, la hija del herrero, que también asistía a las lecciones del sacerdote, tras un momento de duda.

El sol se estaba poniendo. Se encendía por encima del robledal al otro lado de la laguna.

—Ya es tarde —concluyó Olónico—. Volvamos a Numancia. Volvamos con vuestras familias.

5

Los romanos siempre fueron el principal enemigo de los arévacos. Con ellos habían estado en guerra desde que Leukón se erigió en jefe militar, y con ellos seguirían en guerra cuando Leukón muriese.

Durante la infancia de Idris, Roma estuvo en el centro de todas las discusiones que mantenía el consejo de ancianos en casa de Leukón al calor de las brasas o a la luz de la luna, cuando se reunía en las

cálidas noches de verano.

¡Roma! La lejana ciudad hacía más de dos décadas que mantenía la paz firmada por Sempronio Graco con los pueblos de Hispania. Los ejércitos romanos que controlaban el territorio se habían mantenido mucho tiempo inactivos. Y sin embargo Segeda, la ciudad de los belos, aliada de los numantinos, osó desafiar al lejano poder construyendo una muralla que, decían los invasores, violaba los términos de la paz.

Aquel incidente inflamó los ánimos de los segedenses y el Senado de Roma ordenó a sus legiones marchar contra la ciudad. Ante la presencia de un ejército tan numeroso, los segedenses optaron por refugiarse en territorio de los arévacos, en las faldas de los cerros de Numancia, bajo la protección de Leukón, quien al enfrentarse a la potencia extranjera buscó alianzas con las ciudades vecinas.

De entre todas ellas, Termancia, hacia el suroeste, era con la que mejores relaciones mantenían. Termancia nunca capituló ante Roma. Por eso Leukón viajó hasta allí con sus dos hijos. El jefe Babpo los acogió en su casa y allí compartieron la carne asada de un ciervo. Entre jarra y jarra de cerveza, los dos caudillos intercambiaron las esteras de hospitalidad y se juraron fidelidad mutua y odio eterno a Roma.

En Termancia Idris y Retógenes vieron por primera vez a un legionario.

Ese año los romanos llevaban desde la primavera en la región. Habían plantado ante la cara sur de Termancia, no lejos del río, un campamento fortificado. Los termantinos, jactándose de la inaccesibilidad de su ciudad, tenían por costumbre salir de las murallas a la caída del sol y acercarse a provocar. Había entre ellos un guerrero que medía más de seis pies. Era fornido como ninguno y llegaba hasta casi las puertas del campamento enemigo, donde increpaba a los legionarios a grandes voces y los retaba a un combate singular. Cada noche rodeaba el lugar con su carro y regresaba a la ciudad, por la puerta del sur. El silencio respondía a los gritos que les lanzaba en su tosco latín.

—¡Esos son los romanos! Cobardes como ellos solos.

Al cuarto día de repetirse la provocación, de repente sonaron las bucinas en el interior del campamento. La puerta se abrió para dejar salir a un único legionario que, poco a poco, con su gladius en la mano, se acercó al gigante.

—¿Y ese es el campeón que enviáis? —se burló el termantino. Y bajó de su carro.

Al correrse la voz, los arévacos acudieron a las murallas.

Leukón subió a lo alto de uno de los farallones de arenisca que sobresalía de la fortificación con Babpo y sus hijos para presenciar la escena. Pese a la distancia, Idris y Retógenes pudieron observar perfectamente cómo se batían los dos guerreros en un espacio, cercano al campamento, que los romanos habían despejado de árboles. El termantino acometía con fiereza desde el principio. Buscaba intimidar a su contrario. Le insultaba a cada momento. Y sin embargo aquel romano bajito y quieto aguantaba cada embestida con entereza, sin pronunciar ni una palabra.

—¿Qué te pasa, romano? ¿Es que no sabes hablar? ¿Te ha comido el miedo la lengua?

Cada nueva bravuconada era acompañada por la correspondiente embestida. No obstante, el romano esquivaba las embestidas con habilidad, sin dejar de observar a su contrincante.

Por fin los dos se enzarzaron cuerpo a cuerpo. Los golpes de espada de uno y otro se encontraron con los escudos y en las murallas se oyeron exclamaciones animando al grandullón: nadie dudaba de que saldría vencedor. Pero repentinamente el gigante dio un paso atrás. Se tambaleó. Tras bajar el brazo que agarraba el escudo dejó caer la espada que sostenía en la diestra. Se estremeció un momento. Se llevó una mano al vientre, donde el romano le había hundido la espada, y cayó de rodillas.

El legionario se acuclilló para limpiar la hoja en la hierba y la enfundó. Se acercó al caído y se inclinó sobre él. Al ponerse en pie, agitó en dirección a las murallas de la ciudad la torca que había arrancado a su rival. La alzó en el aire al son de las bucinas triunfales y los gritos de júbilo de sus compañeros de armas que

contemplaban todo desde el campamento.

Años más tarde Idris todavía recordaría la amargura con que su padre y Babpo acogieron aquella derrota simbólica.

—Aprended los dos que no siempre muerde más el perro que más ladra… —dijo Leukón—. La fuerza se le fue por la boca.

—Son pequeños esos romanos, pero saben luchar —asintió Babpo.

Ese día Idris entendió que la jactancia nunca jamás es buena consejera.

6

Pese a ello no fueron derrotas frente a las legiones que llegaban cada primavera, siempre bajo mando de un nuevo cónsul, sino victorias las que prevalecieron y marcaron la jefatura de Leukón. De todas, la mayor fue la que obtuvieron en la batalla que los romanos llamaron de la Vulcanalia, por darse en el día consagrado a Vulcano, dios del fuego.

Ese año los numantinos y sus ciudades aliadas reunieron un gran ejército para combatir a las legiones consulares. El enfrentamiento era seguro, vista la hostilidad con que se había acogido en Roma a los mensajeros arévacos, a los que se obligó a permanecer fuera de las murallas de la ciudad y se dio tratamiento de enemigo.

Finalmente, durante la primavera, se pudo juntar un ejército de más de veinte mil infantes y cinco mil jinetes que lideró el segedense Caro.

Apenas tres días después de su elección, Caro se apostó en una zona de monte bajo y atacó a los romanos cuando la columna de marcha se adentró en una quebrada del terreno.

Leukón lideraba el contingente numantino.

El combate, duro e incierto en un principio, terminó con un gran triunfo sobre los invasores, que dejaron el terreno lleno de cadáveres. Y sin embargo, cuando los arévacos los perseguían de forma desordenada, un contrataque de la caballería romana que custodiaba los bagajes resultó en la muerte de muchos celtíberos y entre ellos, Caro.

Esa misma noche, los arévacos se reunieron en Numancia y eligieron como nuevos generales a Ambón y, de manera unánime, a Leukón.

7

Corría, pues, el tercer año de la centésima quincuagésimo sexta Olimpiada*, y el sol se alzaba como una gran rueda de fuego por encima del río Duero, cuyo cauce había menguado lo suficiente en el estío como para ser vadeable, cuando llegaron las noticias de que el cónsul Nobilior, ya repuesto de la derrota, se acercaba de nuevo a Numancia.

Por el Duero habían cruzado de manera precipitada, un mes atrás, los romanos después de la estrepitosa derrota ante Caro.

El ejército consular se dirigió hasta el Talayón de Renieblas, un alto monte a escasos veinticuatro estadios de Numancia, donde, con el pretorio orientado hacia la ciudad arévaca, habían recompuesto sus fuerzas en un campamento que rodeaba la cima.

Los cuarteles romanos miraban por un lado hacia el este, por donde se levanta el Moncayo, monte sagrado de los arévacos, siempre coronado de nieve, y por otro hacia la coalición de celtíberos que, tras elegir nuevos jefes, acampaba en la llanura al pie de Numancia, perfectamente visible desde su atalaya.

El mundo amanecido debió antojárseles hermoso a aquellos hombres que se despertaron con el alba en sus tiendas y que, tras un frugal desayuno de pan con aceite y garum, una crema de

pescado fermentado, agarraron sus jabalinas, sus espadas, sus escudos.

En un día normal los romanos habrían cargado su impedimenta en las mulas y preparado una marcha o algún entrenamiento con los que sus mandos pretendían mantenerlos en tensión y con los ánimos altos después de los durísimos enfrentamientos del verano.

Pero hoy había batalla y justo antes cada cual tenía su propia rutina: los más rezaban en sus aras a Júpiter o a sus dioses familiares, a sabiendas de que el augur había encontrado indicios favorables en las entrañas de la oveja sacrificada. Otros afilaban sus gladii mientras los centuriones pasaban por las barracas urgiéndolos con sus voces.

—¡No os preocupéis, que los que hoy durmáis en el Hades no necesitaréis gran cosa! Pero no olvidéis que la muerte persigue a quien le muestra la espalda.

Un par de horas más tarde los manípulos se organizaban en la amplia llanura que se extendía por el lado menos resguardado de Numancia.

Todos quedaron encarados con la sierra de Urbión en el poniente, con el sol de espaldas. A su izquierda, una hilera de álamos acompañaba el curso menguante del río Merdancho.

Teniendo a la vista la ciudad rebelde, los legionarios se escalonaron en una forma de damero dejando el suficiente espacio entre hombre y hombre para combatir con holganza.

Delante iban los vélites, los más jóvenes.

Detrás se prepararon los asteros, los príncipes y, en una tercera fila, los veteranos triarios que de inmediato hincaron una rodilla en tierra con solemnidad.

Aquel espectáculo lo contempló Idris junto con los críos y las mujeres que se iban colocando en lo alto de las murallas de Numancia. Todos vitorearon a los hombres que habían dormido en la ciudad, mientras salían por la puerta oriental en pos de Leukón.

A los romanos los flanqueaban tanto los aliados celtíberos que habían reunido por el camino —carpetanos y sobre todo tribus costeras del levante y también del sur de la Hispania Citerior— como la siempre numerosa caballería de los númidas, sus aliados tradicionales.

Los africanos cabalgaban sin silla y aun así controlaban como nadie sus pequeñas monturas.

Desde su posición en las almenas, a Idris le costaba apartar los ojos y se fijaba especialmente en los númidas, porque como buen numantino estaba obligado a ser un ágil jinete.

En toda Celtiberia el mismo caballo llevaba a dos guerreros, uno de los cuales descendía a luchar a pie, y muchos enseñaban a sus monturas a permanecer quietas durante el combate, atadas a una clavija de hierro en el suelo, hasta que regresaban. El propio Idris había visto a Leukón y a sus mayores domar a los animales y entrenarlos para que no tuvieran miedo al fragor de la batalla. Él mismo empezaba a cabalgar y a entrenarse para la lucha.

Un sol cruel iluminaba cada vez más un cielo claro y despejado donde no había ni una sola nube. El astro rey se cernía sobre la llanura agostada donde poco a poco la sombra de los romanos se iba acortando.

El sol hacía brillar los cascos de los celtíberos que se asomaban por el poniente a espaldas de Leukón.

Sin soltar su báculo de autoridad, el jefe de Numancia marchaba en posición adelantada en tanto que por encima de sus cabezas los buitres se juntaban por decenas en el cielo y volaban con sus largos cuellos encogidos y la vista puesta en el llano, en espera de que apareciesen los cadáveres, tal como ocurría cuando se congregaba

tanta armadura.

—¡No os dejéis impresionar! ¡Todo el mundo en su puesto! ¡Mantened la formación en cuadro! —gritaban los centuriones romanos. La sed acrecentaba su impaciencia.

Cada vez despuntaban por el horizonte más y más penachos rojos de jinetes arévacos que con sus petos y armas de asta rivalizaban en número con la caballería númida. A sus espaldas, y formando una ordenada línea, llegaban infantes numantinos con sus escudos de madera en ristre, menos largos que los de los romanos pero más manejables.

La vista de aquellos celtíberos debió ser terrorífica. Aun así, los romanos se mantenían firmes en sus posiciones.

—¡Ha llegado el momento de vengar a Caro! —gritó Leukón—. ¡Acabemos lo que no pudimos concluir el mes pasado! ¡Rematemos a ese ejército de soberbios extranjeros!

—Que nadie se mueva. Que los vélites y asteros se preparen para el ímpetu. ¡Eicere pila! ¡Lanzad las jabalinas! —ordenó, por su parte, Nobilior desde lo alto de su caballo.

El cónsul se había instalado a la derecha de sus hombres en una zona ligeramente elevada.

Los niños y mujeres numantinas encaramados a las murallas podían verle desde lejos. Lo señalaron y aderezaron el ademán con insultos y maldiciones, como si el viento que se levantaba fuese capaz de llevarlos hasta aquel general romano de capa roja, acompañado de oficiales también a caballo, que observaba la cuidadosa disposición de su ejército y se preparaba para enfrentarse a su destino.

—Algún día, Idris, tú y yo lideraremos ejércitos así —murmuró Retógenes.

Aquello ya no era una emboscada como la que habían sufrido los romanos por el camino.

En ausencia del elemento sorpresa, que había ayudado a los nativos en su primer encuentro, este arrancó como una batalla clásica, con un lanzamiento masivo de jabalinas por parte de los vélites.

Los escaramuzadores, para el lanzamiento, daban un paso atrás y dos o tres hacia adelante, cogiendo impulso, y luego se replegaban por los pasillos que dejaban los manípulos entre sí para la maniobra.

Los arévacos se cubrieron con sus escudos. Cuando cesó la mortífera lluvia ellos también se descubrieron y arrojaron sus propias lanzas con los alaridos correspondientes.

—¡Protegeos! —gritaron los centuriones.

La andanada de proyectiles ensombreció momentáneamente el cielo.

Asteros y príncipes alzaron sus escudos. Los gemidos de los heridos llenaron el aire. Agonizaban los primeros hombres.

—¡Vamos a por ellos! ¡Echemos a los extranjeros de nuestro país! —gritó Leukón, al frente de los suyos.

—¡Contendinte vestra sponte! —ordenó el general Nobilior.

El clamor de uno y otro bando preludió el cuerpo a cuerpo.

Los asteros, que ya habían lanzado sus jabalinas, sus pila, fueron los primeros en acudir al enfrentamiento en tanto que las caballerías de uno y otro bando corrían furiosamente al galope.

Númidas y numantinos avanzaban por los flancos. Aunque se hostigaron lanzando sus ligeras y mortíferas jabalinas de hierro fino antes de retirarse de nuevo, ninguno de los dos cuerpos de caballería consiguió envolver al ejército enemigo.

—¡Mira allá, hermano! —señaló Retógenes.

Idris no lograba apartar los ojos del campo de batalla. Las vanguardias de ambos ejércitos se habían concentrado en dos filas continuas de hombres que se acometían en las primeras oleadas con una exaltación furiosa, con voluntad decidida de matar o hacer retroceder al adversario.

Tanto los niños numantinos desde la distancia como Nobilior, parado en lo alto del cerro en medio de sus ecuestres, constataron que la batalla parecía empatada.

Fue entonces cuando, mientras los asteros retrocedían para refugiarse por los pasillos previstos entre los príncipes, Nobilior, desde su mando, dio una voz al decurión.

—¡Que vengan los elefantes!

Un mensajero de los romanos partió a galope en dirección a la retaguardia. Al poco apareció por detrás del cerro a sus espaldas el arma secreta de Nobilior: los elefantes africanos que había enviado el rey de Numidia y que habían llegado mientras se hacían fuertes en la atalaya de Renieblas.

—¡Eso es lo que le ha decidido a dar la batalla! —murmuró Olónico, que durante sus viajes había conocido bestias similares.

Idris seguía hipnotizado. Una exclamación de temor recorrió las filas de la muchachada en lo alto de la muralla. Ellos y el mujerío observaron la evolución de un enfrentamiento que a partir del día siguiente podría determinar que se convirtieran en esclavos. Todos habían rezado a sus dioses para que favoreciesen a los suyos.

La aparición de los elefantes lo cambiaba todo.

Los más pequeños apenas cargaban con un conductor y un arquero o lancero con turbante blanco y el armamento tradicional de los africanos. Pero el resto llevaban encima torres de madera, auténticos castillos que protegían hasta a cuatro númidas de oscura tez, armados de las sarissas que habían heredado de los cartagineses y estos de los griegos, picas de veinte pies de largo con las que

ensartaban a todo el que se pusiese a su alcance.

Los paquidermos portaban capuchones rojos y estaban pintados para que su presencia resultase pavorosa. Eran una veintena.

—¡Son demonios de Elman! —exclamaron las mujeres.

10

La llegada de los elefantes provocó el temor de unos y envalentonó a los otros. Los triarios y príncipes romanos ampliaron los pasillos para dejar paso a los paquidermos que, con sus prolongados barritos, cargaron hacia el enemigo.

Ni Leukón ni ninguno de los arévacos en el campo de batalla habían visto jamás elefantes o bestias de un tamaño semejante. Pensando que eran demonios, sucumbieron al pánico. Los que no, se quedaron paralizados mientras los paquidermos los pisoteaban o los empalaban con sus colmillos provocando la desbandada entre sus filas.

—¡Los nuestros huyen! —exclamó Stena, que no andaba lejos de Idris.

También las tropas romanas repetían un grito parecido en su idioma.

—¡Huyen, Nobilior! ¡Los numantinos y sus aliados huyen!

Nobilior, que hasta entonces se mantenía en tensión en su observatorio en la colina, se sintió satisfecho. Consideraba que por fin los dioses le hacían justicia y que la fortuna, después de tantos reveses, volvía a estar de su parte. Desde su posición en lo alto de la ladera dio orden de perseguir a los numantinos en su retirada.

Los portaestandartes de sus tropas hicieron avanzar a las cohortes. El sonido victorioso de las bucinas arrastró tras de sí a los

manípulos en formación cada vez más suelta.

Desde los muros de Numancia, tanto Idris como los demás muchachos pudieron ver cómo la caballería númida se lanzaba a galope tendido por delante del ejército romano y caía sobre los fugitivos haciendo destrozos tremendos.

—¡Que alguien abra las puertas de la ciudad! ¡Los están masacrando! —se lamentó Olónico.

El resto de las tropas consulares seguían a los elefantes. Todos avanzaban hacia Numancia por su ladera menos escarpada. La batalla parecía ganada por la legión. Los numantinos se refugiaban en su ciudad.

Y ya empezaban los romanos a preparar el asalto final, con el sol en su cénit, después de haber matado mucho arévaco por el camino, cuando desde lo alto de las murallas Leukón y otros tres hombres de los que habían regresado a Numancia, con gran esfuerzo empujaron una gran piedra y la hicieron caer sobre un elefante que embestía con la cabeza contra el muro.

—¡Ahí va!

11

La roca cayó sobre la pierna del animal, hiriéndolo. La bestia soltó un tremendo gemido y se tambaleó, desconcertado por la agresión.

Por suerte para los numantinos, el conductor africano no supo apartar al elefante. Viendo que este se retorcía de dolor, los defensores rociaron al animal herido con una lluvia de jabalinas que lo irritó más aún.

Mientras tanto, Idris y Retógenes y el resto de los chiquillos en lo alto de las murallas empezaron a participar en la batalla. Lanzaban piedras. Las mujeres sacaban cuchillos y dagas para defenderse o

ayudar a los hombres. Comprobar que era posible herir a una de las grandes bestias suponía una inyección de moral.

—¡Continuad! ¡Continuad! —gritaban los hombres con un entusiasmo renovado.

Y es que la veleidosa fortuna daba señales otra vez más de su intención de cambiar de bando.

Aunque parecía que el elefante herido fuera a derrumbarse, finalmente se enderezó. Con paso cojeante y sin hacer caso a las indicaciones del conductor, empezó a huir cerro abajo entre tremendos barritos.

Las orejas que agitaba —una de las partes más blandas de su anatomía— estaban erizadas de jabalinas. Al africano que lo cabalgaba no le fue posible detenerlo. Con lo mucho que se agitaba la bestia no lograba clavarle en la cerviz la estaca prevista para ello. Era el modo de proceder cuando un elefante enloquecía.

Enseguida los demás elefantes, que detrás de esas caretas monstruosas son seres inteligentes y sensibles, se contagiaron del pánico del herido. Ellos también empezaron a alejarse. Trotaron rompiendo con sus grandes patas las líneas de la infantería de Nobilior que los tribunos procuraban en vano organizar en medio del desconcierto general.

Así fue como en medio de la confusión los propios romanos, sin atender a las voces de los centuriones, se desbandaron por las cercanías.

Al ver lo que estaba sucediendo, Leukón mandó abrir las puertas y permitió que los numantinos y sus aliados saliesen nuevamente con furiosa alegría de las murallas y acometiesen por los pinares y encinares vecinos a los extranjeros que huían hacia el levante.

—¡Matadlos a todos! —gritó mientras sus hombres corrían en pos de los vencidos.

Él mismo salió con el gentío al campo de batalla. Viendo a Idris cerca, en medio de un grupo de muchachos, le obligó a avanzar

hasta un tribuno romano que había caído al pie de las murallas, no lejos de la puerta.

—¡Está muerto! —exclamó, cogiéndole del brazo y alargándole su espada—. ¡Córtale la mano derecha y después la cabeza!

Idris nunca olvidaría el momento. De repente sintió una humedad por la pierna. Leukón se le quedó mirando. Al darse cuenta soltó una carcajada. Los hombres que había cerca también se rieron. El niño se había meado encima.

12

La vacilación de Idris a la hora de mutilar al tribuno romano caído había irritado al padre y provocó un nuevo disgusto.

Pasó el tiempo, y cada vez que Leukón lo veía observar el cráneo que desde entonces colgaba de un gancho en la pared junto con del resto de romanos, al menos una docena, que había matado en combate singular, y que siempre enseñaba orgulloso a los visitantes de la casa, no podía disimular su contrariedad.

—Este hijo mío no tiene el suficiente odio a Roma… Así no podrá liderar nunca a los numantinos.

Idris no contestaba, pero sufría la frialdad de Leukón y, a medida que crecía, la animadversión se hizo cada vez más evidente. Ya ni siquiera la intervención de Stena limaba las aristas.

—Ya es hora de que salgas de las faldas de las mujeres —decía Leukón, quien con la edad le exigía cada vez más.

Ni siquiera constatar que la pericia de su hijo con las armas crecía y que superaba con facilidad a su hermano Retógenes, o que montaba tan bien a caballo como él mismo, bastaba para suscitar en Leukón algo parecido al cariño. Ni aun así pudo Idris ganar el afecto paterno.

Llegó el momento en el que habiendo cumplido Idris los dieciséis años y Retógenes quince, Leukón consideró que era hora de buscarles esposa.

Hacía ya un tiempo que reflexionaba sobre la cuestión. Siguiendo una antigua tradición numantina se consideraba que, al ser Ávaros el jefe del segundo clan, correspondía que los vástagos de uno y otro se enlazasen. Y Ávaros tenía tres hijas en edad de matrimoniar.

—Así se sellará la alianza entre las dos familias. Es la manera de evitar futuros enfrentamientos —dijo Olónico.

Ávaros y Leukón se habían reunido en reiteradas ocasiones. El enlace quedó pactado a gusto de todos, salvo de los principales concernidos. Idris oyó a los ancianos hablar a sus espaldas, pero solo acabó de entender qué tramaban los dos jefes cuando se lo anunció su padre.

—Hijos míos. La decisión está tomada. Os casaréis esta primavera con las hijas de Ávaros.

En ese momento, Idris sintió una tremenda alegría. Aunia y él eran bastante más que amigos y, aunque no lo hubiera manifestado abiertamente, creyó que su padre lo había entendido. Pero el gozo duró poco.

—Se enlazará primogénito con primogénita y cadete con cadete —dijo Leukón—. Idris con Anna y Retógenes con Aunia.

Retógenes, que nunca se había interesado por ninguna de las dos, no dijo nada.

Y sin embargo Idris respondió como si le acabara de picar una avispa.

—¿Por qué?

—Por cuestión de edad —dijo Leukón—. Es natural que el primogénito enlace con la primogénita. Ávaros insiste en que sea así. Es una de las condiciones que impone. Quiere ver casada a la coja primero.

Idris le mantuvo la mirada. Pensó que en lo muy profundo a Leukón aquello le satisfacía.

—De todas formas, no te debo ninguna explicación —continuó Leukón—. Como jefe de Numancia te digo lo que ha de ser y tú obedeces. Te casarás con Anna y tu hermano con Aunia.

—No me casaré con ella, no.

—¿Qué acabas de decir?

Leukón no esperaba que el polluelo le replicase. Era la primera vez que Idris le plantaba cara y le miró con incredulidad.

—He dicho que no me casaré con ella —dijo Idris—. No me casaré con Anna. Y no por coja, sino porque es a Aunia a quien quiero.

Leukón hizo como si no le hubiese oído. Repitió marcando cada sílaba que era una decisión tomada. Era una orden suya avalada por el consejo de ancianos tras una negociación complicada. Pero Idris por primera vez en su vida no agachó la cabeza y mantuvo una actitud retadora.

El resultado fue que la mano del padre se disparó y golpeó al joven, quien, aturdido, permaneció en el suelo.

Hasta ese momento cada vez que su padre le golpeaba Idris bajaba la cabeza y aceptaba el castigo.

Sin embargo, aquel día en su interior se revolvieron todos los demonios. Tras levantarse, miró a Leukón y cargó contra él con toda la rabia acumulada desde niño. Lo empujó con ambas manos. Leukón tropezó. Con los ojos inyectados en sangre, el hijo agarró su báculo. Le golpeó. Lucharon por el báculo. Y quién sabe en qué habría terminado todo aquello si no se hubieran interpuesto Stena y

Retógenes.

—¡Vete! —El jefe echaba espumarajos por la boca—. ¡Fuera de mi vista, muchacho infame! ¡Te casarás con quien yo te diga y harás lo que yo te ordene! ¡Y si no, te irás mañana mismo de esta ciudad! ¡Desaparece de mi vista! ¡No quiero tenerte más bajo mi techo!

14

El odio había acompañado a Idris desde que en las postrimerías de la noche cruzó las puertas de la ciudad en medio del silencio de los vigías, sin que nadie hiciera nada para detenerlo.

Llegó al Duero sin mirar en ningún momento hacia atrás. Los años podrían pasar, pero Idris nunca olvidaría los golpes que su padre le había prodigado tantas veces, el desprecio con que siempre le había tratado y que resultaba más hiriente por contraste con el amor que mostraba sin embozo por Retógenes…

Todo ese odio se había empozado en su alma.

Cuando esa tarde había bajado a la laguna para encontrarse con Aunia, lo único que quería era vengarse y escapar de la tiranía de Leukón.

Y cuando regresó a la ciudad ya había corrido la voz de la disputa entre ambos, y ningún numantino le dirigió la palabra. Eso propició que a la madrugada siguiente, después de dormir en el corral con los animales, recogiese sus pocas posesiones en un petate y saliese como un ladrón de una casa a la que no pensaba regresar jamás.

La orilla relucía con el rocío. Amanecía cuando Idris echó sus cosas dentro de uno de los muchos esquifes ocultos entre las hierbas. Lo empujó dentro del agua, se subió a él y cogió el remo que había encima. Sonaba el canto de una codorniz. El remo penetró una y otra vez en la superficie del agua. Por el aire volaba una alondra que Idris ni miró. Mientras guiaba la embarcación río abajo y sin

volver la cabeza, permitió que la corriente lo alejase cada vez más rápido.

Al torcer el primer recodo del Duero sintió una exaltación liberadora y a la vez una gran congoja.

Ambos sentimientos eran como la luz y las sombras que luchaban en el horizonte que ya se encendía y donde la aurora se abría como una gran rosa en el cielo.

Así fue cómo Idris abandonó Numancia.

Se marchó para no regresar sino diez años después, cuando muchos pensaban que estaba muerto y nadie esperaba volver a verlo jamás.

15

Bellum a nulla re bella.*

---

*153 a. C. (N. del E .).u

*Este latinajo estaba escrito en un margen del manuscrito original con la letra del padre Fita. (N. del A .).

Escipión Emiliano y el regreso de Idris

Más tuvo (Escipión) que luchar dentro del campamento con nuestros soldados, que en el campo de batalla con los numantinos. Vejados aquellos con asiduos y serviles trabajos, se les mandaba construir empalizadas, ya que olvidaron el manejo de las armas, y mancharse con el lodo, ya que rehusaron cubrirse de sangre.

LUCIO ANNEO FLORO, Compendio de las hazañas romanas

1

El tiempo pasaba con rapidez y diez años después los numantinos que pastoreaban por los alrededores de su ciudad pudieron ver cómo por uno de los senderos del cerro más alto, hacia el noreste, ascendían las primeras hiladas de romanos con sus escudos y sus lanzas, seguidos por tropas auxiliares hispanas que los doblaban en número y una infinidad de mulas y carros.

Aquellos legionarios formaban parte de cohortes derrotadas en muchas batallas que había reagrupado en la costa tarraconense el veterano cónsul Publio Escipión Emiliano, quien hoy marchaba en cabeza a caballo y que, en espera de volver a vestir la púrpura, llevaba encima de su túnica un sencillo sago negro. De luto, decía, por la molicie de sus hombres.

Cinco meses habían bastado al afamado general para convertir

aquel cúmulo de indisciplinados combatientes en algo parecido a un ejército.

Medió hasta entonces un severo entrenamiento durante el cual el cónsul los había obligado a excavar y rellenar fosos a diario, construir y demoler muros de piedra, marchar siempre en formación de cuadro y, si bien permitía a los enfermos desplazarse a caballo, también repartía entre los demás las cargas excesivas para las mulas.

Cinco meses durante los cuales se les habían unido sus aliados en la región, además de los contingentes asiáticos enviados por Antioco de Siria y Átalo de Pérgamo; y por último, una docena de elefantes africanos regalo de Micipa, rey de Numidia, cuyos barritos ya apenas asustaban a los indígenas, dado que la experiencia enseñaba que pese a su aspecto imponente eran bestias de instinto gregario y pacífico: a veces su mera presencia atemorizaba al adversario y otras bastaba con herir a uno en la trompa para que los demás se desbandasen.

A aquellas bestias se debía, aun así, el que durante la penosa travesía por los abruptos territorios de la Hispania Citerior, tan duramente conquistada palmo a palmo, los hubiesen evitado las tribus rebeldes.

Bajo el mando del cónsul Escipión, los romanos únicamente se habían detenido para arrasar los cultivos a su paso. Especialmente los de los vacceos, que suministraban trigo de Numancia.

Su actividad principal había consistido en talar árboles y apilar las estacas en los grandes carros que los seguían tirados por acémilas, esclavos y soldados, y a veces, cuando los hombres se agotaban, por elefantes.

Por fin, una vez fijado el emplazamiento del campamento en el cerro más elevado, y mientras se cavaba una zanja alrededor, Escipión Emiliano decidió salir acompañado únicamente por un puñado de hombres de su guardia personal, escogidos entre los veteranos que permanecían junto a él desde Roma, y su fiel Polibio.

2

—Ahí está Numancia —dijo Escipión.

Él y Polibio al frente del pequeño contingente habían descabalgado para encaramarse a una peña desde lo alto de la cual se divisaba por fin la ciudad enemiga. El mismo sol que los venía azotando a lo largo de los meses de verano, enrojeciendo sus rostros y agostando los campos de trigo, se ponía ahora lánguidamente por el poniente.

—Poca cosa parece para oponer tanta resistencia… —dijo Polibio.

Y era cierto. Aquel recinto amurallado de seis hectáreas contenía varios centenares de casas, la mayoría chozas, alineadas a media ladera del cerro vecino que se elevaba unos doscientos pies sobre el llano. Las casas tenían muros de mampostería, tejados de paja y barro, y los moradores que se afanaban a lo lejos en calles pobremente empedradas no sobrepasaban las dos o tres mil almas. Contando los de fuera de la muralla, como mucho llegarían a ocho mil.

La colina que a tramos aparecía cubierta por una alfombra dorada estaba salpicada de zonas boscosas con mucho pino, mucha encina, bastantes robles, campos de cultivo parduzcos y pequeñas granjas que bajaban por la ladera hasta la orilla del Duero, donde las hileras de puntiagudos chopos acompañaban el curso del agua.

Hacia el norte de la ciudad un abundante arbolado escondía numerosos humedales y también la laguna que formaba el río allí donde recibía las aguas de otro curso menor, el Tera.

A esas alturas los romanos estaban familiarizados con la manera de guerrear de los arévacos, a la que habían bautizado como «guerra de fuego».

Si las confrontaciones con los pueblos germánicos y asiáticos se decidían habitualmente con una única batalla y casi todas al primer choque por el ataque de todas las tropas, en Hispania, en cambio, la noche podía interrumpir la contienda, pero los dos bandos resistían

y, al amanecer, retomaban unos combates que solo terminaban con los fríos del invierno.

—Poco parece para llevar tantos lustros resistiéndonos, es cierto —continuó Escipión—. Pero los dos sabemos que esos campesinos que se mueven entre cabras son los responsables de los mayores quebraderos de cabeza que han caído sobre Roma desde la guerra con Cartago. Ellos encabezaron la confederación que derrotó a Nobilior en esta misma llanura no hace tanto. Después osaron enfrentarse al ejército del cónsul Metelo, que sucedió a Nobilior y quien tras dos años guerreando no consiguió doblegarlos.

»Se burlaron igualmente de Quinto Pompeyo, primer nombre famoso de esa gran familia patricia, el cual firmó un tratado de paz innoble a espaldas del Senado. Y por último han derrotado al cónsul Mancino, a quien acompañaba como cuestor mi cuñado Tiberio Graco. Con una hábil emboscada en un desfiladero consiguieron que les rindiese su ejército sin combatir…

»Y cuando el Senado, como castigo por su comportamiento deshonroso, ordenó entregarles a Mancino, abandonándolo ante esas murallas desnudo y con las manos atadas, esos rústicos que vemos ahí nos lo devolvieron vivo, para mayor deshonra de Roma.

»Y por eso los siguientes cónsules nunca se han atrevido a atacarlos hasta que me han encomendado a mí, a Publio Cornelio Escipión Emiliano, el nieto del vencedor de Aníbal, acabar de una vez por todas con su rebelión.

»Hoy me llaman el Africano Menor porque soy el responsable de que Cartago sea una ruina. Pero te puedo decir que cuando termine con esto me llamarán el Numantino y llevaré ese título con orgullo.

Mientras hablaba, Escipión Emiliano observaba las toscas murallas de Numancia y se arrebujó en su sago ibérico protegiéndose del incómodo viento.

Al cabo, tras una nueva mirada hacia el poniente por donde el sol empezaba a descender, frunció el ceño y se encaminó de vuelta hacia donde esperaban el poeta Lucilio y los restantes jinetes de su guardia personal.

—Ahora nos toca descansar, Polibio. Debemos reposar el cuerpo y la mente. Es importante empezar mañana la campaña bien dispuestos. Hasta aquí todo ha sido un largo prolegómeno. Regresemos —dijo, mientras sus sandalias pisaban las breñas de aquellas tierras salvajes con las que empezaba a estar cada vez más familiarizado.

3

Hacía ya demasiados años que Hispania se había convertido en un problema para Roma. Eso se reflejaba en la actitud de una juventud romana que no quería luchar en aquella salvaje y dura guerra, como la llamaba el poeta Lucilio. Durissimum bellum, decía Cicerón.

Para cualquier destino siempre había habido en la ciudad de las siete colinas más aspirantes a tribunos de los necesarios.

Pero vistas las decenas de miles de muertos cuya sangre bebían los páramos celtíberos, eran cada vez menos los que escogían la península ibérica para adornarse de las necesarias victorias que les permitiesen, a su regreso a Roma, triunfar en la política. Y eso que había inmensas cantidades de riqueza en juego.

Desde hacía más de dos décadas, la Hispania Citerior se había convertido en sinónimo de problemas. Los casos de cónsules castigados durante el arranque de las guerras numantinas perduraban en la memoria de todos.

Cuando se elegían tribunos para servir en Hispania con cualquier general, los jóvenes se resistían e incluso se negaban a alistarse sin que ningún castigo pudiese evitarlo, de lo numerosos que eran.

En semejante circunstancia había sido muy admirada en su día —de eso hacía ya diecisiete años— la actitud de Escipión Emiliano cuando, preguntado sobre el destino que deseaba, declaró sin dudarlo que, pese a que le invitaban a ir a Macedonia y a su convencimiento de que conseguiría mayores riquezas en Asia, sin

embargo, como buen ciudadano, consideraba su deber plegarse a las necesidades de la República:

—En consecuencia, iré a prestar mis servicios como tribuno a Hispania.

Al oír aquello la mitad del Senado acudió a abrazarle. Más de un patricio se vio obligado a alistarse, so pena de que la comparación los deshonrase.

Ahí había empezado la brillante carrera militar de Escipión.

Quizás por ello a nadie le extrañó cuando a los pocos años, ya de regreso en Roma, ese mismo joven de pulcros bucles y cuidadosa higiene fuese elegido el cónsul más joven de la historia de la República para enfrentarse con Cartago.

Y ya con la cabeza cubierta de canas y menos cabello en las sienes, a sus cincuenta y un años, tras ser nombrado nuevamente cónsul, aquel era el hombre en quien el Senado había pensado para poner fin a las revueltas incesantes de la provincia.

—¿Cómo puede ser que no haya un Catón que clame por la destrucción de Numancia como se hizo hace catorce años con Cartago? —dijo, al tiempo que cruzaba la puerta pretoriana del campamento.

Por doquier se levantaban las primeras tiendas entre gritos marciales.

—¿Tanto han decaído nuestros valores? ¿Tan difícil es que alguien dé un paso al frente? ¿A esto está llegando nuestra República? —lamentó.

4

Los numantinos que salieron al día siguiente bajo un cielo con las

nubes colgadas de los picos de la sierra anunciando próximas lluvias se encontraron con que, hacia levante, se alzaba una larga empalizada que bajaba del cerro más alto de los que rodeaban Numancia y llegaba hasta las cercanías del río Merdancho.

Durante las horas de la noche, los romanos habían cavado una fosa de medio metro, aprovechando la tierra extraída y cualquier piedra cercana para apuntalar unas estacas a las que solo dejaban las ramillas laterales que luego se entrelazaban.

Pero la sorpresa de los numantinos fue todavía mayor cuando en torno al mediodía y con un sol esplendoroso en lo alto del cielo corrió la voz de que volvía Idris, el hijo de Leukón, el gran caudillo de Numancia, al que este había expulsado de la ciudad diez años atrás como consecuencia de un enfrentamiento en el que era fama que estuvieron a punto de entrematarse.

A esas alturas nadie ignoraba que el profundo aborrecimiento de Leukón por su hijo databa del mismo día de su nacimiento.

A cualquier interesado por el asunto se le contaba que la madre había muerto durante el parto y que Leukón, que amaba con pasión a su esposa, nunca pudo soportar la vista del niño, que fue criado por una nodriza proveniente del norte y por Stena, la esclava que el caudillo había tomado como segunda esposa y con quien tuvo su segundo hijo.

Aquella era una de las historias que los viejos del lugar contaban al calor de la hoguera, cuando caía la noche, junto con otros relatos que explicaban el pasado de Numancia. Desde entonces muchos viajeros regresaban jurando que habían visto al hijo de Leukón enloquecido y cabalgando como un alma en pena por los montes que rodeaban su antigua patria.

Por eso, nada más saberse la noticia, enseguida abarrotaron las calles decenas de numantinos que se asomaron para ver pasar a aquel jinete que, tras identificarse a voces, cruzaba los portalones abiertos desde primera hora que flanqueaban dos torreones por el costado norte de la ciudad.

En medio de la expectación el hombre que debiera haber sido un

día su jefe recorrió en silencio y haciendo caso omiso de miradas unas calles que conocía de memoria y que se orientaban en dirección oriente-poniente, salvo las dos principales, que miraban al septentrión, y que en los cruces rompían la alineación para formar esquinas que cortaban el helado viento que corría en invierno, el temido cierzo.

Seguido cada vez por más gente, el recién llegado guio su caballo thieldón hasta el umbral mismo de la casa paterna, que estaba en el mejor barrio de Numancia, hacia el sureste, y descabalgó.

Sujetando al animal entró en el patio donde de inmediato quedó encarado con su hermano Retógenes, que salió sin siquiera dirigirle la palabra.

5

—Veo que te alegras de verme —dijo Idris. ¿Dónde está padre?

Aunque nacidos de la misma simiente, no podía haber mayor contraste entre dos hermanos.

Los ojos de Idris eran zarcos, fríos. Su tez, clara. El cabello rubio y tan largo como el de los guerreros arévacos. Medía más de cinco pies y su físico musculoso estaba lleno de cicatrices. Se cubría con un sago desgastado que medio escondía la espada sujeta al cuerpo por un tahalí, y del ancho cinturón de cuero pendía por el otro lado un puñal.

Retógenes, en cambio, era barbudo y ancho de espaldas. Tenía el pelo oscuro y enmarañado, sujeto por una fina cinta sobre la frente. Andaba en túnica corta. Llevaba a su costado una larga espada suspendida por anillas al tahalí. Y nada en su presencia lo distinguía, salvo sus ojos oscuros y penetrantes como dagas en los que anidaba siempre una sorda amenaza.

—No está nuestro padre. Y no lo estará nunca para ti, bien lo sabes.

No entiendo cómo tienes la desfachatez de presentarte aquí. ¿No aprendiste que el exilio, según nuestras costumbres, es irrevocable?

—Regreso —replicó Idris—, porque he tenido noticia de que Roma ha movilizado un ejército de más de sesenta mil hombres para atacar Numancia. El general que los lidera es el cónsul que destruyó Cartago. Y tiene órdenes de hacer lo mismo con vosotros. Estáis en grave peligro. Os harán falta todos los apoyos que podáis tener.

La confrontación seguía atrayendo gente. A los numantinos congregados en la calle les llegaban las voces de los dos hermanos.

—Numancia lleva mucho tiempo resistiendo los envites de Roma —dijo Retógenes—. Y volverá a hacerlo, hermano. Llevamos años sin tu presencia. Y ni se te ha echado en falta ni se te echará cuando te marches por donde has venido. Te ruego por lo tanto que des media vuelta, montes en ese caballo y no regreses jamás, pues ese es el deseo de nuestro padre.

El caballo que Idris tenía sujeto por la brida era una hermosa yegua de pelaje moteado con cola y crines oscuras. El animal se removió inquieto y soltó un relincho. Era como si entendiera lo que se hablaba. Idris la tranquilizó acariciándole el morro.

—Te repito que no me iré sin haber hablado con él.

Retógenes meneó la cabeza. Él conocía bien la terquedad de Idris. Por unos momentos estuvo tentado de echar mano a la espada, tal como tenía encomendado. Pero justo entonces se oyó una voz ronca a sus espaldas.

—No desenvaines el arma, hijo. Déjale hablar. Quiere hablar conmigo. Sea —dijo Leukón, surgiendo de la penumbra.

6

Leukón había vivido diez largos lustros y, pese a que hacía un par

de inviernos que la nieve no abandonaba su barba y que su pelo era cada día más escaso por encima de su amplia frente, aún mantenía el vigor suficiente para matar, cuando era necesario, hombres tres veces más jóvenes.

Veinte años hacía que había luchado junto a Caro el día en que ambos comandaron a los arévacos en la grandiosa emboscada que destrozó al ejército de Nobilior y que ya era cantada por toda la Celtiberia.

Cuando Nobilior lanzó sus elefantes contra Numancia, él mismo lideró la coalición celtíbera durante la persecución de las tropas invasoras y pudo pagarse el lujo de rematar a una de aquellas bestias que después de ser herida terminó por doblar las rodillas en medio de un enjambre de hombres que atacaba sus ojos y hurgaba con sus armas hasta encontrar los resquicios más blandos de su piel.

Leukón también estuvo al frente de la ciudad cuando, tras la derrota imprevista del cónsul Mancino, los romanos lo trajeron de vuelta desde Roma y lo dejaron maniatado a las puertas de Numancia.

Por su mano habían perecido centenas de legionarios a lo largo de las décadas. Y todos habían aprendido que la consigna arévaca de morir durante el combate antes que aceptar la derrota no era ninguna broma.

Bajo esa máxima, Numancia se había hecho célebre, respetada.

Aquel era el hombre que, avanzando unos pasos, se encaraba con su hijo apoyado en un báculo de autoridad que remataban en su parte superior dos bustos de caballo mirando cada cual hacia un lado.

Resultaba claro que su rostro envejecido era más parecido al de Retógenes que al de Idris, y casi se diría que la expresión se contagiaba del uno al otro.

Diez largos años habían pasado desde la última vez que Leukón e Idris habían estado frente a frente, y durante unos instantes eternos los dos mantuvieron la mirada con una tremenda dureza, sin apartarla ni uno ni otro.

La cicatriz que le había hecho al padre el hijo seguía visible en la mejilla del jefe.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo Leukón.

—Solo ayudaros. En todas las poblaciones que nos rodean, en Uxama, en Termancia, en Lutia, se habla del enorme ejército movilizado por Roma. Os habrá llegado noticia de que Uxama les ha rendido vuestro depósito de trigo. Todos dan a Numancia por destruida. Yo no podía quedarme cruzado de brazos. Por eso estoy aquí. No exigiré honores de jefe, solo derecho a guerrear por mi gente.

—Esta ya no es tu gente.

Aquellas seis palabras pronunciadas por Leukón hirieron profundamente a Idris, quien por un instante lamentó haberse decidido a volver.

—Lo queráis o no lo sigue siendo.

—Nosotros te decimos que no —respondió Retógenes.

—¡Calla, déjame hablar! —exclamó Leukón.

7

Retógenes retrocedió un paso visiblemente enojado por la manera en la que su padre le retiraba toda autoridad ahora que era él su sucesor y el hombre destinado a ejercer la jefatura cuando desapareciese. Su orgullo se resintió vivamente.

Pero antes de que pudiese replicar nada, salió del interior de la casa su madre.

A Stena la seguían sus dos hijas pequeñas, las últimas que había alumbrado y que se agarraban a su cintura. Cada una llevaba consigo la pequeña muñeca de madera que les había entregado

Olónico y que Idris reconoció enseguida: eran idénticas a las que acariciaron en su día las hijas de Ávaros.

Stena, que era tres lustros más joven que Leukón, había parido ocho criaturas, de las cuales solo tres habían sobrevivido. Pese a ello y pese a que estaba cada vez más entrada en carnes, aún se adivinaba en ella la belleza de su juventud.

Aquella mujer que le había permitido compartir el pecho destinado a su hijo se había ganado un cariño que asomó por un momento a los ojos de Idris.

La antigua esclava llevaba el pelo grisáceo cubierto por una toquilla prendida a los hombros de su túnica con fíbulas de bronce, y un pectoral dorado decorado con esvásticas brillaba en su pecho colgando de una cadena. A Idris le dolió constatar el efecto que el tiempo había tenido sobre ella.

—Idris tiene razón —dijo Stena—. No es el momento de nuevas divisiones. Hemos de enterrar lo pasado. Diez años han sido suficiente castigo.

Leukón se volvió hacia su esposa con una mirada reprobatoria. La clemencia femenina le irritaba. Pero era sabido que en el ámbito doméstico y en todo lo que tenía que ver con la familia, al final hacía más caso del que pretendía a su mujer.

—Está bien —dijo—. Aunque solo porque lo quieres. ¡Que se instale en la casa del herrero, que acaba de morir! Eso sí, hazte discreto y procura no cruzarte en mi camino.

—Así lo haré, padre. No lamentarás haber tomado esta decisión.

Pero Leukón ya le volvía la espalda y desapareció en el interior de la casa.

A esas horas algunas numantinas aprovechaban el buen tiempo para bajar hasta donde el Duero doblaba su curso al pasar junto a Numancia.

En la ladera, fuera de las murallas, se levantaban algunas casas. Por ahí se extendió la ciudad en tiempos de la primera guerra contra Roma, cuando muchos vacceos y arévacos se refugiaron en ella, y un poco río arriba estaba el embarcadero al que llegaban los pequeños esquifes con velas que utilizaban los comerciantes de otras poblaciones ribereñas para transportar sus mercancías.

El Duero tenía allí ciento veinte pies de ancho entre orilla y orilla. Un único comerciante de vino recién llegado negociaba con un cliente de Leukón. No muy lejos, un par de hombres con la túnica remangada y el agua hasta las rodillas pescaban con un palo afilado entre las rocas rodadas. En los sotos ribereños se alborotaban las últimas golondrinas.

Una media docena de muchachas excitadas acababan de acercarse al agua fresca que corría sobre los cantos junto a la ribera donde las raíces de los chopos, juncos y mimbreras se mezclaban con el musgo que cubría el suelo en zonas umbrías.

Aquel era el punto más cercano a Numancia donde uno podía bañarse cuando el tiempo lo permitía.

Muchos preferían la laguna emplazada hacia el norte, más tranquila, pero había orden de no acercarse por la proximidad de los romanos, de modo que las jóvenes habían decidido quedarse en la cercanía de la ciudad.

—Metamos los pies en el agua —dijo Aunia, desatándose las correas de las abarcas.

Un grupo de devotos de Leukón, todos con casco, escudo y lanza, seguían a Aunia a cierta distancia mientras las mozas se acercaban al borde del agua donde el río se remansaba.

La hija de Ávaros bajaba a menudo allí porque se decía que Numa, el fundador de Numancia, tras alcanzar al jabalí infernal y darle muerte, se había encontrado en esa misma orilla con una de las

diosas Matres, a la que forzó. Esa Matre fue la que dio nacimiento a los numantinos. Aunque Lugh los castigó con la muerte de sus primogénitos, la diosa había parido en la misma ribera siete veces. Desde entonces recurrían a ella las mujeres que querían concebir. Y es que toda Numancia sabía que Aunia, después de cuatro años de matrimonio, seguía sin descendencia.

Durante algunos días la hija de Ávaros había creído que por fin la diosa escuchaba sus ruegos.

Pero esa misma mañana sus ropas volvieron a aparecer manchadas con la sangre menstrual: eso le había provocado una decepción importante. Hacía un par de horas que daba muestras de irascibilidad y las chicas sufrían su humor alterado. Todas vestían túnicas blancas de lana. Todas llevaban la cintura bien ceñida por un ancho cinturón rematado en un broche de bronce. Todas tenían el cabello recogido en largas trenzas como gustan las arévacas.

—¿Todavía no? —preguntó su hermana pequeña, Ama, alejándose del resto para sentarse a su lado. Ella conocía bien sus estados de ánimo. En los últimos tiempos se habían acercado mucho las dos. Una trucha brincó no lejos sobre el agua.

—Todavía no —respondió Aunia.

—Retógenes se va a sentir decepcionado… —dijo Ama.

Aunia se encogió de hombros y jugueteó con el brazalete en espiral que llevaba en su brazo izquierdo. Pero enseguida cambió de tema.

—Lástima que no podamos ir a la laguna. Pronto el agua estará demasiado fría…

Aunia creyó percibir un movimiento en la otra ribera. No estaba muy segura, porque sus ojos, cuando miraron hacia el otro lado donde crecía un sauce llorón, no vieron nada. Aun así se sintió incómoda.

—Vámonos… —dijo.

Y se puso en pie justo cuando desde la ciudad bajaba corriendo Nunn, una chica menuda y vivaracha perteneciente también a la

clientela de Leukón, a quien su padre tenía previsto desposar en breve.

9

—¡Aunia!

La joven aún jadeaba y recuperaba el resuello mientras Aunia se calzaba en la orilla. Sus piernas relucían a la luz del sol, morenas y bien torneadas, con la firmeza de la juventud. A su lado las demás parecían niñas. Todas pertenecían al clan de los Leukón o al de Ávaros, el gran rival de Leukón, al que había disputado, sin éxito, la jefatura.

—Aunia, traigo noticias. ¡Idris ha vuelto a la ciudad!

—¿Estás segura de lo que dices?

La inquietud se había apoderado de Aunia. Un torbellino de emociones y pensamientos descabellados acudió a su cabeza. Esto era algo que ni ella ni nadie esperaba… No a esas alturas y desde luego no de esa manera.

—Como de que luce el sol. Ha cruzado la puerta norte. Llegó hasta la casa de su padre y allí se encaró con tu Retógenes. Mi prima estaba con Stena. Lo ha oído todo. Idris ha dicho que Numancia necesitará ayuda para defenderse de los romanos y que nadie puede quitarle el derecho a luchar por la ciudad. Leukón iba a echarle pero Stena ha intercedido por Idris…

Aunia torció el gesto y su hermana pequeña la ayudó a colocarse la toquilla, cubriendo las espesas trenzas sujetas por coleteros de plata. Sin decir ni una palabra ambas volvieron hasta donde esperaban los guerreros.

—Vamos —dijo Aunia al tiempo que recogía su túnica para andar con celeridad.

Las muchachas conocían el pasado de Aunia y callaron mientras se encaminaban en grupo de vuelta a Numancia.

Los hombres armados que había desplegado Leukón por precaución las siguieron con un bostezo. Todos ascendieron por el sendero de arena que serpenteaba entre las encinas y llevaba hasta la puerta de la ciudad.

10

Amor metu vacat.

Arranca el asedio

CIRCUNVALAR (del lat. circumvallare).

Cercar, ceñir o rodear una ciudad, una fortaleza, etc.

DRAE

1

—¿Qué demonios les pasa a los hombres, decurión Mario?

El campamento que Escipión había puesto bajo el mando de su hermano, Quinto Fabio Máximo Emiliano, estaba situado en el cerro que los indígenas llaman Peña Redonda, enclavado en unas lomas que bajaban mansamente al río Merdancho. Desde su posición elevada al sureste del cerro de Numancia se podía controlar la ladera meridional de la ciudad. Su eje principal corría de noroeste a sureste siguiendo una zona allanada y en su centro se cruzaba con otra vía perpendicular.

La organización del campamento era la habitual. Los barracones se iban levantando en torno a las tiendas. Estaban alineados a lo largo de calles paralelas formando una cuadrícula y los contubernios se organizaban según un orden que los hombres conocían de memoria. Cada cual tenía su propia mula y un par de sirvientes para cuidar la provisión de agua y ayudar a montar y desmontar las tiendas o

reparar los equipos.

Más o menos en el centro de los cuarteles, donde se cortaban la vía pretoriana y la principal, se elevaban las primeras toscas construcciones alrededor de una plazoleta que hacía las veces de foro, y junto a ellas estaba, aunque aún fuera una simple tienda, el pretorio de su general Fabio Máximo. La construcción en piedra arrancaría pronto. Pero después de acabar la muralla exterior.

—No lo sé, general.

—Ve a informarte.

Sentado en una silla plegable, Quinto Fabio Máximo volvió a cerrar los ojos mientras Cayo Mario se iba al foro en torno al cual ya instalaban sus tabernas los imprescindibles mercaderes que seguían siempre al ejército romano.

A Máximo le afeitaba su barbero personal. Muchos legionarios se afeitaban, pero pocos disponían de un tonsor tan diestro como el que hoy afilaba la navaja de piedra laminitana, humedeciéndola con su saliva.

El afeitado era uno de los cuidados personales que no perdonaba ningún patricio. En campaña uno podía renunciar a vestir la toga o visitar las termas, a no mudar de túnica o de indumentaria, pero jamás al afeitado.

—¡Presta atención, que no quiero ningún corte como el que me hiciste ayer! —exclamó, viendo que el barbero se distraía con el ruido del foro y las letrinas cercanas.

De Fabio Máximo se sabía que de joven tenía un sentido de la disciplina tan riguroso como el de su hermano. Como cónsul había prosperado y apoyado a Escipión en Roma de tal manera que algunos filósofos los ponían como ejemplo de amor fraterno.

Y sin embargo, poco a poco, viendo que Escipión Emiliano alcanzaba una gloria tan superior que cada vez le hacía más sombra, algo había cambiado en él.

A su vuelta a Roma se había dejado seducir por los placeres.

Durante demasiados meses la influencia de los parásitos y las malas compañías permitió que su voluntad se debilitase. Y así había acabado germinando en él el peor de los vicios: la envidia.

Ahora mismo, por encima de él, un puñado de grullas tempraneras surcaba el cielo en formación. Volaban hacia el mediodía. Emigraban en busca del calor, y Máximo las miró mientras cavilaba sobre cuestiones de intendencia de un campamento en el que, ya sabía, se quedaría todo el invierno.

2

Quinto Fabio Máximo rumiaba aún ciertos detalles cuando su decurión —aquel ecuestre que le quería robar Escipión, que siempre le alababa en público por la disciplina de sus hombres y el estado de las caballerías— se acercó a los legionarios y, tras conseguir que se retirasen a sus labores, regresó de nuevo. A su paso algunos soldados sentados en el suelo delante de sus barracones y tiendas o descansaban o se estaban afeitando al igual que su general. Pero el resto se ajetreaba en las zanjas o levantando los muros.

—He hablado con los veteranos —dijo Cayo Mario—. El alboroto se debe a que han regresado al campamento los legionarios desplegados por la zona. Han bajado hasta el río. Al parecer han visto mujeres en la orilla, en el otro lado. Quieren autorización para volver y hacerlas prisioneras.

—Sabes que eso no es posible, Mario.

—Se lo he dicho, pero insisten en que os traslade su ruego. Dicen que lucharán mejor si pueden solazarse en los ratos de descanso. Se quejan de que llevan muchas horas seguidas trabajando sin descanso en las fortificaciones…

Quinto Fabio Máximo sentía la mejilla irritada por la navaja. Pese a ello el afeitado le dejaba una agradable sensación de placidez y suspiró. Una vez despachado su barbero con un gesto, se puso en

pie. Respiró profundamente. Se notaba malhumorado. Aquello había sido un motivo de desencuentro constante entre él y Escipión desde el principio de la campaña.

A Máximo no le convencía la dureza y austeridad que Escipión imponía a las legiones.

Como los hombres carecían de la disciplina y la moral necesarias, el cónsul los había sometido a entrenamientos especialmente enojosos, y aun así no acaba de confiar en ellos. Les había prohibido llevar cualquier objeto superfluo, hecho vender demasiados carros y animales de carga, obligado a muchos a cargar ellos mismos con sus equipos.

No estaba permitida más vajilla que un asador, una marmita de bronce y un vaso, y debían comer en frío.

Como abrigo, sobre la túnica y las protecciones, únicamente se les permitía el sago ibérico, muy adecuado, eso sí, al clima de estas tierras. Además, Escipión obligaba a los tribunos a deshacerse de sus lechos y a utilizar catres como cualquier legionario. Y por supuesto limpió los campamentos de prostitutas.

Ese alarde de austeridad resultaba, a ojos de Máximo, pueril. Pero no había manera de hacer entrar en razón a su hermano. A veces lamentaba que los vínculos que los unían fuesen tan inamovibles.

—Diles que lo hablaré con Escipión, pero no les garantizo nada. Él dicta la ley aquí. Tiene la autoridad del Senado. No obstante, volveré a insistir —concedió.

Y levantó la vista. El sol empezaba a declinar. Los hombres descargaban de las mulas provisiones y equipamientos. La mayoría seguían trayendo piedras para los muros del campamento.

Idris se mostraba cada vez más meditabundo.

Bastaba con subirse a la muralla para atisbar bajo el cielo todavía claro el cerro sobre el que los romanos habían fijado su primer campamento y la empalizada de estacas bien visible que bajaba hasta alcanzar un segundo cerro camino del río Merdancho. Este otro cerro, se fijó, lo ocupaban ya guerreros númidas que llevaban consigo una decena de enormes bestias sobre las que los lanceros hacían guardia mientras otros trabajaban.

Dado que la casa del herrero estaba pegada a la muralla, lo primero que había hecho después de dejar sus cosas, al llegar, había sido subir a echar una ojeada. Allí recordó el final de la batalla contra Nobilior, cuando los elefantes enloquecieron al pie de la muralla y los romanos se retiraban vencidos. Entonces habían salido en persecución del enemigo. Durante la desbandada, al ver un tribuno romano caído ante él, Leukón le había cogido del brazo.

—¡Córtale la mano derecha y la cabeza! ¡No puedes dudar ante un romano! ¡Mírale, maldita sea! ¡Y ahora mírame a mí, y no olvides que ellos no tendrán compasión cuando se apoderen de tus tierras y de tu mujer!

Otra vez le asaltaban demasiadas imágenes, demasiados recuerdos. Eso era lo que implicaba el regreso. ¿Tenía sentido? ¿Iba a merecer la pena?, pensó, sacudiendo la cabeza. Espantó los pensamientos. Lo único que tenía que hacer, ya que nunca podría amarlo o respetarlo, era tolerarlo. ¿Tan difícil era?

Mientras reflexionaba se le acercó un guerrero que hacía la ronda por lo alto de la muralla.

—Salud —dijo el vigía, al cruzarse con él con paso tranquilo.

—Salud —respondió Idris.

Los dos hombres mantenían la vista puesta en la empalizada que construían los romanos, pero, como todos en la ciudad, no comentaron nada al respecto.

Pese a ello, hacía ya un par de días que todos los numantinos

afilaban sus espadas y revisaban escudos y cascos. Muchos comprobaban el estado de los caballos que pacían en los establos o fuera de las murallas y las provisiones de trigo y cebada almacenadas en las alacenas y graneros y agrupaban sus animales.

Aunque el nivel de los aljibes era bajo por el estío, pronto se llenarían con las lluvias otoñales.

4

—Ahora entiendo por qué han dejado de llegar los mercaderes vacceos —observó Kara cuando Idris estuvo de vuelta.

Kara era la hija del herrero muerto, y en su corta vida había demostrado un tremendo carácter. No solo osaba llevar el pelo tan corto como algunos hombres, sino que desde el principio se negaba a aceptar un marido, pese a que hacía tiempo que dejó atrás la pubertad y que la costumbre lo recomendaba.

A Kara le daban igual las murmuraciones de las viejas y los viejos a su paso.

Al morir su padre, se había negado en redondo a mudarse con ninguno de sus cuatro o cinco tíos, los hermanos de su madre, que vivían dentro y fuera de las murallas.

Desde entonces se mantenía haciendo pequeños trabajos con la ayuda de un primo medio cojo que venía muchos días a trabajar a la fragua que quedaba fuera, junto con el yunque, hoy frío.

Idris había mirado todo de pasada. Dentro de la casa vio que el mandil de cuero del herrero muerto colgaba de un gancho en la pared. A su lado estaba también su casco de repuesto. Era, había dicho Kara, lo único que no se puso en el ajuar funerario. La hija quería guardarlos.

Las paredes estaban negras por el humo del hogar. El suelo de la

tierra apisonada había sido cuidadosamente barrido por Kara nada más saber que Idris llegaba: se lo había comunicado uno de los clientes del clan a primera hora.

—Mi padre murió el día de la última cosecha. Cazaba con algunos devotos de Ávaros. Le dio un mareo y se cayó del caballo. La agonía duró una semana. Lo acompañé hasta el último momento —dijo la muchacha, que ya se metía en el establo y tranquilizaba con sus gestos a la única cabra que poseía. La había ordeñado poco antes, esa misma mañana—. Desde ese día, su espíritu acompaña a Lugh en su isla. No era un hombre viejo, pero los esfuerzos de la fragua lo agotaron. Lo único que lamento es que no se lo comiesen los buitres, al no haber fallecido en combate.

—La muerte es solo la mitad del camino —dijo Idris, utilizando la fórmula protocolaria de los arévacos.

Lo dijo sin intención ninguna pero su laconismo hizo que la frase resultase más solemne de lo que pretendía y Kara apartó la vista. La asaltó una súbita congoja.

Idris lamentó de inmediato haber hecho la mención. Comprendió que la muerte del padre seguía siendo un tema candente.

—Están protestando tus tripas —replicó ella—. Eso es que no has comido hace mucho.

5

Kara se aprestó a partir el pan con requesón que unos momentos después ambos compartían sentados sobre el banco corrido junto al hogar.

Decidió respetar el carácter taciturno de Idris, de modo que también guardó un silencio algo retador. Todavía lo mantenía cuando apareció en la puerta Olónico.

—Tu padre me envía para que me asegure de que tienes lo necesario —dijo el sacerdote, inclinando la cabeza para entrar. Su altura siempre fue considerable. Pese a que con la edad perdía algún que otro centímetro con la curvatura anormal de su columna, seguía siendo uno de los hombres más altos de Numancia.

—Dile que se lo agradezco. Ha sido muy generoso permitiéndome ocupar esta casa —dijo Idris. Había dejado sobre el banco la jarra con cerveza. Sentía todavía el gusto amargo de la bebida en la boca —. Además, sé lo que es una fragua. He ejercido muchos oficios a lo largo de estos años.

Kara sintió que la presencia de Olónico la liberaba del silencio y lo agradeció.

—Ha debido de ser duro para ti vivir tanto tiempo entre extranjeros —continuó el sacerdote, cuyo tono era amistoso y le invitaba a confiarse.

Ninguno de los dos olvidaba que Olónico lo había instruido personalmente en los misterios de la naturaleza y el culto a los dioses. Idris recordaba las muchas horas de infancia que pasó escuchando relatos sobre cómo fundó Numa Numancia y cómo Lugh forjó el mundo.

Más tarde había conocido otras ciudades y vivido entre otras gentes con costumbres y creencias distintas. Pero la palabra de Olónico seguía siendo para él sinónimo de verdad sagrada y tenía un peso y una resonancia muy especiales. El tono en que le hablaba no lo empleaba, en realidad, con nadie. Ni en Numancia ni tampoco fuera de la ciudad.

—Tú me enseñaste que la vida de un hombre es como una nube movida por el soplo de Lugh —dijo.

—Es posible. Pero también sabes que el sabio impera sobre sus pasiones ahí donde el necio es esclavo. Espero que con el tiempo hayas aprendido a temperarte. Supongo que no olvidas que Numa tuvo en su día que vagar por el mundo y luchar contra los demonios de Elman antes de regresar a Numancia. Y ya basta de palabras. Me alegro de tenerte de vuelta. Veo que Kara está cuidando de ti.

Supongo que mañana encenderás la fragua.

—Descuida. A partir de mañana abriré mi puerta a todo el que quiera un puñal, una cabeza de lanza o reparar una espada. Seré un numantino más. Y no me acercaré a la morada de Retógenes. Si es eso lo que te preocupa, no habrá motivo de queja.

Olónico parecía tener ganas de decir algo más, pero no encontró las palabras adecuadas o no quiso desvelar el pensamiento que le asaltaba, y finalmente esbozó una sonrisa que daba a entender que a lo mejor no era el momento: ya volverían sobre ello.

—Cuidado con el dintel… —le advirtió Kara.

El adivino agachó la cabeza para no golpearse contra la viga de madera que estaba decorada con un círculo solar con tres aspas. Cuando ella volvió a cerrar, el interior de la casa quedó iluminado por el pequeño tronco que ardía en el hogar.

Fuera caía la noche. Las restantes familias numantinas se iban recogiendo en sus casas y se preparaban para dormir.

Al ver que Kara cogía unas pieles para abrigarse y se dirigía, a través de la puerta del fondo, a la estancia que servía de almacén, Idris la retuvo.

—La noche está fría. Puedes dormir aquí al otro lado del fuego. No te inquietes, que no te molestaré. Nos conocemos desde que eres una niña —dijo.

6

Amicum perdere est damnorum maximum.

Yugurta

Me dispongo a narrar la guerra que sostuvo el pueblo romano con Yugurta, rey de los númidas (…). Esta contienda confundió todo lo divino y lo humano y llegó a tal grado de locura que solo la guerra y la devastación de Italia pusieron fin a estas discordias ciudadanas. Pero antes de empezar la narración de tales hechos me remontaré un poco más atrás, para que se conozcan mejor los hechos y queden más claros y más patentes…

SALUSTIO, La guerra de Yugurta

1

Sobre la presencia del joven Yugurta en el ejército romano conviene decir unas palabras.

Cuando en su día el cartaginés Aníbal infligió a los romanos la derrota más humillante que como nación habían recibido nunca desde la fundación de Roma, la batalla de Cannae, la amistad del entonces rey de los númidas, Masinisa, fue acogida con los brazos abiertos por el primer Escipión, Publio Cornelio el Africano.

Hasta entonces Aníbal había vencido siempre en el campo de batalla por la flagrante superioridad de su caballería. Pero a partir de ese momento los romanos, gracias a la inapreciable ayuda de Masinisa, contaron con una caballería parecida en número y

eficacia a la de los cartagineses.

En recompensa por sus numerosas acciones de guerra, una vez doblegados los ejércitos de Cartago, el Senado de Roma había entregado a Masinisa todas las tierras africanas conquistadas y el rey númida les correspondía con su fidelidad.

A la muerte de Masinisa le había sucedido como rey de la cada vez más asentada Numidia Micipsa, que a su vez tuvo dos hijos. Él fue quien acogió en su lujoso palacio de Cintria, la capital del reino, a su sobrino Yugurta, retoño de uno de sus dos hermanos, que había sido apartado de la herencia por haber nacido de una concubina.

Yugurta llegó a la juventud pletórico de fuerzas. Se adiestró en la equitación, en el lanzamiento de jabalina y en todas las demás artes de la guerra. No tenía ningún reparo en competir en carreras con sus pares y cuando cazaba era el primero en herir al león.

Eso lo hacía tan popular entre las gentes del reino que sus cualidades acabaron por asustar a su tío.

El sobrino sobrepasaba en tanto y de manera tan evidente a sus propios hijos que Micipsa llegó a pensar en matarlo. Aunque, viendo el afecto que se le tenía en el reino, temió que hacerlo provocase una sublevación.

Y por ello, sintiendo al joven tan ávido de gloria militar, había decidido exponerlo a los peligros de la guerra colocándolo al mando de los númidas que enviaba a Hispania para luchar al lado de Escipión Emiliano.

Micipsa confiaba en que el destino se ocuparía de él.

Siendo muy consciente de la situación, Yugurta tenía decidido desde el principio aprovechar la oportunidad para conocer mejor a aquellos romanos que en tan poco tiempo se habían hecho dueños del Mar Nuestro y observaba con especial atención al cónsul Escipión.

Cada vez que estaba en su presencia se esforzaba en complacerle, y fuera de los encuentros que tenían los generales se mostraba

extremadamente sensato en la toma de decisiones.

Yugurta había sido el último en incorporarse a la expedición. Su llegada al frente de veinte mil hombres y doce elefantes, ya cuando salían de la localidad de Uxama, tan cercana al objetivo, suponía un espaldarazo definitivo para la campaña. Además, aportaba saeteros y honderos, siempre útiles en las batallas.

Los romanos lo recibieron con un gran alborozo que contrastó con el temor de los auxiliares celtíberos, poco acostumbrados a la visión de bestias tan grandes como los elefantes con los que habían cruzado la península desde África.

Desde su llegada los diez elefantes habían probado su utilidad a la hora de talar árboles —si no eran grandes los rompían fácilmente con sus patazas o empujando con la cabeza— y transportarlos hasta los carros, de los que después, en muchas ocasiones, tiraban para alivio de los soldados.

Todo ello otorgaba un indudable prestigio al joven númida, quien pese a su tosco latín se mostraba además especialmente comprometido con la estrategia de Escipión.

Yugurta sabía en su fuero interno que su tío Micipsa se guardaría de enviarle refuerzos y por eso cuidaba al máximo a su gente, al tiempo que ponía gran interés en descubrir cómo funcionaba el prestigioso ejército de Roma.

2

Tan empeñado estaba Yugurta en aprender las tácticas de los romanos que desde que se había sumado a la expedición ordenaba a sus hombres fortificar cada uno de los campamentos a imitación de sus aliados e instalaba sus tiendas norteafricanas en el interior de un foso como el que habían cavado en el cerro donde habían ocupado sus posiciones frente a la ciudad rebelde. Ahora lo abandonaba junto con su reducido séquito.

—¿Tanto hay que aprender de un hombre que en vez de arrasar a un enemigo diez veces inferior en número se dedica a construir un muro a su alrededor? —preguntó su lugarteniente Mussa, un abisinio negro como el azabache, alto como una espiga—. Nunca he conocido el caso de un ejército numeroso que asedie una ciudad cuyos habitantes no rechazan el combate. Siempre he oído decir a todos los militares con los que he tratado que el asedio desgasta tanto al atacante como al defensor.

—Escipión comprende que la guerra se basa sobre todo en no atacar los puntos fuertes del enemigo —contestó Yugurta—. Él sabe que las tácticas militares son como el agua, que huye de los lugares altos y se apresura a los sitios bajos. Al igual que en los asuntos amorosos, el camino sinuoso suele ser el más seguro. Por eso en vez de llegar por la cuenca del Duero cargando con carros de trigo y hombres exhaustos, en clara desventaja, el cónsul ha preferido el rodeo que ha tomado. Y de paso aprovecha para arrasar los campos de los aliados de esta gente. Es un general inteligente.

—Su prudencia será legendaria. Pero mi impresión es que sobre todo desconfía de sus hombres. Y he oído también decir a los tribunos —continuó Mussa, al que Yugurta tenía designado como lugarteniente entre otras cosas porque había viajado a Roma y conocía los rudimentos del latín— que, tras la destrucción de Cartago, Tiberio Graco, el actual tribuno de la plebe en Roma, por quien el cónsul siente una debilidad especial, enfermó gravemente. Ambos compartían tienda durante la guerra contra Cartago. Parece que el Africano Menor estuvo a punto de adoptarlo.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque Tiberio tiene inclinaciones por la plebe que no comparte. La política los ha separado. Pero Escipión siempre ha visto en él al hijo que su mujer infértil no pudo darle. Uno de los tribunos que estuvo en el asedio de Cartago cuenta que, cuando Tiberio Graco enfermó, Escipión hizo votos de que si se recuperaba no volvería a arrasar ninguna otra ciudad. Al parecer está tremendamente contrariado con las reformas que Tiberio quiere imponer en Roma y se lo hace pagar a Cayo Graco, el otro hermano de su mujer que participa en esta campaña.

Yugurta callaba meditabundo.

Él todavía no había contado a su lugarteniente los planes que tenía para el futuro. Pero Mussa era observador. A base de frecuentarlo durante las semanas pasadas juntos empezaba a conocer bien al joven y a leer sus gestos como en un libro abierto.

Yugurta todavía no sabía si era bueno o malo tener a su lado a alguien tan sagaz, y tampoco tenía del todo claro el nivel de lealtad que podría exigirle cuando llegase el momento.

—Sigue indagando, Mussa. Todo lo que sepamos de estos romanos, y en especial de Escipión, nos puede ser útil —dijo, azuzando su caballo—. Y ahora, vayamos al encuentro de esta gente.

3

Adulator propriis commodis tantum studet.

Continúan los preparativos para el sitio

El ejemplo más célebre de construcción de una cerca o amurallamiento en torno a una ciudad es el del asedio de la ciudad gala de Alesia, en 52 a. C. En aquel caso, César logró rodear y aislar el oppidum mandubio mediante la erección de un muro simple. Pero, cuando el ejército galo de socorro se aproximó a la población, se vio obligado a levantar una segunda línea de muralla, orientada no hacia el interior sino hacia el exterior, y aún más compleja que la anterior…

DESPERTA FERRO, n.º VIII, La legión romana

1

Los tres generales se habían reunido a orillas del río Merdancho.

Cada cual llegaba desde el campamento que ocupaba con sus hombres: Escipión y Yugurta desde los cerros al norte, Fabio Máximo desde la Peña Redonda, al sur del riachuelo.

Entremedias, la primera empalizada estaba terminada y las tropas seguían trayendo piedras de las canteras cercanas para la muralla que habría de construirse a trescientos pies por detrás de la valla recién completada.

Los diferentes hombres de confianza de aquellos jefes —Lucilio, Cayo Mario, Cayo Graco, Mussa el lugarteniente de Yugurta— formaban un círculo alrededor con los caballos y algunos sirvientes de confianza.

—Este riachuelo, antes de que el caudal crezca con las lluvias, será fácil de salvar con un puente —dijo Escipión. Una vez pie en tierra se refrescaba la cara en la orilla—. Más complicada será la laguna que hay al norte de Numancia. Y sobre todo el Duero, vista su anchura. Eso son aguas navegables. Debemos controlar sus cauces para evitar que por ellas llegue ayuda de ningún tipo. En todo caso nos encargaremos del Duero lo último y una vez cercado el resto —añadió, con el asentimiento de Máximo.

Aunque adoptados por gens diferentes, los dos mantenían una relación estrecha desde niños debido a que sus respectivas familias tenían importantes lazos entre sí. Además, su padre natural, Lucio Emilio Paulo, el vencedor de la tercera guerra macedónica, que los dio en adopción al divorciarse y volverse a casar con una mujer con la que tenía más hijos, se había preocupado de que recibieran una formación esmerada.

Él fue quien encargó su educación a Polibio, el cual, desde su llegada a Roma muchos años atrás, tenía un gran prestigio entre la aristocracia latina. El sofisticadísimo griego había sido preceptor de ambos.

Polibio, aunque llegó como rehén, había permanecido en Roma incluso cuando Escipión consiguió que el Senado le diese permiso para regresar a Grecia. El griego hacía dos décadas que acompañaba al Africano Menor en sus campañas importantes. El tiempo había trocado el afecto tutelar en amistad. Veinte años los separaban.

—En fin, ¿cuáles son las nuevas de hoy?

—En mi campamento ha surgido un problema, Publio. Hay mujeres numantinas que bajan cada día a orillas del Duero y mis hombres andan alborotados. Ya lo he dicho alguna vez. Tener soldados faltos de hembras nunca es bueno.

—Sabes lo que pienso al respecto, Quinto.

—Y yo te repito que suscitamos tensiones innecesarias. A mis hombres los están volviendo locos unas piernecitas de niñas bañadas por el Duero —continuó Máximo cuya capa ondeaba al aire siempre molesto de la meseta—. Sé que me vas a decir que deben conformarse como hacemos nosotros. El problema es que a veces se alivian unos a otros por las noches. Eso tampoco es bueno. Muchos dicen que en vez de tanto cavar lo que deberíamos es coger las espadas y atacar de frente esa población tan mermada por los años de guerra. Cada vez hay menos varones armados. Como mucho, he calculado que queden ahora mismo cuatro mil hombres capaces de empuñar un arma. Nosotros somos quince veces más.

—Lo hemos discutido, Quinto. Sabes perfectamente que lo que tenemos es una tropa de malos legionarios y muy corrompidos, desmoralizados por derrotas sufridas bajo los anteriores cónsules. No hay fondos para más. Por otra parte, estás cuestionando mis órdenes. Olvidas quién es el cónsul nombrado por el Senado.

—Y tú, Publio, olvidas que con diecisiete años acompañé a nuestro padre a Macedonia y luché con él en la batalla de Pidna, y que no hace tanto fui nombrado cónsul para Hispania, junto con Mancino. Y aquí regí los destinos de la Ulterior y mandé el ejército que obtuvo la única victoria de Roma contra Viriato.

—El asunto está zanjado, Quinto —dijo Escipión, mirando a su alrededor.

2

Por todas partes los soldados hacían turnos para acelerar la construcción del futuro muro. Algunos de los más cercanos comían tocino, otros el pan que los legionarios cocían con trigo recién molido en torno a las hogueras. Los más cavaban con azadones el nuevo foso que protegería la parte interior del cerco o apilaban las grandes piedras traídas en carros de canteras cercanas en la base del muro.

La tierra la mezclaban con gravilla para rellenar el espacio entre las gruesas paredes de piedra que asentarían en breve la imponente muralla proyectada. La verdad era que daba gusto comprobar la diligencia con la que los hombres de Roma y sus aliados ejecutaban las órdenes.

—¿Y si los numantinos nos atacan? —preguntó Yugurta, que hasta ese momento callaba.

Su dominio del latín era pobre, pero sus intervenciones siempre resultaban pertinentes. Su inteligencia se dejaba ver en sus ojos negros. Su nariz era aguileña. Su barba puntiaguda contrastaba con las mejillas rasuradas de sus aliados.

—Entonces retrocederemos —dijo Escipión—. Hasta que no esté la circunvalación completa, no habrá enfrentamiento directo. Con los hombres que tenemos, no conviene. Estamos todos suficientemente familiarizados con la guerra para saber que la suprema excelencia radica en quebrar la resistencia del enemigo antes de entrar en combate. Hay que abstenerse de atacar frontalmente a un rival preparado. Por eso fracasó Nobilior. Uno solo debe dar batalla en condiciones muy favorables. Aparte de que ningún médico amputa un miembro antes de probar otros remedios.

—Yo solo sé que Pompeyo intentó en su día cercar a los numantinos, aprovechando los dos ríos, como tú pretendes, y no lo logró…

—Es que Pompeyo no era el Africano Menor. ¿Hay algo más?

—Sí —dijo Yugurta—. Mis elefantes siguen trayendo muchas piedras. Al descargarlas, varios de vuestros legionarios han lastimado las patas de dos de ellos. Hay que cuidar más a esas bestias si queremos que estén sanas el día de la batalla. Nos pueden ser muy útiles y no tendremos más refuerzos.

—Me satisface el cuidado que pones en tu ejército, Yugurta. Y me ocuparé de que se atienda a tus requerimientos —dijo Escipión.

3

Por las cuatro paredes se exhibían algunos cráneos de toros con sus astas, pero sobre todo muchas cabezas humanas de los adversarios más peligrosos a quienes Leukón había vencido, guerreros a los que mostraba así su respeto. En su mayoría romanos.

Uno de aquellos cráneos conservados cuidadosamente gracias al aceite, con sus greñas y las cuencas de los ojos vaciadas, era el del tribuno al que Idris no había podido mutilar el día de la espantada de los elefantes y que desde entonces había poblado sus pesadillas infantiles.

Pero fuera de ello, la casa difería poco de cualquier otra morada numantina. Tenía muros de adobe cubiertos por pieles de gamo y vaca, y apeos de piedra para el apoyo de los postes de madera que sujetaban una techumbre de paja mezclada con adobe, sobre un armazón de vigas de encina.

En la primera estancia, la más luminosa, a la que se entraba desde el patio, estaba el telar donde Stena y sus criadas tejían las ropas de la familia, una muela para moler el grano y otros aperos para labores domésticas.

Y en la estancia principal, donde se hacía la vida de familia, había bancos corridos pegados a los muros y más pieles de animales en el suelo, para sentarse.

Leukón se había instalado en el banco principal junto al hogar. Detrás, en la pared, colgaba su escudo pintado con brillantes colores, siempre reconocible en el campo de batalla.

Alrededor, en el banco corrido, estaban los representantes de las familias principales de la ciudad. Alguno, como Ávaros, venía acompañado por su hijo. Ávaros era de los que tenían derecho a sentarse no lejos de Leukón. A los jóvenes les tocaba el suelo.

Las mujeres les servían jarras de cerveza porque el vino amargo de Uxama se reservaba para otras ocasiones.

—Me temo que no me estás entendiendo, padre. Los romanos construyen campamentos en otros tres cerros. Hoy se han reunido sus generales en el Merdancho. Y dicen los hombres que empieza a vérselos hacia el poniente al otro lado del Duero. Por eso quienes viven en chozas junto al río piden permiso para trasladarse el interior de las murallas.

—Que lo hagan. Que ocupen las casas vacías o que construyan otras. ¿Cuántos romanos son esta vez?

—Más que nunca. No menos de cincuenta mil. He contado por el momento diez elefantes. Son demasiados para atacarlos —dijo Retógenes.

Leukón frunció sus espesas cejas blancas. Su mirada se perdió en el fuego. Cada poco, sus hijas ponían troncos en el hogar.

4

—Ellos tampoco nos van a atacar —continuó Retógenes—. Están trayendo enormes cantidades de piedras de canteras cercanas. Su objetivo es construir un largo muro y cercarnos.

—¡Eso es ridículo! No pueden construir un muro tan largo, y menos teniendo tres ríos de por medio. Además, ya lo intentó en su día alguno de los anteriores cónsules y fracasó.

Leukón levantó los ojos y contempló por un momento la cabeza del tribuno muerto. El romano parecía de acuerdo con su afirmación. Nadie más siguió su mirada. Todos permanecían pendientes de Retógenes. Él era quien parecía tener las ideas más claras acerca de lo que estaba sucediendo.

—La diferencia, padre, es que esta vez llegan con carros cargados con armas de asedio y miles de estacas de madera con que nos están vallando. En los diferentes campamentos se ven decenas de cabezas de ganado. Dicen quienes merodean por los alrededores que traen

incontables ánforas de trigo y cebada como si pensaran permanecer aquí durante meses. Y no olvides que por el camino han atacado a los vacceos a sabiendas de que nos abastecen de grano. Sus tropas han recogido lo necesario, prendido fuego al resto. En Uxama se han apropiado de nuestro granero. Y los tribunos que salen en busca de forraje por los alrededores siguen destruyendo un trigo que nos vendría bien para el invierno.

—¿Y ese es Escipión el vencedor de Cartago? ¡Ese romano es el mayor cobarde sobre la tierra! ¡Un ejército tan poderoso y no se atreve a atacarnos de frente! —La indignación de Leukón era contagiosa. Todos asintieron a su alrededor—. Su temor nos dará alas. No permitiremos que construyan ninguna cerca, ni de madera ni de piedra. Los atacaremos todas las veces que sea necesario. Y los echaremos de sus campamentos. Como siempre.

—Me temo —intervino Olónico con su habitual prudencia. Era el único que prefería hidromiel y evitaba embriagarse en los consejos, no le gustaba el alcohol— que los romanos se están atrincherando bien. Como dice Retógenes, construyen sus campamentos en piedra. Procura que no te cieguen tus victorias anteriores, Leukón. No es sabio despreciar al romano. Y tampoco hablar mal del enemigo cuando todavía no se le ha plantado cara. Escipión parece haber aprendido de los errores de sus antecesores. Los otros cónsules nos han lanzado sus ejércitos una y otra vez a lo largo de veinte años y no han podido con nosotros. Pero él lleva tiempo entrenando a sus hombres para el asedio y les ha hecho creer que así será capaz de someternos.

—¡Pues no lo conseguirá! ¡Por Lugh y por nuestros antepasados muertos en combate que viven junto a él, Numancia nunca se rendirá!

Todas las gargantas se unieron al grito de Leukón. Los hombres en torno al jefe estaban convencidos de que sus dioses estaban con ellos, de que continuarían protegiéndolos. Solo Olónico permanecía caviloso. Eso atrajo la mirada del jefe.

—Veo que no participas de la alegría general, sacerdote.

—He examinado las entrañas de un carnero esta mañana, Leukón.

No encontré nada halagüeño. Hay que decidir con la cabeza, no con la cólera, y dejar correr el tiempo, que es el único consejero conveniente de un jefe. Yo primero procuraría resolver el problema del trigo y desde luego conocer mejor a nuestro enemigo antes de atacar, no sea que Elman esté por medio con sus malas artes…

Aquello silenció repentinamente al consejo.

Los augurios de Olónico solían ser tan acertados que nadie se atrevía a cuestionarlos. Aunque a veces no se sabía si era Lugh quien enviaba las señales o Elman, su engañoso hermano gemelo que gozaba con la miseria humana y que cada cierto tiempo abandonaba su caverna a lomos de un lobo negro infernal para raptar a la luna y el sol o enloquecer a los hombres con sus ojos de fuego. Había que tener mucho cuidado con estas cuestiones.

—Está lloviendo —observó Olónico, constatando que el ruido de la lluvia contra la techumbre de paja sonaba cada vez con más fuerza.

—Eso es bueno —dijo Ávaros—. Conviene tener los aljibes de la ciudad lo más llenos posible.

5

—Descansa un poco, Idris…

La tarde cada vez más pluviosa caía sobre el Duero y se cubría la sierra de nubes de algodón. Eso anunciaba que el cierzo soplaría pronto. La lluvia resultaba agradable. Mientras en la morada del jefe se prolongaba el consejo, en el resto de los barrios los numantinos comenzaban a guarecerse y se guardaba el ganado en los establos.

Algunos iban seleccionando animales para la matanza. Durante la mañana se había oído el chillido de algún cerdo degollado, y los cuerpos drenados de su sangre empezaban a colgar de los muros en las viviendas, al tiempo que las sombras del crepúsculo seguían

creciendo.

En casa del herrero todavía sonaban los martillazos que Idris, ataviado con el mandil de cuero, descargaba sobre el yunque. La fragua quedaba bajo el pequeño soportal que formaba la techumbre a la entrada de la casa protegiéndola de la lluvia. El carbón de carrasca llevaba ya muchas horas en combustión. Cada poco calentaba una nueva pieza de hierro.

Idris trabajaba la hoja de una de las finas jabalinas de hierro que tanto gustan a los celtíberos. Cogía el hierro incandescente con las tenazas y golpeaba con su martillo dándole forma.

Idris era fuerte y joven, pero no tanto para que su brazo y su espalda no se resintiesen. Pese a que el tiempo refrescaba, permanecía sudoroso y descamisado y cada vez que Kara pasaba a su lado percibía su olor viril de hombre en la fuerza de la edad, muy diferente al que recordaba de su padre.

—Se ve que no es la primera vez que lo haces… —dijo Kara, al tiempo que le acercaba una gran vasija de agua que había traído del aljibe comunal, al pie de la muralla—. He visto trabajar a mi padre en la fragua toda mi vida. Sé cuándo alguien golpea el hierro como corresponde. Pero para por lo menos para beber algo. No tienes por qué hacer todo en un solo día.

—La parte más importante es el templado —dijo Idris. Cesó de golpear. Metió el hierro incandescente en el agua—. Ahí es donde se ve el arte de un herrero…

—¿No vas a parar?

Idris se limpió el sudor de la frente. Se cubrió con la túnica y echó el resto del agua sobre el carbón. La llama se apagó con un siseo humeante.

Tras pasar al interior, cogió la jarra de cerveza que le tendía Kara. Cuando sus ojos se encontraron, se sintió incómodo.

En ese justo momento las gallinas en el corral, pegado a un lateral de la casa, se alborotaron. Una sombra cruzó por delante de la

pequeña ventana.

—No te asustes… —dijo Idris al escuchar que alguien golpeaba la puerta—. Sé quién es.

Instantes después el vano de la entrada lo ocupaba una conocida silueta.

En cuanto la hija de Ávaros dejó caer la capucha, la palidez de su rostro de mujer hermosa se destacó contra la oscuridad creciente en un patio iluminado todavía por los rescoldos del carbón.

6

—No tendrías que estar aquí… —dijo Idris.

El hijo de Leukón se había puesto en pie con un gesto hosco.

—Lo sé, pero todos creen que he ido a visitar a mi madre. Ama también está conmigo. Me espera en el patio. Hay poco riesgo de que me vean. El consejo está reunido y casi todo el mundo, con la lluvia, sigue en casa. Si se acerca alguien, no te preocupes, que mi hermana me avisará. ¿No me invitas a pasar?

—Esta no es mi casa.

—Puedes pasar —dijo Kara.

Aunia posó los ojos en la hija del herrero y después en el telar apoyado en la pared, con una túnica a medio hacer. Al retirarse del todo el manto con que se cubría se pudo ver que traía las trenzas anudadas en lo alto de la cabeza. La recién llegada clavó su mirada en Idris.

—Me cuesta creer que te atrevas a mostrarte enojado conmigo… Te ha disgustado verme con tu hermano. Pero soy yo la que debería estar enfadada. Te estuve esperando todo ese día, Idris. Tardé más de una hora en darme cuenta de que te habías ido sin mí y no he

vuelto a llorar como lo hice entonces. Lloré hasta quedarme sin lágrimas… ¿Qué esperabas? Tú desapareciste y nuestras familias tenían acordado unirse. Me abandonaste. Durante un tiempo mi padre, viéndome tan desgraciada, negoció que fuera mi hermana mayor quien se casase con Retógenes. Pero ella murió sin haber concebido al cabo de tres años. Yo hubiese deshonrado a los míos al negarme… Bastante hice retrasando aquello lo que pude. Pensé que a lo mejor aparecías, pero nunca lo hiciste. Y luego, Anna…

Aunia calló recordando momentáneamente a su desgraciada hermana. Siempre había sido complicada la relación. Todos en la familia sabían que la primogénita tullida sería la primera en irse, como así fue. Aun así se esperaba que pudiese procrear. Y cuando Anna murió, el ambiente en la casa de Ávaros se enrareció. Todos confiaban en que Aunia cumpliese con su deber.

—Eso que me cuentas sucedió hace mucho —dijo Idris, controlándose—. Pensé que me habrías olvidado. El agua pasó. Ahora es mejor que no nos volvamos a ver. No tentemos a Elman.

Aunia quiso decir algo, pero el sonido de su voz no salió de su garganta. La expresión de Idris la hacía entender que se enfrentaba a un muro. Aun así le dirigió una mirada de súplica a Kara. Ella lo entendió y cogió una vasija.

—Me doy cuenta de que tenéis mucho que hablar. Voy a por más agua al aljibe…

Idris hizo ademán de retenerla. Pero Kara ya cruzaba el umbral de la puerta. Parecía natural respetar la intimidad de quienes habían sido pareja durante tantos años.

—No me odies —dijo Aunia, acercándose.

Como Idris no movió la mano que ella le acariciaba, se sentó a su lado.

—Necesitaba hablar contigo. Necesitaba…

Pugnó por decir algo que no alcanzó a expresar. Por fin, sonriendo con gesto compungido, acercó su cara.

Entonces, sin apartar la mirada de sus ojos, empezó a besarle…

Ese beso al principio fue tímido, pero poco a poco fue liberando una pasión contenida demasiado tiempo, como una llave abriendo las emociones que ambos llevaban años reteniendo. El propio Idris fue el primer sorprendido.

7

Sucedió hace mucho.

La pareja había quedado en la laguna que el afluente del Duero, el Tera, formaba al norte de Numancia. A los dos les gustaba bañarse en el extremo más alejado de aquellas aguas tranquilas que atraían tanto a los jóvenes.

Ese día soleado Idris llegó tarde. Era el momento de la recogida de la cosecha. Había pasado la mañana en las eras junto con otros mozos separando el grano de la paja y ayudando a almacenarlo, pero no era eso lo que le retrasaba.

Cuando apareció por fin, Aunia acababa de dejar su túnica en unas rocas lisas, en un lugar resguardado por los matorrales que crecían cerca del agua donde solían desvestirse. Idris la atisbó en mitad de la laguna. Estaba desnuda como una sirena, hermosa como una diosa. Tenía el pelo suelto y la contemplación le mantuvo en vilo hasta que Aunia se dio cuenta.

—¿Te vas a quedar ahí todo el día?

—No estoy de humor. Te espero aquí.

En otro momento, Idris se habría metido al agua. Habrían chapoteado alegremente juntos disfrutando de la alegría que les proporcionaba su mutua compañía. Hacía muchos años que duraba la complicidad. Pero ese día se quedó esperando en la orilla mirándola de lejos.

Con la intuición que tiene cualquier enamorada cuando se amenaza su relación, Aunia se dio cuenta de que algo sucedía.

El brezo crecía a los pies de los pinos cercanos. El tomillo y el romero perfumaban el aire. Más allá los campos numantinos estaban salpicados por las malvas, los dientes de león, las flores silvestres que alegraban la vista durante la primavera.

—Me asustan esos silencios tuyos —dijo, saliendo del agua. Se acercó hasta donde Idris esperaba. Se sentó a su lado con cuidado en la piedra—. Dice Olónico que siempre estás con la cabeza en tus cosas, medio ausente. Hasta cuando montas a caballo. Cada vez que callas, nunca sé lo que piensas. —Con las piernas encogidas, se secó el cabello. Se volvía a hacer las trenzas. Las remató cada una con un coletero de plata que yacía junto a su ropa.

Se habían sentado sobre una roca pulida al sol. Sin dejar de mirar a Idris, Aunia se vistió la túnica. Se calzó sus abarcas. Él apartó la vista. Un ciervo acababa de acercarse a abrevar con dos crías en la orilla del otro lado de la laguna.

—Te he traído esto… —dijo.

Llegaba decidido a anunciárselo, pero teniéndola delante le costaba un mundo. De repente se sentía cobarde, miserable. Pero sabía que debía hacerlo.

—¿Un brazalete? —dijo Aunia—. ¿Por qué me lo regalas? ¿Ha pasado algo?

—He tenido un enfrentamiento con Leukón.

—¿Otro más?

—El odio que me tiene es feroz. Me trata peor que a un esclavo. Pero esta vez ha sido diferente. Esta vez hemos llegado a las manos. Le he herido. No pude contenerme… —Idris buscó los ojos de ella —. Nos quiere casar, Aunia. Pero a mí me quiere casar con Anna. ¿Tú lo sabías?

—No. Las conversaciones han sido secretas.

—Pretende que me case con tu hermana y tú con Retógenes. Le he respondido que o me caso contigo o con nadie.

Aunia le cogió la mano. La tenía todavía fresca. Estaba recién salida del agua.

—Ahora lo entiendo… —dijo, contemplando el brazalete. Las lágrimas asomaron a sus ojos—. Es un regalo de despedida. —De repente atisbaba los pensamientos que estaba teniendo Idris. Todo cobraba sentido.

—Mañana al amanecer dejo su casa. Está decidido. Me marcho de Numancia. Y no podré volver. Nunca.

—Si tú te vas, yo me voy contigo —exclamó Aunia. En ese momento no le parecía una locura. Cogiendo otra vez las manos de Idris, le miró a la cara. Idris de nuevo apartaba los ojos.

—Seré un paria, Aunia. No puedo pedirte que vengas. No puedo ofrecerte nada. No tengo nada. Los dos sabemos que quien no tiene casa es un muerto sin sepultura. Ojalá no fuera así, pero lo es.

—Me tendrás a mí. Estamos prometidos. Yo quiero ser tu mujer. Nos conocemos desde siempre. Somos uña y carne. Jamás encontraré a otro como tú y tú jamás encontrarás a otra como yo. Te seguiré adonde sea. Nuestras dos familias lo tendrán que entender, no te preocupes. Siempre decimos que el valor se prueba en la pobreza. Yo te probaré que puedo ser una compañera digna de ti.

Al verse reflejado en los ojos oscuros de Aunia, Idris sintió que se le encogía el corazón. La emoción que ella ponía en juego terminó por envolverlo y hacerle creer que era posible, que se podía cambiar el sentido del destino cuando los dioses lo habían decidido.

—Está bien —dijo al cabo, con una ligerísima sonrisa—. Entonces mañana al alba ve al embarcadero. Te esperaré. Nos iremos juntos.

El sol brillaba en las trenzas todavía mojadas de Aunia, en la superficie cada vez más oscura del lago. La túnica se ciñó en torno a su figura esbelta. La hija de Ávaros se abrochó un cinturón ancho

rematado con un broche de plata. En esos momentos la felicidad y la convicción más absolutas asomaban a sus ojos.

—Allí estaré —dijo—. Mañana al alba en el embarcadero.

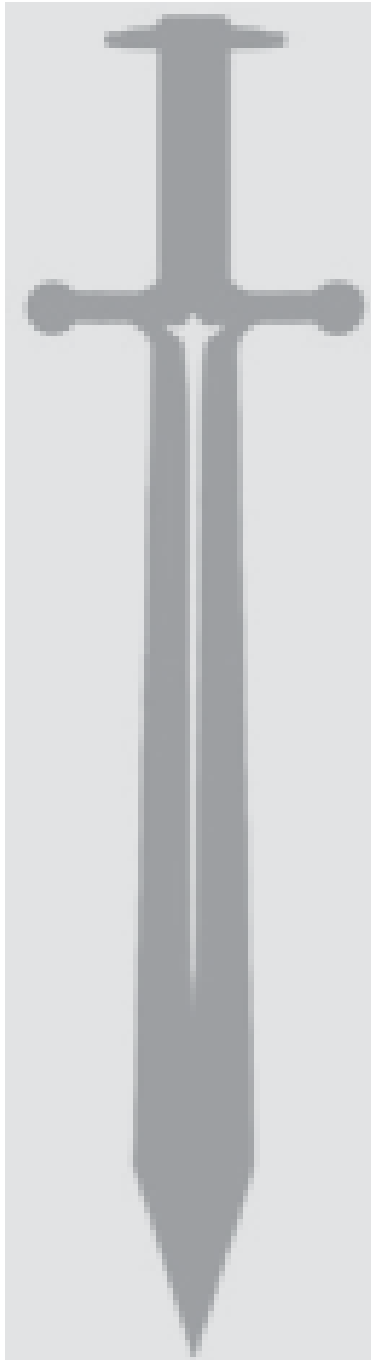
8

Amor amara dat tibi satis.

ASEDIO
DE
NUMANCIA
Cuando Escipión Emiliano se presentó ante las murallas de Numancia, en otoño del 134 a.C., lo hizo con la idea ya concebida de tomarla por bloqueo y no por asalto.
0
500 m
N
CASTILLEJO
Río Tera
VEGA
TRAVESADAS
Río Duero
ALTO REAL
NUMANCIA
VALDEVORRÓN
Río Merdancho
PEÑA DEL JUDÍO
DEHESILLA
PEÑA REDONDA
MOLINO
Río Duero
Vista de la muralla de Numancia

SEGUNDA

PARTE



Donde se cuenta cómo lograron los romanos completar el cerco y las iniciativas que tomaron los numantinos para burlarlo y buscar el apoyo de las ciudades vecinas.

Escipión Emiliano no desiste de su idea de construir un gran muro que cubra los nueve kilómetros que necesita para rodear Numancia y unir los siete campamentos en los que acantona a su ejército de sesenta mil hombres.

La guerra hispánica pertenece a las guerras más infelices que Roma ha hecho. Pero hay que asombrarse de la tenacidad con la cual el Senado persiste en su política —una vez decidido a ella—, a pesar de todas las derrotas y perdidas. Fue esta perseverancia la que en la guerra con Aníbal había conducido a un fin victorioso, y a lo menos en consideración a ello no se hacía indigna de su pasado la decadente oligarquía. Roma superó a los íberos en la constancia, y ello fue lo decisivo. En último término, por el carácter de los pueblos se deciden guerras de larga duración. De este modo un pueblo valiente y victorioso será finalmente domando si llega a fatigarse primero que su adversario. La fuerza decisiva, lo mismo en el hombre que en los pueblos, es la voluntad.

ADOLF SCHULTEN, Historia de Numancia

Si por sus riquezas era Numancia inferior a Cartago, Capua y Corinto, igualábalas, no obstante, por su valor y renombre, y a juzgarla por sus guerreros, bien pudiera llamársela honor de Hispania (…) ¡Gloria a la esforzada y, a mi entender, venturosa ciudad aun en medio de sus desdichas!

Defendió con fidelidad a sus aliados, y con un puñado de valientes resistió por largo tiempo a un pueblo que disponía de todas las fuerzas del mundo.

LUCIO ANNEO FLORO, Compendio de las hazañas romanas

La batalla del río Duero

ESCIPIÓN:

El esfuerzo regido con cordura

allana el suelo las más altas sierras,

y la fuerza de loca mano,

áspero vuelve lo que está más llano.

Miguel de CERVANTES, Numancia

1

Llegado el mes de febrero amaneció por la sierra de Urbión un sol frío que teñía de delicados tonos rosáceos los penachos más altos y blancos de la serranía visible hacia el este de la región numantina.

El astro rey mostraba una vez más su indiferencia hacia quienes cabalgaban por la orilla del pequeño río Tera, al norte justo del Duero, del que era afluente.

Cuando uno salía de entre los pinos se podía ver perfectamente las fortificaciones que rodeaban los dos campamentos de piedra que los romanos habían erigido por el oeste de Numancia, al otro lado de ambos ríos, en un terreno cada vez más deforestado.

A los campamentos los unía el larguísimo muro de casi cincuenta estadios de perímetro que se interrumpía con el cauce del Duero cuando este giraba hacia el poniente y continuaba por la otra orilla del Tera hacia el norte.

Delante del primer campamento se avistaban las grupas de una pareja de elefantes montados por africanos que vigilaban mientras sus compatriotas trabajaban con la habitual precaución. El príncipe Yugurta no andaba lejos, observando todo.

Hacía meses que la situación se prolongaba sin que el ejército consular se hubiera dignado en ningún momento a atacarlos. Por eso los numantinos, tras los intentos fracasados de romper el cerco, habían decidido finalmente ignorarlos.

Poco a poco, durante el invierno, este se había ido extendiendo por la otra orilla de los dos ríos próximos a Numancia, cada vez más crecidos, con el fin de unir los campamentos. Al muro lo fortificaban alrededor de trescientas torres equidistantes entre sí.

El esfuerzo había sido enorme, pero finalmente daba sus frutos, puesto que ya no llegaban a Numancia comerciantes de ninguna otra ciudad aliada ni por río ni por tierra.

Aquel muro de ocho pies de ancho y diez pies de altura, sin contar el parapeto, tenía una empalizada propia en lo alto y un foso profundo delante, y había crecido muy rápidamente gracias, entre otras cosas, a la ayuda de los númidas y sus elefantes.

La barrera solo se interrumpía cuando se topaba con el Duero y, después, al llegar a la laguna del norte, que desbordaba el Tera, en cuyas orillas habían levantado los romanos un terraplén con las mismas dimensiones que el resto de la circunvallatio.

Y por todas partes al otro lado del muro había auxiliares celtíberos que se abrigaban en chozas o cuevas cercanas en espera de acudir cuando fuera necesario. El resplandor de las hogueras por la noche delataba lo numerosos que eran.

2

La única suerte para los asediados era que el Duero pasaba entre las fortificaciones romanas con un caudal tan virulento que resultaba imposible bloquearlo.

El río, cada vez más revuelto, seguía siendo la principal vía de aprovisionamiento de los jóvenes numantinos, que, cuando lo necesitaban, entraban y salían en sus esquifes aprovechando la oscuridad de la noche. Así, continuaban trayendo trigo y alimentos a Numancia.

Por eso en las últimas semanas los invasores habían querido construir un puente sobre los doscientos cincuenta pies que tenía el río en invierno, partiendo de ambas orillas, aunque por desgracia para ellos resultó imposible asentar el pilar central. Eran demasiado impetuosas sus aguas.

Pero los romanos no se desanimaban.

Hoy, al pie de los torreones levantados en ambas orillas del Duero decenas de númidas procuraban unir con cuerdas las largas vigas de madera que formaban una especie de rastrillo, con sus costados erizados de puntas metálicas. Entre todos las tendían por el agua, ayudados por dos elefantes bajo la supervisión de Yugurta. Los animales se habían resistido a entrar en el agua helada, pero una buena tanda de varazos los convenció mientras el príncipe Yugurta, secundado por el espigado abisinio, no se alejaba de la orilla y se movía de una parte a otra dando órdenes.

Más al norte, Retógenes, que cazaba al frente de un pequeño destacamento de devotos de su familia, se había adelantado y perseguía un jabalí cuando, al llegar a un altozano junto a la orilla numantina del Tera, tiró de las bridas de su caballo. Acababa de ver lo que sucedía a orillas del Duero, más abajo. Allí se concentraban los africanos en torno a la pareja de agitados elefantes.

—Estas gentes no descansan nunca —murmuró Lubo, su principal hombre de confianza y el aedo de Numancia, nada más alcanzarle.

Lubo llevaba el cabello sujeto por una cinta sobre la frente. Dos coletas le caían a uno y otro lado de la cara. Al constatar que la patrulla de legionarios en la zona pantanosa en la otra orilla del Tera los miraban desafiantes y se burlaban protegidos por sus escudos, exclamó:

—¡Mira cómo se mofan! ¡Saben que no corren ningún peligro! ¡Cerdos! ¡Cruzad ese agua y venid a dar la cara si os atrevéis! ¡Demostrad que sois hombres o bien enviadnos a las furcias de vuestras mujeres para que luchen por vosotros!

Pero Retógenes seguía preocupado. Su caballo se recuperaba de la cabalgada.

El hijo de Leukón empezaba a comprender que cuando aquella barrera de vigas cruzase el cauce del Duero impediría el paso de barcas y hombres: eso sería un tremendo golpe moral para la ciudad. Con su viciosa estrategia, los romanos estaban logrando trocar los papeles de sitiadores y sitiados. Pronto serían los numantinos quienes se verían obligados a atacar a un ejército infinitamente más numeroso.

—Esto hay que decírselo a mi padre. ¡Ea! ¡Volvamos cuanto antes a la ciudad!

—¿Y dejamos escapar al jabalí? —se lamentó Lubo—. Ya va quedando poca caza por nuestra orilla…

—No importa. Regresaremos después si hace falta.

Algo decepcionados, los hombres picaron los ijares de sus caballos. Y se refugiaron en la sombra protectora de un pinar cuyos caminos conocían como la palma de sus manos.

3

Esa misma tarde salieron de la ciudad medio millar de numantinos

a pie y a caballo en torno al báculo de poder de la familia Leukón. Todos marcharon cerro abajo hasta el agua en pos de Retógenes, que vestía su atuendo de guerra a lomos de su caballo.

Los hombres se animaban en el frío de la tarde con un cántico de guerra tradicional:

Preparad vuestros venablos,

afilad vuestras espadas.

Marchad sobre el enemigo

que agita, débil, sus lanzas.

Que su sangre riegue el suelo,

que se rompan sus espaldas.

Que arranquemos mil quejidos

de sus hembras desventradas…

Entre ellos, Idris cabalgaba junto a Retógenes luciendo el casco del herrero con carrilleras y guardanuca, muy pobre comparado con el de su hermano: de bronce, rematado en una cresta escarlata. Para entonces había participado en cada una de las escaramuzas con que los numantinos intentaban evitar que los romanos cerrasen su cerco.

Ya nadie cuestionaba su presencia. Todos se habían acostumbrado.

Al ver lo que se les venía encima, los honderos y arqueros cretenses que se iban subiendo al muro empezaron a distribuirse por el pasillo superior del mismo. En las torres a uno y otro lado del turbulento Duero los romanos prepararon las ballestas y las catapultas.

Unos momentos después sonaron las bucinas y se izó en el mástil de una de las torres la bandera roja que avisaba del peligro a los vigías de toda la circunvalación.

Como otras veces, los numantinos avanzaron precedidos por los jinetes hasta el punto que querían atacar. Su objetivo eran las vigas de madera trabadas unas con otras y erizadas de pinchos, ya enganchadas por un extremo al torreón, en el otro lado de una de las orillas, que en ese justo momento todavía arrastraban a través del río dos elefantes, hoy sin castillo encima.

Consciente del peligro, Yugurta, desde la orilla, despachó a Mussa para que buscara refuerzos. Mientras tanto, los númidas gritaban en su idioma y azuzaban con sus largas varas a los paquidermos.

Antes de que los elefantes saliesen del agua muchos numantinos a pie y a caballo ya estaban vadeando el Tera, bastante menos caudaloso que el Duero. Todos se protegieron con sus escudos de las flechas con que se les recibía desde lo alto del torreón más cercano.

—¡Acribillad a esos monstruos! —exclamó Retógenes, que dirigía el ataque. Y señaló hacia los elefantes—. ¡Cortad las amarras que sujetan las maderas!

Las desprotegidas bestias recibieron una lluvia de jabalinas. Al notar los pinchazos se encabritaron y barritaron lastimosamente.

Pese a que pocas jabalinas consiguieron atravesar su dura piel, los irritados animales levantaron las patas delanteras. Eso produjo la ofuscación de unos guías que, tomados por sorpresa, resbalaron y cayeron al agua en medio de la alegría general de los numantinos. El propio Yugurta se alejó unos cuerpos, por prudencia.

A pesar de las flechas, los asediados estaban consiguiendo llegar a las orillas que controlaban los romanos y se animaron con sus gritos.

A su alrededor seguían cayendo heridos. Los más audaces se encaramaban decididamente al torreón donde entablaron los primeros combates cuerpo a cuerpo con los legionarios.

—¡Muerte a Roma! —gritó Retógenes.

4

En cuanto Escipión Emiliano fue informado de lo que sucedía, el cónsul se vistió con urgencia la coraza y se mostró enfurecido.

—¡Le dije a Yugurta que no hiciese ninguna maniobra sin que nos hubiésemos desplegado bien en las dos orillas! ¿Por qué se precipita de esta manera?

—Es joven. Quiere distinguirse ante tus ojos.

—En ese caso tenía que obedecerme. ¡Que me sigan todos los hombres disponibles!

Enseguida Escipión marchó al frente de su legión por el pasillo abierto por el exterior del cerco para que los manípulos se movieran con facilidad. Cuando llegó al Duero desde el norte, por la orilla del Tera, los numantinos habían vadeado el cauce a caballo y a nado.

Los hombres de Retógenes se acababan de apoderar del torreón que había en la confluencia entre el Duero y el Tera, defenestrando desde lo alto a los defensores. Yugurta se había alejado del terreno con sus dos elefantes y el resto de sus númidas y ahora salía al encuentro de Escipión.

Impresionado por lo que veía, Escipión ordenó a los suyos disponerse en semicírculo alrededor del torreón atacado, al tiempo que Fabio Máximo llegaba con su propia legión desde el sur y desplegaba a todos sus hombres por la otra orilla.

—¡Diles a tus africanos que traigan al resto de los elefantes! —ordenó con sequedad Escipión, nada más acercársele Yugurta. Y ya se olvidó de él—. ¡Legionarios, preparaos para destruir la torre entera si es necesario! ¡Los arqueros que se concentren únicamente en quienes escapen por el río!

Cuando los numantinos se asomaron desde lo alto del torreón, se encontraron con que abajo los esperaba un muro de escudos metálicos erizado de picas. Idris, que estaba entre ellos, sintió por un momento el vértigo de la derrota. Pero Retógenes, que bajaba al pie de la torre, lo tenía claro.

—¡A por ellos! ¡Romped la formación!

Idris meneó la cabeza poco convencido. No cabía duda de que el arrojo temerario de su hermano les había permitido sorprender a los romanos, espantar a los elefantes y apropiarse de una de las torres. Pero lanzarse de frente contra manípulos bien entrenados como los que tenían delante era otra cosa y su juicio fue corroborado por la realidad. Pese a que los esfuerzos para tomar el torreón habían sido fructíferos —cada vez más cadáveres romanos lo atestiguaban—, sin embargo, la desproporción entre sus contingentes y los miles de legionarios que los cercaban hizo que sus compatriotas retrocedieran en desorden y se echasen al río Tera.

Los persiguieron disparos de los arqueros y tras media hora de batalla encarnizada quienes resistían fueron rodeados por escudos largos que, en formación cerrada, avanzaron hasta empujarlos al agua.

En ese momento, aunque los arévacos seguían lanzándoles sus jabalinas desde el río, los romanos decidieron detener la lucha. Las diferentes filas de príncipes y triarios permanecieron parapetadas tras sus escudos en la orilla.

—¡Meteos al agua y enganchad otra vez la viga a los elefantes! —ordenaba Máximo en la otra orilla—. ¡Hay que terminar con esto! ¡Hoy debe quedar cerrado el paso del Duero!

5

Cuando apareció Mussa con el resto de los elefantes, los asediados ya se retiraban hacia la ciudad ladera arriba. Yugurta se sentía

humillado y avergonzado. Escipión estaba furioso por la imprudencia que había demostrado y el peligro que había corrido de ver destrozados todos los esfuerzos de las últimas semanas.

—¡No malgastéis munición! ¡Que los vivos comen y los muertos no!

Desde el otro lado del Tera Idris miraba a su alrededor. La frustración fue enorme cuando se comprobó que los romanos volvían a enganchar el tiro a los elefantes y pronto el entramado de vigas y pinchos quedó tendido cubriendo la anchura del Duero en su totalidad, entre torreón y torreón. Poco a poco lanzas y espadas se iban agitado dentro del agua movidas por la corriente.

La visión de la barrera acuática que cerraba el cerco resultó devastadora para los arévacos.

Identificando a Escipión en la orilla del agua con su caballo, Retógenes le dirigió desde la ladera del cerro de la ciudad una mirada furibunda.

—¡Cobarde! —exclamó con rabia—. ¡Nunca la gloria de Caro se extinguirá! —Y escupió al suelo.

Mientras tanto, al otro lado del cerco, Fabio Máximo, que había metido su caballo aterido unos cuerpos en el Duero, avanzando lo más que podía, se dirigió a voces hacia su hermano. Yugurta seguía junto a Escipión. Se le acababan de unir Mussa y sus jinetes. El cónsul romano ni los miraba.

—¡Publio, deberíamos seguirlos y coger prisioneros! ¡No nos vendría mal conocer cómo está la situación dentro de la ciudad!

—¡La civilización no tiene nada que hablar con la barbarie! —contestó Escipión, quien tras el susto se mostraba satisfecho al comprobar que su cerco resistía y que ni siquiera por el agua conseguían los bárbaros romperlo.

Algunos legionarios veteranos ayudaron a los númidas a liberar a los elefantes de su yugo, ahora que por fin la barrera quedaba tendida. Más gente anudó las grandes cuerdas que sujetaban las vigas al segundo torreón, al tiempo que los númidas que llegaban

desde el norte con los últimos elefantes, estos acorazados y dispuestos para el combate, se envalentonaban y disparaban flechas desde sus castillos en lo alto de sus lomos en dirección hacia la ladera donde quedaban los últimos arévacos rezagados.

En ese momento uno de los príncipes que había estado en el torreón atacado desde el principio del asalto y había visto morir a todos sus compañeros, agarró un pilum y dio un par de pasos por la orilla del Tera. Lo lanzó con rabia hacia donde Retógenes todavía cubría a los últimos hombres que recogían a los muertos.

Retógenes estaba de espaldas y no vio llegar el proyectil.

Idris se abalanzó sobre él para cubrirle con su escudo.

—¡Cuidado! —exclamó.

El pilum se clavó en la caetra. Su punta se dobló, como suelen hacerlo las lanzas romanas, obligando a soltar el escudo. Había sido un gesto animal de protección. Todavía sudoroso, Idris se levantó sin percatarse de que mientras él y Retógenes se ponían en pie un hondero desde el muro lanzaba una piedra.

Lo que no consiguió la furia del romano lo logró la pericia fría del hondero balear: con su buena puntería le alcanzó en plena cabeza justo encima de la oreja izquierda.

Idris se desplomó con un gemido. El casco, con el impacto, se rompió en dos.

—¡Hermano! —exclamó Retógenes.

Pero el hispano se había sumido en la oscuridad más absoluta.

6

La festividad de Beltane en las calendas de mayo era una ocasión especialmente señalada en Numancia, que anunciaba la inminencia

del verano para las comunidades celtíberas.

Entonces se trasladaba el ganado hacia las montañas del norte, a las tierras altas de pastoreo, con sus enhiestos abetos, sus cristalinos y saltarines arroyos. Y se hacía pasar a las vacas, estabuladas durante el invierno, entre dos grandes hogueras en un ritual de purificación que sucedía siempre cuando las amapolas salpicaban como gotas de sangre las laderas de la colina.

El nombre de la festividad venía de Belenus, uno de los dioses favoritos de los arévacos.

En su honor se celebraban cada año las uniones entre hombres y mujeres que permitían que la etnia se perpetuase, una ceremonia para la cual Olónico era siempre muy solicitado. El adivino bendecía los emparejamientos y seguían muchos días de festejos en los que al final participaba la ciudad entera. Era uno de los momentos más atractivos para la chiquillería.

—Que cada persona reunida, en este sitio donde Numa hirió por primera vez al jabalí, bajo el árbol sagrado, sea bendecido por Lugh con larga y fecunda vida. Y ahora, mujer, ofrécele el agua sagrada a tu esposo. Honraremos a Lugh para que os sea propicio.

Hoy era Aunia quien llevaba una corona de flores trenzadas con ramitas de hiedra. Cuando se lo indicó Olónico ofreció el cuenco a Idris, que se lavó las manos. Los miembros de los dos clanes estaban presentes. Hasta el viejo Leukón sonreía. La dote pactada se había entregado esa mañana.

Aunia e Idris siempre habían mirado aquellas ceremonias con envidia y habían jugado, desde muy chicos, a imaginarse cómo sería y a hacer de marido y mujer. Muchas veces Anna, la coja, hacía de adivina. Pero esta vez no era un simulacro. Hoy por fin eran ellos los protagonistas y el pueblo formaba un círculo alrededor del viejo tejo sagrado que representaba a Eburos en mitad de la plaza de Numancia: era fama entre los celtíberos que ese árbol había crecido de la cabeza de Lugh.

Olónico unió las manos de la pareja entrelazándolas con un cordel. Se le notaba satisfecho. Los augurios vistos en las entrañas de una

oveja habían sido buenos y esa noche la pasarían todos bailando a la luz de la luna llena, bebiendo hidromiel.

Los presentes se emocionaban con las palabras rituales.

—Espíritus del levante y el aire, dejadnos sentir vuestro aliento para que esta pareja encuentre la libertad del vuelo del viento en las montañas y que su amor renazca cada amanecer. Espíritus del mediodía y el fuego, haced con vuestra presencia que el nuevo hogar se llene de calor.

»Espíritus del poniente y el agua, que vuestra energía fluya a través de las corrientes de los ríos hasta que el agua se estanque en el pozo profundo y sereno de la edad. Que durante todo el camino se mezclen los deseos de esta pareja con las aguas de las Matres y que la unión fructifique en hijos que honren a sus linajes. Que su vida compartida sea fecunda y que Lugh, en su isla del septentrión, nunca olvide esta tierra donde los descendientes de Numa se multiplican. Que juntos echéis raíces fértiles. Que vuestras vidas sean ricas y perfectas… —Olónico se encaró con el pequeño altar consagrado a Numa donde reinaban las estatuillas de las Matres—. La noche se hace día, el día conduce a la noche, la luna crece y mengua, y por cada verano hay un invierno —concluyó—. Esos son los ciclos eternos de la vida.

Y ya se acercaba para liberar sus manos, cuando en ese momento Idris se volvió hacia Aunia.

Entonces vio en su semblante cómo una expresión aterrada se trastocaba en un grito. A continuación una calavera rio furiosamente mientras los hombres a su alrededor se transformaban en grandes cuervos y volaban hasta las ramas de los árboles cercanos donde graznaron empavorecidos por la burla divina.

Todo se disolvió como polvo que sopla el viento.

De pronto un enorme lobo negro con el rostro de Leukón salió de detrás de una de las casas, llegó hasta el grupo.

Dando un tremendo salto, el animal enganchó el velo que cubría la calavera en que se había convertido el rostro de Aunia. La destrozó

con sus garras y mostró sus colmillos a todo el que se le intentaba acercar ahuyentándolo con sus gruñidos.

Pero antes de que Idris pudiese reaccionar, el lobo con rostro humano había vuelto a desaparecer en la noche.

7

Amoris vulnus idem sanat qui facit.

El despertar de Idris

Los curetes habitaron los montes de los Tartesios, en los que se cuenta que los titanes lucharon contra los dioses. Gargoris, su viejísimo rey, fue el primero en introducir la costumbre de recolectar miel. Como le hubiese nacido un nieto de su hija por estupro, por vergüenza quiso hacer morir al pequeño de varias formas; pero la Fortuna le protegió en todos los peligros para que lograra el reino. En primer lugar, como hubiese ordenado que fuera abandonado, cuando unos días después envió a buscar el cuerpo, lo encontró alimentado por leche de diversos animales salvajes. Después, tras ser llevado a casa, ordenó que fuera arrojado a un paso angosto que solía cruzar el ganado, decisión cruel, pues prefirió que su nieto fuese pisoteado a que sufriera una muerte natural normal. Como allí tampoco fuera dañado ni le faltara alimento, lo arrojó primeramente a perros hambrientos por no comer durante muchos días y después también a jabalíes. Y así, como no solo no le dañasen, sino que incluso era alimentado por las ubres de algunas fieras, por último, ordenó que fuera arrojado al océano…

Leyenda de Gargoris y Habidis según JUSTINO

1

—¿Me puedes oír? ¿Estás despierto?

Poco a poco emergía de la densa oscuridad y con la conciencia de lo sucedido llegó un dolor agudo en la cabeza. Se la palpó. Tenía un

vendaje aparatoso por encima de la oreja.

—No te toques. Es donde recibiste el golpe. La herida ha sangrado mucho al principio. Pero ya está mejor… Todavía te ha de bajar la calentura. Has delirado mucho. Te golpearon bien esos honderos de las islas que luchan con los romanos… Has tenido suerte de que Lugh te permita volver.

Idris sintió que el dolor se extendía por las vértebras del cuello y la espalda. Rara vez había tenido una sensación tan física de lo que era su esqueleto. Su cuerpo entero estaba agarrotado, rígido. Permanecía desde Lugh sabía cuánto echado en el banco en el interior de la casa del herrero.

Acuclillada a su lado, Kara le pasó un paño húmedo por la frente.

La puerta de la casa estaba cerrada. Por un momento Idris se quedó mirando la cruz con aspas tallada en el dintel. Le costaba reconocerla. Después volvió la cabeza hacia el interior. Comprobó por la estrecha ranura del muro que era de día. Un día triste, frío. Un día para olvidar.

—¿Cuánto… llevo así?

—Cuatro días. Lo siento mucho, el casco de mi padre era viejo. Se rompió en dos. Mira, ahí están los pedazos. Ha quedado inutilizado. Tendrás que arreglarlo o forjarte otro.

La calidez de la sonrisa de Kara rivalizó con las brasas del hogar. A medida que el enfermo recuperaba los sentidos comprobó que el olor a encina quemada que llenaba la casa irritaba sus fosas nasales.

Idris volvió los ojos hasta ver por encima de su cabeza la techumbre ennegrecida del muro.

—Bebe —dijo Kara, acercándole una jarra de hidromiel—. Esto lo trajo Retógenes, tu hermano. Te ayudará a recuperar fuerzas. Retógenes ha venido a verte cada día. Dice que le has regalado una nueva vida, que está en deuda contigo. Creo que se ha dado cuenta de que no te ha tratado con justicia desde que has vuelto.

—Me ha tratado como procedía… —Idris se incorporó con

dificultad. Le dolía el cuerpo, y sobre todo sentía que se le iba la cabeza. El sabor de la miel resultaba pegajoso. Le molestaba en la garganta. Tenía la túnica puesta. Sus armas las habían recuperado Kara, porque estaban al otro lado de la estancia. Al escudo le habían arrancado el pilum romano. Colgaba de nuevo en el muro justo encima de su espada envainada, con su tahalí, y dos jabalinas de hierro. Ahora ya volvía la plena conciencia de quién era—. Y yo hice lo que manda la sangre, nada más.

—También Stena alabó tu valor durante la ceremonia por los caídos en batalla. Fueron más de los que nadie esperaba. Leukón y Ávaros han discutido fuertemente sobre si debió permitírsele a Retógenes liderar esa acción. De todas formas, ya eso queda atrás. Ahora el cerco está completo. Tarde o temprano habrá que volver a enfrentarse a los romanos. Pero mientras tanto todos saben que has salvado al futuro jefe de Numancia. Puedes alegrarte. Parece que por fin has lavado tu pecado —dijo Kara.

Las facciones de Idris apenas se alteraron.

2

—Te he cuidado desde el momento mismo en que te trajeron. Retógenes quiso que se quedara contigo un sirviente. Pero yo le dije que, si he sido capaz cuidar a mi padre mientras agonizaba, sabría ocuparme de ti. Al principio, viendo cómo delirabas, me asusté. Pensé que ibas a morir y me parecía imposible. Tú no te acordarás, pero cuando era pequeña yo te veía pasar por delante de mi casa cuando salías a cazar con los devotos de tu padre. Eras, pese a todo, el hijo de Leukón. Pasabas a lomos de tu caballo haciendo resonar las piedras de la calle. Para una chica como yo eras como un dios. Te saludaba con la mano aunque tú nunca te fijabas en mí. Tú solo tenías ojos para una única persona.

—Es normal. Yo era casi un hombre, tú una niña.

—Aquello no era solo una tontuna de niños. Sé que no es el

momento, pero tenía que decírtelo.

Kara le limpió el sudor que le volvía a brotar de la frente.

—La herida casi ha cicatrizado por fuera. Le han venido bien los ungüentos de Olónico. Cuando te trajeron te puedo decir que me pasé la noche rezando a Lugh para que no te llevara con él. Olónico me ayudó con los sacrificios. No tenemos cabra por eso… Y te diré algo que no debiera. No soy la única que ha llorado. Por lo que me cuentan las mujeres cuando bajo al aljibe, en casa de Retógenes hay alguien que sigue sin olvidarte…

Idris se echó de nuevo. Procuró cerrar los ojos. De repente le venían a la mente imágenes de la última vez que Aunia y él se habían visto. Desde el inesperado reencuentro tras el que Kara los había dejado a solas durante más rato que el razonable, el hispano cumplía con su palabra de no acercarse a la casa de Leukón. Aunia también evitaba cualquier contacto.

Si acaso se cruzaban por Numancia no se dirigían la palabra. Pero ese día justo se toparon frente a frente. Él entraba por la puerta del recinto fortificado. Kara, que había estado esperando a Idris desde lo alto de la muralla y ahora le acompañaba camino de casa, continuó, con el gamo muerto que traía sobre el caballo, y los dejó otra vez a solas.

Ese día llovía.

A Aunia la seguía una criada con una gran vasija en las manos. La calle estaba tan enfangada que había que ir saltando de piedra en piedra para no hundirse en el barro. Aunia llevaba los brazos en alto. Sujetaba el manto sobre su cabeza para protegerse de la lluvia y por un momento pareció que iba a tropezar.

Entonces Idris se le acercó.

Al hacerlo pudo ver su silueta bajo la túnica de lana blanca. La impresión fue vívida y no retuvo su impulso: su mano se posó en el vientre que ya abultaba de Aunia, un vientre que le pareció palpitante. Aunque no cruzaron ni media frase, la mirada de ella lo dijo todo.

Idris ni siquiera le llegó a decir que se alegraba, a sabiendas de lo importante que era.

En el hogar de Leukón el asunto se festejaba desde semanas atrás por todo lo alto. Y más que se iba a festejar a medida que se acercase el momento. Pero Idris ni siquiera se detuvo a pensar en las consecuencias que pudiera tener aquello. Claro que, por el momento, tenía cosas más apremiantes en las que concentrarse… ¡cómo le dolían el cráneo y la espalda!

Viéndolo tan despierto Kara le ayudó a tumbarse en la mejor postura posible. Le abrigó con unas pieles. Luego aprovechó para moler grano de trigo para el pan. El ruido del roce de las piedras acompañó su voz.

—Olónico no estaba tan seguro. Pero yo sabía que sobrevivirías. Eres fuerte. Aun así no te precipites… Te irás recuperando poco a poco.

3

—Los criados me cuentan que empieza a caminar. Debería alegrarte. Has recuperado un hijo.

El día moría.

Una vez retirados los devotos que acompañaron a Leukón de vuelta a casa, Stena se había acercado al viejo guerrero. Le pasó la mano por la cabellera plateada que ya escaseaba, dejando ver una cicatriz en el cuero cabelludo. Con la llegada del frío, el banco corrido que hacía esquina junto al hogar era el único sitio donde Leukón, cubierto de pieles, no se resentía de la edad.

Las brasas luchaban con la oscuridad.

En uno de los laterales del banco dormían las niñas pequeñas, y en el otro, habitualmente, Retógenes y Aunia, que hoy estaban en casa

de Ávaros, donde se celebraba un banquete en honor a la tan esperada preñez. Los tres o cuatro sirvientes que durante el día andaban atareados por la casa y el patio se habían echado ya. A ratos se les oía murmurar en el corral donde dormían, sobre la paja, junto con los animales.

—Idris ha demostrado durante la batalla que siente la llamada de la sangre —continuó Stena, con esa tranquilidad que mostraba cada vez que veía a Leukón irritado. En esos momentos escogía bien cada palabra. El genio del jefe era como una madera demasiado seca a punto de arder—. ¿Qué te preocupa?

—Me preocupa que este hijo mío siempre tuvo dobleces… —masculló Leukón, meneando la cabeza. Y se rascó la mejilla derecha. Ambos permanecían con el sago puesto. Fuera la noche estaba oscura como boca de lobo—. Ese carácter tan subterráneo… siempre me ha irritado. Cuando era crío nunca se sabía lo que pensaba. Andaba todo el rato con la cabeza en las nubes. Hasta cuando luchaba.

—¿Y eso es malo?

—Tener dos ideas durante un combate siempre lo es. En la lucha has de estar concentrado en lo que tienes delante. Para que Elman no se cuele en tu mente. Lo milagroso es que con esa cabeza suya no haya muerto todavía. Él nunca fue como nuestro hijo. Con Retógenes puedes saber en todo momento qué es lo que piensa, qué siente. Todo es sencillo. Es un hombre de fiar. Por eso será buen jefe. En cambio, el otro, este bicho que en buena hora amamantaste, siempre vio todo de una manera propia.

»Olónico piensa que su inteligencia es como un sol que lanza demasiados rayos. Él le sigue defendiendo. Y yo no digo que esa cabeza no sea buena para otros oficios. Pero un guerrero debe tener pocas ideas, sólidas. En un guerrero la única cualidad necesaria es la lealtad, igual que la única cualidad para ser jefe es una voluntad de hierro. Sin fallas. Las decisiones no pueden ser puestas en cuestión. Eso lleva a los hombres al desastre.

—También puede haber razones que justifiquen una rectificación —dijo Stena—. Tú mismo mudaste tu decisión inicial de exiliarlo para

siempre…

—Te equivocas, mujer —se irritó Leukón—. De no haber hablado tú en su favor jamás le habría dejado regresar. Pero no volvamos sobre eso. Es tarde para lamentarlo.

—¿Por qué habías de lamentarlo?

—¿No me digas que no te has percatado? ¿No te cuentan nada tus hijas y las demás mujeres con las que pasas el día? Cada vez que él y Aunia se cruzan en cualquier rincón de Numancia los ojos los delatan. A ella parece como si le ardieran. No hay quien esconda esa llama. Si no va a verle más es porque se lo hemos prohibido… y con razón. Desde que trajeron a Idris herido esa muchacha envía cada día a una de sus criadas a preguntar por él. Lo ha hecho a diario… El único que no parece darse cuenta de lo que sucede es Retógenes.

4

Leukón fruncía el ceño. Las cabezas cortadas del muro parecían estar mirándolos a través de sus cuencas vacías. Disfrutaban desde donde quiera que se encontrasen con el sufrimiento del gran guerrero.

Desde el regreso de Idris la vida de Leukón no había vuelto a ser tranquila. No pasaba un solo día sin que tuviese la sensación de que algo no iba del todo bien. Sentía una curiosa premonición de que algún tipo de tragedia personal estaba a punto de llegar.

La preocupación por el cerco de los romanos no hacía sino ocultarlo momentáneamente.

Leukón bajó la vista.

La mirada que dirigía de pronto a Stena era tan fiera como la que les había dedicado a los tribunos del muro antes de matarlos. El

escudo de batalla seguía en su sitio dispuesto para el nuevo enfrentamiento con Roma, que no había de tardar en llegar.

—La experiencia me ha demostrado que este Idris es como las malas hierbas. Siempre está donde no debe, dice lo que no debe, hace lo que no debe. Allá donde va causa problemas. Hasta su alumbramiento fue nefasto, acuérdate. Su madre lo parió con dolor durante horas. Cuando por fin nació, el desgarro fue tal que no hubo manera de salvarla…

Stena prefirió no remitirse a la memoria de su antecesora en el lecho y se dispuso a apartar el recuerdo. No le interesaba que la conversación continuase por aquellos derroteros. Mejor regresar al presente.

—Ha salvado a tu verdadero hijo, Retógenes. Olónico dice que Lugh está satisfecho.

—Esa criatura ni siquiera lloraba, sino que sonreía diabólicamente. Y los problemas crecieron con él. Acuérdate de cuando se negó a casarse con la hija mayor de Ávaros, con la coja. Acuérdate de cómo se rebeló. Yo esperaba que estuviese muerto, pero no, ha regresado. Cuando lo trajeron herido y vi en el estado en el que se hallaba pensé que tampoco regresaría de esa oscuridad, y también ha regresado. A veces sospecho que regresaría del mismísimo Hades. Es Habidis redivivo. Es como si los dioses se hubiesen coaligado para salvarlo y mortificarme. Pero lo peor es que justo ahora, coincidiendo con su regreso, me llega por fin el vástago que necesitábamos… Un vástago que se estaba haciendo esperar demasiado… Parecía normal que la coja fuese infecunda… Pero la otra… A veces me asaltan pensamientos demasiado negros… Me cuesta convencerme de que todo sea mera coincidencia…

—Los vientres de las mujeres son caprichosos.

—No digo que no. Pero si un día confirmase mis sospechas…

—Y si fuese la voluntad de Lugh, ¿qué podemos hacer?

Leukón apartó la mano de Stena. Se puso en pie. Quedó encarado con su mujer.

Los ojos del jefe cada vez veían menos. Se habían clavado en Stena. Las boscosas cejas se juntaron sobre la ancha nariz en un ceño preocupado. La respiración era trabajosa porque se había resfriado aquella misma mañana.

—Los romanos han conseguido cerrar el cerco, pero está el agua de los ríos y la laguna. Y aún hay animales para cazar. Calculo que, con el trigo almacenado, tenemos comida para unas semanas… Lo suficiente para aguantar mientras envío un grupo de hombres a buscar ayuda a nuestras ciudades aliadas. Nadie puede negar que más de una sería a estas alturas sierva de Roma de no haber sido por Numancia. Quiero que Idris vaya con ellos a pedir ayuda —concluyó—. Cuando más lejos esté de Numancia, mejor.

5

Al oírse el canto del gallo, en casa del herrero reinaba el buen ánimo. Idris seguía mejorando. Ya empezaba a andar por la casa y por el patio. Poco a poco había recuperado la memoria de lo que era su vida, el vigor de su cuerpo. Las noches eran cada vez más tranquilas. Desaparecían los malos sueños y su humor mejoraba con cada hora que pasaba.

—Sé en quién estás pensando —dijo Kara, levantándose del telar—. Has dicho su nombre muchas veces mientras delirabas. La llamabas. También pronunciabas el nombre de Retógenes…

—¿Dije algo más?

—No, ¿por qué?

—Mera curiosidad. Ya te expliqué que entre Aunia y yo no puede haber nada. Es la mujer de mi hermano.

—Eso dices, sí.

—Sabes que no he vuelto a verla. En cambio a ti te veo cada día.

—Ya me he dado cuenta…

—¿De qué te has dado cuenta?

—De cómo me miras.

—¿Y cómo te miro?

Aquello arrancó una sonrisa a Kara.

Si en los primeros días de su convivencia Idris apenas la miraba o lo hacía como a una niña, a lo largo del invierno había habido más de una ocasión en la que ella le sorprendía por el rabillo del ojo atisbando su cuerpo con fijeza. O como ahora, que posaba su mirada sin disimulo en las formas de su pecho que arrancaban bajo las dos hileras de conchas marinas compradas en su día a unos comerciantes ambulantes de Uxama que solían llegar por el río antes del asedio.

—Como se mira a las mujeres —dijo con inhabitual coquetería. Y le buscó por el rabillo del ojo.

—Esas trenzas te quedan bien. Me gusta que te dejes crecer el pelo.

—Sé bien a quién te recuerdan estas trenzas… Pero no me importa.

—Cuando me fui tenías esta altura —Idris puso la mano en la cadera—. En los años que he estado fuera está claro que has cambiado mucho.

Desde luego los pechos de Kara ya no eran los de una niña. A pesar de que durante el día se los sujetaba con una banda de cuero, ahora estaban libres. Se le notaban debajo de la túnica. Su talle, aunque menos fino que el de Aunia, era esbelto y tenía un atractivo juvenil del que Idris poco a poco se había ido dando cuenta.

Consciente de su mirada, Kara se arrodilló delante del hogar. Puso encima de las brasas varios trozos de carne de venado ensartados en un pincho de hierro largo y fino.

Idris la siguió. Se sentó a su lado para ayudarla. Sujetó el pincho de hierro.

—Veo que hay comida para unos días —dijo.

6

—Es el venado que nos envía tu hermano. Pero ya lo comeremos mañana. Déjalo…

Kara se volvió. Se colocó a horcajadas sobre su regazo.

—Sabes que llevo mucho tiempo soñando con algo así… —dijo, besándole el cuello.

Casi por instinto las manos del hispano se deslizaron por sus muslos. La piel por debajo de la túnica era suave. Eso le provocó el principio de una erección. La última vez que había tocado a una mujer había sido allí mismo, pensó. Hurgó por debajo de la indumentaria de ella. Palpó el pelo púbico y, al poco, la humedad de la vulva.

Un tímido gemido lo animó a continuar.

Idris desabrochó el cinturón que sujetaba la túnica. La luz del fuego en el hogar iluminó el cuerpo de Kara. El hispano se quitó la propia ropa y el calzón.

Kara, completamente desnuda, seguía encarada con él. Le cogió la cara con ambas manos. Le dio un beso profundo. Su lengua hurgaba con avidez en su boca. Ahora la mano de ella se cerraba alrededor de su sexo.

—¿Cuándo has aprendido a hacer eso?

—Soy joven, pero no tonta… —dijo Kara, que no se dejaba tumbar.

Todavía a horcajadas sobre él, la muchacha frotó la verga erecta contra los labios de su vulva. Cuando por fin le permitió entrar, estaba tremendamente húmeda. Idris permaneció quieto mientras la joven se movía a un ritmo cada vez más rápido. El hispano sintió

primero unas convulsiones y, después, un bienestar como no recordaba haber sentido en mucho tiempo.

—Sigues pensado en la mujer de tu hermano —dijo Kara, tras un momento de silencio—. ¿Fue mejor con ella?

—Sabes que no voy a hablar de eso.

En cuestión de segundos Idris había perdido todo el interés. Eso se notaba en su voz.

Kara lo percibió de inmediato.

—Tampoco hace falta —dijo—. Sé perfectamente lo que sucedió ese día. Pero no te preocupes. No diré nada a nadie.

Y se cubrió el sexo con la mano mientras se acercaba, vagamente molesta, a la vasija de agua en la esquina.

7

Mulier malum necesasarium.

La propuesta de Polibio

Cuanto quedó en el campamento lo destruyeron los numantinos. Había entre estos despojos unas tablas pertenecientes a Tiberio que contenían las cuentas de su cuestura y que en gran manera deseaba recobrar, por lo cual, retirado ya el ejército, volvió a la ciudad con tres o cuatro de sus amigos. Llamando, pues, a los magistrados de los numantinos les rogó que le entregaran las tablas para no dar a sus contrarios ocasión de calumniarle por no tener con qué defenderse acerca de su administración. Alegráronse los numantinos con la feliz casualidad de poder servirle y le rogaban que entrase en la población, y como se parase un poco para deliberar, acercándose a él le cogían del brazo repitiendo las instancias y suplicándole que no los mirara ya como enemigos sino que como amigos se fiara y valiera de ellos(…). Entrando en la ciudad le convidaron a comer(…). Restituyéronle después las tablas y le propusieron que de lo demás del botín tomara lo que gustase; mas no tomó otra cosa que un poco de incienso, porque usaba de él para los sacrificios públicos, y con esto se retiró saludándolos y despidiéndose con demostraciones de afecto…

PLUTARCO, Vida de Tiberio Graco

1

La llegada inesperada del mensajero romano fue anunciada con cuernos desde lo alto de las murallas. Era a media mañana. A su sonido los guerreros que hacían la ronda acudieron a las dos torres

que bordeaban las grandes puertas de Numancia. Desde allí amenazaron con sus jabalinas al grupo que esperaba al otro lado.

A Polibio le acompañaban cuatro celtíberos a pie. Todos le seguían a una distancia. Ninguno desenvainó el gladius. Tampoco soltaron las jabalinas.

—¡Vengo en son de paz!

El septuagenario de luenga barba vestía una túnica de lana con mangas largas cubierta por una lacerna blanca sujeta en el hombro derecho por una fíbula. Llevaba calceos recubiertos de piel de carnero. El frío no parecía afectarle las piernas, como tampoco a los romanos. Pocos usaban glebas de lana como solía la mayoría de los arévacos en cuanto llegaba el invierno.

—¡Soy Polibio, emisario de Escipión Emiliano, cónsul de Roma, y traigo un mensaje en su nombre!

A su lado un joven arévaco le servía de intérprete. Tenía el pelo largo recogido en una coleta. Un incipiente bozo castaño cubría su labio superior. Polibio le hizo seña de que tradujese lo que le gritaban desde la muralla.

—Quieren que esperes a que adviertan de tu llegada al jefe.

Los portalones no tardaron en abrirse. Hubo un chirrido de grandes goznes. Por allí aparecieron Leukón y Retógenes, el padre y el hijo, y detrás varios jinetes con las espadas desenvainadas y decenas de infantes con lanzas que se desplegaron rápidamente rodeando a Polibio y sus acompañantes.

Todos permanecieron inmóviles mientras algunos numantinos se dispersaban por el bosque cercano.

Leukón no abrió la boca hasta que regresaron.

—¡No hay nadie más!

—¿Qué quieres decir, romano? —exclamó el jefe de Numancia—. ¡Habla!

2

—No soy romano, sino griego, y te traigo una propuesta de Escipión Emiliano para evitar un gran derramamiento de sangre.

El arévaco tradujo en medio del corro silencioso de numantinos.

—El Africano Menor quiere haceros una oferta… —dijo Polibio. Como emisario, procuraba no mostrarse ni demasiado humilde ni tampoco arrogante—. Él conoce y respeta el valor que habéis demostrado en la lucha contra Roma durante más de veinte años. Pero vuestra resistencia, ahora que hemos completado el cerco, es inútil. Inclinaos ante la voluntad de Roma. Entregad las armas, y vuestra vida y Numancia serán respetadas. Inclinaos ante Escipión, vencedor de Cartago, y él sabrá ser clemente.

—¿Es todo lo que tienes que decir, esclavo?

—No. Sabed que si aceptáis habéis de hacerlo hoy. Mañana será tarde. En su día Asdrúbal el cartaginés cometió el error de rechazar las condiciones ofrecidas por Escipión Emiliano. Hoy de su ciudad solo quedan las cenizas. Y Asdrúbal vaga perdido, solo Zeus sabe dónde, sin patria ninguna. Si no aceptáis, el cerco no se volverá a abrir hasta que vosotros y los vuestros perezcáis por hambre. Es la oferta del Africano Menor. ¿Cuál es la respuesta de Leukón?

El celtíbero de la coleta voceó la propuesta. Polibio miró a Leukón mientras el joven traducía.

El jefe numantino respiró con fuerza el aire frío de la mañana.

Leukón hacía mucho que esperaba la proposición de los romanos y tenía muy pensada la respuesta.

—Tu amo sabe perfectamente que los arévacos luchamos hasta la muerte. Para nuestros hombres no hay mayor honor que encontrar la muerte en la batalla: es la mejor manera de alcanzar la última

morada junto a nuestro dios Lugh. Por ello, mientras otras ciudades aceptan mansamente vuestro yugo, Numancia lleva veinte años resistiendo. Antes de Escipión llegaron otros cónsules. A todos los vencimos. Y después llegarán otros y a ellos también los venceremos. Los numantinos no tememos a los romanos. Y menos cuando se esconden cobardemente detrás de un muro sin atreverse a atacarnos.

—Es un craso error, pero comunicaré tu respuesta a Escipión. ¿Puedo confiar en que tus hombres no nos atacarán mientras volvemos a nuestro campamento?

—Puedes regresar por donde has venido —dijo Leukón—. Nadie bajo mi mando te hostigará mientras regresas a ese muro. Pero no te demores en ponerte a salvo al otro lado, mensajero.

3

Mientras cruzaban el encinar de camino al muro, Polibio todavía se sentía entristecido. Le descorazonaba la similitud entre lo que estaba sucediendo y la tragedia vivida en su día en Cartago. La historia se repite, pensó. Aunque a lo mejor era la edad lo que le hacía volverse pesimista…

En los años posteriores a la segunda guerra púnica que le había ganado a Publio Cornelio Escipión, abuelo adoptivo del Emiliano, el apelativo de Africano, Cartago se había visto obligada a asumir las duras condiciones impuestas por Roma para la paz: la renuncia a la mayoría de sus dominios, la pérdida de la flota militar, el pago de doscientos talentos de plata anuales durante cincuenta años, la prohibición de guerrear y por supuesto el reconocimiento del reino rival de Numidia bajo el mando de Micipsa, a quien todos los cartagineses consideraban un traidor y cuyo territorio habrían deseado ver destruido.

La ironía del destino quiso que los ciudadanos de Cartago se viesen abocados a dedicarse al comercio. Por eso cuando Catón el Viejo

viajó hasta allí con una comisión del Senado romano para mediar entre los cartagineses y el rey de Numidia, se encontró para su sorpresa no con una ciudad arruinada por la guerra, sino con una muy próspera.

Como se veía obligada a emplear sus energías en ganar dinero, Cartago se había enriquecido tremendamente. Catón empezó a considerarla de nuevo una amenaza. A partir de ese momento y durante los años sucesivos, cada vez que tomaba la palabra en el Senado siempre terminaba cualquiera de sus intervenciones con su célebre «Por lo demás, opino que Cartago debe ser destruida».

—*Ceterum censeo Carthaginem delendam esse.*

El drama una vez más empezaba a escribirse.

El conflicto que todos anticipaban estalló finamente cuando Numidia atacó un territorio cartaginés. Al estar por fin cumplidos cincuenta años del final de la segunda guerra púnica, Cartago osó responder sin consultarlo con Roma y envió una expedición punitiva al mando de Asdrúbal el Beotarca.

Eso sirvió de excusa a Roma para iniciar una nueva guerra, tal como deseaba desde hacía tiempo un Senado liderado por el bando belicoso de Catón y su entorno.

Asustados por la tormenta política suscitada, los cartagineses decidieron echarse atrás.

Como gesto conciliatorio, condenaron a muerte a Asdrúbal. También enviaron sendas y diplomáticas embajadas a la Urbe.

Pero Roma no cedió.

Los embajadores africanos aceptaron entregar trescientos rehenes hijos de notables de la ciudad y cumplir con todas las decisiones de los cónsules nombrados a ese fin por el Senado, quienes al presentarse ante Cartago al frente de un ejército de más de ochenta mil hombres exigieron la entrega de la flota, las armas de asedio, el armamento y parte del trigo almacenado.

Todo se aceptó sin rechistar.

Y solo cuando los cónsules exigieron que Cartago se desplazase ochocientos estadios tierra adentro, los africanos se prepararon para la guerra.

4

Los cartagineses se atrincheraron tras sus grandes fortificaciones. Después de asesinar a los partidarios más notorios de Roma dentro de la ciudad, propusieron un armisticio a los cónsules y aprovecharon las semanas de negociación para fabricar clandestinamente armas y máquinas de guerra. Para las cuerdas utilizaron incluso cabellos de sus mujeres.

Durante ese tiempo se acumuló el máximo de provisiones y se indultó al general Asdrúbal para que organizase la defensa. Así, cuando finalmente los romanos intentaron asaltar la ciudad, fueron rechazados y, para mayor agravio, Asdrúbal crucificó a todos los prisioneros.

Durante dos largos años, Asdrúbal encabezó la resistencia de Cartago, que mantenía el acceso al mar y continuaba milagrosamente con su actividad comercial.

Como el sitio se alargaba, los mandatarios romanos procuraron mantener la moral de sus soldados permitiendo la entrada en los campamentos de prostitutas. Medidas así contribuían al relajamiento de la disciplina.

Finalmente, Roma decidió poner al frente de sus ejércitos a Escipión Emiliano, a quien el Senado nombró cónsul cuando, con solo treinta y siete años, no cumplía los requisitos establecidos por la ley.

—Por el bien de Roma, que las leyes duerman por esta noche —sentenció el severo Catón, que abanderaba el partido de la guerra —. Solo Escipión Emiliano, el nieto del Africano, tiene sabiduría. Los demás son sombras vacías.

Polibio todavía recordaba cómo lo primero que hizo como cónsul Escipión fue restablecer con la mayor premura la máxima disciplina en las legiones. Después venció a los cartagineses ante un desesperado intento de Asdrúbal por romper el bloqueo. Enseguida apretó el cerco de la ciudad por tierra construyendo un dique en el puerto y situando su flota masivamente en el golfo para que no saliese ninguna nave.

Ese invierno Cartago quedó aislada del mundo.

Al llegar la primavera, con la ciudad debilitada por el hambre, se ordenó el envite definitivo. Las legiones penetraron por el puerto. Atravesaron las murallas a través de una grieta hecha por los arietes y las asaltaron con escalas y torres construidas durante el invierno.

Los romanos fueron recibidos por una lluvia de lanzas, piedras y tejas arrojadas desde lo alto de cada edificio. Tuvieron que luchar casa a casa. Pasaron de una a otra por los techos. Derribaron los muros. Mataron a todo el que resistía durante seis días con sus noches.

La masacre solo terminó cuando dominaron la ciudadela fortificada de Birsa que se alzaba sobre una colina escarpada en el corazón de la orgullosa ciudad de Cartago. Los cartagineses supervivientes se refugiaron en el templo de Eshmún, en lo alto, junto a su necrópolis sagrada.

Y ahí fue donde la mayoría, una vez consumada la derrota, se acercó a rogar clemencia a Escipión.

Habían pasado catorce años desde entonces.

Polibio sintió que, efectivamente, la historia corría de nuevo el riesgo de repetirse.

«Pero he hecho todo lo que he podido», pensó.

Ya llegaban al muro.

Homo humus, fama humus, finis cinis.

La expedición descabellada

Pero Retógenes, un numantino apodado Caraunio, el más valiente de su pueblo, después de convencer a cinco amigos, cruzó sin ser descubierto en una noche de nieve el espacio que mediaba entre ambos ejércitos en compañía de otros tantos sirvientes y caballos. Llevando una escala plegable y apresurándose hasta el muro de circunvalación saltaron sobre él…

APIANO DE ALEJANDRÍA, Sobre Iberia

1

Una niebla espesa volvía a subir desde el Duero. Los numantinos que esa misma mañana habían visto tres cuervos negros sobrevolar la ciudad supieron por boca de Olónico, tras el sacrificio de un carnero, que aquella era la señal de Lugh que llevaban un tiempo esperando.

Por la noche, la niebla persistía y era tal que no dejaba ver la luna casi llena alzada en un cielo sin estrellas. El frío no daba tregua. Por fin se abrieron las puertas de la muralla. Desde lo alto de la torre una antorcha se movió a un lado y a otro: ¡el camino estaba libre! Entonces salieron los seis jinetes acompañados cada cual por un sirviente a pie. Portaban, por trozos, una enorme escala plegable.

Un pequeño caballo de tiro cerraba la comitiva.

La media decena de jinetes se adentró en la senda más transitada del bosque. Por entre los pinos y carrascas sus voces apagadas se mezclaron con el canto de las lechuzas. El ruido lo hacía sobre todo el último de los caballos, el pequeño asturcón, que arrastraba un tablón alargado.

Desde su posición en la cabeza de la comitiva, Idris, ya plenamente recuperado de sus lesiones, se sentía satisfecho de abandonar Numancia. Pero también lamentaba que Retógenes no hubiese aceptado que fuera él solo quien liderase la comitiva, tal y como proponía Leukón. Tenía la sensación de que todo habría sido mucho más sencillo.

—No debiste venir, Retógenes. Nuestro padre quería que encabezase yo solo la expedición.

—¿Y acobardarme mientras tú te cubres de gloria salvando Numancia? Imposible, hermano. Me salvaste en el Duero. Yo no estaría en paz conmigo mismo si no encontrase la ocasión de devolverte el favor. ¡Y por Eburos que habrá ocasiones! ¡Vaya que si las habrá!

2

Mientras avanzaban en la oscuridad Idris todavía recordaba la irritación evidente que había mostrado Leukón cuando los convocó.

Pese a sus intentos por retener al vástago, la insistencia de Retógenes se impuso. Leukón había acudido disgustado a despedirlos a la luz de las antorchas que durante unos dramáticos instantes iluminaron los rostros de Stena y sus hijas, Aunia y el resto de las familias que se acercaban para despedir a la pequeña comitiva.

—Con Leukón vivo, Numancia tendrá a alguien capaz de hacer frente a Escipión. Además, yo no pienso morir, qué demonios. ¡Volveré con refuerzos! Dicho esto, no cabe negar que nuestro padre

te ha despedido con menos cariño que Kara. Siempre tuviste buen ojo para las mujeres. Era una niña cuando te fuiste. Hoy es una hembra atractiva.

—¡Y tanto! —rio Lubo.

El acento del aedo no permitía adivinar si era de Uxama o de Termancia. En todo caso, no hablaba como un numantino y hubo en su expresión una lascivia que no gustó a Idris. Sin embargo, el gesto de alerta de Retógenes le llevó a echar mano a su espada.

Todos escudriñaron la oscuridad…

—Parece que no es nadie —dijo Lubo.

Los únicos ruidos eran la respiración trabajosa de los sirvientes y el suave trote de los caballos. Las mujeres habían envuelto cuidadosamente sus cascos en trapos. Además de la tabla que arrastraba el asturcón, los seis sirvientes cargaban esforzadamente con los diversos tramos de la escala de anchos peldaños que había fabricado con mucho cuidado el mejor carpintero de la ciudad.

Algo más tranquilos, la comitiva continuó marchando lentamente hasta alcanzar la empalizada romana por un tramo ya abierto en un ataque previo.

El punto escogido era el más alejado de los dos campamentos del este. Estaba a medio camino entre dos de las torres de vigilancia de madera levantadas detrás del muro. Las torres se diseminaban a lo largo de todo el cerco. Se las localizaba fácilmente en la oscuridad por las antorchas que portaban los centinelas. Una vez salvado el primer obstáculo, no tardaron en alcanzar el profundo foso al pie del muro.

—Posad la tabla… —dijo Retógenes.

Idris y Lubo obedecieron y cubrieron con ella la anchura del foso. Por la provisional pasarela los caballos cruzaron uno tras otro sin dificultad. Los numantinos miraban en todo momento hacia lo alto del muro, hacia las torres de vigilancia. Pero la niebla era espesa. Nadie dio ninguna voz de alarma.

Por fin los animales quedaron al pie del muro con uno de los criados.

Los demás montaron la escala y la pegaron contra la muralla. Los seis guerreros comenzaron a subir.

Al alcanzar el pasillo en lo alto Idris echó una mirada a los sirvientes que quedaban abajo. Se sentía repentinamente confiado. Esto va a funcionar, pensó.

En la parte superior del muro, Retógenes, que iba el primero, comprobó que no había ningún vigía cerca. Luego siguió sigilosamente el pasillo hasta la torre más cercana. Allí brillaban, junto a la catapulta, unas antorchas que enseguida desaparecieron.

3

Nada más terminar su turno de vigilancia, tres romanos bajaron al nivel inferior de la torre como solían hacer cada noche a esa hora y se sentaron un rato a calentarse junto a la ballesta gigante.

Tras dejar sus armas apoyadas a un lado, colocaron las antorchas en unas argollas sujetas a la pared encima de la pila de proyectiles. Los tres legionarios se frotaron las manos al tiempo que se protegían del intenso frío, arrebujándose cada cual en sus pieles de abrigo y se servían vino caliente de una pequeña ánfora.

Cada uno de los dos asteros llevaba un disco coraza de bronce de un palmo de ancho sujeto al pecho por correas de cuero. Tenían, apoyados contra el muro, junto a las astas de combate, jabalinas más ligeras para lanzar. También portaban una espada hispaniense al cinto.

Junto a ellos, un joven itálico, pilum en mano, se cubría la cabeza con una piel de lobo con las fauces abiertas. Las patas vacías le caían por los lados de la cara y se anudaba por delante.

—Cuéntanos otra historia de las tuyas, Rufus. Que la noche es larga. Cuenta la del griego que regresa de un viaje y pregunta por su familia a un falso adivino.

—Nunca os cansáis de oír gracietas…

—Es que las cuentas muy bien.

—Está bien. Un griego regresa a su casa después de un largo viaje. Al llegar pregunta al adivino por su familia. Este dice, todos bien, incluso tu padre. No puede ser, porque mi padre hace diez años que murió. El adivino contesta: es que no conoces a tu verdadero padre.

Todos rieron con ganas. El que hablaba prosiguió con sus dichos.

—Un romano se encuentra a un eunuco conversando con una mujer y le pregunta, ¿pero es tu esposa? ¡No, hombre!, ¿cómo va a serlo? El romano entonces dice: ah, entonces es tu hija.

—Ja, ja, ja.

—Otro romano le dice a un griego, el esclavo que me vendiste murió. ¡Por todos los dioses!, replica este. ¡Cuando estaba conmigo nunca hizo tal cosa!

La última gracia se le atascó a Rufus en la garganta. Una mano le había cogido, por detrás, la mandíbula. Un puñal numantino le degolló con contundencia. La sangre brotó con violencia de la yugular. Salpicó los rostros de sus compañeros, pero la voz de alarma nunca llegó a salir de sus gargantas porque dos jabalinas surgidas de las penumbras atravesaron sus pechos.

—Que los criados ayuden a subir los caballos y que después regresen a Numancia y den noticia de que hemos roto el cerco —dijo Retógenes, volviéndose.

Idris apareció a sus espaldas.

Lupus est homo homini, non homo.

El cerco ha sido burlado

Del semblante de Mario hemos visto el retrato en piedra que se conserva en Ravena de la Galia y cuadra muy bien con la aspereza y desabrimiento de carácter que se le atribuye. Porque siendo por índole valeroso y guerrero, y habiéndose instruido más en la ciencia militar que en la política, en sus mandos se abandonó siempre a una iracundia que no podía contener. Dícese que ni siquiera aprendió las letras griegas, ni usó nunca de la lengua griega en cosas de algún cuidado teniendo por ridículo aprender unas letras cuyos maestros eran esclavos de los demás, y que después del segundo triunfo, habiendo dado espectáculos a la griega con motivo de la dedicación de un templo, no hizo más que entrar y sentarse en el teatro, saliéndose al punto…

PLUTARCO, Vida de Cayo Mario

1

—Es por ahí. En aquella torre.

Desde que amanecía la niebla empezó a levantarse. Ya se veía bastante mejor cuando Escipión y Polibio descendieron de sus caballos. Unos instantes después Polibio subía a la torre en pos del cónsul cuyas botas claveteadas resonaron con fuerza en cada escalón.

Arriba los esperaba el joven Cayo Mario: él había sido de los

primeros en conocer la noticia mientras hacía la ronda con sus jinetes alrededor del muro.

Cayo Mario era el jefe de los équites, aunque la caballería romana venía a ser en realidad como una guardia personal del cónsul sin mucha incidencia en el desarrollo de las batallas. Mario llevaba borceguíes que le llegaban a los tobillos. Muchos soldados se protegían como él las piernas con trozos de paño enrollados a modo de polainas.

En la parte alta de la fortificación había un pasillo de nueve pies de ancho hecho de gravilla compactada entre las dos paredes que conformaban el ancho muro. Junto a ella, por el exterior, se veía una primera torre de vigilancia: estaba construida con estacas y tablones procedentes de los muchos pinos y encinas talados por los alrededores, igual que la pequeña empalizada que coronaba el muro.

Cada torre tenía cuatro alturas y la segunda comunicaba con el pasillo del muro por donde circulaban guardias, siempre detrás de la empalizada. Ellos eran quienes, si veían movimientos sospechosos, avisaban a los soldados que ocupaban las torres para que izasen en lo alto una bandera roja si era de día o una antorcha si el incidente sucedía de noche.

En la tercera altura de la torre había montada una ballesta gigante que asomaba por el vano del muro. Abajo estaba el foso y, más allá, un pasillo de terreno deforestado.

Junto a la ballesta había tres cadáveres, dos ensartados a través del sago por jabalinas de hierro, y otro, el de la piel de lobo, degollado. El ánfora de vino estaba en el suelo rota en pedazos. Su contenido derramado se había mezclado con la sangre de los hombres, ya seca.

Las astas de los soldados habían desaparecido. No así los gladii, que seguían en sus vainas junto a dos cuerpos.

—Más allá, en lo alto del muro, hay otros cuatro vigías muertos —dijo Cayo Mario—. Alguno debió oír algo mientras hacía su ronda. Se acercarían a inspeccionar. Los masacraron sin darles tiempo a

dar la voz de alarma. La niebla era espesa. Eso les permitió alejarse sin problemas.

Escipión observó por un instante los cuerpos de los legionarios.

Contemplar el rictus de la muerte era siempre un recordatorio incómodo. El cónsul todavía los miraba con desagrado cuando Cayo Mario se asomó al vano y señaló la tabla tendida sobre el foso.

Más allá se veía el pequeño asturcón de color pardo, casi negro, con manchas blancas, atado a una estaca clavada en el suelo.

2

—Por esa tabla cruzaron el foso con los caballos —dijo Cayo Mario —. Con esa tosca escala de madera que dejaron contra el muro por nuestro lado hicieron subir y bajar a los animales. La montaron ahí mismo. Los peldaños son lo suficientemente anchos. Seguramente les cubrieron las cabezas a las monturas para que no se espantaran. Al último, ese caballo de carga, lo abandonaron cuando los sorprendieron nuestros vigías. Sabemos que algunos hombres regresaron a pie a Numancia. Hemos encontrado huellas. Los jinetes que ya estaban del otro lado, en cambio, huyeron al darse la alarma en el campamento. La niebla los cubrió.

Escipión se quedó mirando al pequeño asturcón que pastaba, con sus patas peludas, en el interior del cerco. Cada poco resoplaba. El vaho se le escapaba por la boca.

—Estos arévacos son más astutos de lo que pensábamos —continuó Cayo Mario—. Cuando los hombres salieron del campamento en su persecución, ya estaban lejos…

A Escipión no le hacía ninguna gracia lo sucedido. Era la primera vez desde que completaban el cerco que tenía la impresión de que algo escapaba de su control. La sensación le resultaba incómoda. Pero no todo era previsible en la contienda y menos con esta gente

bárbara que tanta guerra estaba dando a Roma.

—¿Cuántos eran?

—Seis jinetes —dijo Cayo Mario—. Huyeron hasta quedar fuera del alcance de los nuestros. Una vez que vieron que estaban a salvo, por la distancia, uno encabritó a su montura y sopló por una de esas trompas en forma de boca de lobo que usan estos salvajes.

—Encima se burlan. Pero no será por mucho tiempo. ¡Que se queme a los muertos con todos los honores! Y que vengan los tribunos a mi pretorio a recibir órdenes.

—Es la primera vez que ese mar de bárbaros desborda tu dique. ¿Qué piensas hacer? —preguntó Polibio según salían otra vez al muro. Desde allí se podía ver hacia el poniente la ciudad arévaca.

Las murallas de Numancia se levantaban orgullosas en lo alto del cerro. El griego posó su mirada sobre ellas. Forzaba un poco la vista que con la edad empezaba a no ser todo lo buena que a él le hubiera gustado. Pero bastaría para describir aquello en sus libros de historia.

—Neutralizar esa expedición. Pretenden buscar ayuda. Debemos encargarnos de que no les sea posible. Enviaremos emisarios a todas las ciudades. Que ninguna les dé cobijo. En cuanto a los que siguen dentro del cerco, hay que tener paciencia. Dentro de poco la falta de alimentos podrá con ellos. En la guerra conviene hacer siempre como los buenos médicos. Que trabaje el hambre, no el hierro. Lo último que quiero es que esto se convierta en un nuevo Cartago —dijo Escipión, que en las campañas desconfiaba cada vez más de los métodos demasiado directos. La madurez acarreaba eso.

3

Es cosa sabida que Escipión Emiliano había llorado como un héroe trágico cuando se encontró delante de las ruinas humeantes de la

Cartago que él mismo había arrasado después de que los romanos, tras luchar casa a casa durante seis días con sus noches, consiguiesen conquistar la ciudadela sagrada de Birsa.

Ese había sido el broche final de la salvaje batalla que le ganó la fama de cruel que desde entonces le acompañaba.

Pero lo cierto es que Escipión Emiliano había estado al principio entre quienes se oponían a la destrucción de Cartago. A ese respecto se había enfrentado en más de una ocasión con Catón el Viejo.

Él y los partidarios de su familia consideraban que si el único gran enemigo que le quedaba a Roma era destruido, los romanos caerían inevitablemente en la molicie y eso sería devastador a medio plazo para sus ambiciones.

Los Escipión consideraban que mantener Cartago en activo era la mejor manera de que sus conciudadanos no se relajasen. Con esa idea había intentado Publio Cornelio negociar la rendición de la ciudad con Asdrúbal.

No obstante, su buena disposición se había visto frustrada por las argucias de un viejo general que a la hora de negociar cuando todavía pudo haber sido positivo para los dos ejércitos, e incluso a la hora de la rendición, ya sin nada que ofrecer, se mostraba arrogante y grosero con el romano de corta estatura hasta el último día.

—Agotas mi paciencia, Asdrúbal. Yo sé que en tiempos de guerra hay que engañar y desconcertar al enemigo. Pero pareces ignorar que no conviene burlarse de quien ya es vencedor. Me mareas como una perdiz cuando sabes que los Escipiones nunca faltamos al respeto a los dioses ni violamos nuestra palabra. Sigues actuando con mala fe y no dejas de enredar las negociaciones, cuando tienes todo, absolutamente todo, que perder…

La sonrisa del cartaginés resultaba insultante. A Escipión le costaba no perder su proverbial calma. Se tuvo que recordar a sí mismo que el que vive en la cólera vive fuera de sí. Eso no iba con Escipión.

—Sé que has pedido a mis aliados númidas a mis espaldas que

intercedan ante Roma diciéndoles que tengan cuidado, que la rueda de la fortuna puede girar. Pero es una ilusión. ¡Me haces reír! Tú ya no puedes esperar nada de Roma. El bulto que hace tu abdomen demuestra que eres más un buey engordado para el sacrificio.

Ahora ya sí que la sonrisa había desaparecido de los labios de Asdrúbal.

—¡Pongo a Baal y a la fortuna por testigos de que el sol no verá Cartago destruida y a Asdrúbal vivo! —exclamó.

Pero su brusquedad no impresionó al cónsul. La batalla dialéctica era ya la continuación de la batalla física que los había enfrentado durante muchos meses. Por fin, al cabo de unas horas de implacable negociación por parte del romano, el cartaginés cayó de rodillas, agotado.

Para la ocasión Escipión había querido tener a su lado a su cuñado, un jovencísimo Tiberio Graco, que a una seña suya se acercó.

El contraste entre el hirsuto cartaginés y Escipión Emiliano, que tenía un cuidado exquisito de su cuerpo, y aquel jovencito sonrosado, no podía ser mayor. Ese día Escipión se había puesto la toga, tan larga e incómoda, para solemnizar el encuentro y había insistido en que Tiberio Graco se presentase con su uniforme de gala.

—Aprende, Tiberio. Mira a este hombre al que cuando le propuse condiciones honrosas de rendición en su día respondió que la más bella sepultura eran las cenizas de la patria. Míralo ahora besando mi manto para salvar la vida. ¡Y mira cómo quienes le abandonan vienen hasta mi tienda a burlarse de los juramentos que le hicieron en su momento!

Tiberio Graco arrancaba su vida y se empapaba de todo lo que le decía Escipión. Estaba lleno de orgullo viril. Él tampoco ocultaba su desprecio por el barbudo que tenían delante.

En ese momento llegó la mujer de Asdrúbal con sus dos hijos. Al verlo arrodillado lo llamó por su nombre. Avergonzado, Asdrúbal no contestó. Ella le insultó de la peor manera.

—¡Y vosotros —añadió encarándose con el cónsul—, que nos habéis destruido a fuego, a fuego también seréis destruidos!

La cartaginesa fue obligada a retirarse, pero sus palabras quedaron pendiendo en el aire y sobrevolaron los pensamientos de los vencedores incluso cuando Asdrúbal se hubo retirado tras hincar definitivamente la rodilla. Aquello alteró el ánimo triunfalista de Escipión.

El cónsul seguía pensativo cuando por fin decidieron dirigirse junto a su séquito al palacio donde cenarían esa noche.

—Así son los imperios, tan sujetos a reveses como los mortales —dijo, volviéndose hacia quienes le acompañaban—. Pienso en lo que fue Troya, en el Imperio persa o el de Macedonia, que llegó a superarlos, y temo que también un día la propia Roma perecerá.

—Pero no será mañana —replicó Tiberio Graco, con la arrogancia de la edad.

4

Nada más saber que la expedición de sus hijos había burlado el cerco, Leukón hizo una ofrenda a Lugh en una pequeña cueva en la ladera oriental de Numancia, cerca de la necrópolis. Quedaban cada vez menos ovejas en la ciudad. Uno de los animales fue sacrificado y desventrado en presencia de Ávaros y otros notables, mientras los devotos de todos entonaban cánticos en alabanza a Lugh y esperaban que el adivino desvelase el resultado del escrutinio de las entrañas. Fuera empezaba a nevar.

—Lugh y Elman están satisfechos —anunció Olónico. Llevaba una larga túnica blanca con su tocado cónico y sujetaba una lanza ritual de plata—. Esos hombres vivirán.

El alivio se expandió entre los numantinos. Los notables siguieron al sacerdote fuera de la cueva. Los copos de nieve caían sobre sus

mantos de lana negra.

—En los alrededores la caza escasea. Nuestros graneros se vacían. Los campos están exhaustos. Pero debemos confiar en Lugh —dijo Olónico. Y salió al aire libre flanqueado por Leukón y Ávaros.

—¡Lugh! ¡Lugh! ¡Lugh!

Las voces de los numantinos bien abrigados se juntaron en un clamor esperanzado. Leukón y Stena se abrazaron. En ese justo momento por el sendero que subía a Numancia llegó Aunia.

Viéndola, el rostro de Ávaros se contrajo con un repentino dolor. Al enterarse de la decisión del consejo Ávaros se había sentido tremendamente afligido. Pero él sabía mejor que nadie que desde que aceptara en su día la dote había perdido toda potestad sobre su hija. Bastantes problemas tenía ya con Leukón como para añadir aquello. El pensamiento lo llevó a inclinar la cabeza. Apartó la vista mientras la joven se les acercaba llena de enfado.

—Veo que no se me ha avisado cuando, tratándose de mi esposo, yo tendría que ser la primera en participar de las ofrendas —exclamó Aunia, llegando hasta ellos. Pero Ávaros retiró su mirada. Solo Leukón se destacaba entre los presentes para salirle al paso.

—Nadie te ha llamado, mujer, porque nadie quiere verte aquí. Lugh, que todo lo ilumina con su luz, lo sabe todo y conoce lo que esconde tu corazón. Esta mañana ha hablado por boca del consejo, y ha dado su veredicto.

—No sé de qué me estás hablando, padre.

—No me llames padre. Has sido infiel a mi familia. Tu vientre estuvo seco hasta que tu falta de escrúpulos y respeto y tu libidinosidad decidieron lo contrario.

Aunia miró a Ávaros y luego a Stena: esta última le sostuvo la vista con dureza. Leukón tenía la nariz enrojecida por el frío. El ceño fruncido y lleno de arrugas le envejecía.

—Ahora volverás a tu casa y te quedarás en ella hasta que decidamos cuál ha de ser tu castigo.

—No sé de qué me estás hablando, padre.

—Kara, cuéntale a esta mujer lo que has contado esta madrugada al consejo.

Atendiendo a las palabras de Leukón, Kara dio un par de pasos y se destacó de los demás.

En ese momento, Aunia supo que estaba perdida. Su pelo, de manera premonitoria, se estaba cubriendo de nieve.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—Te lo diremos cuando esté decidido. Mientras tanto, no saldrás de la casa. Llevadla.

Los pies de Aunia dejaron un surco en la nieve mientras dos hombres de la confianza de Leukón la arrastraban de vuelta a Numancia.

—¡Soltadme, soy la mujer de Retógenes, el primer guerrero de Numancia, y llevo en mi vientre a su heredero!

—Ya no —dijo Leukón.

Kara era muy consciente de lo que acababa de hacer. Pero ella amaba y aborrecía sin término medio. Era prisionera de su carácter.

5

Amon non talia curat.

Termancia

En la ladera de la ciudad, aprovechando un entrante de la roca, parece que existió una edificación pública. De ella poco se puede ver hoy, tan solo una gradería excavada en la roca, aunque un poco degradados ya los escalones que se labraron. Desde arriba, da la impresión de que se trate de la cavea de un teatro, mientras que desde abajo, donde presumiblemente debería estar la escena, la impresión que ofrece dicha construcción es totalmente distinta. Además, el posible aforo de este edificio resultaría muy pequeño…

TIERMES, plano topográfico y breve información

sobre el yacimiento arqueológico

1

Termancia, la legendaria capital de los arévacos, estaba enclavada en una plataforma de arenisca en las proximidades de un río. Desde allí arriba se divisaban perfectamente hacia el sur las lomas de una cadena montañosa cercana, la sierra que los separaba del territorio vecino de los carpetanos.

Para llegar desde Numancia era necesario primero pasar por Uxama y después seguir hasta el sur y cruzar el Duero por uno de los muchos vados que tenía el río en aquel tramo. En Uxama no querían parar. Dado que Escipión había pasado en la primavera, la

ciudad venía de firmar la paz con los romanos. La idea era evitarla.

Los dos hermanos conocían perfectamente el camino de Uxama. Ambos habían venido en más de una ocasión a aprovisionarse de trigo acompañando a Leukón. En sus tiempos Numancia tenía allí un granero y había intercambios constantes entre las dos ciudades. Pero las relaciones habían degenerado a raíz del enfrentamiento con Roma. A medida que se acercaban a Uxama la bordearon, y conforme regresaban al camino principal por el otro lado, poco a poco, reaparecieron las casas linderas.

Llegando al embarcadero, Idris no pudo evitar recordar la tarde en la que con dieciséis años había alcanzado aquellas orillas desde la parte alta del río. Eran recuerdos intensos.

Donde moría el sendero unos negociantes conversaban junto a las barcas amarradas en el muelle. Todos comentaban que las legiones del nuevo cónsul ya estaban en Numancia. Consideraban que Leukón no podría defenderse eternamente y que los recursos de Roma se renovaban año tras año mientras que los de los numantinos menguaban.

—Pero son valientes. Están unidos. La unión hace poderosos los recursos pobres.

—Puede ser. Pero un perro por muy rabioso que sea no podrá nunca comerse un caballo.

Los hombres callaron con prudencia al ver pasar tan cerca a los numantinos. Por las orillas, con el agua helada a tramos, algunos balseros ofrecían el servicio de paso a cambio de unas cuantas monedas romanas. Retógenes las llevaba consigo. Cada vez con más frecuencia la gente exigía el pago en dinero de Roma. No había más remedio que plegarse.

—Toma —dijo, dándole al balsero los ases acordados.

Mientras cruzaban en la balsa más grande, cada cual sujetando la brida de su propia montura, Idris se sentía incómodo y tan cansado como el resto de sus compañeros. Tres días habían tardado en llegar al Duero y otros tres les esperaban allende el río.

—¿Habéis oído las conversaciones de la gente? Nuestra gesta empieza a ser conocida —dijo Lubo, nada más subirse al caballo en la otra orilla.

—Sí, pero nadie corre a ayudarnos… —dijo Retógenes.

A partir de ese punto se sucedieron los páramos expuestos al helado viento del norte, el cierzo que tanto quebrantaba el ánimo de los romanos y que tan familiar resultaba a los celtíberos.

El camino estaba casi completamente borrado por la nieve. Se veían en él las marcas que dejaban carros y caballos que los habían precedido. La cabalgada transcurría por dehesas escondidas tras la niebla que capturaron la imaginación siempre viva de Idris. Era como si al doblar cualquier recodo fuera a surgir ante ellos una legión o un lobo infernal como el que según Olónico cabalgaba Elman.

—Por aquí al menos no hay romanos —dijo Lubo.

El tiempo se iba aclarando. Nada más levantarse la niebla se encontraron en medio de unos campos nevados, en los que los negros grajos destacaban sobre las ramas de los árboles cargados de nieve como si fuesen almendros en flor. Todos los árboles parecían almendros en flor y todos le parecieron a Idris repentinamente hermosos. Hacía ya unos días que el hispano sentía como si una pena grande y negra se hubiese encaramado a sus espaldas sin que hubiera manera humana de quitársela de encima.

Todo se le hacía muy cuesta arriba y la cordialidad que le demostraba Retógenes no ayudaba.

Pero no quedaba sino continuar.

2

El último día siguió nevando.

—Este camino me recuerda la primera vez que acompañamos a Leukón a Termancia. ¿Te acuerdas, hermano, de aquel campeón nuestro que se enfrentó al romano junto al río? No se me olvida la rabia que sentimos cuando salió vencedor el pequeñajo y se mofó de nosotros. Bien que nos vengamos después en los cuerpos de los prisioneros a los que Babpo despeñó como respuesta a aquello. Era una provocación.

A media mañana pararon para que los caballos descansaran y ramoneasen. Los seis animales se movían con prudencia. Sus patas, húmedas, se hundían casi hasta el corvejón. Las corvetas seguían medio enterradas en una alfombra blanca que perdía su blancura a medida que la nieve se mezclaba con la tierra.

—Todavía me acuerdo de la fastuosidad con que Babpo nos acogió en esa cueva excavada en la ladera que tenía por casa. No he comido tan bien en mi vida.

Idris sentía la cara helada. Tranquilizó a su yegua, que relinchaba. El vaho se escapaba por la boca del animal. Los copos de nieve se le posaban en las crines.

Mirando el caballo tuvo un repentino acceso de cólera contra sí mismo. ¿Por qué no podían ser los humanos como ellos? ¿Por qué no podía ser todo más sencillo? Los animales reaccionaban al miedo, al afecto, se alejaban o se acercaban según sintieran una u otra cosa. Te agredían o huían, no había mayores ambigüedades. Respetaban las fidelidades. Rehuían las complicaciones. Las cosas para ellos no podían ser y no ser al mismo tiempo.

—¿Te pasa algo, hermano? —dijo Retógenes—. Te veo muy ensimismado.

—Es el cansancio. Mirad. Llega más gente…

Hasta entonces se habían cruzado con algún grupo de lugareños que, por lo general, cuando los avistaban se apartaban prudentemente del camino. Estos en cambio eran comerciantes de Uxama. La mayoría llegaba con carros vacíos para comprar lana, pieles y objetos de hierro mineral, productos abundantes en la región, como habían hecho siempre a lo largo de las décadas.

Nada más saludarse unos a otros y constatar que pertenecían a la misma etnia, decidieron juntarse tal y como se hace tradicionalmente entre arévacos para garantizarse protección mutua.

Al rato, cuando ya se acercaban a la imponente puerta oeste que daba entrada a Termancia, se hizo visible en lo alto del cerro, hacia el mediodía, el templo dedicado a su fundador.

—El hogar de Teutanes, donde acogió en su día a Numa —dijo Lubo —. Los dos lucharon juntos muchas veces. A mi vuelta compondré una canción recordándolo.

Todas las ciudades tenían un fundador y las historias eran tan semejantes que parecían salidas del mismo molde. Idris llegaba a preguntarse si realmente habían existido tales semidioses o si no serían sencillamente hombres a quienes con los años se engrandecía. En todo caso, su memoria perduraba en todas las etnias, y Teutanes era de los más queridos entre los héroes de la Celtiberia.

Una nieve cada vez más terrosa por las pisadas de hombres y bestias cubría el último tramo del camino. Conforme se acercaban a las puertas ya había más gente y los recién llegados se confundieron con los muchos campesinos que llegaban a vender o trocar el ganado y los granos almacenados, que con el largo invierno, a esas alturas, cobraba cada vez más valor.

Una vez al pie de la imponente puerta los dos grupos se separaron. Se desearon suerte en sus respectivos negocios y los numantinos se presentaron ante los guerreros que guardaban la entrada abrigados en una de las cuevas naturales que había por aquella ladera, agitando cada cual un ramo de olivo en alto. La nieve seguía cayendo suavemente moteando de blanco sus sayos negros.

—Soy Retógenes, hijo de Leukón, jefe de Numancia. ¡Y traigo un mensaje de mi padre para Babpo!

—Esperad aquí, que dé noticia de vuestra llegada —dijo el guerrero de más edad de cuantos se asomaron.

3

La puerta no tardó en abrirse y pudieron subir por los escalones que daban acceso a la ciudad sagrada de los arévacos. En Termancia se habían reunido siempre los hombres de su raza para formar en su día las grandes coaliciones contra Roma. De aquellas asambleas había salido el ejército que derrotó al cónsul Nobilior el día de las Vulcanalia, de tan feliz recuerdo para los celtíberos.

Termancia siempre había sido un símbolo de la resistencia contra Roma. Por eso acudían allí en primer lugar. Y por eso, cuando terminaron de subir los escalones que ascendían por entre las rocas que protegían por aquella vertiente la ciudad a manera de barrera natural, les sorprendió encontrar que en la primera calle, al pie casi del templo de Teutanes, clavada en otra de las rocas, entre dos edificios, había una gran placa de mármol con una leyenda en latín.

—Esto es nuevo —dijo Retógenes.

Les dio mala espina. Pero era previsible, pensó Idris mientras seguían al hombre que enviaba Babpo para guiarlos de camino al graderío de Termancia. Era allí donde debían esperar durante el tiempo que durase el consejo que estaba reunido en ese momento en el templo. Aquello también era sorprendente.

—Intentemos ver el lado positivo —dijo Lubo—. Así podremos conocer esta misma tarde la opinión de sus ancianos.

Idris no tenía muy claro que aquello fuese bueno, pero prefirió callarse. Lo que sucedía no hacía más que reafirmarle en su pesimismo. Aun así estaba dispuesto a permitir que la realidad lo desdijera. A fin de cuentas, consideró, él nunca creyó que Numancia pudiese resistir y menos que Leukón siguiese con vida. La guerra también tenía sus ironías.

—Confiemos en Lugh, hermano —dijo Retógenes, que había retrasado su caballo para ponerlo a su altura.

4

Termancia estaba tallada en la roca de la colina. Tenía imponentes murallas naturales que complementaban y prolongaban la muralla de piedra, y también numerosas viviendas excavadas en la ladera de arenisca a las que se puso puerta y de cuyas numerosas chimeneas naturales salía en ese momento el humo de los hogares encendidos.

Idris guardaba un vago recuerdo de la ciudad. Aun así la familiaridad se deshizo según seguían la muralla, que a su vez prolongaba la línea de los farallones de arenisca que formaban ya de por sí una formidable barrera natural. Las gentes de aquel lugar, habitado desde que el hombre tenía memoria, eran arévacas, pero había algo fronterizo en todo lo que veía, en su manera de vestir y hablar, que anunciaba lo carpetano. Son y no son como nosotros, pensó mientras seguía a los enviados de Babpo.

La propia arquitectura, con sus viviendas en la roca, tenía algo extraño que no acaba de definir pero que le atraía. No en balde era de las ciudades más antiguas no solo de la Celtiberia, sino de toda la península, y Olónico afirmaba que del mundo.

Ya llegando hacia el extremo este de la ciudad se encontraron con el antiquísimo graderío tallado en la piedra que estaba en las afueras de la muralla por aquella vertiente. Era allí donde se habían reunido durante siglos los hombres de su etnia y donde se habían decidido muchas de las grandes cuestiones. Los bancos de piedra desgastada por los siglos imponían un claro respeto y tanto Idris como Retógenes se recogieron en un silencio grave mientras dejaban los caballos.

Allí dejaron los caballos en un establo dispuesto para los visitantes.

—La última vez nos acogieron en la casa del jefe y hoy nos hacen esperar con los animales —dijo Retógenes, cada vez más irritado.

Ante aquel graderío descubierto al pie de las murallas todavía

esperaron un buen rato la llegada de Babpo. Les trajeron agua y unos cuencos llenos de nueces y avellanas, y un grupo de jóvenes les ayudó a encender una hoguera. La grisalla invernal cubría el campo circundante. Todos bebieron algo y se sentaron menos Retógenes, que permaneció en pie nervioso, mirando hacia el río cercano y hacia los barrancos de arenisca que había en la otra orilla, cubiertos ellos también de nieve, y que se alzaban imponentes por encima de los árboles pelados que bordeaban el agua. Los otros a ratos se paseaban y estiraban las piernas o se frotaban las manos o soplaban en el interior y se calentaban junto a la hoguera. Los caballos descansaban y comían más que ellos.

Poco a poco iba cayendo la tarde.

Por fin los hombres de Termancia fueron bajando de la ciudad con antorchas en la mano. Conforme ocupaban el graderío los miraron de través. Había mucha frialdad en sus ojos. Babpo fue de los últimos en aparecer por la puerta del Sol que había permanecido abierta todo ese tiempo. Estaba en una hendidura natural entre dos rocas y resultaba tan imponente como la puerta Oeste.

Ninguno de los presentes se les acercó; saludándolos vagamente con la barbilla iban tomando asiento en el graderío donde se instalaban protegidos por sus sagos, hasta que por fin Babpo fue el primero que, nada más llegar, se acercó a los ansiosos forasteros para darles el abrazo hospitalario usual entre celtíberos.

—¡Cuánto me alegra veros, numantinos! ¿Cómo está el viejo Leukón?

Alrededor la expresión de los espectadores seguía siendo sombría y no hacía eco a la forzada cordialidad que su jefe pretendía imprimir al encuentro. Instantes después, allí, delante de todos, los numantinos y Babpo juntaron las dos mitades de la tésera de hospitalidad que simbolizaba el enlace más profundo que podía existir entre arévacos.

—Todos los arévacos sabemos de vuestra guerra —dijo Babpo, ya cuando el graderío estuvo lleno de rostros casi hostiles que destacaban en la oscuridad creciente. El crepúsculo turbio que escondía la luna por encima de los cerros vecinos resultaba, pese a la altura en que se encontraban, oprimente. En otros momentos aquello habría sido una bóveda hermosa sobre sus cabezas y los cánticos termantinos habrían endulzado la ceremonia. Hoy, por el retraso, se evitaban los protocolos—. Por eso, el consejo de notables se ha prolongado tanto en el templo de Teutanes con las noticias de vuestra llegada y al saber el motivo que os trae. Durante todo este tiempo hemos considerado la situación. Hemos valorado nuestras obligaciones con Numancia, a la que nos atan tantos vínculos. Pero también nuestras fuerzas y las de nuestros enemigos los romanos.

»Y con gran tristeza en el corazón hemos concluido que nuestra ayuda nunca será suficiente para cambiar vuestro destino. Termancia no puede volver a lanzarse contra Roma en estos momentos. Como bien sabéis, es incontable el número de jóvenes de nuestra ciudad que ha muerto a lo largo de los años en una guerra incesante contra el invasor. Hemos llenado todos los barrancos con cadáveres de romanos. Y aun así sus soldados han seguido llegando por miles y por decenas de miles.

»Los hombres de Roma son como hormigas saliendo primavera tras primavera de los barcos que vomita el mar. Nuestro sacrificio sería inútil. Además, el cónsul no deja de enviarnos emisarios y amenaza con arrasar nuestros campos y destruir cualquier alimento. Por todo eso, y aun reconociendo nuestro vínculo con Leukón, el consejo de notables y la asamblea de Termancia han decidido que, con todo el dolor de nuestra alma, no podemos ahora mismo ayudar en la defensa de Numancia.

Retógenes miró con incredulidad a Babpo. Después paseó unos ojos abiertos de par en par por la sorpresa y la indignación sobre quienes los rodeaba en el graderío a la luz menguante.

De repente se le escapó un prolongado gruñido.

—¿Y rompéis de esta manera el pacto de hospitalidad que

testimonia la tésera que os acabo de entregar?, ¿aquella que separaron Babpo y Leukón ante este mismo graderío en una solemne ceremonia en tiempos en que los hombres de esta ciudad todavía parecían hombres? ¿Qué le diré a mi padre, que siempre se honró de vuestra amistad? ¿Cómo le explicaré que nos habéis hecho esperar extramuros como a unos enemigos? ¿Y qué le diré a mi gente que canta las gestas de Teutanes y Babpo y las celebra cada día de fiesta como algo propio?

»¡Vergüenza os tendría que dar, hombres de Termancia, esconder vuestro deshonor detrás de este consejo de cobardes, y más exhibir en público y a la vista de todos los decretos que os envía la infame Roma! Todos sabemos que el valor crece con la audacia y el miedo con la vacilación. Pero también sé que nada puede la elocuencia allí donde circula el oro. ¡Que Lugh os maldiga a todos por vuestra cobardía! —exclamó, ya alejándose. Sacó su caballo del establo y lo montó allí mismo con gran irritación.

6

Los demás imitaron a Retógenes en medio de un gélido silencio y volvieron a entrar en Termancia por la puerta abierta junto al graderío. Idris fue el último. Dudó un momento si despedirse de Babpo. Lo hizo en medio de un silencio que seguía sin romperse.

—Lamento no haber podido hacer nada más —se excusó el caudillo.

Idris sintió casi lástima por el jefe termantino. No le costaba comprender el dolor que podía experimentar, el desgarro interior, el debate entre las diferentes fidelidades, entre su culto a la amistad y a su etnia y el pragmatismo que exigía la situación. A veces ejercer la autoridad no era fácil, pensó.

Tras asentir con gravedad montó también su caballo y siguió a los demás. Los seis numantinos a caballo tomaron el mismo camino que a la ida. Retógenes experimentó un profundo desprecio por los hombres y mujeres que les salían al paso, bien alimentados, bien

abrigados por sus sayos.

—¿No sería más lógico quedarnos? —preguntó Idris.

—No. Prefiero dormir al raso que en medio de estas gentes indignas.

Mientras llegaban otra vez a la puerta Oeste y esta se les abría, un hombre que se apartaba a un lado por las escaleras para dejarlos pasar se quedó mirando a Idris. Al tipo le faltaba una mano. La cuenca de uno de sus ojos estaba vacía y lo miró con fijeza señalándole con el muñón de su brazo.

En ese momento Idris echó mano a su gladius. El desconocido soltó una tremenda carcajada y abrió mucho su único ojo. Pero antes de que pudiera decir nada recibió un golpe de espada en pleno pecho que le hizo caer de rodillas.

Aquello provocó un revuelo entre los guerreros que guardaban la puerta.

—¡Los numantinos han dado muerte a uno de los nuestros!

Como el portalón ya estaba abierto, pudieron cruzarlo y huir al galope bajo un cielo cada vez más oscurecido.

7

—¿Qué demonios ha sucedido, hermano? —exclamó Retógenes, cuando estuvieron lo suficientemente alejados de sus perseguidores como para poder hablar. Su caballo se había acercado hasta el de Idris. La llanura estaba relativamente despejada de nieve, aunque volvía a nevar—. ¿Qué demonios iba a decir ese manco? Está claro que te conocía. ¿Quién era?

Idris respiró con fuerza. Sentía las mejillas encendidas por el esfuerzo. El sudor enfriaba su espalda por debajo de la túnica y el

sago. Hacía ya un rato que se preparaba para las explicaciones. No había manera de evitarlas.

—Un mercenario. En mis años de exilio me vi abocado a frecuentar gente poco recomendable en muchas ciudades. Necesidad obliga. Fueron años duros. No tenía relación con nadie, ni mujer, ni hijo ni otra responsabilidad que no fuera conmigo mismo. Hube de juntarme con morralla así… Hice cosas de las que hoy me avergüenzo y no tenía ningunas ganas de que me recordaran lo sucedido entonces.

El silencio de Retógenes se había hecho espeso. Otra vez experimentaba esa sensación de que no acababa de reconocer a la persona que tenía delante. Durante la infancia habían crecido juntos y, aunque sus intereses fuesen diferentes, parecía entonces que la misma sangre corría por las venas de ambos. Pero algo había cambiado en todo ese tiempo en Idris.

—No sé, hermano. Me gustaría confiar en ti, pero siento que me ocultas algo. Te conozco desde que éramos niños. Hay gestos que te delatan. No me gusta que apartes la mirada para que no vea lo que esconden tus ojos. No sé lo que es, pero hay algo que hace que no me sienta del todo cómodo…

Idris tiró de las bridas de su caballo. Los dos se encaraban encima de sus monturas.

Por primera vez en muchos meses, la ira llameó en los ojos del hispano. Hasta ese momento había aceptado el castigo de su padre, había aceptado que Retógenes ocupase la plaza que él abandonara. Pero de repente volvía por sus fueros. Su voz se impuso con la virulencia del derecho sentido profundamente.

—¿Estás diciendo que miento?

Retógenes también sintió esa autoridad profunda que da la sangre, el derecho de haber nacido primero. La posición secundaria asumida a lo largo de los años le hizo sentirse de repente pequeño. Su voz sonó menos segura.

—Estoy afirmando que hay más de lo que cuentas…. Y mientras no

lo sepa no puedo confiar en ti.

—¿Me estás llamando traidor?

Idris ocupó el terreno que Retógenes cedía. Ahora estaba dominando al menor. Ejercía la autoridad que naturalmente habría sido suya. Los hombres, alrededor, se dieron cuenta. El propio Retógenes era consciente de la transformación y lamentó haberla provocado.

—Si lo creyera, ya te habría matado. Me salvaste en el Duero y contraje una deuda contigo. Por eso se te ha respetado tanto. Se te ha permitido lavar tu pasado… Pero no abuses demasiado de la gratitud, hermano, porque nadie va a devolverte aquello a lo que renunciaste cuando abandonaste Numancia. Esa silla vacante la ocupé yo, sí, pero porque tú la despreciaste. Y en adelante cuídate de volver a hablarme en este tono, a mí, que soy el sucesor de Leukón, porque el más mínimo desliz u otro secreto de los tuyos y te cortaré la garganta sin pensarlo dos veces. Avisado estás. Y ahora busquemos un lugar donde podamos hacer un alto y pasar la noche.

8

Homo versutus celat scientiam.

El destierro de Aunia

En las nubes, en el aire, en el fondo de los bosques, en las grietas de las peñas imaginaba percibir formas o escuchar sonidos misteriosos, formas de seres sobrenaturales, palabras ininteligibles que no podía comprender…

G. A. BÉCQUER, El rayo de luna (leyenda soriana)

1

Amanecía otra vez con niebla cuando los soldados de guardia en lo alto de las torres se encontraron con que de la nada surgía una mujer vestida solo con una túnica blanca.

El cielo tenía el color de una panza de burro.

Aquella aparición se tambaleó según se alejaba de la valla que tenían establecida como primer obstáculo. Se acercó poco a poco en dirección al muro. Los arqueros cretenses que estaban en lo alto se frotaron los ojos para confirmar que no era un fantasma. A continuación llamaron a unos legionarios del campamento más cercano, que bajaron desde la torre.

—Es una mujer…

Aunia llegaba con la túnica suelta debido a que en Numancia le habían arrancado el cinturón. Las trenzas de las que tanto se

preciaban se las habían cortado, en mitad de la plaza y en presencia de Leukón, a golpes de cuchillo. La hija de Ávaros jamás había esperado una humillación semejante. Y encima en presencia de su padre, de los miembros de su clan. Todos se apartaron mientras los hombres de Leukón la escoltaban hasta la puerta y la llevaban después hasta el enemigo.

Con la cara desencajada y llena de lágrimas, Aunia cruzó el amplio pasillo despejado de árboles que la separaba del foso. Se detuvo con los pies desnudos rojos de frío al tiempo que en lo alto del muro se acercaba un centurión al que un mensajero había ido a avisar corriendo.

Los arqueros cretenses, con sus pequeños escudos pegados al codo, todavía tensaban sus arcos y forzaban la vista desconfiados. Una espesa niebla lo velaba todo.

—¡Que alguien haga subir a esa mujer!

Poco después Aunia, a la que habían cubierto con un sago, era conducida en medio de una docena de legionarios cuyas sandalias claveteadas resonaban al chocar con el empedrado pasillo por la parte alta del muro.

2

El campamento de Escipión había sido el primero en construirse de los siete que rodeaban Numancia. Era el más importante. Desde lo alto de aquel cerro, el más elevado de los que circundaban la ciudad, se dominaba el resto de la pétrea circunvalación que había ido creciendo paulatinamente a partir de ahí.

A diferencia de los campamentos provisionales y uniformemente rectangulares que hacían los romanos durante sus marchas con buen tiempo, en los de invierno la lógica defensiva requería adaptarse a la orografía, y el campamento del cerro de Castillejo, según lo llamaban los nativos, tenía forma de pentágono.

Aunque más pequeño que el de Peña Redonda por los requerimientos geográficos, era el que disponía de una mayor guarnición de hombres. Y también aquel en el que se construyó el pretorio más grande, no lejos de la escarpa occidental hacia el Tera que formaba su límite natural.

El puente que salvaba el río fue de los primeros en levantarse.

El cónsul en persona había supervisado el proceso de construcción que, además, contaba con la ventaja de que en el mismo cerro se instalaron en su día las tropas de Claudio Pompeyo, con lo cual se pudieron aprovechar los cimientos de piedra de campamentos anteriores. También los cantos diluviales del río vecino permitían una construcción más esmerada que los grandes bloques de caliza de Peña Redonda.

Por allí los muros de los edificios eran de un pie de espesor, seis pies de alto. Como trabazón se había utilizado el barro y los techos eran ramajes asegurados con grandes piedras para defenderlos del viento.

La muralla del campamento tenía el mismo grosor que el propio muro que lo cerraba por un costado. Al llegar hasta él se dividía en dos para abrigar bien todas las barracas que acogían la parte más importante de la legión consular.

Nada más llegar, una última torre defensiva permitía bajar del muro al campamento. Eso hizo Aunia, una vez que sus captores dieron noticia, en su idioma, de lo sucedido a los hombres de guardia que les salían al paso.

En el suelo se les acercó un tribuno que quiso acompañarlos. Aunia observó todo con ojos enrojecidos.

Por la vía pretoria, a uno y otro lado los hombres de las barracas se afanaban en sus tareas. Algunos se reunían en torno a hogares alumbrados en los rincones de los edificios y tendían las manos para calentarse. Otros preparaban el desayuno o reparaban sus equipos o se congregaban en torno a las letrinas o acudían al foro. Todos interrumpieron sus actividades para mirarla con poco disimulada lascivia: desde que Escipión había echado a las prostitutas de sus

campamentos, y de eso hacía muchos meses, ninguno había visto una mujer. El interés que suscitaba Aunia era grande.

—¡Apartad! ¡Volved a vuestras tareas! —exclamó el tribuno.

Aunia mantenía la mirada en el frente, temblando de frío y de miedo.

Al otro lado del foro se abría el gran patio orientado hacia el sol naciente que franqueaba la entrada al pretorio. A ese patio abierto y porticado daban los alojamientos de Escipión y también los de los miembros de su séquito personal, que ocupaban los laterales. Por todas partes se asomaba gente. Las miradas se clavaban como alfileres en la numantina, que respiró con profundidad cuando su comitiva paró ante la guardia en la puerta del pretorio.

En el interior, a esas horas, Polibio hacía un rato que se había instalado en el triclinio: era como los romanos llamaban al comedor. Sentado en su lecho ante una de las mesas tomaba una torta plana y redonda hecha con farro y untada con miel que previamente había humedecido con vino. Era su desayuno. Él no necesitaba más para aguantar el resto del día. Estaba con Cayo Graco, hermano menor de Tiberio Graco y de Sempronia, esposa de Escipión, y con el joven poeta Lucilio.

Fueron ellos los primeros en tener noticia de la llegada de Aunia mientras se informaba al cónsul, que todavía no había salido de sus aposentos.

—Que pase solo ella —dijo Escipión—. Y traed un intérprete.

3

Los criados otra vez alimentaron con leña de encina los braseros. Al ver que los legionarios hacían pasar a la numantina, Polibio se puso en pie junto con el resto de componentes de aquella pequeña corte de amigos que acompañaba habitualmente a Escipión en sus

campañas, una costumbre heredada de los monarcas macedonios que era cada vez más criticada por los partidarios de Tiberio Graco en Roma.

Aquellas ínfulas monárquicas siempre asustaban en el seno de la República.

Unos momentos después apareció el arévaco jovencito de las trenzas al que el cónsul había mandado llamar y, al poco, el propio Escipión. Su actitud nada más ver a la prisionera fue tranquilizadora.

—No llores, mujer. Estás entre gente civilizada. ¿No es cierto, Polibio?

—Es cierto —dijo el griego.

Era difícil no sentir pena por aquella pobre desgraciada. A juzgar por el vientre que abultaba bajo la túnica blanca, estaba preñada de bastantes meses. Todos en la sala habían callado en espera de que hablara el cónsul. Solo se oía el crepitar de los braseros y las voces en la cocina del pretorio, donde la faena nunca cesaba desde que despuntaba el día.

—Empecemos por lo más sencillo. ¿Cuál es tu nombre?

Aunia se secó otra vez las lágrimas que acudían irreprimibles a sus ojos. En tiempos normales, de no haber estado preñada, antes que caer en manos romanas se habría quitado la vida ella misma. De todas formas, Leukón había tenido buen cuidado de quitarle toda arma cuando la expulsó. Desde que la habían abandonado junto al muro romano la confusión era lo único que anidaba en sus pensamientos. Se sentía como una barca a la que hubiesen cortado las amarras en medio de una brava corriente.

—Soy Aunia, hasta este día esposa de Retógenes, hijo de Leukón. Pero ahora mi pueblo me ha repudiado y yo no he tenido el valor suficiente para quitarme la vida. Por eso estoy ante vosotros.

—Soy vuestra prisionera —dijo—. Os imploro clemencia para mí y para mi hijo.

Escipión, por lo general tan grave, no pudo sino sonreír. Los murmullos agitaban a los presentes. Todos se daban cuenta de la importancia que podía tener aquello. Escipión ni siquiera necesitó dar una voz para callarlos. Bastó la mirada.

—No temas, ninguno de los presentes tomará ventaja de tu situación. Pero vayamos por partes. Pregúntale por qué la han expulsado de la ciudad.

Aunia se irguió con toda la dignidad que fue capaz de reunir. Su extensa respuesta se vio reducida por el laconismo del joven intérprete. El arévaco redujo todo a un par de frases engañosamente sencillas.

—Dice que porque Lugh no le ha concedido concebir en su vientre al hijo de Retógenes. El hijo que lleva es de otro hombre.

Esta vez no hubo murmullos. Su silencio demostraba que los presentes escuchaban con atención. Ahora tenían una rehén. Hasta ese momento todo iba despacio, pero era normal que la presión creciente del asedio desencadenase cada vez más conflictos dentro de Numancia.

Escipión prefirió mostrarse prudente.

—Una tragedia común… —dijo. Y es que salvo Aunia, todos los presentes sabían que en los años que llevaban de matrimonio su mujer, Sempronia, no conseguía darle hijos. Era la gran frustración en su existencia—. Veo a esta muchacha muy desconsolada, soldado. Dile que la vamos a instalar en una estancia próxima a mis aposentos. Tendrá un criado a su servicio.

»Que alguien le procure ropa. Y hazte cargo de ella de aquí en adelante. Quiero que se vista adecuadamente. Primero necesito que

se tranquilice. En algún momento retomaremos esta conversación que puede sernos de mucha utilidad. Hay informaciones que me interesan más que su carne, házselo saber. Dile que las desgracias caen con mayor facilidad a los más elevados. Aquí se respetará su alcurnia.

Aunia escuchó al intérprete. Luego miró sorprendida a Escipión. Estaba claro que no se lo esperaba. Sintiendo un repentino alivio se postró de rodillas. Se inclinó delante de Escipión y acabó tocando el suelo con la frente como hacen los arévacos en señal de reverencia.

—La mujer os agradece vuestra clemencia y pide al dios Lugh que os sea propicio. Dice que no sabía que Roma pudiera dar tales hombres.

—Dile que Roma solo da tales hombres —replicó el Africano Menor —. Somos los que hemos construido la República. Hombres como nosotros no salimos de una cabaña.

5

Se me perdonará si aprovecho un momento como este para hacer otra de mis habituales digresiones sobre el pasado de Escipión Emiliano.

Creo haber relatado ya que el Africano Menor estuvo en la Hispania Citerior como tribuno diecisiete años antes acompañando al cónsul Lúculo, tan desgraciadamente famoso desde entonces. Hoy todavía se recuerda esa campaña en Hispania. La actuación de Lúculo fue una gran vergüenza para Roma.

Por aquel entonces las provincias andaban pacificadas por el recién firmado tratado de paz del anterior cónsul, Tiberio Graco, padre de Sempronia, el suegro de Escipión Emiliano, que tanto bien hizo a la región y cuyos pactos mantuvieron a los celtíberos aplacados durante años.

Pero aquello suponía un contratiempo importante para Lúculo, que necesitaba la guerra para sacar algún provecho de sus expediciones. Dispuesto a satisfacer sus ambiciones personales, Lúculo decidió cruzar el Tajo y se dirigió contra los pueblos vacceos. Lo hizo aduciendo que previamente los vacceos habían realizado diversas incursiones en el territorio carpetano, ya dominado por Roma.

Con esa excusa endeble y sin autorización del Senado, Lúculo no se mostró escrupuloso a la hora de saquear el territorio. Masacró a los vacceos, a los que convirtió desde ese día mismo en enemigos acérrimos de las legiones. Y por supuesto logró echarlos en brazos de los numantinos y de cualquier pueblo rebelde a la autoridad romana.

A Lúculo lo acompañaba Escipión Emiliano, quien, como legado, tenía la misión delicada de informar regularmente al Senado.

El que más tarde recibiría el apelativo de Africano Menor guardaría siempre recuerdos muy vivos de aquella campaña y en concreto del asedio de la ciudad de Cauca, en plena Celtiberia, que resultó especialmente dramática y a la vez importante para su historia personal.

No solo porque era la primera vez que veía aplicar técnicas en las que él mismo se convertiría en maestro con el tiempo, sino porque el ejército romano sufrió diversos reveses a raíz de que, tras ofrecer garantías a los sitiados y contradiciendo la palabra dada, Lúculo decidiese matar a todo varón en edad de guerrear.

Las tensiones entre los mandos fueron terribles.

—No entiendo por qué los castigas —se indignó Escipión, la noche de la matanza en la tienda del cónsul—, cuando juraste que no lo harías. Lo único que habremos conseguido es que a partir de ahora nos resulte imposible pactar nada con los indígenas. Si nosotros mismos no respetamos los tratados, entonces ¿por qué hacerlos?

—Entre otras cosas, para recordar a estos bárbaros que nadie puede desafiar la voluntad de Roma.

El conflicto no dejó de acrecentarse a medida que abandonaban

Cauca. En la otra orilla del Duero, hacia el norte, siguieron su campaña contra los nativos de las tierras que habían dejado de mostrarse dóciles y se insurgían a cada paso.

6

Como la campaña se alargaba innecesariamente, empezaron a faltar alimentos básicos para los hombres de la legión consular.

Allí no había vino ni pan ni vinagre ni sal. Las provisiones que traían desde Roma habían desaparecido. Hubo que recurrir a la carne de conejo y a otros alimentos a los que ninguno de los hombres estaba acostumbrado. Además, afrontaron el calor extremo del verano, que obligaba a hacer las marchas de noche, y el rigor del invierno mesetario.

El caso es que las legiones cayeron enfermas.

Con unas tropas en mal estado el precipitado asalto a una nueva fortaleza acabó en desastre. Y solo la diplomática intervención de Escipión Emiliano logró salvar la situación aciaga a la que los había conducido el comportamiento de Lúculo.

Así, sucedió que en el peor de los momentos Escipión, apoyado en el prestigio que suponía para los nativos ser nieto del vencedor de Aníbal, logró convencer a los sitiados de que aceptaran unas condiciones honorables para la retirada de los romanos.

—Nos han entregado pieles y ganado, pero ni oro ni plata —se lamentó Lúculo, ya cuando se encontró con su tribuno a caballo en la cabecera del ejército.

Escipión acabó cortando toda relación con él y denunció su actuación ante el Senado. El respeto a la palabra era un principio inculcado a sangre y fuego en todos los Escipiones y Lúculo la había puesto seriamente a prueba.

Pero como en una vida no hay mal que por bien no venga y todo sufrimiento se convierte en enseñanza, el propio Escipión admitiría que aquello fue como un preludio de lo sucedido en África unos años después, cuando a poco de la destrucción de Cartago su cuñado Tiberio Graco cayó misteriosamente enfermo.

Por aquel entonces entre Escipión Emiliano y el jovencísimo Tiberio Graco se habían tejido unos vínculos afectivos tan fuertes que, cuando este enfermó, el Africano Menor se sintió traicionado por los dioses y, sencillamente, enloqueció con los sacrificios.

Escipión se convenció de que era un castigo divino por una tragedia cuya responsabilidad achacaba a Asdrúbal. Sin tantos engaños Escipión habría sido clemente con la ciudad. Él consideraba que habría conseguido convencer al Senado de no destruirla.

No fue así y finalmente Cartago se arrasó hasta los cimientos.

Los hombres de Escipión pusieron a todos los bueyes de la zona a arar. Luego echaron sal en los surcos para que nada más pudiese crecer nunca en aquel paraje que hasta la fecha sigue siendo un desierto.

Con Tiberio Graco enfermo, Escipión hizo voto de que si los dioses lo escuchaban jamás arrasaría ciudad alguna.

Él nunca había sido partidario de la violencia gratuita. Lúculo le había enseñado el camino que ningún hombre decente debía seguir. Escipión vivía convencido de que se podía aspirar a la gloria con virtud, de que la guerra es siempre el extremo último de la negociación.

Y resultó que Tiberio Graco sanó milagrosamente de su misteriosa enfermedad.

Y a Escipión Emiliano aquella mejoría lo convenció de que los dioses habían escuchado sus plegarias.

Y así fue como, cuando unos años más tarde el Senado le encomendó rendir definitivamente Numancia, el nuevo cónsul supo que hacerlo sin derramar sangre y por hambre era la única manera

de mantener el juramento hecho a los dioses y a la vez cumplir con la misión encomendada por su ciudad.

7

Bellum magis desierat, quam pax caeperat.

La frustración de Quinto Fabio Máximo

Casose con Papiria, hija de Masón, varón consular, y después de haber vivido en su compañía largo tiempo disolvió aquel matrimonio, no obstante haber tenido de ella una ilustre sucesión, pues dio a luz al célebre Escipión y a Fabio Máximo. Causa escrita de este repudio no ha llegado a nuestra edad, pero quizá fue como en aquella gracia sobre el divorcio. Había un romano repudiando a su mujer, y le hacían cargo sus amigos, preguntándole: «¿No es honesta? ¿No es hermosa? ¿No es fecunda?». Y él, mostrando el zapato al que los romanos llaman calceo, les dijo: «¿No me viene bien? ¿No está nuevo? Pues no habrá entre vosotros ninguno que acierte en qué parte del pie me aprieta»…

PLUTARCO, Vida de Emilio Paulo

1

—Acaba de llegar un mensajero de Termancia. Los hombres que escaparon de Numancia han matado a un termantino. Han salido huyendo y han conseguido enemistarse con la ciudad. A Babpo le ha sido sencillo hacer entender la decisión de no ayudarles. El emisario dice que el consejo de ancianos ha sido unánime a la hora de pronunciarse, tal como esperaba Escipión. La arévaca tenía razón: van camino de Lutia.

—En Lutia los acogerán bien —dijo Fabio Máximo—. Ellos y los numantinos han luchado juntos durante siglos. Pero mi hermano Publio habrá enviado emisarios con los medios adecuados para influir en nuestro favor. Las ciudades están advertidas de las consecuencias si deciden ayudar a los rebeldes. O se está con Roma o contra ella.

Yugurta se había acercado con una antorcha a hablar con el hermano del cónsul. Este seguía en lo alto del muro después de haber hecho la ronda de supervisión por buena parte del perímetro del cerco, como acostumbraban cada tarde los mandos. Al estar sus campamentos tan próximos, los dos habían tenido ocasión de conocerse mejor. Casi sin darse cuenta, Yugurta había pasado de privilegiar la compañía de Escipión Emiliano a cultivar la del hermano con notable agrado por parte de este.

El distanciamiento entre Escipión y Yugurta no había dejado de acrecentarse a raíz de la batalla de las vigas en el Duero.

A diferencia del Africano Menor, a quien provocaba cierto recelo la actitud excesivamente melosa del númida, a Máximo le halagaba. Eso compensaba la carencia que encontraba últimamente en su vida. A aquellas horas tardías, aunque hubiera dejado de nevar, el frío seguía siendo intenso. Y más en lo alto del muro donde permanecían tan expuestos al terrible cierzo.

—Hay días en que, cuando veo ese muro y veo nuestros campamentos rebosantes de soldados, jinetes y hasta elefantes, y me acuerdo de que hemos rechazado plantar batalla, te juro que no doy crédito. Esta mísera ciudad debiera estar arrasada hasta los cimientos. No entiendo por qué perdemos tanto tiempo con tanta precaución innecesaria. Corceles como nosotros no deberíamos asustarnos por los ladridos de tales perros.

La niebla se había levantado. Las estrellas en lo alto brillaban en medio de la noche despejada. La estrella polar se veía bien por primera vez en muchos días.

—Y te diré otra cosa, Yugurta. Yo de joven me extasiaba con las esculturas de mis antepasados que adornaban la casa de los Fabios. Recordando las hazañas de mis mayores prendía en mí una llama

tan viva que no podía esperar hasta ver mi propio valor a su altura. Pero hoy me duele constatar que uno de los ejércitos más grandes enviados nunca a esta península se niega a conceder el derecho a morir en la batalla a unos miserables bárbaros. Me cuesta creer que hayamos construido siete campamentos y esa enorme muralla solo para rendir por hambre a unos pocos miles. Hay remedios que son peores que el mal y este es uno de ellos.

Su vista se clavó en el campamento principal. Lo tenían al lado. Estaban a un par de estadios. A lo largo del muro se veían cada poco parejas de antorchas de los vigías. Esa luz permitía apreciar en la noche la amplitud del cerco.

—Igual le llaman Africano Menor, pero se me ocurren muchos cognómenes y ninguno, ahora mismo, apreciativo. La vacilación y la prudencia acaban confundiéndose con el miedo. Creo que mi hermano se equivoca. Los romanos no estamos en el mundo únicamente para triunfar. Estamos también para hacer sentir el valor y la fuerza de nuestra raza. Minerva y Júpiter se lo demandarán cuando muera. La buena fama es el segundo patrimonio de Roma. Y ya no perdamos más tiempo.

Se volvió con ojos brillantes hacia el númida. El silencioso Mussa los seguía a unos pasos. Él también llevaba una antorcha. Una quincena de arqueros númidas los acompañaban guardándoles las espaldas. Algunos ahora mismo aprovechaban la pausa de los generales para mirar el cielo.

—Vayamos a conocer a esa furcia que tiene retenida el cónsul. Quiero echarle un vistazo.

El grupo continuó su paseo por lo alto del muro. Cada poco un vigía los saludaba y se apartaba con respeto. Abajo por el levante se sucedían pequeños pero bulliciosos campamentos de auxiliares celtíberos desplegados desde el principio a lo largo del perímetro exterior del cercado.

Todos aquellos hombres tenían orden de acudir inmediatamente a cualquiera de las torres si se daba la señal de alarma.

2

—Salve.

Fabio Máximo y Yugurta habían recorrido la vía pretoriana. Tras saludar a la guardia del cónsul entraron en el pretorio.

A esas horas el triclinio estaba calentado e iluminado por los braseros. La cautiva, en ausencia del cónsul, se había sentado junto al más grande en el extremo de un lecho. El lugar estaba todavía vacío. De la cocina les llegaba el olor del pan cocido listo para servir cuando volvieran Escipión y su séquito.

Habían pasado unos días desde la llegada de la prisionera. Al comprobar que Escipión no pensaba hacerle daño, Aunia se iba tranquilizando.

La hija de Ávaros hacía esfuerzos por aprender los rudimentos de la lengua de sus captores porque quería poder comunicarse con ellos lo antes posible y tenía la costumbre de pasearse por el pretorio durante el día, cuando este quedaba prácticamente vacío. También se había atrevido un par de veces a descubrir el campamento, aunque en todo momento bien vigilada por los hombres de Escipión. El límite de sus movimientos, le habían dicho, eran sus murallas, y por ahora lo respetaba.

Al caer la noche, cuando regresaba Escipión y el pretorio se llenaba, Aunia procuraba retirarse. Desde su cubículo podía oír a todos los extranjeros conversando en el atrio vecino o mientras se calentaban junto a los braseros, en su idioma desconocido.

—Salve, mujer.

Fabio Máximo iba como de costumbre perfectamente afeitado. Tenía el pelo cuidadosamente peinado en mechones hacia adelante.

Como la mayoría de los tribunos, llevaba sobre su túnica una coraza de bronce que reproducía la musculatura del torso. Eso escondía su cuerpo cincuentón. Una capa escarlata recogida con un broche de

oro sobre el hombro derecho le caía por detrás hasta las pantorrillas.

Con él venía el arévaco que hacía de intérprete a Escipión, al que habían hecho llamar y que se encontró con ellos a la entrada del pretorio. Máximo y Yugurta pasaron al triclinio dejando a Mussa y los demás en el vestíbulo.

3

—Tengo entendido que mi hermano y su cortecilla de filósofos y poetas siguen dando una vuelta por el muro, así que aprovecho para tener una pequeña charla con ella. Pregúntale si la tratan adecuadamente. Aquí tenemos las liberalidades que permiten los medios.

Aunia escuchó al intérprete con atención. Luego sonrió al romano con cautela. No acababa de tranquilizarla la presencia de Máximo. Tampoco osaba mostrar su disconformidad.

No le gustaba que la encontrasen en el triclinio. Se sentía incómoda. Habría preferido retirarse antes de la llegada de los demás, pero era demasiado tarde. Cuando hizo un movimiento hacia la puerta, Máximo levantó la mano.

—Espera, mujer. Dile que hemos confirmado que los hombres que burlaron nuestro cerco van camino de Lutia. Por lo que sabemos, su marido sigue con ellos. Hazle entender que su bienestar en el campamento depende de su colaboración y que cualquier información puede ser preciosa. En esta tierra tan hostil, a Roma le importa tener ojos y oídos en todas partes. Y ella puede obtener más de un beneficio…

Aunia sintió que los dos hombres miraban su vientre abultado. Instintivamente lo contrajo: pero resultaba ya imposible ocultarlo. De pronto sintió un vago temor al ver que Máximo y Yugurta intercambiaban impresiones en voz baja.

Al cabo, Yugurta se dirigió hacia la puerta e hizo señas al intérprete de que le acompañase fuera. Al númida le había dado por vestir a la romana. Llevaba una coraza de cuero sobre la túnica blanca de factura itálica. Pero su piel aceitunada y su pelo negro y rizado denotaban su origen. Sus rasgos a Aunia se le hacían exóticos. Ella sabía muy bien que él y todos aquellos hombres de tinte oscuro llegaban del África, una tierra hacia el sur.

Cuando quedaron en la estancia Aunia y Fabio Máximo, el romano dijo unas palabras que ella no entendió, pero su intención se hizo patente cuando con una sonrisa tranquilizadora le intentó acariciar la mejilla con la punta de los dedos.

Aunia se apartó con brusquedad. Retrocedió hasta tropezar con la pared.

—No sé si has entendido bien quién soy yo —dijo Fabio Máximo—. Bien sé que los halagos y no la autoridad humanizan a Venus. Pero hoy no estoy de humor para jueguecitos. Te dejo pensarlo, pero volveré… No seas tonta... No desprecies lo que puede redundar en tu beneficio. Si fueses inteligente le hablarías bien al cónsul. Él igual prefiere una amistad platónica con los jóvenes, pero yo no.

4

Mientras tanto, en el muro, lo que acaparaba la conversación del séquito de Escipión era todo lo que sucedía en Roma en torno a Tiberio Graco. La Urbe andaba cada vez más agitada con las reformas del flamante tribuno de la plebe. El poeta Lucilio había sido el último en recibir noticias, y eran cada vez más preocupantes.

La relación de Escipión Emiliano con Tiberio Graco siempre había sido ante todo paternal. Escipión lo había prohijado cuando, casi adolescente, se incorporó como tribuno al ejército que el Senado puso a sus órdenes para enfrentarse a Cartago. Su mujer se lo encomendó y él lo acogió como a un hijo propio.

Al Africano Menor el pecho todavía se le henchía de orgullo cada vez que recordaba que Tiberio había sido el primero en escalar las imponentes murallas de Cartago al decretarse el asalto final. Y también el último en abandonar el campamento y en embarcar en dirección a Roma. El cónsul había disfrutado de cada uno de los días que pasó con su joven cuñado. Los dos compartieron tienda durante el asedio. Desde entonces su relación se mantenía.

Sus familias estaban doblemente entrelazadas. Tiberio Graco era, al igual que Cayo Graco, hermano de la esposa de Escipión, Sempronia. Los tres eran hijos del Graco más afamado, el pacificador de Hispania, y de Cornelia, hija de Escipión el Africano, abuelo adoptivo del Emiliano.

Los hermanos habían salido, ellos también, muy diferentes.

Tiberio tenía un carácter pausado. Cada vez que tomaba la palabra en público, con una dicción pulcra y precisa, apenas se movía y mantenía una actitud serena. En cambio, Cayo daba tantos pasos acalorados por la tribuna que se le desprendía la toga del hombro. A Escipión se le hacía antipático y le provocaba un indudable rechazo esa precipitación con que enjuiciaba todo.

Si Tiberio era austero, Cayo era proclive al lujo.

Si nueve años los separaban, la misma ambición política los unía.

Cuando Tiberio Graco había enfermado a poco de la destrucción de Cartago, tenía apenas quince años. Escipión hizo muchos votos a los dioses pidiendo por su vida. Y cuando por fin sanó influyó para que fuese destinado a Hispania como cuestor de Mancino, el más desgraciado de los generales, aquel al que el Senado acabó por entregar maniatado a los numantinos.

A raíz de aquello Tiberio Graco, como cuestor, a punto había estado de correr su misma suerte. Y es seguro que lo hubiera hecho de no haber intercedido por él Escipión, quien desde hacía un tiempo era el hombre más poderoso de Roma.

Tiberio Graco regresó a la Urbe, donde desde entonces optaba por la vida política, y recientemente había sido elegido tribuno de la

plebe. Escipión todavía recordaba la última discusión tenida en presencia de Sempronia antes de su partida.

—Querido Publio, tú no eras consciente de los desequilibrios de esta ciudad. Cada vez más la propiedad se acumula en manos de los grandes terratenientes mientras los pequeños propietarios que luego nutren tus legiones pierden sus tierras al no poder competir con la mano de obra esclava de las familias patricias y viven en condiciones cada vez más míseras —se inflamó el ya no tan joven político. Paseaban por el atrio—. Eso es un riesgo para la continuidad de la República que tanto amamos ambos. Yo sé que te cuesta entenderlo. Pero los desposeídos cada vez se prestan menos a servir en el ejército. El ambiente se degrada, habrá levantamientos populares. Y la única manera de evitarlo es una reforma que redistribuya tierras y ponga en manos de los ciudadanos más pobres pequeñas parcelas a cambio de una mínima contribución. Tienes que entender que las fieras que andan por el bosque tienen cada cual su guarida, mientras que los que pelean y mueren por Roma carecen de techo y andan errantes. Por eso mentís los generales cuando antes de cada batalla exhortáis a los soldados a combatir por sus aras y sepulcros ancestrales, pues la gran mayoría ni siquiera los tienen…

Aquella conversación había violentado mucho a Publio y desde entonces la situación en Roma no dejaba de degenerar.

5

—Sigue, Lucilio.

—La aristocracia senatorial a cuyo frente está tu primo, Escipión Nasica, se ha opuesto violentamente a esa ley consiguiendo que Octavio, el otro tribuno de la plebe, vete el proyecto. Llegado el día de la votación no ha habido ni urnas para votar. La plebe sigue alborotada y Tiberio ha acusado a Octavio de actuar defendiendo los intereses del Senado y no al pueblo, y acaba de conseguir que los electores de la plebe lo depongan. Así ha sacado adelante su ley

sobre la tierra. Y la comisión para el reparto la forman él y Cayo Graco, recién llegado de Hispania, de donde regresa despechado contra ti, porque dice que no le has dado ninguna oportunidad de lucirse o de destacar en la conducción del asedio.

»Pero lo más grave —continuó Lucilio— es que acaba de morir sin herederos Átalo, rey de Pérgamo, uno de nuestros aliados tradicionales, y ha legado su reino entero a la República. El revuelo que eso ha producido en Roma es grande y Tiberio acaba de proponer una ley para que el tesoro se reparta entre los ciudadanos por igual. Me escriben que Pompeyo, que se sienta a su lado en el Senado, le ha entregado la diadema y la púrpura como dando por hecho que quiere reinar. Todos piensan que conspira contra la República. Esa es la idea que tienen nuestros partidarios. La situación no deja de envenenarse. Y Tiberio no para de arengar a sus partidarios aduciendo que queremos matarlo por defender los derechos de la plebe.

Escipión Emiliano siguió caminando con las manos en la espalda. Polibio, a su lado, permanecía callado, al igual que el cuestor y los jóvenes tribunos que los seguían.

—Las cosas en la República están muy mal —murmuró el cónsul. Y se detuvo para observar desde donde estaban el cerro de Numancia —. Es por ello por lo que habría que acabar con esta guerra cuanto antes y regresar… No pueden resistir ya mucho estos bárbaros. Pero primero hay que poner fin a esto —dijo.

6

Roma, princeps urbium.

Lutia

…algunos de los arévacos no les escucharon sino que les hicieron partir de inmediato llenos de temor. Había sin embargo una ciudad rica, Lutia, distante de los numantinos unos trescientos estadios, cuyos jóvenes simpatizaban vivamente con la causa numantina e instaban a su ciudad a concertar una alianza…

APIANO DE ALEJANDRÍA, Sobre Iberia

1

—¿Queréis decir algo antes de que la ciudad de Lutia se pronuncie, numantinos?

—Sí. Quiero recordar que Numancia lleva veinte años luchando contra Roma. Nuestras ciudades tienen memoria. Bien sabéis que estas guerras comenzaron porque acogimos a los segedenses que huían del invasor. Todos los arévacos compartimos tradiciones. Nos unen incontables vínculos de sangre. Y nadie ignora que si Roma vence, su ley se impondrá y se llevarán vuestras riquezas: el oro, la plata, la sal, el trigo.

»Tampoco desvelo nada nuevo si recuerdo que cuando sus magistrados ejercen el gobierno lo primero que hacen es acuñar infamantes monedas con los nombres de las ciudades vencidas. Y peor: los pueblos sometidos acaban adoptando sus costumbres y

abandonan las propias. Ya lo advierte el dicho, ¿tienes negocios con una zorra? Cuida de sus engaños. Si permitís que venza Roma, vuestros hijos, al igual que los hijos de todos los vencidos, acabarán hablando su lengua, olvidando la nuestra, y con el tiempo perderán la memoria de lo que somos. Perderán el alma.

»Durante los días que yo y mis compañeros hemos pasado en Lutia me habéis permitido circular libremente por vuestras calles y he podido hablar con muchos de vosotros. He notado en vuestros ojos el más vivo aprecio. Por eso os recuerdo los lazos de hospitalidad que numantinos y lutianos hemos tenido a lo largo de nuestra historia…

—Hospitalidad con que siempre hemos cumplido, Retógenes.

—… y que hemos sabido apreciar: cuando Roma os amenazó, no hace tanto, acudimos a vuestra llamada. Solo esperamos poder seguir considerándoos hermanos. Queremos poder decir a todos en la Celtiberia que sois la ciudad que estimamos más, una de las pocas que sigue resistiendo a Roma y aquella en la que depositamos hoy tras muchas decepciones nuestras esperanzas.

Hubo murmullos de aprobación.

Uno de los notables de la ciudad, ejerciendo de portavoz, avanzó hasta el centro de la sala. Las antorchas alumbraban los rostros de los congregados. Parecían tallados a cuchillo.Había gran expectación. Los notables lutianos, la mayoría de una edad respetable, esperaban en silencio. Los más permanecían de pie cruzados de brazos escuchando.

—Has hablado bien, Retógenes, y no solo hoy. Estos días hemos reflexionado mucho sobre todo lo que tú y tus compañeros nos venís advirtiendo. Esto es lo que hemos concluido, numantinos. La decisión no ha sido fácil. Hemos tardado varios días en ponernos de acuerdo.

—Como sabéis, algunos de entre nosotros, en particular los ancianos del consejo, siguen mostrándose reticentes. Y hay buenas razones para ello. Roma tiene cerca un gran ejército. El nuevo cónsul ha advertido, enviando reiteradamente a sus emisarios, de que castigará a quienquiera os ayude. Eso podría sernos fatal. Por eso los ancianos, tras larga deliberación, han decidido que Lutia no debía atender vuestra petición de ayuda.

Al oírlo, Retógenes sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Idris, de pie a su lado, permaneció impasible. Su carácter fatalista hacía que casi esperase la negativa. A lo largo del día evitaba en lo posible el roce con su hermano. Solo se veían, al caer la noche, en la casa austera en la que seguían instalados. Desde que salieron de Termancia habían procurado sin éxito recabar ayuda en las ciudades amigas que encontraban a su paso, pero todas se negaban. Lutia era su última esperanza.

—Sin embargo —prosiguió el caudillo—, cuando la decisión del consejo se llevó a la asamblea de la ciudad la posición de los jóvenes, que estiman lo contrario, ha prevalecido. Ellos son sensibles a vuestra situación. Consideran que Lutia debe ayudar a Numancia y están dispuestos a acudir como voluntarios. Ahí los tenéis, haciendo gestos afirmativos.

»Así pues, los ancianos, pese a no ser la decisión de su agrado, han aprobado el envío de cuatrocientos guerreros en vuestra ayuda. Es lo más que podemos hacer. Mañana mismo empezará la leva. Contad con que llegarán a Numancia para la fiesta de Beltane, muy pronto. Y por el camino se les unirán cuantos guerreros de las poblaciones vecinas lo decidan.

A Idris el brusco viraje de opinión le pilló con el pie cambiado. Se olvidó de abrazarse con los demás. Fue el único que quedó al margen del alboroto de los cinco numantinos. La distancia abierta entre él y Retógenes se visualizó con claridad.

—¡Os juro que no lo lamentaréis, hermanos! —exclamó Retógenes, con lágrimas en los ojos. Lubo, a su lado, soltó una exclamación irreprimible de alegría—. Vuestra llegada levantará los ánimos de

Numancia y animará a otras ciudades a apoyarnos en nuestra lucha. Pero vosotros habéis dado el paso más difícil. Por eso es seguro que la gloria por la derrota de Roma será de Lutia. Vuestra generosidad será recordada por siempre en mi ciudad. Y ahora permitidme que estreche vuestras manos. ¡Por Numancia y por la muerte de Roma!

—¡Por Numancia y por la muerte de Roma!

3

Esa noche, mientras regresaba a su provisional morada por las calles lutianas, a Idris le asaltaron nuevos recuerdos. De repente las voces del pasado surgieron cuando reconoció la taberna medio oculta en un callejón en la que acabó recalando, diez años atrás, la noche en la que el hombre al que venía de conocer le retenía por el brazo.

—Quédate conmigo. Me traes suerte, muchacho.

El tuerto —entonces todavía no le habían amputado la mano— no dejaba de bromear con dos mujeres como las que Idris no había visto jamás. Estaban ataviadas a la romana, con largas túnicas, que en Roma llaman estolas, bien ceñidas por debajo de los pechos. Tenían las mejillas y los labios coloreados de rojo. Se peinaban con bucles que parecían hechos a escoplo y miraban a cualquier hombre con total descaro.

A Idris le hicieron sonrojarse en más de una ocasión. Él prefería fijarse en los dados que rodaban sobre la mesa, y el tuerto la tomó con un tipo malhumorado del que se burlaba por su torpeza en el hablar. Eso provocó las risas de las mujeres.

—A ver si por lo menos sabes contar…

No era la primera vez que Idris veía unos dados o, más comunes en Celtiberia, tabas de cordero, pero jugar no era lo suyo. Nunca tuvo afición. Fuera, la noche cubría la ciudad de Lutia con un manto algo

más claro que ahora. Los dos hombres que se habían sentado juntos para jugar bebían. Se apostaron los despojos de una batalla reciente que sacaron el uno de un saco, el otro de debajo del banco en que se sentaba. La cota de malla algo sucia de un legionario y un disco pectoral celtíbero abollado.

—Esta vez Lugh estará conmigo.

Rodaron nuevamente los dados y el tipo malencarado soltó un juramento. Golpeó con el puño sobre la mesa. Las carcajadas del tuerto acompañaron su irritación mientras pagaba la bebida con unas monedas de cobre. Los lanzó de manera despectiva sobre la barra. El tabernero frunció el ceño: un portazo hizo temblar el marco de madera. El tuerto recogió la panoplia ganada y se solazó con una de las chicas. De paso hizo seña al posadero de que le rellenase la jarra de cerveza.

—Otra para el polluelo. Y vosotras, tratádmelo bien.

Para las dos prostitutas aquella era su noche de suerte. Cuando una le acarició la entrepierna Idris sintió que un estremecimiento le recorría todo el cuerpo. La sangre afluyó al miembro viril.

—Déjate hacer. Estás invitado…

El tuerto manoseaba sin pudor un pecho por debajo de la túnica a una de las mujeres.

A esas alturas Idris llevaba varios días vagando por la ciudad con hambre, sin saber adónde ir. En una de las calles el tuerto, sintiéndolo perdido, le llamó a su lado. Compartió con él su comida. Lo animó a acompañarlo a la taberna y ese día, ¡cómo olvidarlo!, lo había echado en brazos de una hembra perfumada. A él, que no había conocido todavía el amor mercenario ni otra cosa más allá de lo que fuera el gran amor de su vida al que entonces acababa de abandonar.

—Tratádmelo bien. Es la primera vez —insistía el tuerto, mientras subían a la sórdida habitación.

Con el paso de los años Idris casi se sonreía al recordar lo sucedido.

Tras cerrar la puerta con llave e instalarse en los lechos, el tuerto no dejaba de reír. Observaba todo lo que hacía su joven compañero con la segunda mujer y luego con las dos juntas desde el catre vecino.

—¡Es el privilegio de la juventud! ¡Aprovecha, que yo ya no puedo repetir!

Las parejas, agotadas, durmieron entrelazadas en el mismo lecho. Cuando amanecieron en el sucio suelo, ya sin dinero, el tuerto cogió su espada, se puso la cota de malla ganada y salió al aire libre en busca de su caballo, que estaba en el establo. Justo en ese establo por delante del cual pasaba ahora mismo, ya de noche, el hispano.

—Te puedes quedar con el disco torácico, no es tan bueno como una cota de malla, pero te servirá —dijo el tuerto, montando sobre un pequeño alazán—. No sé si nos volveremos a ver, muchacho.

—¿Dónde vas?

—A alistarme —el tuerto acarició su montura—. Se me acabó el dinero. No soy hombre que sepa quedarme en una ciudad. Necesito un estipendio.

—Voy contigo.

—¿A alistarte como auxiliar en la legión romana?

Idris se paró en seco. El tuerto soltó una carcajada.

—No te lo tomes tan a la tremenda, muchacho. Pagan bien, y no solo luchan contra los arévacos. Hay varios prefectos en las ciudades al sur que necesitan hombres para guerrear contra los lusitanos. Han doblado el sueldo. Las monedas romanas, las aceptan en todas partes. Además, si un día te hartas, siempre cabe desertar. ¿Qué dices, numantino? ¿Te subes a la grupa conmigo o nos separamos aquí?

El sol se alzaba sobre las tierras del Duero, aquel paisaje tan vinculado a su juventud que Idris estaba a punto de abandonar. Un tiempo todavía estival, muy diferente del actual, agostaba la pradera más cercana. Ese fue el día en el que su vida tomó un

nuevo viraje. En Lutia su azaroso periplo no hizo sino comenzar. ¡Cuánto había vivido desde entonces!, pensó mientras se alejaba por la oscurecida calle.

Con el frío, el humo salía de las chimeneas de las casas lutianas. Un poco más allá, se fijó en que un jinete se acercaba discretamente a las puertas de la ciudad. Los vigías, que ya estaban al tanto, las abrían sin lanzarle ninguna pregunta.

4

Aquel jinete que salía tan discretamente de Lutia se encaminó hacia Numancia, en el este, y tras un par de jornadas a matacaballo se presentó en el campamento principal de los romanos, donde se le recibió de inmediato en el pretorio. Y ya se iniciaba la hora quinta cuando los contubernios recibieron órdenes de sus centuriones de preparar ipso facto las mulas y cargar en los carros las armas de asedio.

—¡El cónsul ordena partir de inmediato, romanos!

Nada más juntarse en el exterior del campamento, Escipión Emiliano organizó las tropas bajo su mando, pasó revista rápidamente al conjunto y abandonó los cuarteles.

A cargo del cerco quedó Fabio Máximo, quien desde la caída de la noche no dejaba de beber vino con sus comensales. Con lo cual, fue cuestión de tiempo que cogiese su caballo, abandonase su campamento y, acompañado de su grupo de fieles, se presentase ya entrada la noche en el pretorio del Africano Menor. Allí pasó por delante de los legionarios que hacían guardia, cruzó el vestíbulo y se dirigió a uno de los cubículos al fondo del atrio.

—Tienes razón en asustarte, mujer —dijo nada más entrar—. Hoy ya no vengo a rogar tus favores…

La única luz que iluminaba el cubículo entraba por el vano cubierto

apenas por una tela de origen oriental. Allí habían habilitado para ella el catre de uno de los criados que pasó a dormir con los esclavos. La voz pastosa y el paso vacilante del romano alarmaron a Aunia.

Máximo se quitó la capa, la dejó caer al suelo, se sentó a su lado en el lecho.

Estaba muy ebrio. La miraba con los mismos ojos con los que un lobo observa a su presa desde detrás de unos arbustos instantes antes de saltar sobre ella.

—Ya te habrán dicho que llegó un mensajero con noticia de que los lutianos se comprometieron a ayudar a los tuyos. Porque siguen siendo los tuyos, ¿verdad? Es un gesto que Roma no puede dejar sin castigo. Al cónsul le corresponde asegurarse de que así sea… De modo que tu protector ha partido. No hay nadie aquí que te pueda auxiliar.

5

Aunque no se entendiesen las palabras se entendían los gestos, y Aunia se puso en pie por instinto. Todos sus sentidos estaban en alerta.

El lecho era un catre de madera con un jergón de paja no muy diferente a los que utilizaban Escipión y el resto de los soldados. El sago que la cubría la mantenía caliente. El frío envolvía el pretorio ahora que los braseros que calentaban las habitaciones principales se habían apagado. No quedaban apenas guardias.

En un movimiento demasiado obvio, agarró la fíbula que tenía en su propio vestido.

Fabio Máximo la sujetó por las dos manos. La empujó sobre la cama.

—Te has quedado sin espinas. Es inútil que grites… No vendrá nadie. Van todos camino de Lutia.

Su cuerpo, aunque de pequeña estatura, era una herramienta bien forjada y acostumbrada a las cabalgadas, a la dureza de las campañas. No solía tener problemas para imponerse a una mujer. Pero esta vez le costó reducirla mientras que en el atrio al otro lado del muro se oían las risas de sus fieles.

Todos esperaban a que terminase.

6

Como Aunia se resistía con gran fuerza, al romano no le quedó otra que emplear la violencia. De primeras, cruzó su cara. Sintiendo que le quemaba la mejilla, la prisionera se desplomó sobre el lecho. El peso del general le cayó encima.

—Eres una mujer hermosa. Sabes que se dice que el alma manda sobre el cuerpo y sobre el deseo como un rey sobre sus súbditos o un padre sobre sus hijos. Pero es falso. Yo sueño contigo desde que me contaron cómo se te pegaba la túnica al cuerpo cuando te refrescabas en el Duero… Es injusto que el cónsul te guarde tan cerquita, lista para cualquier antojo, mientras a los demás se nos veda tener hembra…

Aunia recibió en su cara el aliento cargado del agresor. Las manos de Máximo la sujetaban contra el lecho. Su lengua buscó penetrar entre sus labios. Se retorció con desesperación, mordió aquella lengua con fuerza.

La reacción de Máximo fue salvaje. La golpeó con el puño.

—¡Puerca celtíbera!

Aunia quedó aturdida.

Fabio Máximo se limpió la sangre de la cara. Se quitó la túnica y el licium, el paño de lino con el que suelen cubrirse los genitales los romanos. Cuando recibió los siguientes golpes, Aunia ya había aprendido: no resistía. Cerró los ojos al tiempo que el general romano inclinaba sobre ella su cuerpo desnudo.

—Has conseguido enfadarme… —dijo Máximo, desgarrándole la túnica.

Sus manos apartaron las piernas, abrieron el camino.

Máximo hacía ya un rato que tenía el sexo enhiesto. Pese a la sequedad de la cavidad vaginal, la penetró de una sola embestida. El rostro de Aunia se transformó en máscara de dolor: ya no abría los ojos. El romano, con la boca todavía ensangrentada y dolorida, lubricó su verga con sangre y repitió las embestidas una y otra vez como para castigarla. Luego la puso bocabajo e hizo lo mismo en el ano con sangre y saliva.

Cuando por fin consiguió eyacular, Aunia ya estaba prácticamente inconsciente. Apenas se dio cuenta de que la tortura cesaba.

Jadeando, Fabio Máximo se sentó en el borde del lecho. Estaba tan exhausto como repentinamente disgustado, aunque en ningún caso arrepentido. Se le había bajado la excitación. Acababa de perder todo el interés por su presa.

—No tenías que haberte resistido…

Unos minutos después ya estaba vestido y salía otra vez al patio. Los suyos le presentaron el caballo.

Al ver su expresión nadie se atrevió a hacer ningún comentario jocoso.

Pronto cruzaron la puerta exterior del campamento.

Fabio Máximo cabalgó de regreso a sus cuarteles siguiendo el pasillo despejado por el exterior del muro. En medio de un firmamento estrellado la luna llena y redonda como una moneda de plata reinaba sobre la tierra oscurecida.

—Sucios celtíberos… —masculló.

Se limpió una vez más la sangre que todavía sentía en la boca.

7

Nadie puede negar que lo que acabo de relatar es doloroso, pero mi deber era no esconderlo.

Bien sé, como hombre, que es connatural al varón amar a sus amigos y a su patria, y aborrecer a todos aquellos a quienes sus amigos aborrecen.

Pero cuando uno pretende ser historiador debe ser capaz de desnudarse de sus pasiones, y a veces elogiar al enemigo y otras reprender a los amigos cuando sus acciones así lo requieren.

Del mismo modo que a los animales, si se les sacan los ojos, quedan inservibles; así, si se despoja de verdad a la historia, solo queda una narración infructuosa, estéril, infecunda.

Y ahora, continuemos con nuestro relato.

8

Desiderium si compleatur delectad animam.

El regreso de los numantinos

Un día, uno de los enemigos de Numa, el peor de todos,

Devorará el sol y tendrá apariencia de lobo.

Él se alimentará de la carne de los hombres muertos…

CANCIÓN TRADICIONAL ARÉVACA

(recogida en la tradición oral de la región soriana)

1

Hacía más de una semana que un sol pálido calentaba la meseta logrando que la nieve desapareciese de los campos. El paisaje ribereño revivía, aunque con un colorido todavía apagado, verde oscuro, húmedo.

El día otra vez moría. El grupo se dividió y cuatro quedaron con los caballos junto al Duero mientras Retógenes y Lubo se alejaban buscando leña para la hoguera.

Unos momentos después Idris vio una figura lejana que corría pareja al río por el camino principal de los arévacos. Era por donde habían llegado ellos, aunque dando rodeos para evitar encontrarse con alguna patrulla romana. La prudencia alargaba el viaje de vuelta.

—Aquel jinete viene hacia nosotros. Esperadme. Voy a prevenir a Retógenes.

Avanzando entre pinos y sabinas oyó ruidos cerca de unos matorrales. Pensando que pudiera ser un jabalí en busca de comida desenvainó el puñal. Unos pasos más allá vio a Retógenes y Lubo encarados familiarmente.

No era, desde luego, la primera vez que veía a dos hombres entrelazados.

Aquello no era inhabitual en los ejércitos, pero lo asociaba más bien a la disolución de costumbres de los legionarios. Quienes conocían los hábitos de Roma decían que allí el sexo entre hombres era harto frecuente no solo entre soldados. Pero entre arévacos las relaciones entre varones no estaban bien vistas. Muchos despreciaban a los extranjeros que tenían la costumbre; la palabra para referirse a ella era uno de los insultos que más a menudo salía de sus bocas.

Y no obstante ahí estaban los dos, Retógenes con la espalda apoyada contra un árbol y Lubo junto a él, cara a cara con los calzones bajados lo suficiente para dejar libre el sexo, que frotaban uno contra otro moviéndose rítmicamente.

La impresión en Idris, si la hubo, no fue visible. Se mantuvo en silencio. Y ya se alejaba cuando Retógenes abrió los ojos y se le quedó mirando con una media sonrisa. Al oír que pisaba una rama seca, Lubo también miró en su dirección. Los dos se reacomodaron el calzón y se abrocharon el cinto.

—¡Demonios, Idris, ¿qué haces aquí?! —exclamó Retógenes, dirigiéndose hacia él.

—He visto un jinete a lo lejos. Da la impresión de ser romano.

Unos momentos después los seis hombres, juntos de nuevo, observaban al jinete en cuestión. Su trayectoria se había modificado ostensiblemente.

—Se aleja. Nos ha visto. Pretende dar un rodeo. Está claro que va al campamento de los romanos —dijo Lubo.

—Traerá información de alguna ciudad aliada —dijo Retógenes—. Pero no parece que nos busque.

Arrancar el fuego a base de yerbas secas y las chispas de un pedernal era un procedimiento en el que Idris tenía mucha práctica, pero aquel día pareció requerirle más atención que de costumbre. Cuando las llamas prendieron por fin se acomodaron todos alrededor de la hoguera. Aprovecharon para asar dos conejos que habían comprado por el camino a un buhonero. Los despellejaron y descuartizaron. Cada cual ensartó un trozo en su puñal y lo asó sobre las brasas.

Las cabezas de los animales los miraron desde el suelo.

—Comamos mientras podamos… —dijo Retógenes. Y mordisqueó la carne—. En Numancia será complicado.

2

Tras echarse en el espacio que previamente habían desbrozado, cada cual se cubrió con su sago. Las brasas aún calentaban cuando Retógenes, que estaba cerca, en una voz baja prevista para que solo le llegase a Idris murmuró:

—Hermano, sé lo que has visto. Ahora entenderás por qué no he sido el mejor de los maridos para Aunia… Pero no quiero que a padre le llegue noticia de esto. Los dos sabemos que nunca lo entendería.

—No sé de lo que me hablas. Y no tienes por qué explicarme nada.

De repente al hispano los problemas de Retógenes le parecían miserables. Lamentaba profundamente haber regresado. Le deprimía el universo de su hermano, lleno de complejos y nudos, siempre a la sombra de Leukón, al que tanto se esforzaba por complacer.

A veces ser un hijo malquerido podía convertirse en una liberación, pensó.

—¿Sabes? —Retógenes le miró en la oscuridad—. He llegado a pensar en asesinarte esta misma noche. Pero creo que no merece la pena. Creo que ya has sufrido lo suficiente. Tu vida ha sido triste. Sé que eres consciente de que si tú dijeses algo nadie te creería, ¿verdad?

La cabeza de Idris se volvió en la noche. Su voz resultó más audible de lo que le habría gustado.

—Yo no soy quién para juzgar a nadie. Pero te aseguro que no tienes la más mínima idea de lo que es el verdadero sufrimiento. Llegará el día en que comprendas que todo eso que te preocupa carece de importancia… En cuanto a tu amenaza, te prevengo: duermo con un ojo abierto. Si siento que te acercas, no verás llegar el golpe que te mate. Recuerda que mi mano es más ágil que la tuya.

La risa de Retógenes se perdió en la oscuridad. Más bultos se removieron en la noche. Era seguro que Lubo, por lo menos, escuchaba.

—Se nota que somos hermanos —dijo Retógenes—. Duerme bien. Ya hablaremos mañana.

Idris se mantuvo tranquilo. Tenía los ojos abiertos en la oscuridad. Su mirada se perdió en la lejanía. Respiró pausadamente. Por un momento el cielo sobre su cabeza le pareció un animal monstruoso que lo estuviese mirando con innumerables ojos brillantes.

«Si Lugh quiere que ese sea mi destino, sea», pensó.

3

Había sucedido diez años atrás.

Los ejércitos de Roma utilizaban desde mucho tiempo antes auxiliares en una proporción parecida a la de los ciudadanos que componían las legiones. En un principio la medida se tomó para reforzar la siempre insuficiente caballería romana y la falta de arqueros. Los primeros reclutados fueron jinetes númidas, honderos baleares, arqueros cretenses.

Pero pronto, a partir de la segunda guerra púnica, al crecer las necesidades, Roma empezó a alistar mercenarios en el resto de las provincias, y en Hispania incluso entre los celtíberos, tan célebres por su ferocidad como por su poca fiabilidad y falta de disciplina.

Así habían acabado aquellos nuevos aliados por engrosar las tropas auxiliares que prácticamente en cada batalla defendían los flancos de las legiones romanas.

Una de las primeras tareas de cualquier cónsul era siempre reclutar los hombres necesarios para sus campañas. Cuando Fabio Máximo fue elegido cónsul para Hispania con el objetivo de derrotar a los lusitanos comandados por Viriato, ya a punto de llegar a Gades envió por delante despachos a los magistrados locales para que pusieran en marcha el reclutamiento de mercenarios.

De inmediato se dictaron edictos. Los hispanos que quisieron enrolarse fueron llamados a reunirse, en la fecha fijada, en una gran campa a las afueras de una ciudad a la que cabía el honor de haber sido la primera que se convirtió en aliada de los romanos.

Esa mañana dos secretarios entogados se sentaban junto a los tribunos ante una mesa, a la sombra de un nogal, y escribían en rollos de papiro que luego metían en una cesta. En ellos anotaban los nombres que identificaban a los elegidos. Lo hacían bajo la vigilancia relajada de cuatro sudorosos príncipes que esperaban a un lado, revestidos de sus cota de malla, con sus escudos y lanzas.

Dos tribunos con coraza de bronce y capa roja observaban el proceso que dirigían en su idioma los prefectos celtíberos. Idris, que no había visto nunca a un tribuno, no les quitaba la vista de encima. Le fascinaba la vistosidad de su atuendo.

Los prefectos iban escogiendo hombres que después se aproximaban

a la mesa. Se trataba de lograr una proporción adecuada entre el conjunto de jóvenes bisoños y fuertes, y adultos con experiencia de guerra. A medida que avanzaban, tribunos y prefectos los distribuían en función de la edad, la fuerza, la veteranía. Cuando tocó el turno a Idris, el prefecto pasó revista a su condición física. Buscaba posibles defectos. Le ordenaron enseguida que se dirigiera a la mesa. Allí tomaron nota de su nombre, su condición de hombre libre, sus cicatrices o las marcas distintivas.

El segundo secretario preguntó con voz ligeramente atiplada por su ciudad de origen.

—Numancia —contestó en el torpe latín que iba aprendiendo—. En la Celtiberia.

—Todo el mundo sabe dónde está Numancia, hispano. Mañana preséntate aquí mismo para recoger tu equipo. Se os informará de la fecha de salida.

Los escogidos se alinearon en formación ante los tribunos. Bajo la enseña coronada con el águila de plata prestaron juramente de lealtad. El juramento lo pronunció el tuerto, que había sido hasta entonces el valedor de Idris. También era el más veterano de los reclutados ese día.

—Juro obedecer a mis oficiales y cumplir las órdenes de Roma — dijo, adoptando un tono marcial.

A Idris le impresionó el contraste entre aquella seriedad y las chanzas y burlas incesantes con las que le había agraciado durante el camino. Parecía otro. Los demás corearon la respuesta protocolaria a la que también él se sumó.

—Idem in me.

—¿Ves cómo no ha sido tan difícil? —le dijo el tuerto cuando ya se alejaban de vuelta a la ciudad.

Avanzaban por la calzada que empezaban a construir los romanos. Por delante se vislumbraba a lo lejos el alto faro romano que se erguía en el extremo de la ciudad, al otro lado del canal que

separaba en dos la península gaditana. Sumido en las sensaciones más contradictorias, Idris no supo qué contestar.

Hoy todavía no entendía cómo había llegado a dar el paso.

4

Silentio et tenebris animus alitur.

La cólera de Escipión

Escipión, al recibir la noticia alrededor de la hora octava, se puso en marcha de inmediato con lo mejor de sus tropas ligeras y, al amanecer, rodeando a Lutia con sus tropas, exigió a los cabecillas de los jóvenes…

APIANO DE ALEJANDRÍA, Sobre Iberia

1

—Con que esto es Lutia, decurión.

—Esta es, Escipión, después de Termancia, Uxama y Numancia, la cuarta ciudad más importante de los arévacos.

—¡Qué chozas más pobres! ¡Qué aspecto tan rústico! ¡Viven como animales!

—La civilización nunca avanza a la misma velocidad. La humanidad no evoluciona al mismo ritmo y muy pocas naciones pueden seguir el paso de Roma.

El día amanecía.

Escipión paseó una mirada cada vez más displicente por las miserables viviendas que se sucedían a medida que avanzaban hacia Lutia. Según pasaban los legionarios con sus escudos bien a la vista reluciendo bajo el cielo, se iban asomando a las puertas mujeres.

Los niños, al ver tanto soldado, corrían a abrazarse a los mayores. Muchos arévacos dejaban sus tareas para observar con cara sombría cómo pasaba el ejército invasor por el camino que llevaba a las puertas de la ciudad.

La mayoría no despegaban la mano de su puñal. Y eso pese a que la actitud de los romanos dejaba claro que no venían en son de guerra. Así lo había comunicado el mensajero que se había adelantado a su llegada para preparar a las autoridades del lugar.

—Es triste que nos miren así. Pero no percibo aquí más hostilidad que en cualquiera de las ciudades de esta salvaje tierra. Estoy más que acostumbrado… —reconoció Escipión Emiliano. Comparado con Cartago, era una minucia.

En aquel instante el horizonte se vestía de colores hacia el levante, probando que los rigores del invierno quedaban atrás. Por el camino los romanos habían visto cada vez más cerezos en flor. Los dientes de león amarilleaban el campo. Un refrescante rocío embellecía todo.

2

A medida que se abrían camino en dirección a las puertas de la ciudad se sucedían hombres armados a uno y otro lado. Algunos les iban cerrando el paso a sus espaldas: eso no pareció importar a Escipión. Cuando por fin llegaron a la plaza comprobaron que se había instalado un pequeño estrado.

El jefe de los lutianos aguardaba sentado en medio de una veintena de ancianos en pie que formaban un semicírculo a su alrededor, muchos con báculos de autoridad. Con ellos estaba Lucilio el poeta, al que habían enviado por delante como mensajero.

El jefe, que se llamaba Redukeno, se puso en pie. Cuando Escipión, Polibio y Cayo Mario descabalgaron ya a pocos pasos el caudillo arévaco se precipitó a abrazar al cónsul en un gesto forzado.

—¡Bienvenido a Lutia, cónsul! No esperaba verte tan pronto.

—Vine, Redukeno, en cuanto recibí tu mensaje —dijo Escipión, deshaciéndose del abrazo.

A su lado el lutiano, igual de pequeño pero enteco, parecía muy rústico. Sus trenzas celtíberas y su barba hirsuta contrastaban con el afeitado impoluto del romano. Aunque de mayor edad, el cónsul parecía más joven pese al pelo canoso; de hecho, solo las canas desmentían esa impresión.

—Lo que decía tu mensaje me pareció lo suficientemente urgente como para emprender la marcha de inmediato. ¿Dónde están los jóvenes que han pactado con los numantinos?

Escipión no quería perder el tiempo. Se encaró con los ancianos.

3

—Entiendo que pese a las advertencias de Roma habéis recibido con todos los honores a los numantinos que vinieron en busca de ayuda. ¿Es eso cierto?

Uno de los ancianos salió de entre el grupo que rodeaba a Redukeno y se encaró con el cónsul. Sus ojos estaban velados, apenas veían. Pero su voz era potente, aunque cascada, como si raspase al pasar por su garganta.

—Así es, extranjero, y no nos avergonzamos —dijo, con respirar trabajoso—. Numantinos y lutianos hemos luchado juntos en muchas batallas antes de que los romanos aparecieran en estas tierras. Los hijos de Leukón aquí serán siempre bienvenidos.

—Pero recibisteis mi mensaje. Sabéis que Roma os dejó en paz por respeto a nuestro acuerdo. Así lo decía la estela de piedra que se colocó en su momento a la entrada de esta ciudad como en tantas otras y que según he podido ver ha desaparecido.

Más que una pregunta aquello era una amenaza.

La irritación de Escipión era notoria y su impaciencia, clara.

—La estela la quitamos para no ofender a los numantinos —dijo el anciano—. Los arévacos nos debemos hospitalidad unos a otros. Pero somos conscientes de que hay un acuerdo con Roma. Por eso hubo un enfrentamiento importante con los jóvenes. Aun así, el consejo decidió aceptar, pese a todo, la decisión de la asamblea. Esta ciudad ha comprado la paz a Roma pero todavía mantenemos nuestras propias leyes.

—¿Y pretendéis enviar esas tropas a Numancia?

—Salvo que los dioses lo impidan está decidido —respondió sin dudarlo el anciano.

—Es todo lo que necesito saber. Cayo Mario, ordena a tus hombres que apresen a estos ancianos.

—¡Legionarios! ¡Apresad a estos carcamales!

4

Los miembros de la caballería avanzaron hacia unos viejos que ni siquiera se inmutaban; alguno incluso se rio. Los hombres en la plaza desenvainaron sus espadas. Pero eran tan pocos los romanos en comparación con los lutianos que llenaban aquel espacio que la mayoría se quedó parada durante los instantes que tardó en sonar un cuerno en lo alto de la muralla.

Fue un aullido prolongado que precedió la aparición a la carrera de dos vigías que se acercaron y le susurraron algo a Redukeno en el oído.

El jefe miró dubitativo al anciano de ojos velados.

—¡Lutianos! —exclamó Escipión. La gente seguía congregada en la

plaza—: Aquí estamos cincuenta romanos. Pero a las puertas de la ciudad y rodeándola hay diez mil legionarios que avanzan con las catapultas que traemos de Numancia. Todos tienen la orden de arrasar este lugar si esos jóvenes no se entregan de inmediato. La decisión es vuestra.

Los ancianos se observaron entre sí. Redukeno lanzó una mirada lastimosa a Escipión. Pero no duró mucho su indecisión.

Tras meditarlo brevemente, el jefe lutiano hizo gesto con las dos manos a sus compatriotas de bajar las armas.

—Nunca es tarde para retomar el camino de la cordura. Es mejor hablar con nuestros amigos romanos que entablar una guerra para la que no estamos preparados… Mostraos clementes, romanos. Yo mismo os envié el mensajero sin el cual nada sabríais de la conspiración. Gracias a eso os he ahorrado muchos problemas.

—Y Roma te lo agradece manteniéndote al mando de la ciudad, Redukeno. Pero las conspiraciones no pueden quedar sin castigo. Yo y mis hombres descansaremos en Lutia hasta que se nos entregue a los sediciosos. Por el momento voy a encerrar a tu consejo, mientras yo hablo con mis tribunos.

A Redukeno no le gustó el tono. Dijo:

—Sed magnánimos, cónsul, porque solo así lograréis que Roma se imponga pacíficamente sobre nuestros pueblos. Lo que suceda en Lutia se transmitirá a las demás ciudades. Las rebeliones se multiplicarán como el incendio de un bosque. Os conviene ser clemente. Esta no es una tierra fácil.

—Sé perfectamente lo que conviene o no a mi cometido, arévaco. Llevo muchos años guerreando en Hispania. Aquí el nombre de mi familia se ha hecho famoso por respetar siempre la palabra dada. Pero no soy yo quien ha faltado a lo pactado. Ahora, dispersa de una vez a tu gente. Diles que vuelvan a sus quehaceres. Asegúrales que el castigo será proporcional a la falta. Y llévame ya a mí y a mis hombres a la vivienda que nos tienes preparada. Pasaremos las noches que hagan falta en tu ciudad, porque te prevengo: no nos iremos hasta que detengamos a los rebeldes.

5

Fides in animum, unde abiit, vix nunquam redit.

La ciudad del hambre

El hambre, antes de acabar con la criatura, la vuelve intrépida…

William SHAKESPEARE

1

Idris y Retógenes tardaron un par de días en encontrar el momento adecuado para cruzar el cerco. Decidieron hacerlo por el Duero, al norte, la zona más próxima a la ciudad sitiada.

Bien avanzada la noche se dividieron una vez más. Tres quedaron a cargo de los caballos a orillas del río mientras Retógenes, Lubo e Idris evitaban a los auxiliares celtíberos que se veían cada poco en las orillas y se metían en el agua.

Braceando a ratos y sumergiendo la cabeza en otras ocasiones, los hijos de Leukón y el aedo se dejaron arrastrar por la corriente. Llegaron cerca de las barreras que formaban de orilla a orilla las vigas guarnecidas de pinchos metálicos dispuestos en su día por los elefantes. Con el caudal y el ímpetu de la corriente, los tablones no dejaban de dar vueltas bajo el agua y en la superficie de una manera amenazante, y más en la oscuridad.

Como la probabilidad de resultar heridos era grande decidieron acercarse a la orilla. Salieron del centro del río justo en el punto

donde la corriente era más fuerte. Ahí se protegieron manos y brazos con tiras de lana cortadas de sus capas. Al poco, mientras dos apartaban las vigas, el tercero puso cuidado en pasar al otro lado por entre las gruesas sogas que sujetaban las grandes piezas de madera amarrándolas entre sí.

Lograron hacerlo sin llamar la atención de los legionarios que vigilaban en los torreones a uno y otro lado del cauce y de los que patrullaban por la orilla.

A esas alturas empezaba a haber cierta relajación entre los sitiadores. Al cabo de los meses los intentos de romper el cerco desde dentro habían cesado y eran cada vez menos los comerciantes que llegaban por el río. Si acaso, cuando aparecían en sus embarcaciones se quedaban en los campamentos romanos. Nadie se preocupaba por los asediados. Los soldados eran buenos clientes y pocos despreciaban el dinero de Roma.

Algo más de una hora después los tres hombres salían del río ya en el otro lado del muro.

Muy pronto Idris y sus dos compañeros vieron levantarse el sol sobre las estribaciones de la sierra del Moncayo, tras coronar la cuesta, ante las puertas de Numancia.

—¡Son Idris y Retógenes! ¡Han regresado! —exclamaron alborozados los vigías que se asomaban al torreón.

2

Los dos hijos encontraron a Leukón afilando su espada con la piedra en el interior de su morada. Lo hacía de una manera obsesiva desde hacía muchos días. Lo dejó en cuanto oyó los gritos de júbilo que venían del patio. Las hijas salieron corriendo. Stena y sus devotas aparecieron detrás.

—¡Retógenes! —exclamaron las niñas, abrazándose a él. Se

alborotaban encantadas cuando él las sentó una tras otra en sus rodillas.

—¡Estas son mis hermanitas, las arévacas más bonitas de toda la Celtiberia! —exclamó Retógenes, aunque, la verdad, no lo parecían. Estaban muy flacas.

Leukón dispersó a los curiosos. Pasando al interior ordenó a sus guardias que nadie los interrumpiera.

Mientras los recién llegados secaban su ropa junto al fuego, el jefe de Numancia los puso al tanto de las penurias que empezaban a sufrirse con la escasez de alimentos.

—Apenas hay caza dentro del cerco. Los rebaños de ovejas y cabras prácticamente han desaparecido. No hay pasto para alimentarlos. Poco a poco los hambrientos los sacrifican. El hambre agota las fuerzas de todos, la salud se resiente, pero el buen tiempo lo hace más tolerable. La primavera colorea los campos. El cielo está cada vez más claro y azul. Es lo único positivo. Y ahora contadme vuestro viaje con el máximo lujo de detalles. Os escucho. Empezad.

Retógenes se encargó de relatar lo sucedido. Idris permaneció silencioso a su lado. No añadió ni matizó nada. Por cómo se comportaba Leukón, que en ningún momento le miraba, Idris parecía haberse vuelto transparente.

—Ha sido complicado, padre —dijo Retógenes—. Los romanos han enviado emisarios a todas las ciudades. Las amenazan con represalias si nos ayudan. Solo Lutia se atreve a desafiar a Roma. En un principio los lutianos nos recibieron con frialdad. Pero nosotros supimos romper el hielo. Convencimos a los jóvenes. Ellos vencieron las reticencias de los ancianos. En realidad siempre han estado de nuestro lado. Llegarán en dos o tres semanas, padre. Y se sabrá en las restantes ciudades.

—Eso nos animará a aguantar. Ahora hay que reunir a la asamblea para contar las buenas noticias.

3

El silencio de Idris no perturbaba a Leukón, pero la conversación se envenenó cuando Retógenes se fijó en que no aparecía Aunia por ninguna parte. Comprendió que no había visto su telar en la pequeña habitación a la entrada de casa ni la caja forrada de cuero donde guardaba sus pertenencias. Tampoco estaba su ropa en su rincón del banco, allí donde solían dormir juntos, donde habían hecho vida en común. Su hermana, dijo Suna, una de las hijas de Ávaros, había vuelto a la casa paterna.

—No lo entiendo, padre… —dijo Retógenes.

Llegaba la hora de las explicaciones, y cuando empezaron a alzarse las voces, viendo a Idris cerca, Leukón le dirigió una mirada aviesa.

—Vete. No eres bienvenido en esta casa. Siempre supe que nos traerías la desgracia. Y vete tú también, Lubo. Stena, saca a las niñas de aquí.

Stena salió con ellos al patio, desde donde oyeron cómo Leukón, con sus voces, justificaba su decisión. Retógenes se le estaba encarando y le hizo falta al jefe toda su autoridad y toda su mano izquierda para enderezar la situación.

—¿Dónde está Aunia? —preguntó Idris a su madrastra.

—Se la entregó a los romanos —dijo Stena.

Mientras la mujer de Leukón se llevaba a las niñas a la plaza, Idris permaneció unos instantes aún en el patio. Viendo cómo lo miraban los devotos de Leukón que entraban, empezó a entender lo sucedido.

Todos lo saben, concluyó.

Adivinó el peligro. Echó un vistazo alrededor. La gente que los había acompañado hasta allí hacía un rato que se había retirado. La calle al otro lado del murete del patio estaba desierta, silenciosa. No se veía a nadie. Ni siquiera un perro. Tampoco mujeres caminando

a sus quehaceres, ni risas de niños, ni los cacareos de las gallinas en el corral. Salvo el viejo rocín agotado que pastaba en el establo de Leukón, no había ningún animal cerca.

Como las voces en el interior seguían, Idris consideró que lo mejor era enfrentarse de inmediato con su hermano. A fin de cuentas, Aunia había sido suya antes. Se sentía justificado. Y, de todas formas, la relación hacía mucho que estaba rota.

Estaba ya preparado cuando apareció Retógenes en la puerta. Sin embargo, Retógenes lo contuvo con un gesto.

—Prefiero no hablar nunca más de esto, hermano. Tú me salvaste la vida en el Duero. Por eso te respeté. Ya no te debo nada. Supongo que habrás oído todo. Kara ha contado tu hazaña a los ancianos. Os ha traicionado… El odio que se pueden tener las mujeres por amor es incalculable. Ellas son los demonios que Elman pone en la tierra para dividir a los hombres… Ahora te espera en su lecho. Buena suerte. Disfrútalo —dijo.

Y desapareció en el corral.

Idris se le quedó mirando.

4

De camino a la casa del herrero, se cruzó con Olónico.

El sacerdote andaba con paso cansado, apoyándose en su cayado. Parecía muy envejecido.

De toda la gente que Idris había dejado atrás, Olónico era el único que conseguía hacer vibrar su sensación de pertenencia. Cada vez que hablaban sentía que algo despertaba en su interior, algo inquietante, algo peligroso. Por eso, a lo largo del invierno, lo había evitado.

Hoy era el adivino quien no parecía entusiasmado por el encuentro.

—Ya no sé si debo alegrarme de verte —dijo. Se dirigía hacia su choza, de las más pobres y austeras de Numancia. Casi nunca estaba en ella. Hacía años que había dejado de considerarla un hogar. Desde el día en que tras un desengaño temprano decidió soslayar a las mujeres, Olónico vivía volcado en los demás. Intentaba en todo momento hacerles la vida más agradable, más virtuosa, más valiosa —. Por alguna razón, cada vez que apareces ocurre una desgracia.

Se le veía en los huesos. Que viviera todavía con la escasez de alimentos que asolaba Numancia era casi un milagro. Pero el anciano era más robusto de lo que parecía a primera vista. Los flacos somos eternos, solía bromear. ¿No os dais cuenta de que apenas cargamos con nuestro pellejo? No nos cansamos nunca. ¿Músculos? ¡Bah! Los músculos son un estorbo.

—En fin —continuó—. Has traído la deshonra a Aunia, quizás también a Kara. ¿Qué piensas hacer?

Idris tardó en contestar. Al cabo de los años había aprendido que el comportamiento humano era imprevisible y que los hombres son como esas piedras preciosas que el sol ilumina con una luz que, al atravesarla, se descompone en diversos colores. Las palabras cambiaban de tonalidad según el sentido de las acciones. Uno podía desdoblarse, hablar a quince hombres diferentes y ante cada uno mostrar una faceta distinta y ser otro. Ligeramente distinto, a veces, pero siempre distinto. Idris nunca dejaba de sorprenderse por cómo cambiaba su voz según con quien hablaba.

En ese instante su voz sonó innecesariamente dura.

—Nada —dijo—. Nadie es responsable del mal que hace.

Los dos se habían parado en mitad de la calle desierta. Numancia empezaba a parecer una ciudad muerta, sin alma.

El adivino posó la mirada en Idris. Por un momento fue como si hubiese descubierto el veneno que se empozaba en su alma desde niño y que lo había llevado a ser lo que era, cómo era… si es que alguien podía definirlo.

—De todas formas, ni siquiera estoy seguro de que la ayuda de una única ciudad baste para salvar Numancia —murmuró, con un deje de repentina amargura también en su voz.

Y cada cual siguió con su camino.

5

Multum mentitur qui multum vidit.

Más hambre

Los ríos se cruzan nadando a favor de la corriente; no podrás vencer las aguas si nadas en dirección contraria…

OVIDIO

1

Soy el viento que sopla sobre la montaña,

soy la corriente del Duero,

soy el toro de los siete combates,

soy el buitre volando sobre las peñas.

Soy una gota de rocío brillando bajo el sol temprano,

soy la más bella de las amapolas,

soy un valiente jabalí,

soy una trucha en la laguna.

Soy la punta de la lanza en la batalla,

soy el dios que enciende en la cabeza el fuego.

¿Quién anuncia las edades de la luna?

¿Quién el lugar donde se pone el sol?

¿Quién da nombre a las cascadas?

La canción se estaba escuchando en toda Numancia.

La carne de un caballo recién despiezado se había distribuido entre las familias de los devotos que hacían cola delante de la casa del jefe al mediodía. Por la tarde la pieza que quedó para la familia de Leukón se cocinó sobre las brasas y se comió regada por abundante cerveza en medio de un silencio grave que duró hasta que, terminada la comida, Lubo entonó la canción más conocida de su repertorio.

La voz del aedo era hermosa y llenaba el silencio de la ciudad de tal manera que Idris, echado en el banco corrido, la podía oír desde la casa del herrero. Aquello le traía recuerdos de un tiempo que creía olvidado y que parecía empeñado en revivir cada vez que regresaba a su mente.

Retógenes y los demás esperaban que castigase a Kara. Sin embargo, nada más llegar, lo único que hizo Idris fue echarse junto al hogar sin decir ni una palabra. No reaccionó cuando ella intentó tocarle. Tampoco se permitió ningún gesto afectuoso. Parecía de piedra. Kara entendió que tardaría en volver a la normalidad, pero no se mostraba arrepentida.

—¿Era necesario vengarte de esta manera de quien nunca te hizo ningún mal…? —masculló Idris malhumorado, al cabo de un rato.

—¿Era necesario volver con ella para después saciar tus ganas conmigo?

Fue el único intercambio que hubo.

Mientras Idris descansaba, Kara se entretuvo en el telar. Solo se incorporó cuando al caer la tarde llegaron más nuevas. Los vigías habían enviado a la chiquillería que rondaba siempre las puertas a

vocear que Escipión regresaba a su campamento. De pronto sonaron las bucinas cerca de las murallas. Eso logró que muchos se asomasen a la calle.

—¿Qué es esto? —preguntó Idris, incorporándose.

Kara ya abría la puerta y salía a preguntar qué pasaba.

2

No era habitual que los romanos cruzasen el muro y los numantinos se dirigieron hacia las puertas.

La mayoría de los numantinos llevaban las espadas desenvainadas: temían un ataque. Comprobaron que en lo alto de las murallas, junto a la puerta, los vigías se mantenían alerta. No soltaban sus jabalinas. Escudriñaban el encinar cercano por si era una trampa.

—¡Mirad allá!

A la vista quedaban siete arcones de madera abandonados en mitad del camino principal que cruzaba la arbolada por donde los romanos se habían retirado. Más allá solo había silencio. El sol del atardecer se deshilachaba como una telaraña luminosa entre las hojas de unos árboles a los que durante las últimas semanas se les había arrancado la corteza: muchos la mascaban.

Idris se había dado cuenta cuando llegaron esa madrugada de que apenas quedaban bellotas a los pies de las encinas ni nidos en las ramas de los robles. Hacía semanas que los asediados salían a recoger cualquier fruto o planta que pudiera servir para calmar las quejas de sus estómagos vacíos. Hasta hierba, como si fuesen ganado, se daba a los niños. Los más hábiles cazaban pajarillos. Pero era difícil.

—Que alguien se acerque a traerlos —dijo Retógenes, apareciendo entre la gente.

Lubo y alguno más obedecieron.

Idris también ayudó a transportar uno de los arcones. Aunque no pesaban demasiado, el olor que despedían no presagiaba nada bueno.

De nuevo dentro de la muralla los hombres depositaron los arcones sobre el suelo. Idris fue el primero que abrió la tapa con precaución. Los demás lo imitaron. Entonces hubo exclamaciones de horror.

En el interior había centenares de manos sanguinolentas y agarrotadas, que habían sido seccionadas recientemente: por el color y el olor que despedían tal vez un par de días atrás.

—Esas son las diestras de los lutianos que debían acudir en nuestra ayuda —dijo Olónico al tiempo que aparecía entre un grupo de chicuelos famélicos.

Ni Idris ni ninguno de los presentes podía apartar la vista. Los despojos se amontonaban en los diferentes arcones. El mensaje de Escipión era claro. Los presagios no podían ser peores.

«Todos estamos perdidos», pensó Idris.

En tales circunstancias les sorprendió la nueva puesta de sol. El firmamento se coloreó de amarillo, luego de rojo incandescente, y pronto el poniente fue un mar de púrpura envuelto en violeta intenso.

El sol se ponía por el horizonte con la misma pasión sangrienta con que los romanos estaban cumpliendo su misión.

3

Mors sola fatetur quantula sint hominum corpuscula.

El encuentro en Peña Redonda

Faltos los numantinos de toda clase de alimentos, sin granos ni ganados ni hierbas, se comieron las pieles cocidas, pero posteriormente, carentes también de pieles, se alimentaron de carne humana…

APIANO DE ALEJANDRÍA, Sobre Iberia

1

Al cabo de los años, Viriato, el líder rebelde de los lusitanos, se había convertido en una auténtica pesadilla para Roma. Para acabar con él el Senado envió como cónsul a Hispania al hijo de Paulo Emiliano, Quinto Fabio Máximo. En esa época Máximo tenía veintipocos años y empezaba a distinguirse como uno de los generales más prometedores entre los de su generación. Pocos había tan ansiosos por demostrar su valía.

Desde el momento de su llegada, el hermano de Escipión Emiliano se mostró extremadamente prudente.

En un principio rehusó cualquier confrontación directa. Nada más desembarcar al frente de sus soldados, reclutados la mayoría en el Campo de Marte, viajó al templo de Gades para ofrecer sacrificios a Hércules y ponerse bajo su protección, y reforzar su ejército con las imprescindibles tropas auxiliares.

Pero Viriato demostró ser como los perros: olía el peligro a distancia. Además, sabía aterrorizar enemigos.

Su primera acción fue un ataque por sorpresa a un grupo de esclavos que cortaban leña en un olivar al pie de un alcor. Pese a que estaban desarmados, les dio una muerte salvaje. Los mutiló con saña. Y cuando llegó Fabio Máximo sacó a su ejército en orden de batalla para provocarlos y buscar la confrontación que lo favorecía, pues sus tropas tenían una larga experiencia de guerra y los hombres de Máximo eran en su mayoría novatos.

—Aún no estamos preparados —dijo Máximo.

Por aquel entonces su carácter y su comportamiento se asemejaban en todo a los de su hermano: era difícil saber quién imitaba a quién, dado que la valía de ambos estaba aún por calibrar.

Máximo mantuvo algunas escaramuzas para tantear al enemigo. Quiso demostrar a sus tropas que la victoria no era imposible. Al mismo tiempo tomó precauciones y, si salía a forrajear, colocaba alrededor de los hombres desarmados un cordón de legionarios. También recorría la zona con sus ecuestres tal y como había aprendido de su padre biológico en Macedonia.

—Mucho va a durar Viriato si nos vemos tan poco las caras —observó el tuerto. Él, al igual que los prefectos de su cohorte, era crítico con el mando.

Pero pronto se comprobó que la estrategia daba sus réditos.

Al acabar el invierno, con hombres bien entrenados, el ejército de Máximo se convirtió en el primero en vencer a Viriato. Fue un combate feroz en el que el jefe de los lusitanos luchó como un jabato. Los romanos saquearon las ciudades que lo apoyaban, persiguieron en su huida a los rebeldes y le mataron muchos hombres antes de retirarse a pasar el invierno en Córduba.

—Ese lusitano ya no nos despreciará. Ahora se cuidará más de nosotros —se jactó el tuerto durante la primera noche que pasaron en Córduba, con unas prostitutas, cuando los licenciaron al terminar la campaña.

Y en efecto, a partir de la primavera siguiente Viriato se volvió más precavido y se dedicó a instigar a los demás pueblos de la península para que lo apoyaran —entre ellos a los arévacos— y a rebelarse contra los romanos.

2

Durante toda la campaña, Idris siguió a Fabio Máximo y comprobó cómo con gran prudencia lograba las primeras victorias sobre los lusitanos y sus aliados. Por desgracia para los latinos, Máximo fue llamado de vuelta a Roma y los celtíberos acabaron integrándose en nuevas unidades.

Pero el estipendio era el mismo. El objetivo seguía siendo vencer a Viriato, que a esas alturas volvía a infligir otra vez nuevas derrotas a la orgullosa Roma. La situación tenía desquiciado al Senado. El lusitano los hostigaba de manera incesante. Cuando menos se lo esperaban acosaba a las diferentes legiones consulares con su infantería ligera y su caballería.

Por fin el Senado aprovechó un periodo de relativa pacificación en otros rincones del Mar Nuestro para concentrar en Hispania un máximo de efectivos. Llegaron esta vez con fuerzas netamente superiores hasta Carpetania, al otro lado del Duero. Ahí fue donde Viriato, falto de provisiones, prendió fuego a su campamento y, consciente de su inferioridad, se retiró a Lusitania.

Siendo cónsul Máximo Serviliano, uno de los hijos adoptivos de Fabio Máximo, las legiones saquearon un puñado de ciudades, capturaron diez mil prisioneros y cortaron la cabeza a quinientos de ellos. Aun así, Viriato fue capaz de volver a levantarse y vencerlas de nuevo para gran desesperación del Senado, que no veía la manera de terminar con la pesadilla.

El último cónsul, que llegaba también aconsejado desde Roma por Fabio Máximo, decidió cambiar de táctica. Cuando Viriato pidió negociar la paz y envió a su campamento embajadores, en vez de

enfrentarse a ellos lo que hizo fue colmarlos de regalos. Los halagó y les trasladó la oferta de los senadores.

—Regresad con su cabeza y os entregaré ese arcón que veis ahí repleto de monedas de plata y oro.

Idris estuvo presente, puesto que al cabo de los años había pasado a formar parte de la infantería pesada con derecho a una loriga en condiciones. Él mismo supervisó el pago de la transacción.

Y ya lo siguiente lo supo el mundo entero.

Viriato, que apenas dormía, descansaba armado. Como permitía a sus hombres entrar en su tienda a despertarle en caso de urgencia, los tres traidores pudieron llegar hasta él durante el primer sueño. Lo hirieron de muerte en el cuello: era el único lugar desprotegido por la armadura. A continuación huyeron sin que nadie se percatara y se presentaron en el campamento romano, adonde ya llegaba noticia de lo sucedido.

La respuesta del general romano pasó a la historia.

—Roma no paga traidores… —dijo. Y los envió encadenados a la Urbe.

Idris, aparentando ser un nativo más, se había adentrado en el campamento de Viriato por indicación de su superior y presenció las honras fúnebres que le dedicaban sus hombres.

Los lusitanos vistieron el cadáver con esplendor y lo colocaron sobre una altísima pira funeraria. Hubo grandes lamentos, sacrificios rituales. Cuando prendieron fuego a la pira, infantes y jinetes corrieron a su alrededor organizados en escuadrones y proclamaron sus alabanzas hasta que las llamas se extinguieron.

—Roma no paga traidores.

Así había dicho el general romano.

El encuentro tuvo lugar en el vestíbulo del pretorio del campamento de Peña Redonda: era donde se reunían cada tarde los oficiales para recibir las consignas, más allá de las garitas donde se montaba guardia, emplazadas a ambos lados. A diferencia de Escipión, que tenía en su pretorio un peristilo griego, Máximo siempre prefirió el atrio clásico romano. En él comían sus más cercanos al acabar su jornada.

Aquel atardecer el vino y los pescados asados del Duero se distribuían por los diferentes lechos que ocupaban sus oficiales, cuando, al saber por uno de sus guardias quién se aproximaba, se levantó y salió al vestíbulo donde aguardaba el recién llegado. Le siguieron su hijo Fabio Buteón y un intrigado Yugurta.

—Me sorprende verte, hispano —dijo Máximo—. ¿Cómo has logrado llegar hasta aquí?

—He aprovechado el momento. La desesperación es tan grande que nadie vigila las puertas.

—Poco les ha durado la alegría. La idea de las manos fue de mi hermano. ¿Cómo están los ánimos ahora?

—Tan mal como cabía esperar —musitó Idris. Le gustaba encontrarse una vez más del otro lado del muro. Del lado bueno. Del lado de la vida—. Los más hambrientos usarán las manos para caldo. Todos entienden que ahora mismo es un lujo prescindir de la carne. Los numantinos se están hartando de cocer cueros y pieles, y en casa de Retógenes acaban de sacrificar el último animal que quedaba en el establo.

—Ya se les anunció lo que sucedería. Pero si estás aquí es por algo. Habla, hispano.

—Quiero saber por qué no lanzáis un ataque. Con la población embriagada y desmoralizada sería extremadamente fácil rendir la plaza. Eso sería lo lógico y lo piadoso. Creo que ha llegado el momento de acabar con el asedio.

—Sería lo lógico. El problema es que hay que sentar precedente. El cónsul quiere que todos sepan el coste de desafiar a Roma. Además, desea rendir Numancia sin sacrificar un solo hombre. Hizo voto a Júpiter de no repetir la carnicería de Cartago y pretende mantenerlo.

—Los numantinos están hoy hundidos. Pero mañana se presentarán en el muro y darán la batalla con la mayor desesperación. Es peligroso.

—Y nosotros resistiremos las provocaciones, no te preocupes. Los romanos se mantendrán en lo alto del muro, repelerán todos los ataques. Pero no bajarán al cuerpo a cuerpo, de eso estate seguro. Todos sabemos que Roma no puede aceptar sino la victoria absoluta. El Senado necesita ver esa ciudad de rodillas. Para que su gloria sea imperecedera.

—¿Es lo único que os importa a los romanos?

—A los romanos y al mundo entero. Es lo que hace que un nombre cruce los siglos y los mares. ¿No es así, Yugurta?

—Es así. Por supuesto.

Idris cruzó una mirada con aquel príncipe númida. Era la primera vez que se encontraban cara a cara. La antipatía fue mutua.

4

—¿Y la mujer?

Idris sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Durante años aquella era la única persona a la que había deseado ver. Si estaba aquí, pensó, en realidad era por ella.

—La mujer se queda —dijo Máximo, palpando el interés de su hombre—. Tu orgulloso padre nos la entregó. Es bonita. Su

presencia nos ha hecho comprender lo solos que hemos estado durante esta campaña. La pena es que Escipión, desde su regreso, no deja que nadie se le acerque —bromeó.

—Esa mujer no es solo de mi hermano. Yo la amé en su día. El hijo que lleva es mío. Dime qué puedo hacer para recuperarla.

—Nada. Ese hijo es de Roma.

—Cabe la posibilidad, si me niegas lo que pido, de que renuncie a servir a Roma.

Aquello era algo que Idris empezaba a pensar. Pero se equivocaba al mencionarlo. Alertó a Máximo sobre un peligro que el romano ni siquiera había contemplado.

—Me temo que hay cosas más fáciles de decir que de hacer —dijo, clavando la vista en el hispano. Se preguntaba cuáles eran sus intenciones.

—¿Por qué? ¿Qué me retendría?

—Esa misma mujer y el hijo que espera. Si no vuelves, morirán. Pero si cumples con tu misión permitiré que viva, además de pagarte lo acordado. Ya lo ves. Su vida está en tus manos, hispano.

Idris observó otra vez a Fabio Máximo. Pensó cuánto había cambiado este romano al que había servido tanto. El general que él conociera diez años atrás era un joven virtuoso que siempre había querido vencer con honor en el campo de batalla. Pero en sus idas y venidas en esa Roma donde constató de primera mano la corrupción que envolvía el mundo senatorial algo había cambiado en su interior. Su valiente guerra con el temible Viriato había concluido al final con los métodos tradicionales que empleaba el Senado: buscando traidores para asesinar al lusitano. ¿Había sido en ese momento cuando comenzó su transformación? Era difícil de decir. Quizás.

¿Y la suya?, ¿cuándo había empezado su propia transformación?, pensó.

De repente se vio a sí mismo cuando, más allá de Uxama, supo que

se dirigían a Numancia. Para entonces, al cabo de dos lustros de servicios, era un decurión bajo el mando directo del prefecto, y motu proprio se acercó a la tienda del general a presentarle la idea que había madurado a lo largo del camino. A continuación se deshizo de su loriga, de su paenula, recuperó la vieja túnica celtíbera que llevaba en el morral, se enganchó de nuevo el sayo y salió solo por delante de las tropas y a caballo. A partir de ese día cada vez que podía se acercaba al muro o enviaba señales según el código convenido desde la ciudad, sobre todo cuando los numantinos se disponían a atacar. Más importante había sido su gestión en Lutia.

Mucho odio tienes que tener a tu gente, le había dicho entonces Fabio Máximo.

5

—Eres cruel de una manera innecesaria, romano.

—Soy pragmático. Necesito que sigas instigando ánimos de derrota en los numantinos y que nos abras las puertas de la ciudad cuando llegue el momento. Si cumples, respetaré la vida de esa mujer y ese hijo tuyo que lleva en su vientre. ¿Qué contestas, celtíbero?

Idris sintió que los caminos que se bifurcaban ante él eran cada vez más peligrosos. Pero todavía le quedaba una posibilidad de escapar de la ratonera. En el fondo no era malo tener a Aunia fuera de Numancia. La ciudad estaba perdida. Aunque quisiera, poco o nada podía hacer por ella; ni él ni nadie ya.

—¿Me juras, Máximo, que cuando esto termine me entregarás sana y salva a esa mujer, junto con el niño que lleva en el vientre?

—Te prometo que, además de los denarios acordados, podrás llevarte esa hembra. Yo mismo velaré para que dé a luz en las mejores condiciones. Buscaré una partera entre las tribus amigas —dijo. Y sonrió—. ¿Sabes, hispano? En su momento sentía pena por

ti. Alguien tan a disgusto con su propio pueblo. Pero ahora me doy cuenta de que todos somos parecidos. Somos como hojas desgajadas del árbol. Briznas sueltas que se mueven al capricho de los dioses.

Idris se puso en pie y salió de nuevo a la noche del campamento. Pese a todo, se sentía cerca de concluir su periplo. Al volver a encaramarse al muro alzó la mirada al cielo. Muy pronto los días se igualarían a las noches. El frío quedaba atrás y pensó que en otras circunstancias habría sido bonito asistir al renacer de los campos.

Unos momentos después bajaba por la escala que le tendían los legionarios desde el muro y desaparecía entre los pinos. Los vigías del muro se le quedaron mirando hasta que lo perdieron de vista.

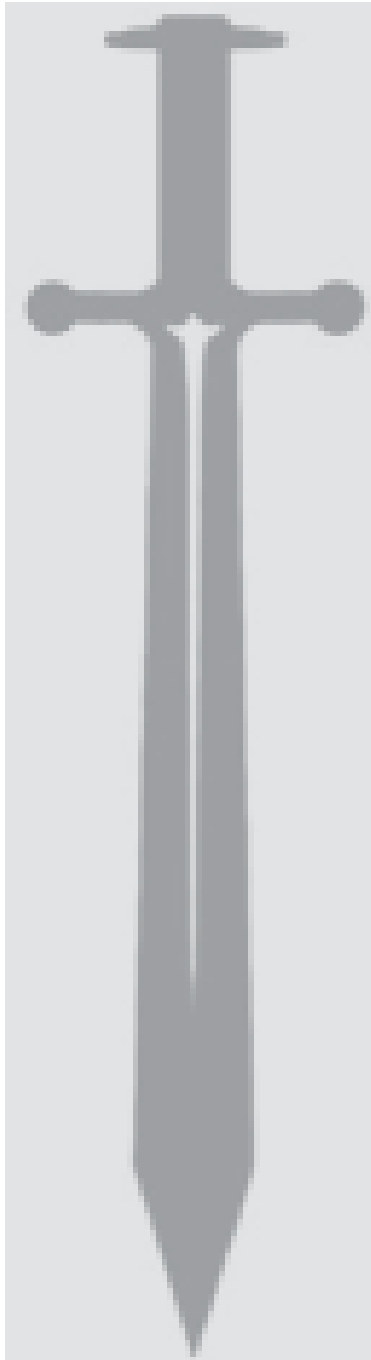
—Es el mejor espía de Roma —dijo uno de los hombres—. Él fue quien mató a Viriato.

6

Tempus omnia revelat.

TERCERA

PARTE



Donde se cuenta cómo los numantinos intentaron rendirse y lo que sucedió en el verano de 133 a. C.

El hambre ha seguido haciendo estragos entre los habitantes de Numancia, que por fin han decidido enviar embajadores a negociar la paz con Escipión.

Tan cierto es el dicho de que tal cual es el general es el ejército. Diciplinado el soldado, presentó batalla al enemigo, pudiendo todos presenciar lo que hasta entonces por nada se esperó, y fue ver huir a los de Numancia. Propicios se mostraban a capitular los numantinos si se les proponían humanas condiciones…

LUCIO ANNEO FLORO, Compendio de las hazañas romanas

ESCIPIÓN:

Sin duda que los fieros numantinos,

del bárbaro furor suyo incitados,

viéndose sin remedio de salvarse,

antes quisieron entregar las vidas

al filo agudo de sus propios hierros

que no a las vencedoras manos nuestras,

aborrecidas de ellos lo posible.

MIGUEL DE CERVANTES, Numancia

La embajada numantina

Los numantinos, agobiados por el hambre, enviaron cinco hombres a Escipión con la consigna de enterarse de si los trataría con moderación si se entregaban voluntariamente. Y Ávaros, su jefe, habló mucho y con aire solemne acerca del comportamiento y valor de los numantinos…

APIANO DE ALEJANDRÍA, Sobre Iberia

1

Sé que muchos censuraréis mi obra por referir los hechos sin la suficiente ilación. Se dirá que después de narrar el cerco de Numancia llevo al lector a los asuntos de Roma, de Lutia o Cartago o del presente al pasado o de un personaje a otro, cuando quienes aprecian la lógica gustan de no abandonar nunca la línea principal.

Mi opinión, sin embargo, es contraria en todo a ese sistema y la apoyo en la mera observación de la propia naturaleza, siempre cambiante.

El oído en conciertos y declamaciones se conmueve no por recibir la misma impresión, sino con los cambios de sonoridad, las interrupciones, gritos. Los más deliciosos manjares, repetidos, llegan a ser insípidos.

Hay que variar alimentos para no sufrir la monotonía.

También los ojos se cansan de contemplar la misma imagen: necesitan variedad para recrearse.

En el alma las novedades son como el reposo para el hombre activo.

Hsta los escritores ilustres descansan haciendo relatos fabulosos y digresiones sobre asuntos serios. Y si viajan por Grecia, como quien dice, hacen al mismo tiempo excursiones fuera de ella.

Más que el orden, lo importante es que no resulte mi relato incompleto para quienes lo siguen paso a paso.

Así pues, volvamos a nuestro asunto.

Todavía tuvo que pasar buena parte del verano antes de que el orgullo de los asediados se rompiese. Finalmente, un amanecer, mientras el escaso rocío brillaba sobre los brezos, el muro se revolucionó porque aparecían al otro lado cinco embajadores numantinos.

Aquellos hombres tremendamente demacrados se detuvieron al pie de una torre de vigilancia. Llevaba cada cual una rama de oliva en la mano.

Cuando sonaron las bucinas, diez arqueros cretenses con sus pequeños escudos pegados al codo y multitud de legionarios se asomaron. Indicaron con sus gestos que dejasen las armas.

—¡Queremos ver a Escipión!

El jefe de los numantinos llevaba un báculo de poder. Pese al calor se cubría con una piel de lobo como hacen los heraldos arévacos. Estaba demacrado, débil. Lo mismo podía decirse del resto de sus acompañantes.

Todos depositaron en el suelo los puñales.

Desde lo alto, los romanos dejaron caer una escalera.

Una vez arriba los numantinos fueron conminados a esperar en la torre hasta que se dio aviso al cónsul.

Solo entonces se les guio al campamento por el ancho pasillo en lo alto del muro.

2

Nada más saber que llegaban los embajadores, Escipión Emiliano mandó poner carne a asar en todos los hogares. Quería que el olor inflamara los sentidos de aquellos numantinos que avanzaban por la vía pretoriana entre las barracas, y esperó de pie en el gran patio porticado que se abría delante de su pretorio rodeado de sus hombres de confianza y de su guardia personal.

Ávaros llegó hasta el cónsul.

Con el buen tiempo, los mandos romanos se desprendían todos del sago hispánico: muchos andaban en túnica. Escipión se había puesto la coraza musculada y la capa de color escarlata de los comandantes romanos. Ni siquiera se adelantó hasta el portavoz de los asediados, que portaba su báculo y procuraba mantener su dignidad.

Ávaros tenía cincuenta y cinco años, alguno más que el cónsul, aunque con tanto padecimiento parecía a esas alturas su padre. La vida lo estaba quebrando. Explicó que había adquirido en Roma los rudimentos de su idioma.

—Soy Ávaros, jefe de una de las familias principales de Numancia, y vengo a negociar con Espicipión, cónsul de Roma.

—Y yo soy Escipión. Di lo que tengas que decir, anciano.

3

—Tengo entendido que tu linaje es de los más respetados en Roma.

El mío es de los más respetados entre arévacos. Mi padre luchó en su día contra las legiones de Tiberio Graco, el padre de los hermanos Graco, y las derrotó. Yo mismo luché contra Nobilior a las puertas de Numancia, donde también lo derrotamos. Mi estirpe es una estirpe honorable. Por eso representé a los míos en tu ciudad por dos veces y las dos veces llevé a buen puerto mi embajada.

—En nobleza no te voy a la zaga. Mi abuelo Escipión, el Africano, luchó contra Cartago y la derrotó. Mi padre Escipión también luchó contra Cartago y volvió a derrotarla. Era el mayor imperio sobre la tierra.

—… Como hoy Roma. Por eso puedes mostrar grandeza. ¿Qué le cuesta a Roma ser generosa con una ciudad que fue siempre enemiga valiente y nunca rehusó la lucha?

El tono de moderada súplica que empleaba Ávaros impresionó positivamente a los presentes.

—¿No sería mayor gloria para la nación que representas? —continuó—. ¿No es siempre más honroso pasar por pacificador, como los mejores de tus predecesores, que por partidario de la guerra inútil? ¿No es mejor serle fiel a ese abuelo tuyo a quien los hispanos quisieron hacer rey? ¿Y no correspondería ese gesto al que tuvimos cuando os devolvimos vivo a Mancino y no masacramos a su ejército, que había capitulado? ¿Por qué no concluir este enfrentamiento con un tratado de paz, al igual que tantas veces hemos hecho a lo largo de estos años?

—¿Y volver a romperlo a la primavera siguiente como ha sucedido hasta ahora, y que vuelvan a morir romanos a manos de numantinos?

Escipión meneó la cabeza: aquello no era posible. Eso enfrió al embajador arévaco, que trocó su tono dramático y suplicante en sequedad.

—Hasta la fecha, si no recuerdo mal, fueron siempre los romanos quienes quebrantaron los tratados…

—¡Poco importa quién fuera! Ya han bebido demasiada sangre

romana estas laderas. Y pienso acabar de una vez por todas con un litigio que impide que Roma cumpla su destino. Pero dejémonos de oratoria, anciano. ¿Qué vienes a proponer?

Ávaros clavó en el cónsul sus ojos oscuros. Pese a que habían pasado ya unos meses aún se sentía enormemente dolido por lo sucedido con Aunia. Mientras se aproximaba al pretorio había mirado cada puerta abierta en los laterales con la esperanza de verla en algún momento. En el fondo casi se alegraba de que no hubiera estado en Numancia durante los meses del hambre.

Ávaros procuró controlar el temblor de su cuerpo debilitado.

—Vengo a conocer qué condiciones nos ofreces si nos rendimos. Y a recordarte que Alejandro, a quien todos los romanos pretendéis emular, fue magnánimo con sus enemigos. Eso hace grande al vencedor. Vence dos veces quien sabe vencerse a sí mismo en la victoria.

4

Esta vez Escipión guardó un prolongado silencio.

A su alrededor Polibio, Lucilio y los demás tribunos, que lucían corazas con el torso musculado, permanecían desde el principio en silencio. Algunos soldados de las barracas contiguas se acercaban hacia el patio para presenciar el encuentro. Si alguien hacía ruido por el campamento se le chistaba.

—Puedes llevar mi respuesta a tus compatriotas, anciano. Escipión Emiliano no accederá a la paz que propones hasta que todos los numantinos vengan al muro con las manos en alto, entreguen sus armas y acepten ser esclavos de Roma. Solo así les perdonará la vida.

—Eso humillará su orgullo —dijo Ávaros.

—Anciano, ya no tenéis ni trigo ni caza. No hay más que verte para saber que en pocos días no seréis capaces de manteneros en pie. Si se prolonga el asedio os devoraréis los unos a los otros. No tengo tiempo de simular palabras bondadosas. Os doy siete días para llegar al pie de cualquier torre de vigilancia. Entregad allí vuestras armas. Si lo hacéis, se os respetará la vida.

Hubo murmullos satisfechos entre los presentes.

—Eso tiene poco que ver con la oferta que hiciste llegar en su día a Leukón. Concédenos al menos la libertad y pagaremos el tributo que nos impongas. Por pesado que sea lo pagaremos con gusto.

—También se os advirtió en su momento de que la oferta caducaría. Habéis actuado con la misma imprudencia que los cartagineses en su día. Cuando acababa de concluirse el muro, os propuse términos honorables de rendición. Os rogué con las mejores palabras que no me obligaseis a invertir el esfuerzo necesario para mantener el cerco. Entonces tu jefe se mostró desafiante delante de Polibio, que era mi emisario. Por eso hoy recibirá por tu boca mi respuesta y lamentará su actitud de entonces.

—Los numantinos jamás aceptarán esos términos. Alargarás innecesariamente la guerra.

—Lamento no facilitarte la tarea, anciano. Pero esta es la decisión de Escipión. Roma no tolerará ni un minuto más la insolencia de Numancia.

Escipión dio por concluido el encuentro. Ordenó a los legionarios que los acompañaron de vuelta al muro.

Ávaros cruzó unas palabras en voz baja con sus acompañantes que ni el intérprete ni ninguno de los tribunos que esperaban de pie a espaldas del Africano Menor llegó a distinguir; solo la palabra «ignominia», pronunciada en latín y con fuerza, les llegó claramente.

Los numantinos hicieron un gesto de despedida, dieron la espalda a los romanos.

El sol estaba cada vez más alto en el cielo cuando se les permitió encaramarse otra vez, uno tras otro, a la torre de vigilancia.

5

Mientras los hombres volvían a sus labores, Escipión Emiliano se retiró a sus aposentos en el pretorio. Tras deshacerse de la incómoda coraza con la ayuda de sus esclavos se sentó a la mesa para coger el cálamo y escribir a su esposa en respuesta a su última misiva.

Antes releyó con el ceño fruncido la carta de Sempronia. Aprovechando que estaba solo, se le escaparon las primeras lágrimas que vertía en muchos meses. Entonces, oyó una voz conocida en el vano.

—¿Puedo pasar un momento?

Escipión se volvió hacia la voz.

—Puedes pasar, Polibio, sí… Coge esa silla.

Y se encaró con su consejero. El griego ocupó el asiento libre al otro lado de la mesa.

—Muchos oficiales están sorprendidos de que hayas tratado con tanta dureza a los embajadores, y ahora compruebo que lloras, mi pupilo —observó Polibio, extrañado—. ¿Qué te atormenta?

—Esta carta que he recibido de Sempronia —dijo Escipión. La leyó en voz alta—: «Publio. Escribo para prevenirte de que Tiberio ha muerto asesinado por los hombres de tu partido en el foro. El pueblo romano está de luto. Los dioses han decidido llevárselo. Lo ha asesinado tu gente, Publio».

—¿Cuándo la recibiste?

—Ayer a última hora. La leí por la noche. Y con ella otras de

partidarios nuestros con más detalles. La mañana de su muerte, Tiberio vio que por más que sacudía la jaula no salían las palomas que le servían para sus agüeros. También encontró que en el casco que usaba como tribuno anidaban unas culebras. Al salir a la calle se tropezó y se dio tal golpe en el pie que se partió una uña. La sangre le empapó la sandalia justo cuando unos cuervos graznaban en el tejado.

Escipión había pasado una mala noche leyendo aquello. Polibio ahora entendía por qué se mostraba tan poco hablador por la mañana, y por qué manifestó tan poca emoción cuando se le anunció que llegaban los embajadores. El asedio parecía haber pasado a un segundo lugar.

—No es la primera vez que hablamos de esto —dijo, adoptando el mismo tono paternal que cuando Escipión era un joven deseoso de conocimiento, al que había tenido el honor de tutelar y transmitir la sabiduría de los pensadores griegos. Polibio siempre mostró, con respecto a los dioses, una actitud de extremo realismo. Si hubo algo en lo que siempre insistió a su pupilo fue en la necesidad de expulsarlos lo más lejos posible de las explicaciones de las cosas humanas. No les quitaba su importancia y no dejaba de venerarlos, pero era importante apartarlos de los asuntos de los hombres, en los que rara vez se mezclaban—. Siempre te he dicho que considero a Sócrates el más sabio de los filósofos por haber dicho que la investigación de los fenómenos naturales o es mayor de lo que puede abarcar la inteligencia humana o no afecta en absoluto la vida de los hombres. Son todo supersticiones.

—… Quienes le acompañaban también afirmaron que sería vergonzoso que un hijo de Graco y nieto de Escipión el Africano, por temor a unos cuervos, no acudiera adonde lo llamaban. Picado en su orgullo, Tiberio siguió caminando con las calles llenas de agitadores hacia el lugar donde la asamblea del pueblo debía votar la prórroga de su mandato.

»Al ver que uno de los senadores hacía seña de que quería decirle algo, la muchedumbre le abrió paso. Ese hombre advirtió que numerosos miembros del Senado habían armado a sus esclavos para quitarle la vida. Tiberio se lo explicó a la plebe y sus partidarios se ciñeron las togas. Cogieron lo que pudieron para defenderse.

Algunos de sus enemigos corrían al Senado. Gritaron que Tiberio pretendía coronarse como rey, que debían mirar por la República y acabar con el tirano.

—Conozco bien cómo son las cosas en Roma —asintió Polibio—. Durante mis años allí he asistido a muchos tumultos políticos. La democracia republicana provoca cada cierto tiempo explosiones de violencia inusitadas. Son crisis recurrentes.

—Nuestros partidarios en el Senado y todos los enemigos de la reforma agraria de Tiberio cogieron palos. Los que no, echaron mano de los trozos de los bancos y de los pies de las sillas curiales hechas pedazos por los plebeyos. Armados así mataron a quienes se les ponían por delante.

»Cuando Tiberio quiso huir, le asieron de la toga. Mi pobre Tiberio huyó vestido solo con la túnica y tropezó. Me escribe Sempronia que cayó sobre los primeros cadáveres. Allí murieron trescientos de sus seguidores, todos a palos y a pedradas, ninguno con hierro. A su hermano Cayo no le han permitido recoger su cadáver, que fue llevado desde el Capitolio para ser arrojado al Tíber con los demás muertos…

6

Escipión había callado. Seguía con la carta en la mano. Polibio comprendió que algo se estaba moviendo en el interior del cónsul. Conocía los mecanismos de su pupilo. Sabía que necesitaba que los pensamientos se asentasen y dejar pasar unas horas hasta que las decisiones se impusieran casi por sí mismas. La mayoría caían por su propio peso.

—¿Y tú, Publio, qué piensas? —preguntó con prudencia.

—Que quien tal hace, tal pague… En el fondo, ha tenido la muerte que merecía.

A Escipión le costó pronunciar tales palabras, pero las dijo. Fue lapidario.

—Entiendo que es por ello por lo que te has mostrado tan duro con el embajador —concluyó Polibio, evitando cualquier tono crítico en sus palabras. No quería influir, solo comprender—. Has pagado tu disgusto con Numancia.

Escipión levantó por fin la mirada. La clavó de nuevo en el griego. Acababa de regresar de las profundidades. Casi parecía como si estuviera viendo por primera vez a Polibio.

—Bien sabes, Polibio, que años hace que la salud de aquel muchacho me mantenía fiel a los dioses. En su momento hice muchos votos cuando Tiberio enfermó después de la destrucción de Cartago. Tú mismo estuviste presente. Lo consignaste en tu Historia. Pero ahora son los dioses quienes me roban lo que más quería. Los dioses han abandonado a aquel al que yo amaba como a un hijo. A mí, que tengo una mujer infértil. A mí, Publio Cornelio Escipión Emiliano, después de todos los incontables servicios que les he hecho a lo largo de estos años. Yo he sido mucho más creyente que tú, siempre les he mostrado devoción.

»Estoy dolido en lo profundo, Polibio. Siento que me han traicionado. Y ya no tengo la más mínima razón para contener mi cólera contra estos bárbaros. Si dentro de esa semana se entregan, arrasaremos Numancia. Si no, la arrasaremos cuando hayan muerto de hambre. Pase lo que pase, Numancia dejará de existir. Es mi voluntad.

—¿Y romperás tu voto?

—He tardado toda una vida en entender que lo único que importa en este mundo, Polibio, es la voluntad. No hay nada más humano. La mía está fijada. Sal y reúne a los oficiales en el vestíbulo. Diles que quiero hablar con todos para trasladarles las nuevas instrucciones.

Deos absentes testes memoras.

La traición de Ávaros

Vinieron también los celtas unidos en el nombre a los íberos. Para ellos es un honor caer en la lucha y un crimen incinerar su cadáver. Creen que el muerto irá al cielo con los dioses si un buitre hambriento devora el cuerpo yaciente…

SILIO ITÁLICO, Púnica

1

—Ávaros, el pueblo de Numancia te encuentra culpable de haber traicionado su confianza y pactado con nuestros enemigos. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—¡Que es absolutamente falso, Leukón! Yo llevé a cabo mi misión con la mayor lealtad. Fui al muro, tal como me encomendaste. Hablé con el cónsul de los invasores. Pero el romano no quiso hacer concesiones de ningún tipo. Dijo que solo aceptaría una rendición absoluta. Sin condiciones.

Desde su regreso, Ávaros se había encontrado con que muchos jóvenes le daban la espalda. Hasta los ancianos desconfiaban. Nadie parecía contento con el resultado de su encomienda. Y ya cuando supo que se le convocaba en la plaza a primera hora del día siguiente, se preparó para lo peor. Una vez llegada la hora, con paso vacilante, anduvo acompañado por una docena de clientes y

devotos suyos hasta donde lo esperaban reunidos en asamblea los hombres de Numancia.

Cuando Idris lo vio aparecer era la hora segunda. Amanecía un día luminoso. Ni una sola nube cobijaba del sol. El único ojo de Lugh asomaba por encima de las murallas agostando con su omnipresencia los campos cada vez más yermos que rodeaban a la ciudad moribunda y aislada desde hacía casi un año del resto del mundo. El asedio de los romanos no parecía tener fin.

Desde su regreso Idris volvía a ocuparse de la fragua, pero pocos reclamaban sus servicios. A nadie se le escapaba que Retógenes, de pie junto a su padre, evitaba dirigirle la palabra. Desde que sabía lo de su esposa, tras la primera explosión de ira, sencillamente la había borrado de su mente. Evitaba incluso pronunciar su nombre. Hacía como si ni su hermano ni Aunia existieran. Todos entendían que era la manera más digna de enfrentarse a la traición. «Las mujeres tampoco hablan de ella. Nadie se atreve», había dicho Kara la víspera.

—¿Puedes jurar entonces —continuó Leukón al pie del árbol sagrado de Numancia— que mientras hablabas en su lengua, de forma que los numantinos que te acompañaban no entendiesen, no has pactado tu libertad cuando estemos los demás muertos?

—¡Juro por Lugh que no he negociado nada! ¡Jamás se me ocurriría traicionar la confianza de mi ciudad! —exclamó el padre de Aunia.

Otra vez los rumores llenaban la plaza. Otra vez los devotos de Ávaros protestaban. Otra vez surgían las primeras disputas. Idris observó todo con atención. Había una gran confusión entre los partidarios de uno y otro clan. Los hombres de Numancia llenaban la pequeña explanada. Tapaban la vista de los muros de adobe de las casas que la rodeaban. En otro momento el alboroto habría durado poco. Pero desde que el hambre reinaba la crispación se adueñaba de todos. Ya no hay nadie ajeno a la desgracia, pensó.

Los rostros de chicos y mayores estaban demacrados. Los cuerpos, esqueléticos. Y por supuesto, seguían muriendo ancianos y enfermos. Algunos se desplomaban en plena calle. Costaba encontrar quien los llevara a la necrópolis. Idris también sufría y se

apretaba cada vez más, como todos, hombres y mujeres, el cinto.

—¿Niegas haberte querido vengar por la entrega de tu hija a los romanos?

—Lo niego rotundamente. Es cierto que la decisión del consejo me causó un enorme dolor. Creo que el consejo se precipitó. Eso nunca lo escondí. Pero ya expuse mis quejas. Y por supuesto acepté la autoridad de Leukón, como siempre he hecho. Aunia obró mal. Merecía el castigo.

A Idris le costó contenerse. Pero lo hizo.

2

Después de mucho discutir, se cerró la gran asamblea de los numantinos. A Ávaros lo acompañaron de vuelta a casa la veintena de guerreros de las familias que conformaban su clientela habitual.

Allí fue saludado por los suyos. Permaneció con sus hijos y su mujer junto al hogar. Todos comieron unos miserables mendrugos de pan. Después descansaron en tanto pasaban las horas de calor.

Nadie espantó a las moscas.

Durante aquel tiempo no se oía ni un ruido en la calle.

Al cabo el propio Olónico llegó para comunicar al desafortunado la decisión del consejo. Cuando apareció, la puerta estaba abierta. Una treintena de personas, entre clientes y familia, acompañaba a Ávaros. Olónico no hizo caso de las miradas de la mujer y los hijos.

—El consejo reclama tu presencia de nuevo en la plaza.

—No digas el consejo, di Leukón o di Retógenes, porque son ellos quienes quieren esto…

La gravedad del rostro del adivino anunciaba la sentencia. La

actitud resignada de Ávaros hizo que las mujeres prorrumpieran en sollozos. Su hija Ama fue quien más lloró.

Disconformes con la decisión de Leukón, los devotos echaron mano a sus espadas. Hicieron ademán de encararse con los hombres que acompañaban a Olónico, pero Ávaros los contuvo con un gesto.

—La asamblea es la ley —dijo mientras se despedía con un abrazo de su mujer y sus hijas—. No necesitamos agravar las cosas. No en este estado. No con los romanos a las puertas de Numancia.

Un rato después, a la hora del crepúsculo, Idris fue el único ajeno al clan de Ávaros que pasó por la plaza. El cadáver del anciano colgaba del gran tejo sagrado. No muy lejos, Ama y más mujeres de la familia lloraban sin atreverse a acercarse. Olónico murmuraba al pie del árbol sus plegarias. Una decena de famélicos chiquillos impedía que se acercasen los buitres que con vuelo alto y lento daban vueltas por encima. En Numancia eran animales sagrados que ayudaban a liberar el alma del muerto. La obligación de espantarlos era un castigo añadido.

—Lamento tu pérdida —le dijo Idris a Ama—, pero es seguro que Lugh lo acogerá en su seno.

Sabiéndolo un proscrito del clan Leukón, los de Ávaros eran los únicos que no dudaban en mostrarle simpatía cuando se cruzaban con él.

—Aunia siempre te quiso a ti, no a Retógenes. Debiste haberte casado con ella —murmuró Ama. Y sintiendo una ira repentina, añadió—: Si te la hubieses llevado, si hubieseis partido juntos, a lo mejor nada de esto habría sucedido.

3

El último consejo fue el más dramático de todos. Por primera vez a Idris se le permitió asistir. Pese a ello Leukón seguía sin dirigirle la

palabra. Idris se guardó de intervenir. Permaneció en un discreto segundo plano junto a la puerta. Sin apenas moverse, se dedicó a escuchar.

—Sabéis —dijo el jefe de Numancia— que mañana se cumple el plazo concedido por el cónsul para rendirnos y convertirnos en esclavos. Si aceptamos su oferta, este es el último consejo que celebraremos como hombres libres. Los dioses parecen habernos abandonado. Todos sabemos cómo nos tratan los romanos. Cada vez que nos acercamos al muro se mofan de nosotros desde lo alto. Nos lanzan bellotas. Dicen que pronto acabaremos devorándonos unos a otros. Pero también sabéis que tenemos otra opción.

Leukón se había sentado junto al hogar. A su lado estaban Retógenes, Lubo, los jefes de familias afines. También Olónico y los ancianos más venerables tenían su lugar en el banco. El único que faltaba junto a ellos era Idris.

Las cabezas de romanos muertos en combate se exhibían en la parte alta de la estancia.

—Aquí no hay nadie que no prefiera morir en la batalla como hombre libre a morir de hambre como animal encerrado. Ya hemos comprobado que los romanos se niegan a luchar. Nuestros vecinos, las ciudades con las que teníamos vínculos, a las que considerábamos hermanas, se niegan a ayudarnos por miedo. Ahora que estamos sin alimentos resulta evidente que no sobreviviremos al verano. No hace falta ser Olónico para entender que la situación no tiene remedio.

»A mí el hambre apenas me deja dormir por las noches, y con el paso de los días veo claro nuestro destino. Los numantinos moriremos. Pero lo haremos como hombres libres, como guerreros, no como esclavos. Es preferible anteponer la muerte a toda esta humillación. Por eso os propongo salir todos juntos, fingir que nos entregamos, y en el último momento atacar el muro.

—Eso equivale a una muerte segura —dijo Retógenes.

—¿Y no vamos todos a morir tarde o temprano, hijo mío? Morir se muere dos veces cuando es por decisión de otro. Propongo ofrecer

la vida, pero llevándonos por delante cuantos romanos podamos. Cualquier muerte de un invasor le será agradable a Lugh. No olvidéis que la vida es solo la mitad del camino. Perecer en combate no es sino despertar a otra existencia en compañía de nuestros dioses.

»Así que, si estáis de acuerdo, salid. Anunciádselo a vuestras familias y también al resto de los hombres. Que descansen todos esta noche. Que yazcan con sus mujeres. Que beban lo que puedan porque mañana cenaremos con Lugh y cazaremos para siempre en la praderas de su isla. En cuanto llegue el nuevo día saldremos a enfrentarnos con los romanos. ¿Estamos de acuerdo?

Poco a poco las manos se iban alzando.

—Entonces, se levanta el consejo —dijo Leukón—. Os veré al amanecer.

4

Antes de que saliera con los demás, Leukón se acercó a Idris.

—Espera.

Idris se detuvo. Era la primera vez que hablaban. Ya se había acostumbrado a la indiferencia.

—Sé que he sido siempre duro contigo, Idris. Pero ya que se acerca el momento debo decirte que…

A Leukón no le salían las palabras. Era la primera vez que su orgullo monstruoso no se interponía, ahora que la muerte era inminente.

—Me alegro, pese a todo, de tu regreso… Espero que cuando esté tu madre presente y nos volvamos a encontrar en la pradera de Lugh podamos ser como padre e hijo… Y ahora descansa… Has

demostrado ser un buen numantino.

No muy lejos, Retógenes y Lubo estaban en el patio enzarzados en una conversación con Olónico. Los dos miraban por el rabillo del ojo, algo sorprendidos. Los dos deseaban saber qué se decían padre e hijo.

5

A medida que se acercaba a la casa del herrero, el alma de Idris se iba cargando con emociones contradictorias.

—¿Por qué no yacemos juntos una última vez? —le dijo Kara, ya después del exiguo caldo que hubo por cena. Ninguno de los dos conseguía cerrar los ojos—. ¿Qué más te da concederme este último recuerdo y que nos reconciliemos una última vez, si ya no importa nada y Aunia no está? ¿Qué mujer te ha hecho más feliz, al final?

6

Al rayar el alba por la sierra del Moncayo, el sol naciente sorprendió a todos los habitantes de Numancia, hombres, mujeres y niños, preparados para salir a la calle.

Todos se congregaban en torno a las puertas abiertas de la ciudad. Solo quedaron en el interior los muy ancianos o muy críos. Los demás llevaban puestos sus atuendos de guerra y empuñaba cada cual el arma que podía, ya fuera la lanza, la jabalina, la espada o el puñal.

—Fuerza y valor —se saludaban.

—Ha llegado el momento.

—Ya es el día.

—Lugh nos espera.

Algunos aparecían con disco y coraza sobre el pecho y la espalda, la mayoría con corazas de lino, unos pocos con cota de malla.

A la salida del consejo de la víspera, Idris había podido confirmar que muchos hombres pasaban la tarde afilando espadas y lanzas. Kara también decía que esa tarde había visto mujeres riendo por primera vez en tiempo. Después de meses de incertidumbre, saber que la demora acababa lo cambiaba todo. Los ánimos eran sorprendentemente elevados. Aquello era el canto del cisne de los asediados, pensó.

Numancia entera se concentraba en las puertas de la ciudad como en un día de fiesta.

Cuando por fin aparecieron Retógenes y Leukón, Idris se sorprendió al ver que su hermano le saludaba con un abrazo. Leukón le permitió colocarse a su lado. A su alrededor algunos numantinos corearon su nombre junto con el de su padre.

A continuación unos y otros, amigos y enemigos, proclamaron en voz alta:

—¡Numancia, Numancia, Numancia!

Las voces se juntaban. Los guerreros golpearon la espada contra el escudo o patearon sobre el suelo rítmicamente. El sol aún no abrasaba cuando los diferentes clanes ya se agrupaban alrededor de sus líderes que portaban sus báculos de poder.

Por delante de todos empezaba a marchar Leukón acompañado por sus dos hijos.

No muy lejos, también los devotos de Ávaros se agrupaban en torno a su único hijo, que ahora lideraba el clan. La ejecución del padre parecía olvidada. Los rencores se dejaban a un lado. A fin de cuentas, Ávaros tan solo se había anticipado un par de días al destino de los demás.

—¡Muerte a Roma y a los romanos! —gritaron los más jóvenes.

Todos se dejaban llevar por la excitación general pese a que apenas habían dormido, y marcharon cerro abajo siguiendo a Leukón.

Pronto, a lo largo de todo el muro sonaron las bucinas y se izaron banderas rojas en lo alto de las torres. Los más de tres mil numantinos avanzaban lentamente formando una línea única. Idris sintió que se le erizaba el vello de los brazos. Con la carne de gallina vio cómo detrás de los guerreros aparecían las mujeres y los niños empujando unos carros cubiertos por ramajes.

Tras cruzar trabajosamente la empalizada por un tramo destrozado por asaltos anteriores, volvieron todos a avanzar. Los guerreros se detuvieron al poco ante el foso mientras en lo alto del muro los arqueros cretenses se preparaban. En ese momento Leukón dio un paso en dirección al centurión que se asomó por un hueco de la torre junto a la enorme ballesta.

—¡Soy Leukón y vengo a rendir la ciudad de Numancia! ¡Antes quiero hablar con tu cónsul!

7

—¡Escipión Emiliano ha dejado dicho que no tiene nada que hablar con vosotros y que no vendrá, Leukón! ¡Si queréis rendiros, dejad vuestras armas en el suelo! ¡Retroceded cincuenta pasos!

Leukón dio la espalda al muro. Se encaró con los suyos.

—¡Lo habéis oído, numantinos! ¡Escipión no se digna a estar presente! ¡El cónsul espera que nos rindamos a un simple legionario! ¡Esa es la consideración que nos otorga, la de esclavos! ¿Qué decís a eso? ¿Pueden los numantinos ser esclavos de los romanos? ¿Queréis perecer de hambre, como perros, en medio de toda esta miseria?

—¡Noo!

Las espadas golpearon contra los escudos.

—Entonces, ¡muerte a los romanos! ¡Cargad contra el enemigo! ¡Asaltemos el muro!

En medio de la algarada, las mujeres y los niños sacaron de los carros las decenas de tablones y escalas de madera que traían preparadas. Ayudándose de las improvisadas pasarelas los hombres cruzaron el foso y apoyaron las escalas contra el muro. Inmediatamente, sobre ellos cayó una lluvia de flechas. Las bucinas reclamaron la presencia de refuerzos.

Los guerreros arévacos, esquivando proyectiles, se animaban unos a otros.

—¡Muerte a Roma! —gritó Lubo, encaramado a una escalera.

Arrastrado por la marea, Idris trepaba muy cerca de Retógenes. Muchos numantinos caían alcanzados por las flechas que disparaban los arqueros cretenses desde las torres de vigilancia cercanas. A su lado morían los primeros hombres asaeteados. Pero por cada uno que caía otro ocupaba su lugar. Todos escalaban como posesos.

—¡Ariba! ¡Arriba! —gritaron los que alcanzaban ya el pasillo que corría a lo largo del muro.

Desde las torres llegaban a la carrera legionarios para enfrentarse a los numantinos. Es una locura, pensó Idris.

—¡Defendeos! —gritaron los romanos—. ¡Echad abajo esas escalas! ¡Que no ocupen el muro!

Los numantinos eran muchos. Los defensores, incapaces de contenerlos, retrocedieron hacia las dos torres. Mientras tanto, un grupo de arévacos protegía con sus escudos a Leukón, que ganaba también la parte alta del muro.

El viejo caudillo exultaba al comprobar que los suyos controlaban un largo tramo de la fortificación. Ya comenzaban a bajar por el

otro lado cuando vieron llegar la caballería númida al galope encabezada por Yugurta, y al poco los primeros manípulos desde el campamento de Escipión. Los romanos se habían entrenado para esto durante meses. El asalto al muro no era sino el último intento desesperado de los asediados de romper el cerco.

—¡Llegan las legiones! —exclamó Retógenes.

No eran solo las legiones.

Los númidas a caballo en su primera embestida arroyaban a los numantinos que habían logrado descender a tierra desde el muro. Los africanos hostigaban con precisos lanzamientos de jabalina a los que seguían en lo alto.

«Esto es una ratonera. ¡Voy a morir!», pensó Idris.

Y se sintió repentinamente atrapado.

8

Mientras los dardos africanos mantenían a los numantinos en lo alto de la muralla, las restantes tropas romanas seguían llegando. Las cohortes de Fabio Máximo fueron las primeras en aparecer. Pronto les siguieron las de Escipión por el norte. Y a lo lejos barritaban los elefantes. Las imponentes bestias también se iban acercando con paso lento y pesado.

—¡Llegan los elefantes! —exclamó Idris, en medio de tanto desconcierto.

Los legionarios romanos y sus tropas auxiliares poco a poco se fueron distribuyendo al pie del tramo del muro controlado por los arévacos. Protegidos por sus grandes escudos, los diferentes manípulos se organizaban. Muchos subían por el interior de las torres.

Desde ellas se accedía al pasillo donde esperaban, lo sabían perfectamente, guerreros muy debilitados por el hambre y las penurias del sitio. Únicamente los mantenían en pie, y no por mucho, su desesperación y un absurdo fanatismo.

—¡Aguantad, numantinos! —gritó Retógenes—. ¡Aguantad!

Pese a su ánimo, los numantinos poco podían contra unos soldados romanos bien alimentados y mejor armados que llevaban meses preparándose para esto. Los hispanos se lanzaron contra ellos con desesperación, buscando la muerte.

La carnicería duró hasta que Escipión ordenó a sus tropas dejar de luchar y permitir la retirada de los arévacos supervivientes.

—¡No quiero que perdamos ni un solo hombre más con estos miserables!

Solo entonces los romanos detuvieron su empuje y se reagruparon, dando tiempo a los arévacos a bajar por el otro lado del muro y alejarse del foso.

9

Mientras se retiraban los numantinos, Mussa tomó el arco de uno de sus hombres y disparó una flecha que fue a clavarse en la espalda de Leukón.

—¡Ahí va eso!

El caudillo lo encajó bajo la nueva lluvia de flechas y lanzas que se abatía sobre los hombres que aún permanecían en pie a medida que se alejaban del foso. En su retirada, los numantinos cargaron los cuerpos de los caídos en los carros donde habían traído las escalas. Eran tantos los muertos que aún quedaban decenas de cadáveres en el foso y al pie del muro.

—¡Idos a vuestra ciudad! —gritó Fabio Máximo cuando sus legionarios retomaron el control de la muralla. El hermano del cónsul acababa de subir a lo más alto de la torre de vigilancia donde estaba la catapulta—. ¡Y quedaos allí hasta que estéis todos muertos! ¡Devoraos unos a otros, bárbaros miserables, o venid a pedir clemencia a vuestros vencedores! ¡Aceptad la derrota!

Y mientras lo decía cortó la cuerda que tensaba el ingenio.

Una piedra dibujó una parábola por el aire hasta aterrizar en medio del pinar por donde caminaban los derrotados numantinos.

El proyectil no llegó a alcanzar a ningún enemigo, pero su mensaje fue claro.

10

Mors et fugacem persequitur virum.

El horror y la sangre

¿Quién forjó el primero las horrendas espadas? ¡Qué corazón tan fiero y verdaderamente de hierro debía tener! Entonces nacieron las guerrras y las carnicerías de los hombres, y entonces se abrió un camino más corto a la muerte cruel. Pero ningún reproche se merece el desventurado: somos nosotros quienes hemos revuelto en el propio daño las armas que él inventó contra las feroces alimañas. El oro tiene la culpa: cuando una copa de haya servía en las mesas, no se conocían las guerras, no se alzaban fortalezas ni empalizadas, y el pastor se entregaba al suelo tranquilo en medio de sus ovejas. Ojalá hubiese vivido en aquella edad; no habría experimentado las funestas armas de los ejércitos ni oyera con el corazón lleno de pavor los toques de la trompeta. Ahora soy arrastrado a la guerra y tal vez un enemigo aguza ya el dardo que ha de clavar en mi pecho. Protegedme, dioses lares, vosotros que me sustentabais de niño cuando corría ante vuestros pies…

TIBULO, Elegías

1

En medio del fragor de la batalla, nadie entre los numantinos se dio cuenta de que Idris no regresaba.

El hispano había conseguido ocultarse en una de las torres de vigilancia. Mientras sus compatriotas volvían a pasar por encima del foso y la empalizada, logró bajar de la torre por el exterior.

Salió a campo abierto al otro lado del muro.

Al pie de la escalera se encontró con un númida. El africano le cerraba el paso lanza en ristre. Idris esquivó su golpe y luego le asesó un mandoble con su espada que le lo alcanzó en un lado del cuello.

El hombre cayó de rodillas con la cabeza casi seccionada. Un chorro de sangre brotó de la herida, rociando los alrededores.

Dejándolo atrás, el hispano se dirigió hacia el campamento principal con paso tranquilo.

Al principio se alejó del cerco, pero pronto volvió a pegarse al muro, donde el camino estaba desbrozado.

Si alguien se le acercaba se dirigía a él en latín. Era lo que hacía cada vez que cruzaba el muro. De esta manera todos creyeron que era un auxiliar celtíbero.

Nadie le molestó.

2

Tanto el campamento de Escipión como el de Máximo tenían delante de la entrada una amplia barrera de piedra, un tutulus, para evitar una entrada en masa de enemigos.

Aquel campamento principal había crecido mucho durante el invierno. Ya era una pequeña ciudad con los establos repletos de animales, y los almacenes de ánforas con vino y grano. Durante el asedio se habían consumido ingentes cantidades de carne y cebada. Eso había generado un comercio importante con los pueblos adyacentes y se notaba.

Idris pasó junto al altar: había trazas de sangre de los animales sacrificados a los dioses romanos. Prácticamente todas las barracas

estaban desiertas. En el pretorio solo quedaron vigilando el lugar un puñado de legionarios. Idris entró y ni se inmutó cuando dos canosos príncipes le salieron al paso en el vestíbulo.

—Escipión me envía a anunciar la victoria —dijo con aplomo—. Fabio Máximo y él marcharán sobre Numancia hoy mismo. Me pide que lleve a la mujer. Los dos quieren que asista a su entrada en la ciudad.

—A nosotros no nos ha dado órdenes nadie.

—Las órdenes las traigo yo. Soy Idris, el hispano.

—Sé quién eres… Eres el espía. —Uno de los hombres se volvió hacia su compañero—. Es un hombre de confianza de Fabio Máximo.

Los veteranos se apartaron para permitir su entrada. Un tercer legionario que acababa de aparecer siguió a Idris por el interior hasta uno de los cubículos que daba al atrio.

La hija de Ávaros estaba tumbada en el lecho, hecha un mar de lágrimas. Aunia tenía todavía grandes dolores. Se apretaba el vientre con las manos. El cirujano del campamento la había atendido durante la sangría de la víspera, pero no había podido salvar la vida del niño, que aún estaba encima del jergón, a su lado, envuelto en unas telas ensangrentadas. Era la consecuencia de la última visita de Máximo.

—¡Levántate, esclava, y sígueme! ¡Escipión demanda tu presencia! —exclamó Idris en latín con gran dureza. Sus ojos no obstante hablaban otro lenguaje.

La incredulidad y la sorpresa estuvieron a punto de traicionar a Aunia. Habría querido abrazarse a él como si la vida le fuese en ello. Con una mirada al legionario que seguía a Idris, consiguió controlarse.

—¡Vamos, esclava!

Aunia hizo amago de coger su hijo muerto. Idris indicó que no con la cabeza. Luego tiró de su brazo. La empujó fuera del cubículo.

Aunia miró hacia las telas ensangrentadas sobre el jergón con lágrimas en los ojos.

—¡He dicho que vamos!

Al ver que el legionario protestaba, Idris se preparó para sacar el puñal. Pero el hombre dio media vuelta. Salió al atrio a comentar la situación con otros veteranos de la guardia de Escipión. Todos eran hombres venidos de Roma con el cónsul y no acababan de decidirse sobre lo que hacer.

Idris cruzó el atrio arrastrando a Aunia por un brazo.

—Esta mujer no puede andar. Voy a necesitar que me busquéis una mula para llevarla adonde espera Escipión —ordenó.

Los veteranos dudaron.

Finalmente, el asentimiento de aquel que tenía mayor autoridad convenció a los otros de que debían obedecer.

3

—Hemos fracasado —murmuró Leukón, pugnando cada vez más por respirar.

Al jefe de Numancia se le nublaban paulatinamente los ojos. Su expresión se crispaba. El dolor volvía a hacerse punzante. La herida tenía tan mal aspecto que Olónico lo primero que hizo nada más encararse con los numantinos que esperaban en el patio fue negar con la cabeza.

Los llantos no cesaban en la casa de Leukón, donde el jefe se debatía entre la vida y la muerte.

A Retógenes le irritaban los gemidos de las mujeres. Pero sabía que no podía acallarlas. Eran muchos los hombres caídos en la batalla cuyos cuerpos no se habían recuperado. Lo peor era que los

romanos quemarían unos cadáveres que ya no podrían entregarse a los buitres.

Numancia entera estaba de luto. Los plañidos de las mujeres inundaban las calles. Quien no había perdido a un marido o un hijo había perdido a un hermano.

En un momento en que Leukón recobró la conciencia, agarró a su hijo por el brazo y quiso hablar.

—Padre, no te esfuerces… —dijo Retógenes.

—¡Calla! Voy a adentrarme en lo desconocido. Antes de irme quiero que sepas… que has sido siempre un buen hijo… Tienes que recuperar los cuerpos de los muertos… Que los romanos no los quemen…

—Lo intentaré, padre…

—¿Dónde está Idris?

—Desapareció durante la batalla… Es posible que haya muerto.

—Mejor… De aquí en adelante debes tomar el mando de la ciudad… ¡Y deja de sollozar! Todo está perdido. Pero aún queda mucho por hacer… Las mujeres no pueden caer en manos de los romanos. Y la ciudad…. Todos sabemos lo que hizo con Cartago. Si Numancia debe desaparecer, que seas tú el que la destruya. No dejes nada a los invasores. Arrasa la ciudad, hijo, antes de que lo haga el cónsul…

En el otro extremo de la estancia, Stena, rodeada por las mujeres, emitió un quejido. Solo oírlo rompía el corazón. La muerte era omnipresente no solo en aquella casa, sino en toda Numancia, donde las mujeres que lloraban a los muertos se preparaban para lo que sabían que iba a llegar.

Al cabo se oyó en el banco un estertor prolongado.

Las que rodeaban a Stena alzaron la voz. Empezaron a alternar los cantos fúnebres con los lamentos. Todos rogaban a Lugh que acogiese a Leukón, tan gran guerrero en vida, cuya alma pronto

surcaría los mares para encontrarse con él.

Por fin, los notables que esperaban fuera entraron en la casa, justo cuando Stena se ponía en pie, se recomponía y cruzaba la habitación ante la mirada de todos.

Retógenes ni se había dado cuenta.

Cuando el hijo de Leukón se volvió, con lágrimas todavía en los ojos, se encontró con Stena arrodillada delante de él. La mujer de Leukón apoyaba la frente contra el suelo. Los demás imitaron el gesto y le hicieron una genuflexión tres veces, tal como mandaba la tradición.

—¡Jefe! ¡Jefe! ¡Jefe!

4

Esa misma tarde, los numantinos sacaron el cadáver de Leukón en angarillas. Les siguieron carros empujados por guerreros donde habían colocado los cuerpos de los notables caídos en el asalto que se pudieron recuperar en la retirada, y también los agudos e incesantes lamentos de las mujeres.

Los ojos del nuevo jefe, Retógenes, otra vez se llenaban de lágrimas.

El solemne cortejo bajó por la ladera. Llegó hasta las grandes piedras rituales donde se depositaba tradicionalmente a los guerreros, no lejos de la necrópolis.

Los cánticos funerarios llenaban el aire. Los devotos que cargaban con su cuerpo depositaron a Leukón sobre la piedra principal. Colocaron su casco y su espada a un lado, doblaron sus jabalinas, su placa pectoral y le desnudaron el pecho para que Olónico hiciese las yagas rituales.

—Aquí yacerás, glorioso jefe de los numantinos, hasta que los

buitres liberen tu alma ¡Y que Lugh te acoja en su reino de ultramar y goces cazando en sus praderas!

Los hombres del clan se golpearon el pecho. Los buitres planeaban en círculos cada vez más bajos en espera de que la gente desapareciese.

Stena aún mantenía la calma delante del cuerpo de su marido. Le arrimó al brazo derecho la espada envainada. El rostro sereno mostraba las marcas de la batalla incluso en su ancha frente.

—Aquí yace un guerrero que dedicó su vida a pelear contra Roma y arrancó al invasor victorias que parecían imposibles. Hoy los cobardes que no se atrevieron a enfrentarse a él en el campo de batalla han logrado matar su cuerpo, pero no su alma. Muriendo, vivimos… —dijo. Y posó una última mirada en el rostro de Leukón —. Pronto estaremos también contigo.

—Padre —Retógenes elevó la vista del puñal envainado que el sacerdote le entregaba simbólicamente—, no deshonraremos tu memoria. Te juramos, aquí, que lo sucedido no será en vano. Ahora, dejemos que los buitres sagrados liberen su alma.

Resultaba conmovedor verle alzar el puñal. Los hombres empezaron a golpear sus escudos con las espadas con un ritmo acelerado.

—¡Jefe! ¡Jefe! ¡Jefe!

5

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde está la arévaca?

Siguiendo órdenes de sus superiores, los romanos habían quemado a los caídos en combate. Una gran pira se construyó con madera de encina en un terreno baldío lo suficientemente alejado de los dos campamentos vecinos. Una vez hecho, Cayo Mario, que había prendido fuego a la pira, regresó a caballo al campamento de

Escipión donde los veteranos que hacían guardia en el pretorio le contaron lo sucedido.

—El hispano dijo que venía por orden del cónsul… —Ya empezaban a verse los negros nubarrones que ascendían de la pira funeraria.

Cayo Mario ni siquiera se preocupó de abroncar a los veteranos.

—¡Encontradme a alguien que los haya visto salir!

Enseguida los hombres que hacían guardia en una de las torres de vigilancia confirmaron que el espía y la mujer se habían ido por el camino de Uxama. Cayo Mario envió a dos ecuestres a caballo en su persecución. Cuando regresaron a las pocas horas dijeron que no habían encontrado rastro de los fugitivos.

—¡¿Cómo?!

Cuando lo supo Fabio Máximo, la osadía de Idris le enfureció. No era solo que se hubiese llevado a la mujer con la que estaba encaprichado. Lo que le ponía fuera de sí era su propio error de juicio. Él había confiado en el hispano. A lo largo de los años incluso llegó a sentir afecto por él. Y el miserable le correspondía con aquella burla.

Era la primera vez que muchos le veían tan fuera de sí.

—Ese hombre te lo dejó claro cuando vino a verte. Está enamorado de ella —dijo Yugurta.

La proximidad de la pira hacía que en el aire empezara a notarse el olor de la carne humana chamuscada. Los jóvenes respiraban por la boca para evitar las arcadas. Los veteranos estaban acostumbrados. A Yugurta le costaba soportarlo, pero Fabio Máximo ni lo notaba. Andaba cada vez más iracundo.

—Por eso se la negué. Sabía que haría cualquier cosa que yo le pidiera para conseguirla. Pero no pensé que se atrevería a esto. Y no mires hacia ese humo de la pira, ¡mira ese otro humo negro que empieza a surgir de la ciudad! Esto ha terminado, Yugurta. Reúne a tus hombres. Y tú, Cayo Mario, vete a buscar a Escipión. Dile que esperamos sus órdenes. Pero antes di a los hombres que se preparen

todos a cruzar el muro. Hay que impedir que estos bárbaros destruyan Numancia.

—¿No era esto a lo que los estábamos empujando? —preguntó Yugurta.

—Lo suyo era verlos arrodillados ante Roma, nada más.

—Entonces el cónsul debió haber aceptado la rendición que le ofrecían.

—¡Era demasiado pronto! Había que romper su orgullo. Pero ahora ya no importa —exclamó Fabio Máximo, conteniendo a duras penas su ira—. Prepara tus ejércitos. Hoy dormiremos en Numancia.

Las órdenes circularon.

Pronto millares de legionarios proveniente de todos los campamentos se fueron concentrando ante el muro. Los centuriones organizaron las formaciones bajo un sol que bajaba cada vez más a medida que la tarde avanzaba.

6

—¡Venid aquí!

Stena hizo señas a las jóvenes numantinas reunidas en la plaza no lejos de la casa de Leukón. La expresión de las muchachas era temerosa. Todas habían sufrido durante meses los mordiscos del hambre. Todas sabían que el momento tan temido llegaba. Solo Kara se resistió cuando los guerreros fueron a buscarla.

—¡Yo no quiero ir!

Ella aún se encaraba con los hombres que las habían sacado a todas de sus casas. Mirándola con desprecio, Stena dio un par de pasos. Quiso agarrarla por el pelo. Kara una vez más consiguió liberarse.

—¿Adónde vas, malnacida? —exclamó Stena.

Kara estaba a punto de salir corriendo cuando apareció a su espalda Retógenes, el nuevo jefe, y la agarró bruscamente por el brazo.

Pese a sus gritos, Retógenes la arrastró hasta la casa. Allí estaban también metidas las hijas de Stena y las hermanas de Aunia, las hijas pequeñas de Ávaros. Retógenes cerró la puerta. Dentro quedaban una veintena de jóvenes y un puñado de devotos de la familia.

—¿Cómo lo hacemos, madre?

—Primero, las mayores… Que sea rápido.

Kara, Ama y otras dos jóvenes chillaron. Corrieron hacia la puerta. Lubo y los demás hombres las retuvieron. Luego miraron a Retógenes. A un gesto suyo, empuñaron sus puñales. Les seccionaron la yugular. Las muchachas no pudieron hacer nada.

La sangre brotó a borbotones sobre las demás chicas que, ya sin escapatoria, se arrodillaron delante de Stena. La esposa del jefe caído acarició los cabellos de sus hijas. Las dos lloraban. Las dos se abrazaban a ella.

—No nos hagas daño, madre…

—Niñas de mi vida, no tengáis miedo. Pronto nos encontraremos todos juntos en la morada de Lugh. Nos espera la eternidad a su lado. Con él no os faltará de nada. No volveréis a sufrir el hambre… No dejaré que caigáis en manos de los romanos…

Stena cogió un largo cuchillo de caza. Las degolló allí mismo como si fueran corderitos. Retógenes y Lubo colocaron en el centro de la habitación sus cuerpos y rebuscaron en las estancias. Fuera se oían gritos que se mezclaban con los cánticos de quienes se daban así ánimos. No lejos empezaban a arder algunas casas con sus habitantes encerrados dentro.

—Es la voluntad de Lugh —dijo Retógenes con voz ronca. No le quedaban lágrimas por verter.

La sangre de las mujeres empapaba el suelo, las ropas de los hombres, las paredes. Su olor acre llenaba el aire. Atentos únicamente a lo suyo, Retógenes y Lubo apilaban alrededor de los cadáveres las pieles, las túnicas y los sagos reservados para el invierno que fueron encontrando, junto con todos los objetos que pudiesen tener algún valor.

Retógenes cogió la antorcha que le traía Lubo. Miró la muñeca tallada en madera que su hermana más pequeña, la que más había querido, agarraba aún entre sus manos.

En las mejillas de la niña se veían todavía los surcos de sus lágrimas.

7

—¡Si quieres vivir, tenemos que irnos, Aunia! ¡No podemos quedarnos!

Cada vez más lejos del muro y en la otra orilla del Duero, por uno de los senderos menos transitados, Idris arrastraba a Aunia a lomos de la mula. Ella seguía muy débil. Durante todo el trayecto había sollozado o gemido suavemente de manera incesante. Mientras tomaban un sendero que se alejaban de Numancia vieron a lo lejos cómo se elevaba de las primeras casas un humo que se iba haciendo cada vez más denso.

—Numancia está ardiendo —exclamó, otra vez con lágrimas. Habían abandonado el sendero principal. Avanzaban entre una zona de robles. De pronto detuvo su montura—. No puedo más, Idris.

—¡Hay que seguir, Aunia!

Idris solo sabía eso. Tenía que salvar a Aunia. Lo demás lo apartaba de su mente. Lo que no pudo ser en su día ahora era una realidad. La huida que no consumaron siendo jóvenes la estaban llevando a cabo en estos momentos.

Pero las circunstancias habían cambiado.

—¿Dónde quieres que vayamos? Ahora también eres un traidor para los romanos. Te buscarán. Y cuando te encuentren, ¿qué será de mí? —gimió la mujer. De repente la ganaba el miedo. Se habían parado en lo alto de una pendiente.

—¡No nos encontrarán! Sé esconderme. Máximo volverá a Roma y todo se olvidará. Iremos a Gades… A cualquier sitio que no nos recuerde a esta ciudad maldita.

—No. Esta ciudad maldita es la de nuestros padres. Y de los padres de nuestros padres… Huye tú… Haz lo que siempre has hecho… Yo no puedo.

Desde donde estaban se divisaba el muro de los romanos. En la explanada que lo precedía las cohortes formaban bajo la mirada de un grupo de oficiales a caballo. Idris creyó distinguir a Escipión, Fabio Máximo, Yugurta y Cayo Mario.

—No podemos dejarlos e irnos. No ahora. No en este momento — Aunia volvió la cabeza hacia donde, más allá, Numancia empezaba a arder en llamas—. Vete tú… Este es mi hogar… Yo no puedo irme.

Idris también volvió la vista hacia la ciudad. Por un momento estuvo tentado de dejar allí a aquella mujer y continuar solo. A fin de cuentas, ¿no había sido siempre así? ¿No eran aquellas gentes las que le habían rechazado desde el día mismo de su nacimiento?

Por fin dijo:

—Si tú no vas, yo tampoco me iré… No te dejaré sola.

Y es que en los grandes momentos a los dioses les gusta hacer creer a los meros mortales que llegados a cierto punto pueden decidir su destino.

Mori est felicis antequam morem invoces.

Arde Numancia

… este hecho les resultó tan intolerable que muchos se quitaron la vida ellos mismos, pues aquel pueblo indómito estaba convencido de que la vida sin armas no es tal.

TITO LIVIO, Anales

1

—¡Deteneos!

Por encima de las murallas de Numancia, el humo se espesaba.

Los legionarios que llegaban por el ancho sendero que atravesaba el encinar hasta la puerta misma de la ciudad observaban la escena con cierta inquietud supersticiosa. Todos sabían que la guerra había concluido. Su sensación era de alivio, pese a que se daban cuenta de lo que significaban los alaridos que de vez en cuando les llegaban del interior de la ciudad.

Las llamas no cesaban de elevarse al cielo.

—Así se ha abierto siempre paso la civilización —dijo Polibio.

—Y así se abrirá paso siempre —apuntó Escipión.

Yugurta, a su lado, callaba. Mussa también.

Fabio Máximo, desde lo alto de su caballo, alzó la cabeza y contempló las murallas de la ciudad rebelde.

—¡Legionarios! ¡Amigos y aliados de Roma! ¡Lo que tenéis ante vuestros ojos no es sino la consecuencia de la rebeldía! ¡Numancia será símbolo, de aquí en adelante, de la inutilidad de la resistencia frente a Roma!

Los legionarios golpearon lanzas y espadas contra sus escudos.

—¡Roma! ¡Roma!

—Ahora os va a hablar vuestro general.

Escipión levantó la cabeza. Sin descender de su montura baya se encaró con las tropas.

—¡Romanos! Hoy es un día histórico. Hoy hemos puesto fin a una guerra de más de veinte años con estas gentes belicosas y bárbaras que tantas molestias han ocasionado a nuestras legiones. Ahora quiero que entréis en la ciudad y que a todo aquel que se resista lo paséis por las armas. Pero salvad al que no resista. Quiero que apaguéis los fuegos y hagáis cuantos más prisioneros mejor. Mostraos clementes con quienes entreguen las armas. Y quedaos con las mujeres, porque son vuestras.

Todos prorrumpieron en vítores.

2

Retógenes prendió fuego a los enseres apilados alrededor de los cadáveres. Cuando las llamas tomaron fuerza se encaró, en medio de una casa que había sido también la suya, con Stena. La mujer, arrodillada, ofrecía el cuello.

—Quiero que lo hagas tú, hijo.

Retógenes cerró los ojos. Respiró con fuerza. Era necesario, pensó.

Haciendo acopio de valor agarró con ambas manos su espada. Fue un golpe seco, violento. La cabeza de la madre se desgajó del resto del cuerpo. Cayó al suelo. El cuerpo decapitado se derrumbó. La sangre volvió a empapar la tierra pisada.

A Retógenes las lágrimas le nublaban otra vez la vista.

Lubo, que seguía a su lado, hincó en el suelo ambas rodillas. El aedo agarró las manos de Retógenes que se cerraban en torno a la empuñadura de la espada. Lubo guio la punta del hierro hasta el propio pecho.

El hierro se hundió en la carne.

Retógenes vio el espasmo de dolor en la cara de su amante. La vida pronto dejó de luchar y sacó la espada.

El cuerpo de Lubo cayó hacia un lado.

—De modo que esto era todo, Lubo…Tanto agitarse y sufrir para acabar así. Espero de veras volver a verte junto a Lugh y que todo no haya sido en vano… La muerte es solo la mitad del camino.

El fuego ahora lamía las paredes, prendía en la techumbre de la casa. El olor de la muerte llenaba las fosas nasales. La humareda se metía en los pulmones. Aquello era peor que un campo de batalla.

Tras limpiarse los ojos y contemplar por última vez a su madre y a su amante, Retógenes posó la mirada vacía a su alrededor. Volvió a levantar la espada con la punta hacia su pecho.

Entonces vio aparecer una silueta conocida en el vano de la puerta.

—¡Tú! ¡Vosotros! ¿Qué hacéis aquí?

Idris sujetaba a Aunia. Los dos contemplaban horrorizados la cabeza de Stena, vuelta hacia ellos. A su lado yacía el cuerpo decapitado. Había sangre incluso sobre la pila de objetos, coronada por las muñecas de las hijas de Stena, que seguía ardiendo.

El cadáver de Kara yacía junto a los de las hermanas pequeñas de Retógenes. Los cuerpos de las demás jóvenes empezaban a ser

lamidos por las llamas.

Olvidándose de los recién llegados, Retógenes miró la cabeza de su madre. Le dio la vuelta. Le cerró los ojos con ternura. Le colocó el cabello. Por último alzó su espada mirándolos a ellos con una última sonrisa en el rostro.

—Nuestro destino se ha cumplido. Así mueren los numantinos. ¡Que Lugh nos perdone a todos!

El hijo de Stena volvió a alzar su espada.

Aunia lanzó un nuevo gemido. Idris tiró de ella para sacarla de la casa pero no pudo.

Ya era demasiado tarde para sustraerse a la tragedia. Ahora formaban parte de ella.

3

—Nunca debiste volver, Idris. Ahora, míranos… Mira lo que los dioses nos han hecho…

—Al menos estamos juntos…

Idris se sentó a su lado en el banco corrido. Los dos se abrazaron. Fue como la presa de un embalse después de la tormenta. El deseo asomó en los ojos de Idris. Apretó a Aunia contra su pecho. Otra vez revivía sensaciones de antaño. Juntó sus labios a los de ella. Pero Aunia se separó bruscamente.

—Eso no, Idris…

Aunia no apartaba la mirada del cuerpo de Retógenes. Tenía la espada ensangrentada cerca de su mano. Tras los espasmos por fin había quedado quieto. Los ojos abiertos de par en par seguían fijos en la cabeza de su madre, a su lado. Los objetos amontonados junto a los cuerpos de las muchachas ardían.

—¿No te das cuenta de que mi deber es reunirme con él? ¿Tan poco respeto tienes a las tradiciones? Si no lo hago ahora, nunca encontraré el camino para entrar en el reino de Lugh… Necesito volver a ver a mis padres, a mis hermanas… ¿Tú no?

Idris la abrazó entre lágrimas.

Los besos que se daban eran desesperados. Se acariciaron sin saber qué hacer cada uno con el cuerpo del otro.

4

No se sabía si Aunia tosía o lloraba. De repente, dándose cuenta de que el sexo de Idris se endurecía, se separó otra vez. Miró hacia la pira donde estaban los cuerpos de Kara, sus hermanas, el resto de las muchachas. El fuego vestía los cadáveres, que se retorcían lentamente bajo las llamas. El olor a carne quemada inundaba todo. No iban a poder aguantar mucho más.

—¡Mátame! Si no lo haces, los romanos me cogerán. Máximo me tomará como esclava. Me preñará después de haberme hecho perder el hijo que tú y yo concebimos… No quiero volver a someterme a un romano ni llevar en mi vientre el fruto de Roma. Esa vida no merece ser vivida. Esta será nuestra venganza. Terminemos con ello. Sabes lo que tienes que hacer!

—No puedo…

—¡Hazlo, Idris! ¡Hazlo, si eres un hombre! ¡Hazlo por el honor de Numancia y por el nuestro! ¡Por tus dioses! ¡Por Lugh y por las Matres! ¡Por nuestro tejo sagrado! ¡Se lo debes a tu gente! ¡Me lo debes a mí!

Idris dudaba. Aunia le dirigió una mirada de desprecio y se dirigió hacia donde yacía el cuerpo de Retógenes. Viendo que se agachaba a coger el puñal que tenía sujeto a su cintura, Idris cogió su propio puñal y se abalanzó tras ella.

Los gritos ahogados de Aunia todavía resonaban en sus oídos mientras, sujetándola contra su pecho, empezó a buscar su corazón con la punta afilada.

—Has hecho lo que debías…, Idris.

Cuando dejó de estremecerse, Idris la posó en el suelo. Soltó el puñal. Se irguió y agarró con manos temblorosas su propia espada. La levantó en el aire. Con el cuerpo de su amada a su lado, el filo ya penetraba en su piel cuando oyó una voz:

—¡Detenedle!

Varios legionarios aparecieron detrás de él a la entrada de la casa.

—¡Soltadme! —gritó el enloquecido hispano. Cuatro pares de manos le retuvieron—. ¡Soltadme, os digo!

Hicieron falta el doble de hombres para arrastrarlo fuera de la casa en llamas y, ya en el exterior, le encadenaron de pies y manos.

5

Fabio Máximo y Yugurta detuvieron sus caballos en mitad de la plaza. A su alrededor todo era destrucción y sangre. Los pocos prisioneros que habían podido capturar permanecían arrodillados y encadenados, custodiados por legionarios.

Máximo lo reconoció enseguida con sorpresa.

—O sea, que estabas aquí, hispano. Has vuelto a tu Numancia —dijo con sorna—. ¿Crees que merecía la pena traicionar a Roma para esto? No intentes liberarte de esas cadenas. Las llevarás hasta llegar al Campo de Marte. Has traicionado la confianza que un día puse en ti. Era previsible: una vez traidor, traidor para siempre. Los tuyos han quemado todo. Apenas quedan mujeres ni botín alguno. Los hombres están decepcionados. Así que ahora con más razón aún

no dejaremos piedra sobre piedra de tu ciudad. Ya no tiene ningún valor para nosotros.

Pero Idris ni siquiera oía lo que le decían.

Desdeñoso, Máximo meneó la cabeza. Continuó:

—Tanta resistencia, tanta sangre y tanto dolor, ¿para qué? Si acaso para engrandecer nuestra determinación en la conquista. Ahora necesitamos que vivas para que nos acompañes a Roma. Hay que escenificar la victoria. Tú nos ayudarás, hispano. Se te encadenará. Como hijo del jefe de los vencidos, marcharás delante de mí y de mi hermano, Escipión el Numantino.

Idris seguía sin poder ver a través de las lágrimas. Los fuegos de las casas se iban apagando poco a poco. Las hogueras seguían despidiendo un humo espeso que teñía de gris el cielo. Hasta la muralla de adobe había prendido en ciertos tramos.

Algunos romanos empezaban a echar agua del aljibe sobre las llamas que aún no habían consumido por completo las casas, por si dentro se salvaba algún botín, o las apagaban con ramas. Pero muchos daban todo por perdido y preferían observar y esperar a que el fuego cesara.

—¿Sabes lo que más gracia me hace, hispano? Que el único numantino que va a quedar, al final, en la ciudad, es el que la ha vendido.

La risa acompañó a Fabio Máximo mientras Yugurta y él se alejaban.

—¡Lleváoslo! —ordenó al centurión más cercano—. ¡Apilad los cadáveres de los numantinos que aún quedan en la plaza! ¡Quemadlos y después, como ha ordenado el cónsul, arrasad la ciudad! ¡Que no quede piedra sobre piedra!

Morborum medicus omnium mors ultimus.

EPÍLOGO

Aquella ciudad sometida por tan gran general no dejó ni la más pequeña cosa que pudiera servir de pláceme al enemigo.

Ni uno solo de los numantinos fue hecho prisionero. Ni un solo despojo se logró, pues aquellos quemaron hasta las armas.

Roma triunfó solo en el nombre…

LUCIO ANNEO FLORO, Compendio de las hazañas romanas

Entonces se me apareció Africano con la apariencia que me resultaba más familiar por su efigie que por haberlo visto en persona. Nada más reconocerlo me estremecí. Pero él me dijo: «Ten valor, Escipión, no temas e imprime en tu memoria cuanto voy a decirte. ¿Ves esa ciudad (mostrábame Cartago desde un lugar altísimo, plagado de estrellas, luminoso y resplandeciente), obligada por mí a obedecer al pueblo romano, que reemprende pasadas guerras y no es capaz de estar en paz, y hasta la cual vienes tú, apenas un soldado, para asediarla? Dentro de dos años la aniquilarás como cónsul, y te habrás ganado por ti mismo el sobrenombre que ahora tienes heredado de mí. Una vez que hayas destruido Cartago, celebrado el triunfo, y hasta sido censor y enviado como embajador a Egipto, a Siria, a Asia y a Grecia, serás nombrado, estando ausente, cónsul por segunda vez, y pondrás término a una guerra muy importante: destruirás Numancia. Pero cuando en el carro triunfal vayas camino del Capitolio, te tropezarás con un estado convulso a causa de los proyectos de mi nieto…

CICERÓN, El sueño de Escipión

1

El viaje de regreso hacia la costa fue muy diferente al de ida.

Si entonces Escipión Emiliano tenía como prioridad mantener alto el nivel de disciplina y se mostraba empeñado en que los legionarios anduviesen más cargados que las propias acémilas; a la vuelta, ya con la victoria en la mano y después de repartir generosamente las tierras de la arrasada Numancia entre los auxiliares celtíberos, su actitud era más tranquila.

La vida en los campamentos reflejaba ese estado de ánimo.

Durante el primer tramo del viaje, camino de la cuenca del Ebro, el victorioso cónsul ocupó su tiempo libre en narrar los sucesos acaecidos durante la campaña a sus conocidos en cartas destinadas a calentar el ambiente en su favor antes de su llegada a Roma y que en algunos casos leía a Polibio.

—Esta también es para Nasica Escipión. Aquí le digo: «Nasica. Hace ya semanas que no te escribo. Es normal que te hayas preguntado qué ha sido de mí durante este tiempo. Cuando recibas esta carta, primo, ya sabrás que estoy vivo y que he vencido a los numantinos. Pero te interesará saber cómo ha sido el final…».

—Eso quieren saber todos —apuntó Polibio.

—«… Durante meses, los bárbaros de esas tierras altas resistieron a nuestras valientes legiones mientras construíamos penosamente el muro. Esta ciudad ha hecho frente y vencido a los mejores generales de nuestra patria. Por eso tomé todas las precauciones y detrás de nuestro muro pude comprobar semana tras semanas cómo se iban degradando aquellos salvajes que al principio salían con ferocidad a buscarnos en combate y que al final nos rogaban, llanamente, que les diésemos muerte. Pero yo mantuve el cerco. Hasta que por fin la ciudad cayó en nuestras manos como la fruta madura. No hubo ni que librar batalla. Los bárbaros prefirieron inmolarse colectivamente antes que rendirse a nosotros. Todos murieron».

—Está bien, aunque no es del todo exacto. Me permitirás que cuando yo narre lo sucedido en mi Historia me ciña en todo momento a los hechos. Llevamos cincuenta prisioneros. Entre ellos, al hijo del jefe, el legendario Leukón.

—Tú lo contarás como quieras porque eres griego, pero un cónsul romano se debe a su gloria. Es importante enaltecer las victorias.

Como los hombres sabían que al terminar el viaje los licenciarían, las costumbres no dejaban de relajarse. Las meretrices que Escipión había expulsado a su llegada iban creciendo en número según pasaban por cada nueva población. Lo mismo ocurría con los comerciantes de todo tipo que acompañaban habitualmente a los ejércitos romanos.

—No importa —dijo Escipión—. Se lo han ganado. La guerra acabó.

El Ebro los recibió con una crecida notable. Al alcanzar aquella tierra ya colonizada y pacificada por Roma todos disfrutaron a orillas del río.

A partir de ese punto las legiones de Escipión el Numantino avanzaban a paso de tortuga en un clima de relajamiento.

Habían cumplido con su objetivo.

2

Una noche, antes de llegar a Tarraco, Escipión hizo llevar a su tienda de campaña a Idris. Dejó a un lado la jarra de vino, tomó un paño de lino y se limpió delicadamente la boca.

—Hasta aquí has viajado encadenado como un esclavo, hispano. Todavía no he oído el sonido de tu voz. Me han informado de que has intentado quitarte la vida en varias ocasiones. Por eso mis legionarios te han vigilado y cada vez que te liberan las manos se guardan de dejar a tu alcance nada que pueda servirte para hacerlo.

Su mano extendida levantó el mentón del esclavo. Nada más emprender el camino, a Idris le habían puesto un collarín de hierro que marcaba su condición, al igual que al resto de los supervivientes de Numancia. Durante todo aquel tiempo, sus guardianes tenían orden de forzarle a comer. El silencio era la condición natural del prisionero. Nadie parecía extrañado de que no abriese la boca.

—Entiendo tu desesperación, tu vergüenza. Sé que has perdido los vínculos con tu tierra, con tu gente, pero no debes ver eso como un impedimento. Toma en ello ejemplo de los romanos. A diferencia de otras naciones, Roma nunca ha tenido inconveniente en hacer suyo lo bueno que encuentra en los pueblos conquistados, incluso las personas. Piensa que en la Urbe nunca decimos que un ciudadano tiene un hijo, decimos que lo toma. Un padre tiene la prerrogativa de levantarlo del suelo donde lo deposita la partera y adoptarlo si lo desea. Pero si no lo hace, el niño sencillamente se expone a la puerta del domicilio o en un lugar público para que lo recoja quienquiera lo estime pertinente. Y por supuesto está el caso de un hombre que por cualquier causa no tiene heredero. Ese puede escoger al hijo de otro y de común acuerdo con el padre biológico hacerlo hijo suyo con todos los derechos y deberes de uno legítimo. Es lo que hizo Publio Cornelio Escipión, hijo de Escipión el Africano, conmigo.

Idris callaba. El silencio se había convertido en su segunda piel. Miraba pero no veía. Oía pero no escuchaba. Estaba pero no estaba. La vida para él era un género de muerte.

—He aquí mi oferta, hispano. Tu pueblo y tu mundo no existen. Tu lengua y la de los tuyos no tardará en desaparecer, igual que vuestras costumbres. Pero tú puedes prosperar. Te he venido observando. Mi hermano me ha informado sobre ti. Sé que eres un hombre intrépido. Has prestado valiosos servicios a Roma. Y cuentas con la ventaja de dominar el latín y conocer el ejército romano. Pues bien. Hoy te liberaré de tus cadenas. Te daré el puñal que te arrebatamos en tu día. Después saldré de esta tienda y tú puedes hacer dos cosas. Tomar tu vida si es lo que deseas. O bien embarcarte en una nueva existencia, permitir que te tome en adopción. Y si es así, de ahora en adelante te llamarás Sixto y

pertenecerás a la gens Cornelia, la más poderosa de Roma. Sí, has oído bien, hispano. Te ofrezco tomarte como hijo. De modo que tú decides. Tu vida puede acabar aquí o puedes iniciar una nueva existencia con los medios y el prestigio que te otorgará pertenecer a mi familia.

Escipión abrió el candado de las cadenas que lo aprisionaban. Le quitó el collarín cuya leyenda rezaba: «Este hombre es esclavo de Escipión». Sin añadir nada más dejó sobre la mesa el puñal y desapareció por la apertura de la tienda. Idris le vio salir y oyó voces en el exterior.

—Veo que has decidido jugar a los dioses. ¿Crees que aceptará? —preguntó Polibio.

El griego esperaba bajo la suave llovizna que empezaba a caer. Estaban cada vez más cerca de Tarraco. El clima, al aproximarse a la costa, se suavizaba, aunque el otoño estaba avanzado y no embarcarían, estaba decidido, hasta la primavera.

—No lo sé, Polibio. Pero ha tenido tiempo de hacer su duelo. Quiero comprobar hasta dónde puede llegar un hombre. Y desde luego, en Roma en estos tiempos me vendrá bien tener un ahijado.

Momentos después una mano apartó la tela de la tienda.

Idris apareció ante los dos hombres. Polibio lo miró con un interés renovado.

—¡Me alegro de ver que eres sensato, Sixto! —exclamó Escipión—. De ahora en adelante te considero mi hijo. Lo formalizaremos en cuanto lleguemos a Roma. Ahora ven. Vamos a beber juntos para festejarlo. Ven también, Polibio, pues a partir de ahora serás el preceptor de mi hijo como antes fuiste el mío. ¡Vamos al triclinio, por Minerva!

3

Durante el viaje de regreso, Fabio Máximo y Yugurta se habían vuelto inseparables. Los dos mantenían una relación cada vez más estrecha. Máximo era quien más sufría con la idea del regreso porque intuía que en Roma volvería a vivir ensombrecido por los éxitos de su hermano.

—Conozco demasiado la Urbe, Yugurta. Allí quien triunfa es quien conquista mandos y honores con astucias y desafueros. Hazme caso. Roma está podrida. En Roma todo se vende. Aprende porque no es seguro que el Senado sea siempre tu aliado.

Eso le transmitía al joven príncipe.

Y no era la única mala influencia. También Mussa, que por fin tomaba partido, encendía su ambición tratando de convencerle de que cuando su tío, el rey Micipsa, muriese él debía ser el único rey de Numidia.

—¿Quién reúne mayores méritos para ello?

A lo mejor fue por eso por lo que, cuando Escipión tomo la decisión de licenciar al conjunto de las tropas auxiliares, después de obsequiar y alabar generosamente a Yugurta delante del ejército en una explanada, se lo llevó a su tienda. Allí le aconsejó cultivar la amistad del pueblo romano más por conductos oficiales que utilizando la influencia de amigos particulares.

—No busques ganártelos con regalos. Sé lo que te cuentan algunos, pero no debes seguir sus consejos. No escojas el camino que parece más fácil. Yo sé que has entendido que el arte de la guerra se basa en el engaño. Pero en la vida no todo es como en la guerra y, al igual que en la batalla, la distancia más corta entre dos puntos no siempre es la línea recta. No olvides que es peligroso comprar a unos pocos lo que es de muchos.

»Si quieres continuar por el buen camino, la gloria y el reino de tu tío te llegarán de modo natural por tus muchos méritos. Pero si te obcecas en ir deprisa y tomar atajos caerás en la ruina por culpa de tu propia ambición. Piensa que hay cosas que el dinero no compra. Aprende de mi trayectoria. Procura apartar a ese Mussa intrigante de tu lado. Y ahora te despediré con una carta para tu tío. Aquí la

tienes. Léela aquí en voz alta antes de separarnos.

El númida extendió el rollo. Empezó a leer.

—«El valor y las cualidades de mando demostradas por tu querido Yugurta en la guerra numantina han sido excepcionales. Se ha ganado mi afecto por sus propios méritos y pondré todo mi empeño en que sea igualmente estimado por el Senado y el pueblo romano. A ti te felicito también en nombre de nuestra amistad. Tienes ya un hombre digno de ti y de tu padre, el rey Masimisa…».

—Eso dice la carta que llevas al rey Micipsa. Tu tío tomará nota de la gran estima en que te tiene Roma. Y tendrá que tenerlo en cuenta a la hora de hacer su testamento y nombrar a sus sucesores. Es lo más que puedo darte.

Al día siguiente, Yugurta y Mussa partieron al frente de su caballería tras una fastuosa ceremonia de despedida que resultó emotiva para todos salvo para Idris. El hispano no lloró cuando vio que aquellos guerreros de tez oscura emprendían el camino de regreso a África.

4

El cambio que se había dado en el prisionero no dejó de sorprender a todos y muy especialmente a los soldados.

Idris empezaba a aceptar con una creciente naturalidad que le llamasen por el nombre que le había regalado Escipión. Poco a poco su expresión pasó de ser sombría a mostrar una cierta serenidad que, no obstante, nunca llegaba a la sonrisa.

—Me alegro de ver que revives después de todas estas semanas que han debido de ser muy duras para ti, hispano —dijo Polibio—. Lo comprendo. Yo también, aquí donde me ves, una vez fui prisionero de Roma. Supongo que has necesitado este tiempo para hacer las paces con el pasado. Haces lo que debes. El pasado está muerto. En

cambio tú estás vivo. Debes continuar bregando entre los vivos hasta que los dioses determinen que ha llegado tu hora.

A Idris le habían entregado una túnica romana como las que vestía Escipión, con bandas verticales color púrpura. Por las noches aceptaba cenar con el Africano Menor en su triclinio junto con Quinto Fabio Máximo, su hijo, Fabio Buteón, y el círculo de próximos entre los que se iba afirmando cada vez más Cayo Mario.

Allí no se hablaba sino de política. Poco a poco el hispano iba comprendiendo mejor el lenguaje de sus captores y el universo en que se movían.

—Tiberio ha incendiado Roma con sus reformas —se quejaba Máximo, quien sencillamente actuaba como si Idris fuese invisible —. La plebe siente como injusta su muerte. El Senado, para sosegar los ánimos, se ha visto obligado a hacer un nuevo reparto de tierras.

—¿Y qué hace ahora Cayo Graco?

—Al principio, tras la muerte de Tiberio, Cayo permaneció en casa como si se propusiese vivir apartado de los negocios públicos. Pero sigue siendo joven. Es nueve años menor que Tiberio, que murió sin cumplir los treinta. Con el tiempo va volviendo a la política: no sabe hacer otra cosa. Por eso nuestros partidarios, para evitar que sea elegido tribuno de la plebe, quieren enviarlo a Cerdeña como cuestor. Hoy eso no le desagrada después de lo sucedido con Tiberio. Pero más adelante veremos.

Al ser Tarraco una ciudad romanizada y próspera, los Escipiones tenían allí, desde los tiempos del Africano Mayor, una villa donde, cuando estaban en las colonias, podían llevar una vida de refinamiento razonable, de las que hacían olvidar el nivel de los rústicos que los rodeaban.

Al caer la noche, se tumbaban en lechos dispuestos armoniosamente alrededor de la mesa y los esclavos les traían los diferentes platos de unas suntuosas cenas que en ocasiones se prolongaban durante horas, rociadas siempre por los mejores vinos de la región.

Si uno observaba con atención, no era difícil constatar cómo a

Escipión, pese a que de puertas afuera reprochaba las acciones políticas de Tiberio Graco, interiormente le seguía doliendo su muerte.

Pero ahora tenía un nuevo ahijado. Eso aliviaba en parte su tristeza.

Desde el lecho vecino, Idris escuchaba todo con atención. A Polibio le planteaba cada vez más preguntas. No acababa de entender por qué los romanos hablaban en griego.

—¿Acaso sois el mismo pueblo?

—Es una buena pregunta, Sixto. No lo somos, pero compartimos una misma cultura. En Roma la cultura y la religión proceden de los griegos. Te habrán dicho que en la mitad de sus dominios se habla más griego que latín. Y es que Roma es tan fuerte que nunca ha tenido reparos en apoderarse de lo mejor de la cultura de los pueblos que conquista, como de un botín. Y todo a lo largo de muchos años, sin miedo nunca a perder su identidad. Así hacen los grandes pueblos.

Durante aquellas apacibles jornadas, cada vez que tenía un momento Polibio le enseñaba los rudimentos del griego y comprobaba con satisfacción creciente que el hispano aprendía pronto y se interesaba por cómo funcionaban las cosas en Roma. A Escipión le llegaban noticias de sus progresos. Los constataba en las conversaciones nocturnas con claras muestras de agrado.

—Me alegro, Sixto, de que te vayas incorporando de nuevo a la vida —decía, palmeándole el brazo con afecto.

5

El ansia de saber del hispano impresionó tanto a Polibio que durante los meses de invierno en aquellas amables tierras procuró avanzar lo más posible en su educación.

Aquello empezó en Tarraco, pero fue sobre todo durante las semanas de navegación —ya cuando llegó abril y decidieron embarcar, una vez comprobado que el estado del mar mejoraba por fin— y durante los largos días a bordo cuando le leyó por primera vez fragmentos de la historia de Roma que llevaba tiempo escribiendo.

—Has de saber, hispano, que su historia es la historia universal. Todos los imperios que han existido han dejado paso a su dominación. Roma empezó siendo regida por reyes, como habrás oído a Publio y a Máximo. Pero tras el derrocamiento de Tarquino el Soberbio, el último tirano, abatido por el primer Bruto digno de ese nombre que tan hermosas resonancias tiene para cualquier romano, arrancó la época gloriosa de la República que hoy domina el mundo. Desde entonces allí gobiernan dos cónsules elegidos por la nobleza que se renuevan cada año y se contrabalancean uno al otro, de manera que ninguno pueda nunca gobernar en solitario. Los dos rinden cuentas de sus respectivas gestiones al Senado.

»Para adueñarse de Italia, Roma hizo la guerra a los pueblos que la habitaban, venciendo y creciendo más allá de las fronteras de la península. Los romanos son un pueblo de una enorme inteligencia práctica y militar, y entendieron desde el principio que alejar el peligro es siempre la mejor manera de vivir en paz. Así actuaron primero en Sicilia, después en Grecia.

»Por ese motivo pronto entraron en colisión con la otra gran potencia militar de entonces, que era Cartago, la gemela de Roma, una antigua colonia fenicia que prosperaba al otro lado del mar. En Cartago gobernaba también un senado y había generales tan valiosos como Aníbal, gran rival de Roma durante la segunda guerra púnica. No es fácil en la historia hallar batallas tan magnas y dramáticas como las que enfrentaron durante años a aquellas dos repúblicas entonces iguales en fuerza.

»Aníbal avanzó por Italia y llegó con sus elefantes hasta las puertas de la misma Roma. Si hubiese marchado sobre ella se habría adueñado de la República y hoy Cartago sería el amo del mundo. Pero Aníbal dudó. Dio tiempo a los romanos para armarse. Craso error, porque mientras tanto, al otro lado del mar, Publio Cornelio Escipión empezó a actuar de manera semejante y atacó en África a

Cartago con la intención de que la ciudad se viese obligada a llamar a Aníbal a defenderla. Así sucedió al cabo de muchos años de guerra a uno y otro lado del mar, con las legiones saqueando África y los elefantes de Aníbal saqueando Italia. Cartago pudo triunfar sobre Roma. Pero la fortuna o los dioses quisieron que no fuera así y, tras desaparecer aquella, los romanos son hoy los dueños del mundo conocido.

—Sin embargo, Numancia los resistió veinte años.

—Así es. Y por eso os enaltecerán los siglos venideros. La propia Roma cantará vuestras glorias y más allá de la realidad, aunque solo para exaltar la gloria de Escipión Emiliano, el hombre que con sus campañas en África y en Hispania ha allanado el camino para que el poder de Roma sea en adelante universal. Reconozcámoslo, hispano, Roma ha vencido.

—Pero Roma también caerá.

—Es posible. No obstante, el recuerdo de su esplendor pervivirá mientras haya hombres sobre la tierra. Así como también el de Numancia. El nombre de tu ciudad quedará para siempre vinculado al de Roma. Para bien o para mal vuestras historias están imbricadas profundamente. Y eso más allá de lenguas y costumbres, que también, porque siempre vive una parte del vencido en el vencedor y es difícil saber quién domina a quién.

»Fíjate en Grecia. ¿Ha sido dominada por Roma o al revés? Y en Hispania, ¿no adoptan los romanos armas y tácticas hispanas y viceversa? Cuando los hombres se mezclan, Sixto, en esa dialéctica eterna entre amos y esclavos, a veces no está claro quién domina a quién. Lo único seguro es que tus hijos podrán sentir como tú, pero escribirán y pensarán como romanos. Es el sino de la civilización.

6

Al desembarcar en Ostia, a Idris todo lo que veía le parecía extraño

y a la vez familiar.

A fin de cuentas, llevaba años conviviendo con romanos. No había tanta diferencia entre puertos como aquel y el de Tarraco o el de Gades, salvo por el tamaño y el volumen de la actividad.

Como ciudad más cercana a Roma, Ostia era un hormiguero donde mercaderes de todos los rincones del mundo se movían entre los almacenes y los muchos edificios de tres y cuatro alturas que se multiplicaban en la localidad costera.

Mayoristas de trigo, empresarios que construían y vendían flotas al ejército romano o a patricios acaudalados, o bien las mantenían ellos mismos para su propio provecho, carenadores, fruteros y hortelanos de tierras colindantes, pescadores que llegaban en sus embarcaciones prácticamente cada día y vendían su captura fresca en los muelles, vendedores ambulantes con carros repletos de barricas y ánforas de vinos cuya calidad pregonaban y que, en cuanto veían a alguien interesado, se detenían para vaciarlos ante el cliente en cráteras con más o menos agua en función de los gustos.

Panaderos que se jactaban de la ternura del pan cuyo olor escapaba del horno e impregnaba la calle, reposteros que construían auténticas obras de arte combinando dulces y frutas de todos los colores, sabios confiteros, exóticos perfumistas egipcios, boticarios que tenían domesticado el veneno de las platas, fabricantes de hermosos espejos que lanzaban sus destellos a las puertas de las tiendas donde los vendían, floristas que componían maravillosos ramos al cliente, talladores de marfil, joyeros, orfebres y un largo y deslumbrante etcétera.

—Si esto te impresiona, Sixto, ya verás la Urbe…

Escipión estaba encantado de tocar tierra. Aprovechó el primer día para pasearse con su hijo por unas calles que al cabo de los años conocía bien. Siempre que había una campaña tenía que pasar por Ostia en uno y otro sentido. Le tenía un apego especial.

Desde que bajaron a tierra había cambiado sus ropas militares por una túnica blanca con dos bandas púrpuras en los costados y un palio de color oscuro muy parecido al que llevaba Idris.

Eso lograba una semejanza en los dos de la que el romano parecía preciarse.

7

La cabalgada por la vía Ostiensis la iniciaron con las mulas cargadas con los muchos bagajes que transportaban tanto Escipión como su hermano y los hijos de Máximo.

Todos en la comitiva se mostraban cada vez más ansiosos por llegar.

Al cabo de varias horas, Polibio fue el primero en acercar su montura al hispano, que se había adelantado unos cuerpos.

—Cuando lleguemos a la villa de Escipión te leeré más fragmentos de mi Historia universal. Es una empresa que acometí por amistad y gratitud al pueblo romano. Hoy suplico a los dioses que me concedan todavía unos años de vida para ver crecer esa República que es envidia de tantos y poder completar mi obra. Y tú, ahora que vas a formar parte de una de las familias más poderosas de Roma, puedes hacer como yo, juntarte a ellos y disfrutar de su victoria…

Escipión Emiliano se les acercó, azuzando su caballo. Los cascos golpeaban el pavimento con ese sonido que llevaba horas acompañándolos.

—¿Qué habláis los dos? ¡Dejaos de charla y levantad la vista, que la Urbe está a punto de aparecer! ¿No se ha dicho siempre que todos los caminos llevan a Roma? ¡Ahí la tenéis ante vuestros ojos!

La vía Ostiensis pasaba entre el Aventino y el Tíber. Tras subir un repecho Roma empezó a ser visible en la distancia hacia el norte. Una multitud de carros con todo tipo de mercancías entraba y salía de sus murallas para el avituallamiento de la gran urbe. Más allá se distinguía el archicélebre foro de los romanos, el grandioso Circo Máximo y, por encima de los restantes edificios, la espectacular silueta del Coliseo.

El hispano nunca había visto una población tan monumental, ni tampoco tal cantidad de edificios de tres y cuatro pisos como los que detrás de las murallas parecían suspendidos en el aire. Viendo la sorpresa que asomaba a sus ojos, tanto Polibio como Escipión soltaron una bienintencionada carcajada.

—¡Bienvenido a la capital del mundo, mi querido Sixto Cornelio Escipión! Esta será a partir de ahora tu ciudad y tu hogar —dijo Escipión Emiliano. Se le notaba el contento del regresar tras dos años de campaña—. ¡Y ahora habrá que ver cómo nos recibe Sempronia! Pronto entenderás por qué hemos preferido pasar el invierno en un lugar apacible como Tarraco —bromeó, viendo que se les unía también Fabio Máximo.

Dándole una palmada en la espalda, se volvió a hablar a su hermano.

Idris tuvo la sensación de que su vida, que poco antes pensaba terminada, no había hecho sino empezar.

Por un momento, miró de soslayo a Máximo. Fue una mirada sombría, cargada de intenciones, en la que por suerte para él no reparó ninguno de sus compañeros.

Sí, definitivamente, todavía tenía muchas cosas que hacer en Roma, pensó.

Hincó los talones en las ijadas de su montura y continuó su camino hacia la gran ciudad que le esperaba con los brazos abiertos.

8

Quo vadis, hispanicus?

— FIN —

APÉNDICE

Dos mil cincuenta y siete años más tarde…

Extractos de las 32 cartas que Adolfo Schulten envió a Eduardo Saavedra desde el 27 de marzo de 1904 hasta el 29 de octubre de 1911

Traducción de la carta n.º1 (el original está en francés)

Goettingen, 27-5-1904

11 Gusslerstrasse

Señor:

Recibo en este momento de parte de mi amigo Ventura los excelentes planos de Numancia que Vd. ha hecho. Reciba Vd. todo mi agradecimiento por este acto de cortesía. Tenga la seguridad de que haré honor a este magnífico trabajo sin el cual mi estancia en la 'Ciudad Eroica' (sic) no hubiera podido hacerse. Me atrevo a pedirle a Vd. información acerca del sitio en que Vd. ha publicado los resultados de las excavaciones, o ¿no están publicados todavía? Tenga Vd. también la bondad de decirme si hay otras publicaciones importantes sobre Numancia. Yo no conozco más que Loperráez y su importante memoria en el tomo 9 de las Memorias de la Academia de Madrid. ¿Contiene el manuscrito de Loperráez de la Biblioteca Nacional (con signatura E 144 fol.95) más de lo que él dice en el libro citado?

Rogándole que me escriba en su lengua, que yo sé leer

perfectamente y que incluso hablo un poco, tengo la esperanza de que tendré ocasión de mostrarle mi agradecimiento por el gran servicio que Vd. me ha prestado.

Reciba, Señor, la expresión de mi mayor consideración. —A. Schulten

Traducción de la carta n.º2 (el original está en francés)

Goettingen, 28-6-1904

11 Gusslerstrasse

Señor:

Le agradezco profundamente que me haya Vd. escrito su gentil carta y me haya enviado su precioso libro sobre la dominación árabe.

Le envío algunas peticiones sobre Numancia. Vd. tiene el mérito de haber hecho todo lo que se ha realizado hasta ahora para aclarar la topografía de esta ciudad; así yo no conozco a otra persona más capaz que Vd. para informarme.

¿Qué altitud representan los números de las curvas hipométricas de los planos? ¿Por ejemplo, 290?, ¿1290 metros?, ¿o es altura sobre el nivel de Soria?

¿Las obras de arquitectura dibujadas en la lámina de dónde son?, ¿de la 'plaza'?, ¿o del templo?

He visto en la meseta de Numancia una inscripción moderna colocada por el Regimiento Marcial. ¿Qué regimiento es ese?

Me gustaría poder ofrecer a mis lectores una buena fotografía de la colina de Numancia, tomada de Garay o de algún lugar desde el que

se vea la colina en toda su extensión. ¿No existe en Madrid o en Soria? —A. Schulten

Traducción de la carta n.º5 (el original está en francés)

Elberfeld, 8-3-1905

Aüe, 9

Señor:

Le agradezco mucho que haya tenido a bien enviarme los planos que han llegado a Berlín. La impresión del libro comenzará inmediatamente. Proyecto hacer excavaciones en Numancia el mes de agosto para encontrar la circunvalación de Escipión. Así pues, para los gastos que tendré, espero una ayuda de parte de la Academia de Berlín. Me falta no obstante: 1) un ingeniero o arquitecto, experto en excavaciones, para proyectar las excavaciones. 2) un oficial experto en topografía para los asuntos de estrategia.

Estoy seguro de que se encontrarán huellas de las obras de Escipión, no habiéndose jamás cultivado el terreno, como se ha encontrado la obra de César en Alexia. —A. Schulten

Carta n.º8 (a partir de aquí, Schulten escribe en castellano)

Goettingen, 30-6-1905

11 Gusslerstrasse

Muy Sr. mío:

Vd. habrá recibido mi obra sobre Numancia dedicada en primero a Vd. al cual esta obra debe tanto.

La Real Academia de las Ciencias di aquí mi dará 1000 marcos por hacer excavaciones a Numancia con el fin de descubrir la circunvalación de Scipión y de continuar las excavaciones de la ciudad misma empiezadas por Vd. hace 40 años.

Los trabajos empiezarán cerca el 10 de agosto y durarán hasta el 14 septiembre. Seré acompagnado por el Sr. Koenen del Museo de Bonn el cual es una de las personas más prácticas en excavaciones que tenemos en Alemania.

Estudiaremos muy bien Alesia haciendo viaje por España y es muy buena fortuna que una sociedad que quiere continuar las excavaciones de Alesia hechas por Napoleón III acaba de ofrecermi un puesto en el comitado. —A. Schulten

Carta n.º11

Garray (Soria) 27-8-1905

Muy Sr. mío:

El trabajo que sigue días de labor y domingos de las 6 de la mañana hasta la noche que debe serrar para la mañana correspondencia que tengo que hacer no mi ha permitido aún de escribir a Vd. al cual mis trabajos deben tanto. Acabamos de descubrir la ciudad ibérica, casas construidas di adobas grandes quemadas para incendio, mucha cerámica muy característica ibérica. Como mi amigo Sr. Koenen debe volver a su museo, tenemos que concluir los trabajos. Espero con los periódicos que la España continuará las excavaciones que han dado tan buenos resultados —hay que trabajar 3 años.

S.S.S. —Schulten

Carta n.º 24

Goettingen, 2-12-1906

11 Gusslerstrasse

Mi distinguido amigo,

Acabo de volver en mi tierra. He descubierto 4 de los campamentos de Scipion y varios sitios que también enseñan restos romanos. Todo es de Scipion porque 1) los campamentos están hecho con piedra, mientras los de los antecesores de Scipion no lo eran como demuestra Appiano cap 78. 2) Todos forman una línea topográfica. He descubierto también un trozo largo de la muralla que juntaba los campamentos. No he podido concluir mi trabajo y espero poder volver.

Como objetos encontré fragmentos de ánforas y otra cacharrería, nada de (ilegible). Claro que los Romanos no dejaban nada de bueno. He dejado muestras a la disposición de la Comisión española y tengo intención de mandar más (ilegible) los cacharros salieron algunas flechas, bolas de piedra, y barro, etc. Pero (ilegible) son los campamentos mismo. Se ven la disposición de las casitas en las cuales habitaban los soldados, la muralla, torres, etc. Todo es muy fuerte y se conocen que los que se defendían eran los Romanos, los que atacaban los Numantinos.

Ya tiene Vd. con los campamentos la prueba definitiva que el cerro de Garray es Numancia.

Goettingen 19-II-1907

Mi distinguido maestro:

Estoy escribiendo una memoria sobre Termantia que he visitado en 1905 y leo en el Boletín de la Academia (12, p. 451) que la Academia posee en sus archivos 17 fotografías hechas por el benemerito Rabal. Como las que yo hice han salido mal, oso pedir a Vd. el favor que me mande las 17 y que se permita de reproducirlas en dicha memoria o parte de ellas. Termantia aun es poco conocida y mi memoria traerá algunas cosas nuevas pero sin fotografías no puede ser tan clara como con ellas.

S.S.S.—Schulten

Carta n.º 30

Renieblas (Soria) 08-08-1909

Mi distinguido maestro y amigo,

Puedo a Vd. que debe ser el primero para saberlo la buena noticia que en el término de este pueblo en el cerro la Talaya tengo descubierto un campamento romano de dimensiones colosales que según la distancia indicada por Appiano no puede ser otro que el con el cual el Consul Fulvio Nobiliar en 153 a. C. empezó la guerra numantina. Están visibles los muros y ya he excavado 2 casernas di manipulos.

Carta n.º 31

Erlangen

24-11-1910

Mi distinguido maestro.

Le agradezco mucho por el envío de su memoria y del discurso pronunciado en honor de Vd. y le felicito por haber obtenido la medalla Echegaray bien merecida por Vd. como por ninguno en España.

Acabo de descubrir en este año a 6 km. de Numantia 3 grandes campamentos anteriores a Scipion; el uno, muy bien conservado corresponde por completo a la descripción de Polibio y por eso es de mucho interés. Este campamento es del consul Fulvio Nobiliar que empieza en 153 a.x. La guerra contra Numancia; la distancia indicada por Appiano corresponde a la del campamento hallado.

Puedo decir que la guerra Celtibérica (153-133 a.x.) por los descubrimientos a Numancia está mucho más aclarecida que antes.

Pienso publicar en 1911 y 1912 la grande obra sobre todo. El 1 tomo dará la historia de la guerra Celtibérica y la etnología de los Celtíberos, el 2 tratará la topografía de Numancia, el 3 las obras romanas…

—Schulten

Carta n.º 32

Erlangen, 29-10-1911

Mi dist. maestro,

Mi obra sobre Numantia y los campamentos se publicará si D.q. en 1913 y tengo la intención de ponerla en persona entre las manos de Vd. que como ninguno me ha facilitado mi trabajo.

Estoy decidido di concluir mis excavaciones en 1912 por siempre.

Deseando que esta encuentre a Vd. en buena salud

quedo s.s.s. Y a. af. —Schulten

NOTA DEL AUTOR

El 12 de febrero de 1912 fallece en Madrid Eduardo Saavedra. Fue el descubridor de Numancia y primer excavador de sus ruinas. Durante toda su vida, y en particular desde 1853 a 1867, participó activamente en los trabajos de excavación que se realizaron en la zona.

En 1914, en Múnich, Adolf Schulten publicó el primer tomo de los cuatro que resumen sus trabajos arqueológicos y constituyen su monumental obra, Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912. Sin la desinteresada y constante ayuda de Saavedra, sus trabajos y esta obra no hubieran sido posibles. La última carta de Saavedra a Schulten está fechada el 4 de noviembre de 1911, solo cuatro meses antes de su muerte. Desgraciadamente, no llegó a tener en sus manos la obra de Schulten.

El binomio Saavedra-Schulten sacó a la luz, en dos etapas, la historia de Numancia. Sin la labor de ambos la ciudad de los numantinos todavía estaría enterrada en los ásperos páramos del Duero.

Índice

PRÓLOGO

DRAMATIS PERSONAE

GLOSARIO

PRIMERA PARTE

1. La guerra y la paz

2. Escipión Emiliano y el regreso de Idris

3. Arranca el asedio

4. Yugurta

5. Continúan los preparativos para el sitio

SEGUNDA PARTE

6. La batalla del río Duero

7. El despertar de Idris

8. La propuesta de Polibio

9. La expedición descabellada

10. El cerco ha sido burlado

11. Termancia

12. El destierro de Aunia

13. La frustración de Quinto Fabio Máximo

14. Lutia

15. El regreso de los numantinos

16. La cólera de Escipión

17. La ciudad del hambre

18. Más hambre

19. El encuentro en Peña Redonda

TERCERA PARTE

20. La embajada numantina

21. La traición de Ávaros

22. El horror y la sangre

23. Arde Numancia

EPÍLOGO

APÉNDICE